

DUBLINETA EIRE

Cuando
Cupido
Te ignora



DUBLINETA EIRE

L.M. PERCEVAL BOOKS

Cuando Cupido
te ignora

www.dublinetaire.com

info@dublinetaire.com

© de esta edición: L.M. Perceval (LMPV - Books)

© del texto: Dublineta Eire

Obra registrada en: www.safecreative.org

Edita: L.M. Perceval (LMPV - Books)

Impresión: Gráficas Senén, Alicante - 2017

Primera edición: marzo de 2017

Imagen portada: www.123rf.com

ISBN: 978-84-617-9243-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Agradecimientos

Vuelvo a darles las gracias a mi marido Persi (afortunadamente sigue siendo el mismo que en el libro anterior) y a mis hijos.

Que sigan conservando esa paciencia infinita, que ya es un don, porque creo que la van a necesitar...

A mis amigas: María Beatobe, Rossalyn Callum (léase Caelaam, más o menos) y Sònia A. Kirchen, por darme el empujón necesario para que este libro pudiera ver la luz.

Y a mis lectores Cero, que son los mejores: Laurie Kent, Roberto Beatobe y Cristina Del Moral.

Prólogo

Acabo de terminar de leerme la historia que Dublineta Eire nos regala en “Cuando Cupido te ignora” y que os puedo decir, que comparar el final con una traca de fuegos artificiales no sería suficiente para poder explicaros la calidad y la cantidad de sucesos que ocurren en cuestión de pocas páginas.

Pero empecemos por el principio. Hace unos meses Dublineta me pidió que si podía escribirle el prólogo de su primera novela “Días de caracoles y pastillas” y acepté encantada porque para mí era un honor en muchos sentidos y cuando no hace mucho volvió a escribirme para pedirme de nuevo el prólogo para su siguiente novela “Cuando Cupido te ignora”, volví a sentirme súper halagada.

Estoy segura de que va a tener mucho éxito con este segunda libro, porque es una historia narrada de manera original (como es ella), con una muy buena trama y de la que no te puedes saltar ni una sola página porque te perderías la mitad de la historia.

Es una novela trepidante, que no deja de sorprender, porque los acontecimientos suceden uno detrás de otro, de manera vertiginosa, pero sin perder ningún detalle.

Combina el humor y el sarcasmo, la intriga y el amor, con giros argumentales que te hacen sorprenderte y tener que volver a cerrar el libro para asegurarte de que sigues en la misma historia.

He descubierto la vena romántica de Dublineta (reconozco que jamás pensaría que lo haría), pero leer determinados pensamientos de Moira, entre otras cosas, desvelan la parte romántica de esta autora.

Ahora quiero hablaros de los personajes. Hay uno principal, que es Moira y muchos secundarios, que a mí se me convirtieron en primarios desde el primer capítulo. Pero no puedo dejar de hacer mención al personaje de Lola, una mujer que me ha hecho reír mucho y me ha parecido súper surrealista.

No quiero hacer spoilers, pero hay escenas que me recuerdan a sketch de humor de los ochenta, en la que todo era un caos, en su mente organizado, pero no deja de ser un caos lleno de guiños alocados que no podrás dejar de leer (ni de sonreír).

Cualquier cosa que Dublineta escribe se convierte en sonrisa asegurada, tiene la facilidad de convertir algo serio en una escena de humor, pero sin quitar importancia a la esencia de la misma.

Recomendaré este libro siempre porque tiene un poco de todo: intriga, humor, romance... Es ameno, fácil de leer y con todos los ingredientes que tiene que tener una novela para enganchar desde la primera página. Y doy fe que esta los tiene.

No os entretengo más y empezad a conocer a los personajes de esta entrañable novela que no os dejará indiferentes.

Un beso. y Dublineta, cuenta conmigo para lo que quieras.

María Beatobe

1

Hacía menos de una hora, Moira había firmado el contrato de sus sueños, nada menos que con una cadena internacional de hoteles, se acababa de asegurar una tranquilidad económica por mucho tiempo. Moira estaba feliz.

Y su felicidad rozaba límites insospechados gracias también a que su hija en menos de dos meses regresaría a casa para quedarse. Disfrutaría todo el verano de su niñita, solo le quedaba un curso para licenciarse.

Muy contenta se dirigía hacia su despacho cuando se dio cuenta que la puerta estaba entornada, estaba convencida que la había cerrado antes de marcharse al notario. Se acercó muy despacito, quería saber quién estaba dentro, se oía hablar a alguien. Se acercó para poder escuchar mejor.

–¡Dios mío! ¡No puede ser! –se decía a sí misma apoyada contra la pared del almacén aguantando la respiración–, he debido escuchar mal, es imposible –se repetía–. ¡Por favor qué no sea eso! Me muero.

Empezó a notar como le temblaban las piernas, estaba a punto de que le diera un ataque.

Era Noelia hablando por teléfono, sabía perfectamente que hablaba con Ginevra, pero lo que acababa de escuchar no era posible, sería un malentendido. ¿Cómo averiguar la verdad? No sabía qué hacer. Tenía muy claro que si le preguntaba a Noelia, se lo negaría, se estaba mareando de la angustia que le había creado aquella situación. En cuanto colgó el maldito teléfono, tosió haciéndose notar y empujó la puerta intentando aparentar toda la naturalidad que le fue posible fingir.

–¡Buenas, Noelia! ¿Todo bien? –saludó pausadamente a su ayudante.

–¡Hola Moira! No te había escuchado –respondió sorprendida–, sí, todo bien. Cuéntame, ¿cómo te ha ido en la firma? –dijo mientras se bajaba de un salto de la mesa del despacho.

–Sí, todo perfecto –le contestó seria y distante.

–Pues cualquiera lo diría, menuda cara traes –dijo Noelia sonriendo.

–Bueno, pues un mal día, o tú todos los días estás contenta, ¿a qué no? –respondió seca y tajante.

Dejó rápidamente las carpetas dentro de los archivadores de la estantería, seguía intentando aguantar el tipo, pero los nervios y la preocupación la estaban matando. Tenía que preguntarle qué había pasado, aunque no le dijera la verdad, al menos sabría si lo que había escuchado era real. No hacía falta que nadie le dijera que tanto Noelia como Ginevra eran confidentes, eran más que hermanas, y algo así, a la primera que se lo contaría sería a ella.

–¿Y con quién hablabas cuando he entrado? –preguntó a la joven.

–¿Eh? Pues..., con Gin. –Apretó los labios–. ¡Qué nos echa de menos!

–¿Eso es todo?

–Sí, ¡claro! Contando los días para regresar a España. Bueno, te dejo que se me ha hecho tarde, ya nos vemos mañana. Besitos –se despidió cogiendo su bolso.

Moira se sentó en el sillón de su despacho, puso la mano sobre el teléfono, dudaba en llamar a su hija, pero algo le decía por dentro que debía hacerlo. Estaban a tantos kilómetros de distancia, la tenía tan lejos, seguía sin saber cómo ayudarla, pobre niña. Respiró hondo, sacó fuerzas y marcó el número de su hija.

–¡Hola cariño! –suspiró. –¿Cómo te va? Te echo de menos.

–¡Hola mami! Sí, todo genial. ¡Cómo siempre! Yo sí que te echo de menos, pero en nada estoy de vuelta. Además, tengo una gran noticia que darte –se rió.

–¿Una noticia? No me puedes dejar así. ¿De verdad qué estás bien? Te noto diferente –insistía.

–Nada mami, es una sorpresa, pero todo bien. Bueno, te tengo que dejar, estaba arreglándome para ir a la Uni. Besitos –se despidió.

Moira colgó, su hija parecía feliz, pero a ella se le acababa de caer el mundo encima. Dejó el teléfono sobre la mesa, se reclinó contra el respaldo del sillón, cerró los ojos y cogió todo el aire que pudo expulsándolo rápidamente. Tenía que ir a París a ver a Ginevra, pero no quería ir sola, esto no podía vivirlo en solitario.

Se incorporó y descolgó nuevamente el teléfono, necesitaba hablar con Marga, ella era la única que sería capaz de entenderla. Se conocían desde niñas, aunque en un momento de sus vidas se separaron, al poco tiempo volvieron a reencontrarse para quedarse juntas para siempre. Margarita era la madrina de Ginevra y ella la de Noelia, las habían criado como a primas, y ellas eran más que hermanas.

Habían superado juntas los peores momentos de sus vidas, la ruptura sentimental con el padre de Noelia y el embarazo en solitario de Moira como madre soltera, aunque ella se sentía cómoda pensando que su estado civil era “viuda”.

–¡Buenas, maja! ¿Cómo va la cosa? –respondió alegremente Margarita.

–Es una emergencia. ¡Te necesito ya! Es súper urgente, de vida o muerte. Deja todo lo que estés haciendo y ven inmediatamente al local. Me muero, Marga, me muero. –Colgó el teléfono.

A Margarita casi le da un ataque, descolgar y escuchar la voz desencajada de su mejor amiga pidiéndole ayuda de esa manera, entendió que algo muy grave acababa de suceder. Salió corriendo de la cafetería, le pidió a una clienta que por favor la llevara hasta el local de Moira, no era la clienta más agradable, pero le valía, tenía carné y tenía coche, y súper importante, aquella mañana tan solo se había bebido una Coca-cola Zero.

–¿Dónde estás? ¿Te queda mucho? Te espero fumándome un cigarro o diez, porque mira qué tardas –llamó de nuevo a Margarita.

–¿Pero qué ha pasado? Voy de camino. No me asustes, niña –le decía su amiga.

Moira estaba intentando aclararse las ideas esperándola en la parte trasera de su local, cuando vio como un coche comenzaba a derrapar directo hacia ella, no le dio tiempo a sentir nada, su primer impulso fue colocarse todo lo pegada que fue capaz contra aquella pared fría y dura de cemento, y cerrar los ojos. Terminó atrapada por las ruedas de aquel ciento veintisiete fucsia.

–¡Qué pasa, Moira! ¿Qué tienes? –Margarita bajó de aquella antigualla directa como una flecha hacia ella.

–Ahora mismo estoy acojonada. He estado a punto de convertirme en un graffiti ¿Y esa? –preguntó dirigiendo su mirada hacia la conductora suicida que estaba metida dentro de aquel coche tan discreto.

–Ahora te cuento, pero dime –insistía sujetándose los volantes de su vestido de faralaes.

–Una pregunta: ¿Has organizado una fiesta de disfraces en la cafetería? –dijo mirándola de arriba a bajo y después lo hizo con la conductora.

–¿Qué dices? Entre todos me vais a volver loca. No me puedes llamar de esa manera y obligarme a

dejarlo todo para venir en tu ayuda. He dejado la cafetería con el cartelito de “vuelvo en cinco minutos” y porque estaba ésta. –Señaló a la del coche–. ¡Qué si no, a ver cómo vengo!

–Te cuento ya –dijo encendiéndose otro cigarro–. Estoy histérica, lo siento, te llamé sin pensarlo. ¿Te ha contado algo Noelia?

–¿Mi hija tiene algo que ver con todo esto? ¿Qué ha hecho ahora? –Empezó a dar vueltas en círculo poniéndose las manos en la cabeza–. Lo que te diga, entre todos me vais a matar.

–Calla Marga y explícame primero quién es esa señora tan extraña que parece que vaya en camisón y que creo, ¡ay, por Dios! Y que va sin bragas. ¿¡Tía, pero quién te ha traído!?

La conductora suicida había decidido bajar del coche, abrió la puerta y con las manos se sujetó la pantorrilla izquierda dejándola caer en el asfalto, hizo lo mismo con la otra pierna mostrando lo que había entre ellas. Se estiró el camisón de algodón azul que llevaba, metió la mano en su escote y sacó una pitillera de flores, mientras se encendía un cigarrillo se acercó hasta donde estaban las dos amigas hablando.

–Marga, ¿vas a volver a abrir la cafetería? –dijo aquella mujer con voz de ultratumba–, ¿necesitas que me quede? Ya sabes que estoy pendiente de que me llamen para alguna sustitución, no me gustaría perder la ocasión. –Empezó a toser poniéndose tan azul como su camisón.

–Un segundo Lola –le respondió Margarita–. En cuanto ésta me explique ¿qué ha sucedido? Tengo que volver contigo, estaba a punto de empezar las clases de sevillanas cuando me llamó la desequilibrada de mi amiga.

–¿Sevillanas? ¿Desde cuándo vas a clase de sevillanas? Si es que no hablamos... –se lamentó Moira.

Margarita había bajado de aquel coche vestida de flamenca con un traje con enormes volantes y todo lleno de lunares rojos, hasta se había colocado un clavel a juego bajo la oreja derecha enganchado al pelo. Moira alucinaba viendo a aquellas dos mujeres; una en camisón y la otra de faralaes, y lo más llamativo era el vehículo que conducía la del camisón, que por su tamaño, difícilmente podía acoplarse en el asiento.

Con todo aquel alboroto, había podido olvidar por unos minutos aquello que le preocupaba tanto y que había provocado que sacara a su amiga, en horario laboral, de aquella cafetería.

–Pues desde que conocí a Pepe. Me enteré que era profesor de baile y me apunté. Hoy tocaba clase de sevillanas, pero creo que ya no llego –dijo mirando el reloj–. Moira cuéntame por favor. ¿Se trata de Noe?

Empezó a contarle lo que había sucedido, cada segundo que pasaba recordando aquella conversación se ponía más triste y nerviosa, no podía evitarlo, sabía que de confirmarse sus sospechas, su hija, a lo que más quería en este mundo, lo iba a pasar muy mal.

Se quedó paralizada, no podía ser posible, de todas formas, las casualidades existían, pero ya tenía que tener muchísima mala suerte su mejor amiga. Quedó en hablar con Noelia, ella le podría dar la versión oficial, Moira no parecía muy lúcida.

Se despidieron y Marga volvió a subirse en el ciento veintisiete fucsia, conducido por su clienta, pidiéndole por favor a su amiga que mantuviera la calma, en cuanto tuviera noticias, se acercaría a su casa para informarla.

Margarita iba montada en aquel coche digno de cualquier desguace, como podía se sujetaba a la manilla que estaba colocada arriba de la puerta, casi en el techo destartado del que colgaba una tela que se suponía servía para cubrirlo. Iban por la carretera mezclándose entre los coches, hueco que veía, ahí se metía, los coches le pitaban, pero Lola hacía caso omiso mientras cantaba por Camarón. Estaba claro que aquella mujer no temía a la muerte.

—Noelia, soy mamá. En cuanto termine la clase de sevillanas necesito que hablemos. —Marga le dejó un mensaje en el móvil a su hija. —Bueno Lola, muchísimas gracias por haberme llevado a ver a mi amiga. Pásate mañana y te invito a unos chupitos.

—No te preocupes. Lo que necesites. Para eso estamos. —respondió Lola mientras ponía el freno de mano al coche.

Marga bajó corriendo dirigiéndose a la cafetería, la terraza estaba llena de clientes esperándola. Era curioso que tuviera tanta clientela, teniendo en cuenta que estaba situada justo en frente del cementerio municipal alejado del pueblo, su clientela no era precisamente gente de paso que parase allí para tomar algo. Tenía clientes fijos, peculiares y fieles a Marga, que por algún motivo se sentían unidos a aquel tenebroso lugar.

—¡Perdonad, chicos! Me había surgido un asuntillo —se disculpaba con ellos mientras quitaba el cartel de la puerta y entraba dentro—, os dejo las consumiciones fuera y en cuanto venga Esteban, esto sigue abierto. —Esteban era el señor que atendía la cafetería por las tardes, otro personaje.

Salió a la terraza y miró por encima, sabía perfectamente qué tomaría cada uno de los presentes, entró detrás de la barra, cogió una bandeja y empezó a poner cada una de las bebidas que debía servir, cuando ya tenía la bandeja completa, se giró, se colocó su mochila a la espalda y como no le quedaban manos libres, enganchó las castañuelas con la boca.

Dejó la bandeja en una mesa junto a la puerta, pasó la llave y salió corriendo con la esperanza de llegar a tiempo y poder bailar aunque fueran quince minutos.

Marga llevaba mucho tiempo separada, con tan solo dieciocho años decidió dar el paso e irse a vivir con su novio para comenzar una vida juntos en el pueblo que la vio nacer, en Peñaranda de Duero, Burgos.

Al principio todo era maravilloso, la novedad de estar independizada con el hombre al que creía amar, le daba un puntito diferente. Nunca quisieron casarse ni formalizar su relación, incluso después de nacer Noelia, la única hija de la pareja, tampoco sintió necesitarlo.

Los comienzos fueron duros, ellos dos solos viviendo en un pueblo, ninguno trabajaba, pero sabían que querían estar juntos. Margarita pidió trabajo a unas lugareñas y se dedicaba a coser los bajos de los componentes de la banda de música del pueblo y de los funcionarios que trabajaban en el Ayuntamiento. Pelayo, su novio, era el hijo del alcalde del pueblo vecino, este no tuvo problema en pedir un favor y lo colocó en la cafetería del Casino de Peñaranda, el chico para pocos oficios servía. A partir de este momento todo comenzó a ir mal entre Marga y él. Cada día se levantaban, desayunaban juntos y cada uno salía hacia su trabajo, en todo el día no se volvían a ver. Marga regresaba por la noche a casa, pero antes pasaba por el Casino a saludar a su pareja, aquel, a parte de servir copas, se dedicaba a probarlas, debía de estar muy comprometido con su trabajo, jamás dejaba a ningún cliente bebiendo solo, él los

acompañaba a todos. Cada madrugada regresaba en unas condiciones pésimas y eso, la noche que regresaba.

Marga cansada de aguantar esa situación le dio un ultimátum, pero él se lo pasó por “su arco del triunfo” particular y no contento con negarse a regresar a casa después de cerrar el negocio, aprovechaba para salir con sus “amigotes”.

Con Noelia recién nacida, vio la luz el día que lo pilló en el almacén con la hija del farmacéutico, ahí supo que esa relación no iba a llegar a buen puerto, la suya con Pelayo, lo que pasara con la fresca aquella le daba igual. Se enteró que no era la única chica con la que mantenía una relación, eran cuatro más, qué capacidad de repartir amor tenía Pelayo. Sufrió mucho y fue muy duro tomar aquella decisión, pero Marga no iba a consentir ninguna humillación más aunque tuvieran una hija en común. Hizo su maleta, y regresó junto a Moira, que por aquel entonces estaba viviendo en Barcelona, había empezado a trabajar en una empresa de publicidad y le iba muy bien. Le buscó un piso y un trabajo. Noelia y ella se instalaron allí.

–¡Perdón! Llego tarde –se disculpó Marga apareciendo en mitad de la clase de sevillanas.

–¿Perdón? Venga, entre “mi arma” –respondió Pepe con mucha gracia.

La clase estaba a punto de terminar, pero a Marga un segundo junto a Pepe bien le valía. Solo le dio tiempo a bailar la “cuarta”, el simple roce de Pepe al corregirle la postura le hacía estremecerse y creía perder el sentido. Demasiado tiempo “de baja” en cuanto a las relaciones amorosas se refería. Finalizó la clase y se despidió hasta el siguiente día.

–Sí –descolgó Marga su teléfono.

–Mamá. –Era Noelia.

–Un segundo, me quito los tacones que me van a explotar los pies. ¡No sabes el día qué llevo!

–¿Qué ha pasado? ¿De qué necesitas que hablemos? –preguntó Noelia preocupada.

–¿Estás en casa? En cinco minutos estoy –Marga le decía mientras corría calle a bajo con unas deportivas que no le pegaban nada con el traje de volantes.

–Mamá dime, he quedado, no puedo esperar.

–Oye, necesito hablar contigo, es muy importante. Lo demás puede esperar. Yo no. –Le costaba hablar sin que le faltara el aire de lo rápido que corría.

Ya veía su edificio, estaba casi llegando. Noelia era buena niña, trabajadora y muy responsable, pero también muy caprichosa, Marga sabía que si no llegaba rápido, su hija se marcharía de casa con quién hubiera quedado.

–Marga, ¿sabes algo? La espera me está matando. –Moira al teléfono.

–Puff, estoy a punto –dijo suspirando–. Metiendo la llave, Moira. Te llamo luego que “la niña los peines” tiene prisa, qué ha quedado dice. Chao.

Soltó los tacones y se quitó la mochila de la espalda. Se apoyó en las pantorrillas intentando coger aire y poder empezar a hablar con su hija que la estaba esperando en la entrada, junto a la puerta de la cocina preparada para irse.

–¡Mamá! ¿Estás bien? –preguntó preocupada Noelia.

–Sí, sí. ¿Qué pasa con Ginevra? –contestó apoyada en sus rodillas con la cabeza mirando hacia su

hija.

–¡Qué va a pasar! ¿Eso era todo? Mira qué te gusta hacerte la interesante. Me habías asustado – respondió su hija entre risas.

–Noelia, lo sé todo. ¿Dime qué te ha contado? Te prometo que esto no sale de aquí –le suplicó muy seria Margarita a la niña.

–Mamá, es Gin. ¿Qué sabes? Si no hay nada que saber. Solo que en dos meses la tenemos de vuelta en casita –respondió intentando abrir la puerta de la calle.

–Noelia García Quinto. ¡Te ordeno que me cuentes qué pasa con Ginevra! –gritó pegada a la puerta de la casa con los brazos estirados impidiendo que saliera.

El teléfono no dejaba de sonar, continuamente sonaba el tono de entrada de whatsapp y llamadas perdidas, intercalándose con llamadas al fijo. Marga se estaba poniendo de los nervios, su hija que no soltaba prenda y que seguramente aquellas desesperadas e insistentes llamadas serían de Moira con sed de saber. Era una “ansias”, no conocía la paciencia esta mujer.

Descolgó y le pidió que fuera paciente, estaba a punto de conseguirlo, pero que si seguía insistiendo lo único que iba a conseguir es que le bloqueara las llamadas entrantes.

–Mamá, estáis locas las dos. ¿Lo sabes? Gin solo me dijo que tenía novio. ¿Recuerdas lo qué es eso? –respondió sarcásticamente.

–No me puedo creer que me estés diciendo esto. ¡Qué facilidad tienes para hacer daño! –le gritó Marga quitándose de la puerta para dejar salir a su hija.

–¡Pero mamá! No te lo tomes así. Es que estás muy misteriosa y pesada.

–Da igual. Venga, vete que te están esperando –contestó muy afectada.

–Mamá, Ginevra tiene novio. Eso es todo. Ha conocido a un chico en la universidad. Llevan un tiempo, pero ahora la cosa va en serio. Quería darnos una sorpresa, bueno, a vosotras, que yo ya lo sé desde hace tiempo. Vendrá con él, pero no le digas nada a Moira, Gin me matará.

–¿Novio? has dicho novio. ¿Pero quién es el chico? ¿Cómo se llama? Cuéntame lo que sepas. La cosa es seria.

–¿Pero qué pasa? Es que no puede tener novio ¿tenéis algún pacto o algo? ¿Moira acordó que la niña se casaría con alguien? ¿Hay un matrimonio acordado y esto incumpliría el contrato? ¡Madre mía cómo os ponéis! Porque ella fijo que tiene algo que ver.

–¿Cómo se llama? Dime solo eso. Es simple, quiero un nombre.

–Luca, se llama Luca. ¿Más tranquila? –dijo Noelia poniendo los ojos en blanco.

–Luca, pero ¿Luca qué? Digo yo, que el chico tendrá apellido.

–Estáis fatal. ¡Yo qué se cómo se llama de apellido! Solo sé que está locamente enamorada. Adiós – abrió la puerta y salió.

Marga pasó al salón y se sentó en el sofá, estaba agotada, con el revuelo que se había formado con lo que Moira había creído entender y las carreras que se había pegado para llegar a los sitios a tiempo, no podía con su alma. Cogió el móvil y le envió un par de mensajes a su amiga para adelantarle, en cuanto se diera una ducha se acercaría a su casa.

Moira sintió la necesidad de pensar en todo lo que había sucedido y recordó cuando Gin les comunicó que le habían concedido una beca Erasmus para estudiar tercero de carrera, tenía que decidirse entre Londres o París. Terminó eligiendo *La Sorbone*, le pareció mucho más romántica la ciudad, o al menos eso era lo que decía la niña. Tan pequeña y ya había comenzado a volar lejos del nido, aunque las chicas les repetían que ellas cuando se independizaron eran mucho más jóvenes, y tenían razón, Gin ahora mismo tenía tres años más, pero para su madre y para Marga, siempre serían unas niñas pequeñas, además se escudaban en que antes eran otros tiempos.

...

–Luca “amore”, ¿qué prefieres, pasillo o ventanilla? –le preguntaba Ginevra mientras hacía la reserva de los billetes de avión.

–Lo que tú no quieras. Sabes qué no tengo manías –respondió Luca.

¡Qué bien se llevaba la pareja! Para ellos era todo maravilloso, eran los perfectos enamorados, nunca una mala palabra, llevaban más de ocho meses saliendo y hacía dos que habían empezado a vivir juntos. Ginevra se sentía la mujer más feliz del Planeta. Luca era su profesor adjunto, aunque no pertenecía a su facultad, la asignatura que impartía él, le daría los créditos necesarios para conseguir finalizar el año perfectamente. Cuando la eligió jamás pensó que alguien como Luca le daría las clases, ella no era la única que bebía los vientos por él, más de una y de dos, y más de algún que otro compañero moría por tan solo poder rozarlo. Cuando se dieron cuenta que la atracción que sentían el uno por el otro era tan grande y entendieron que serían incapaces de reprimirla, y el impulso enfermizo de darse su primer beso era imparable, no les quedó otra de que ella renunciara a su asignatura, las normas decían claramente que estaba prohibido mantener relaciones entre el profesorado y los alumnos. Y la única idea que se les ocurrió es que Ginevra solicitara unas prácticas en aquel departamento y así dejar de ser profesor y alumna, para convertirse en compañeros.

Luca llevaba cinco años viviendo en París, llegó siendo un estudiante de Erasmus al igual que ahora su novia y le gustó tanto la ciudad, que se instaló allí a vivir.

–Venga, cojo ventanilla y centro –respondió Ginevra mientras compraba online los billetes–. Mi madre te va a encantar, ¡ya verás qué maja!

–No sé si decir lo mismo de la mía... –contestó Luca entre risas–. No por ti ¿eh? Mi padre es un poco especial, pero mi madre... ni te cuento.

–Bueno... cuando me conozcan cambiarán de opinión. No te preocupes –le dijo Gin dándole un beso en la mejilla.

–A mí me da lo mismo lo que piensen, total, no los vamos a ver mucho. Creo que una vez al año lo podríamos soportar, ¿no? –preguntó Luca.

–Vamos a olvidarnos de eso y vayamos a lo importante. ¿Cuál te gusta más? –preguntó Ginevra enseñándole una revista.

–No me veo con ninguno, la verdad –frunció el ceño Luca.

–¿Dejas que me encargue yo, “amore”? –dijo Ginevra.

Se pasaron la tarde entera mirando revistas. Ahora tan solo les quedaba contactar con la empresa de mudanzas y pedir presupuesto para el traslado.

Ginevra estaba especialmente emocionada con el tema, sabía que cuando le contara a su madre lo que para ella era un bombazo, se quedaría paralizada de la impresión. Más de una vez había tenido que contenerse para que no se le escapara y fastidiar la gran noticia, cuando hablaba con ella por teléfono siempre se repetía mentalmente que no era el momento, que necesitaba ver su cara cuando se lo contara. En menos de dos meses, ella y su enamorado, volarían hacia España para instalarse definitivamente allí, ella seguiría con sus estudios y él había solicitado plaza en la Universidad de Alicante para comenzar con un proyecto conjunto entre las dos universidades, Francia y España unidas.

Había dejado encargada a Noelia para buscarles un pisito, algo sencillo, pero mono, necesitaban que tuviera encanto, sabían que no sería como el estudio que tenían en París, pero esperaba que Noelia lo consiguiera. Ginevra se preparó y salió a buscar unas cosas que necesitaba llevar a España.

...

–Moira, ¿estás en casa? –Era Marga.

–De camino. ¿Comemos juntas?

–Vente a la cafetería, no hay mucha gente. Estaremos tranquilas. Hasta las cuatro no llega Esteban.

–Perfecto. Llego en cinco minutos, ve poniéndome una tila. Ahora te cuento lo que se me ha ocurrido.

–Le adelantó a Marga.

–Nada, qué no gano para sustos. No tardes guapa.

Moira había estado días dándole vueltas a la cabeza de cómo conseguir averiguar el nombre completo de su “yerno” y su país de origen, con la de gente que había en el mundo y la de nacionalidades posibles había tenido que dar con la que ella menos soportaba, desde hacía muchísimos años no podía comer ni pasta, tenía que descartar que el chico fuera italiano, una parte de ella le decía que no sería posible, pero su otra parte, la mala, le insistía que sí, que su hija había cometido el error de su vida enamorándose de un chico de Italia. Era consciente de que pocos entenderían su preocupación, pero nadie conocía sus verdaderos motivos.

Aparcó el coche frente al cementerio, nunca se acostumbraría a eso, tanto tiempo que Marga llevaba trabajando allí y en a penas cuatro o cinco ocasiones había conseguido ir a tomarse algo con su amiga, y por supuesto siempre de día. ¡Cómo admiraba su valor! Menos mal que el pan de su casa no dependía de esa cafetería, porque no habría llegado ni a hacer la entrevista de trabajo...

Se aseguró de haber cerrado bien el coche, cruzó y fue corriendo hacia la terraza, siempre que iba allí sentía el mismo escalofrío, además el arquitecto que se había encargado de la construcción de la cafetería se había cubierto de gloria, había mandado construir una gran terraza elevada desde donde se podían admirar las esculturas del cementerio, y con buena vista hasta se podía leer lo que había escrito en las lápidas de los nichos. ¡Todo un espectáculo! Y gratis. Subió a la terraza y buscó una mesa cerca de la puerta.

Movió la silla para sentarse, dejó su bolso sobre la mesa y esperó a que Marga saliera, se quedó mirando a aquella gente, eran raros, más que eso, eran peculiares, no se salvaba ni uno, a cuál peor.

Moira se quedó observando a la señora del camisón, la recordaba del día que llevó en ese ridículo coche a Marga cuando la llamó precipitadamente pidiéndole que fuera a verla. Se llamaba Lola. Era imposible no mirar a aquella gente, daba la sensación de que tuvieran un gran luminoso o una flecha gigante con luces intermitentes apuntando hacia sus cabezas.

La mujer del camisón levantó la vista y haciendo mucho esfuerzo le clavó la mirada, le sonrió y ésta, muy tímidamente le devolvió la sonrisa, no hizo falta nada más, Lola intentó levantarse de su silla, cuando lo logró, se recolocó los bajos de aquel asqueroso y zarrapastroso camisón azul, alargó la mano y enganchó el botellín de cerveza que se estaba tomando y haciendo unas eses muy raras llegó hasta donde se encontraba sentada Moira.

–¿Está libre? –preguntó con esa voz ronca tan desagradable que tenía, sujetando una silla.

–¿Eh?... Bueno, pues ahora mismo es evidente que sí, pero estoy esperando a alguien –respondió Moira un pelín preocupada.

–No importa, será solo un momento –le dijo haciendo verdaderos esfuerzos para que no se le cerraran los ojos y que no se le fuera la cabeza hacia atrás.

Moira se quedó paralizada, pero si le acababa de decir que estaba ocupada, para qué cogía la silla y sobre todo y principal, por qué motivo se sentaba a su lado, quería estar sola, no tenía ganas de compañía y menos la de esa mujer.

–¿Eres Moira? ¿Y, cómo está el tema de tu hija? ¿Has averiguado algo? No te preocupes, no hace falta que me mires así, no me como a nadie –le decía entre risas.

–¿Perdona? –Moira estaba alucinando.

–Perdonada. Mira bonita, yo te puedo ayudar a saber lo que necesitas, tengo contactos. Pero no contactos como los que tú puedas tener en el móvil. Mis contactos van más allá.

Rompió a carcajada limpia consiguiendo que todos los de la cafetería las miraran.

–Vale, que sí. Una cosa, ¿te llamabas Lola? Pues Lola, tú entiendes cuándo una persona quiere estar sola, ¿no? Ya eres mayorcita para notar cuando alguien no quiere disfrutar de tu compañía, no hace falta que te pida que te marches, tú sola lo debes notar –le respondió Moira indignada.

–Tú no sabes quién soy yo, sino, no me hablarías así, tan a la ligera... Te daré otra oportunidad –le decía apoyando la cabeza sobre su brazo alargado rozando con los dedos el codo de Moira–. ¡Y tanto qué soy mayorcita! Tengo setecientos cinco años...

Rápidamente retiró su codo de la mesa, aquella mujer le estaba empezando a poner muy nerviosa, pero con miedo, menuda colgada se le había pegado, encima presumiendo de que sería alguien importante y que podía ayudarla. Moira ya no podía más y se levantó, Marga tardaba demasiado. Al girarse, se tropezó con su amiga que llevaba una bandeja con dos platos de comida. La dejó sobre la mesa y retiró el botellín vacío de Lola.

–¡Qué buena pinta! –dijo Lola metiendo la punta de su dedo dentro del plato de lentejas de Moira.

–¡Será cerda! –dijo muy bajito–. No lo vuelvas a hacer –le dijo Moira cabreada, cambiando disimuladamente el plato con el de Marga.

–¿El qué? ¿Esto? –Se chupó el dedo y lo metió en el otro plato.

Moira ya no tenía ganas de comer, aquella señora le había quitado hasta las ganas de vivir, se quería marchar, eran ella o la loca, pero las dos no podían respirar el mismo aire. Marga tardaba demasiado. Empezó a hacerle señas desde la cristalera, le hacía un gesto de que se marchaba, pero ella no la veía. Cuando se quiso dar cuenta, Lola se había terminado el plato de lentejas con hueso de jamón incluido y ahora estaba mojando pan para rebañar el fondo del plato.

–¡Marga! Cada día cocinas mejor. Le estaba comentando a tu amiga que la puedo ayudar. ¿No le has contado quién soy? Bueno, ya sabéis que solo necesito un “OK” y me lanzo.

Marga cogió a su amiga aparte y le contó que aquella señora vestida con un camisón azul estaba un tanto desequilibrada, como le daba penita, la dejaba venir allí todos los días, además era muy buena cliente, es cierto que salía a cuatro patas normalmente, pero consumía y pagaba, lo demás, a ella no le importaba, si se ponía pesada le silbaba y la otra aunque fuera borracha, lo pillaba a la primera y se marchaba.

Lola era popular en la zona porque se presentaba como “la Niña de la Curva”, así, literalmente, ella estaba convencida que era “la niña”, pero que al haber cogido unos “kilitos” de más, la habían despedido sustituyéndola por una nueva niña que tenía unas medidas perfectas. Aún no había perdido la esperanza de que la llamaran para alguna sustitución, pensaba que la nueva niña algún día renunciaría, era muy duro ese trabajo, y si no valías, con trabajar un par de noches, sentías la necesidad de renunciar al puesto.

Lo que peor se llevaba en ese trabajo eran los días en invierno, sobre todo cuando llovía, porque todos los viejos metían demasiado la rueda en una especie de barriga que al inundarse con el agua, provocaban un gran tsunami duchando entera a Lola, luego era “la Niña de la Curva Miss camisón encharcado”.

Marga sabía que no podía ser cierto, pero como no hacía mal a nadie la dejaba estar allí en la terraza por si las moscas... Alguna que otra vez aparecía con un cartón gigante donde ponía: “Se *hechan* las cartas por la *volunta*”, siempre le decía que sobraba la “H” y que faltaba una “D”, pero Lola siempre le contestaba lo mismo, “que se quedaba como estaba y que sino le echaba mal de ojo, que eligiera”.

Después de la conversación con su amiga, a Moira no le quedó otra que seguirle el juego.

–Lola ¿y cómo me podrías ayudar? –preguntó volviéndose a sentar lentamente, sin terminar de creerse que le estuviera haciendo esa pregunta.

–Necesito un nombre, tan solo el nombre del chico y a ser posible que me mandes a mi móvil la ubicación de dónde se encuentra. Yo calculo que en un par de días conseguiré alguna curva. Me aparezco y ¡¡BOOOO!! –Moira pegó un bote en su silla–, desaparece el problema. Lo dejamos en... ¿quinientos euros? –Puso la palma de su mano estirada mirando al cielo.

–Deja que me lo piense...

Era evidente que Lola no estaba bien, pero como Marga le había pedido que le siguiera el juego, no quiso mandarla a paseo en ese momento.

Margarita necesitaba hablar con su amiga un rato antes de que llegara el cambio de turno, pero Moira no quería estar más tiempo allí, con el disgusto que tenía con lo de su hija y “la Niña de la Curva” que era bastante desagradable de ver y de aguantar, decidió volver a casa, necesitaba descansar un poco y aclarar sus ideas.

Muy amablemente se despidió de los presentes y quedaron en verse por la tarde en su casa y así poder hablar tranquilamente, sin la desagradable de “la Niña de la Curva” en medio.

Aún no había abierto la puerta de su coche, cuando escuchó como alguien le gritaba desde la terraza, no podía ser posible, la del camión se había obsesionado con ella, intentó hacerse la loca y seguir caminando, estaba a tan solo diez metros de la acera, no le quedaba nada para llegar, pero la otra cada vez gritaba más fuerte con esa voz rasgada y potente que salía por su boca, consiguió abrir la puerta del coche y cuando se estaba sentando, notó como alguien o algo le tocaba el hombro, no pudo evitarlo, comenzó a gritar aterrada, estaba al borde de un ataque, por inercia cerró los ojos, no se atrevía a abrirlos, era imposible que aquella mano gigantesca, que había visto de reojo, fuera de “la Niña de la Curva”, si apenas conseguía dar dos pasos seguidos, no le habría dado tiempo a darle alcance. Notó como su estómago comenzaba a temblar, las piernas, todo, finalmente quedó paralizada.

–¡Chica! Eres Moira, ¿no? –escuchó la potente voz de un extranjero, le pareció ruso.

–¿Por? –dijo muerta de miedo y sin dejar de temblar.

–Porque Lola no deja de gritar: “Moira, Moira” y te está haciendo señas. Pensé que serías sorda –le aclaró “el ruso”.

–Puff, es que no la escuché, iba pensando en mis cosas. –Se puso recta y dobló la cabeza hacia aquel hombre sin ser capaz de verle la cara, era una especie de gigante.

–Toma, creo que esto es tuyo. –Le dio unas gafas de sol–, te las dejaste en la mesa. Conduzca con cuidado –se despidió guiñándole un ojo.

Estiró temblorosa su mano cogiendo las gafas, se despidió de aquel extraño señor y cerró la puerta de su coche, puso los seguros y con un miedo que pocas veces había sentido, le dio al intermitente de su coche incorporándose a la carretera.

Tardó en recuperarse de aquel susto, no entendía cómo Marga podía trabajar en aquel sitio y relacionarse con toda esa gente que bien podrían haber sido rescatadas de una película de miedo, de esas que jamás había sido capaz de ver.

Llegó a casa y se sentó en el sillón, necesitaba descansar, demasiadas emociones en tan poco tiempo. Sacó su teléfono móvil del bolso, lo silenció, puso música y se recostó intentando evadirse de todo, cerró los ojos y empezó a sentir como se dormía. Sin quererlo, empezaron a llegar recuerdos a la mente de Moira.

BARCELONA 1994

“Salí corriendo de casa con uno de esos cafés que los meneas y se calientan solos, debí de moverlo con mucho entusiasmo porque con las prisas, al abrirlo salió disparado manchando a la pareja que tenía delante, que como yo, estaban esperando a que llegara el tranvía.

–Pero ¿tú estás tonta o qué te pasa? –me dijo la rubia a la que acababa de rociar con mi café.

–Perdona, perdona. En serio, ha sido un accidente –me disculpé intentando limpiarla.

–¿Cómo que perdona? Pero si no solo me has manchado, me has quemado. Deja de tocarme –me gritaba la rubia.

Yo no sabía dónde meterme, la chica en cuestión no paraba de chillar, vale que había sido mi culpa y si me hubiera pasado a mí, posiblemente le habría tirado a las vías del tren, pero qué había sido sin querer, en qué cabeza cabe que intencionadamente le hubiera querido lanzar mi desayuno, me acababa de quedar sin café y es que no había quedado ni un solajito para poder espabilarme. Su pareja se disculpó educadamente, hasta me lanzó una sonrisa de complicidad haciéndome señas de que no pasaba nada, era muy mono, ¡qué narices!, estaba buenísimo.

Llegó el tranvía e intentando olvidar lo que acababa de ocurrir, me senté para repasar la presentación, menos mal que a mí no me había caído ni una sola gota, me hubiera tocado volver a casa a cambiarme.

Entré corriendo a la oficina, el ascensor parecía que nunca llegaba, la espera se me estaba haciendo eterna y decidí subir por las escaleras hasta mi planta, tan solo eran cuatro pisos y así podría parar en la tercera a ponerme un cortado mientras recuperaba el aliento.

Eché unas monedas, esperé a que se colocara el vasito de plástico y cuando vi que había caído el suficiente café lo quité sin esperar a que la máquina me dijera: “Su café. Puede retirarlo”. ¡Cómo quemaba! Empecé a soplar mientras corría escaleras arriba para llegar a la sala de juntas, entre la carpeta, el bolso y el café, no daba pie con bola, me acababa de convertir en una bomba de relojería, iba esquivando a los compañeros, me disculpaba según me los iba encontrando, me paré en seco para poder darle un sorbo, había conseguido llegar a la puerta de la sala y tenía que aparentar una serenidad que no tenía, no llegaba tarde, pero sabía que todos esperarían dentro ya sentados, tropecé con alguien, debía de ser de la empresa que nos había contratado, y con tan mala suerte que le derramé todo el café por sus pantalones, levanté la vista y ahí en ese preciso instante quise morir.

–Si no te gustan los cafés, para qué te los pides. Esta es la primera vez en toda mi vida que me tiran el segundo café por encima en el mismo día y la misma persona en dos lugares diferentes –me decía el “desconocido conocido” enterito lleno de café.

–Ups, perdona, de verdad que para mí también es la primera vez en mi vida que tiro dos veces seguidas un café por encima y a la misma persona. Te juro que en este momento me quiero morir, me encantaría desaparecer. Por favor, envía aquí la factura de la tintorería y perdona, de verdad que lo

siento, ¿no sé qué me ha pasado? –No sabía cómo disculparme.

Entramos en la sala de juntas, todas las miradas se clavaron en nosotros dos, miré a mi jefe diciéndole en voz baja que lo sentía, dejé el bolso colgado del respaldo de la silla y la carpeta en la mesa, “el chico de los cafés” hizo lo mismo, saludó a su gente y se sentó, comprobé como le hablaba al oído al que tenía sentado a su izquierda, no sé qué le estaría contando, pero ninguno de los dos dejaba de mirarme, bajé la vista deseando ser invisible. Qué manera más estúpida de echar por tierra mi proyecto, con lo que había trabajado y por dos cafés mal “echaos”, todo iba a terminar en un momento, jamás ascendería, me entró pánico cuando se me ocurrió pensar que lo mismo hasta perdería mi empleo. Lo que son las cosas, en un segundo estás rozando el éxito y en una milésima de él, por una tontería, te pegas el golpe de tu vida cayendo a lo más profundo.

–¡Buenos días! Querría agradecer a mi jefe esta oportunidad que me ha brindado eligiéndome a mí para que os pueda presentar la nueva campaña que hemos diseñado para Mancini & Cia. –Miré tímidamente al del café–, he preparado unas proyecciones simulando lo que sería el anuncio. –No me salían las palabras, evitaba como fuera que mis ojos se cruzaran con el desconocido, los nervios me hacían temblar, empecé a tartamudear–. Bue... Bueno, pu, pu, pues...

–A ver, ¿cómo te llamas para poder dirigirme a ti? –preguntó “Juan Valdez”–. Yo soy Carlo Mancini.

Tenía que ser él, acababa de firmar mi sentencia de muerte.

–Eh, yo, eh, pues... –No pude acabar la frase, ni mi nombre fui capaz de pronunciar–. Señor Mancini.

–Llámame Carlo. Bueno, me quedaré con la duda de cómo se llama la chica que va a dirigir nuestra nueva campaña publicitaria. Te puedo hacer una pregunta, ¿verdad?

Por arte de magia mi jefe se iluminó, se levantó y se puso a explicar él solo la campaña, se acababa de dar cuenta que me había quedado muda, me apartó disimuladamente diciéndome muy bajito que luego hablaríamos, terminó la presentación y los futuros clientes se levantaron muy satisfechos, yo intenté salir huyendo sin conseguirlo.

–¡Eh tú, la que odia el café! Un segundo –escuché a mis espaldas.

Me giré lentamente y me acerqué hasta él, mi jefe estaba a su lado. Carlo intentaba darle normalidad al asunto, pero yo no podía olvidar mi mala suerte y que en mi primera presentación había hecho el más absoluto de los ridículos. Estuvimos hablando de cómo se iba a llevar la campaña desde España, yo me despedí y desaparecí, allí se quedaron los demás para firmar el contrato.”

Sonó el timbre de la puerta, Moira seguía dormida, no paraba de sonar, finalmente el ruido de la vibración que hacía su móvil sobre la mesita de cristal, terminó despertándola.

–Marga, me había quedado dormida. Un segundo, te abro. –Se incorporó frotándose los ojos bostezando–. ¡Ya vaaaa!

–¡Qué manera de dormir! Llevo una hora tocando al timbre y llamándote al teléfono –se quejó su amiga entrando a casa.

–Necesitaba dormir, llevo días sin pegar ojo y total he tenido una pesadilla, así que ya ves. Ni sueño reparador, ni leches –se lamentó Moira preparando unos cafés.

¡Qué curioso! Como algo que hacía todos los días y varias veces, en aquel momento le trajo tantos recuerdos. El aroma del café la tele-transportó al pasado. Suspirando, colocó las tazas sobre los platos y salió con la bandeja al salón.

–Marga, no puedo más...

–Moirira, a ver, te hablo desde el cariño y lo sabes. ¿No crees que estás exagerando un poco? No seas dramática, qué mira que te gusta el drama –le dijo Marga mientras echaba azúcar en su taza.

–¿¡Exagerar!?! ¿Hablas en serio? Porque te recuerdo que para dramáticas estás tú. Tú si que te llevas la palma. Y no, no exagero, es mi hija, ya sabes qué pienso de ese tipo de gente. ¡No lo voy a consentir! Mi hija no se va a liar con un italiano. Aunque sea lo último que haga, pero yo esa relación me la cargo.

–Escúchate.

–¡Claro qué me escucho! Escúchame tú. Son mala gente, solo van a lo que van, te prometen la Luna y luego...

–Pues luego aprendes a vivir sin ellos, da igual de dónde sean, si tiene que salir mal, da igual que sea italiano o de Burgos. ¿Quieres qué hablemos de Pelayo? Porque más castellano que él...

–¡Venga! No compares... A “eso” lo que le pasó es que era un cerdo y un enfermo, seguro que tenía sangre italiana. ¿Se lo has preguntado alguna vez? –dijo Moira

–De todas formas te diré que he hablado con Noelia y me dijo que se llamaba Luca, solo Luca, he estado averiguando y en francés se pronuncia igual, aunque se escribe diferente. ¿No es posible que el chico sea francés?

Moirira se quedó pensando, ¡pero qué tonta había sido! Seguro que era de Francia, deseó con toda su alma que el novio de su hija fuera galo, bueno daba igual que fuera de Cuenca, la cuestión era, que no fuera italiano.

Pasados unos minutos se encontraba más relajada y podía pensar mejor, ya no tenía esa sensación de embotamiento de días atrás, casi se había convencido de que “el Luca” de su hija no era de Italia, y que muy probablemente fuera francés. Noelia y los idiomas nunca se habían llevado bien.

Estuvieron hasta bien entrada la noche hablando y recordando viejos tiempos, le encantaba estar con Marga y reírse del pasado, aunque el “tema Carlo” aún no lo había superado, mejor dicho, lo que nunca superó fue la extraña desaparición de él. Recogió la mesa y las dos amigas se despidieron.

Moirira se fue a la cama, estaba agotada y sabía que después de haber charlado con Margarita podría dormir a pierna suelta.

Cuando era tan solo una cría, se trasladó a vivir a Barcelona, comenzó con unas prácticas en una empresa de publicidad, todo le iba bien, había congeniado perfectamente con Miquel, su jefe, ella entró como auxiliar, pero una vez dentro de la empresa, le iba dando mayor responsabilidad y gracias a él o por culpa de él, fue cómo conoció a Carlo, un italiano increíblemente atractivo, guapo... lo tenía todo.

Moira que por aquel entonces era una inocente chica, cayó rendida a los pies del italiano, no pudo controlar su atracción y acabó entre sus brazos viviendo la más bonita y maravillosa historia de amor que jamás hubiera imaginado.

El café que se había tomado le impedía conciliar el sueño, no dejaba de dar vueltas en la cama, imágenes del pasado le venían a la mente, su cerebro había despertado esa historia que ella creía tener dormida. Sentía que su cabeza era como un volcán dormido que despierta del largo letargo comenzando por echar humillo gris, pasando a ser negro noche, para terminar con una apoteósica erupción, y de un momento a otro había que evacuar a la población. Estaba delirando, qué manera de divagar. Se levantó y se asomó a la ventana, necesitaba respirar aire fresco, desde dónde estaba colocada vio como pasaba un coche patrulla de la Guardia Civil, se iluminó, sonrió de oreja a oreja y volvió a su cuarto. Acababa de tener una revelación divina, ¡Camilo!, eso era. Por arte de magia recordó cómo lo conoció.

ALICANTE 2010

“Estaba tirada en el sofá de casa haciendo el perro, me estaba comiendo mi sexto *Huesito*, reconozco que soy adicta a ellos, no puedo parar de comerlos, pues mientras me empujaba con el dedo el último trozo, me sonó el móvil, era Margarita.

–¿Sí? –respondí.

–¿Dónde estás? Dime que estás cerca o me muero –me gritó mi amiga.

–¿Cerca de dónde? Dime dónde estás tú y así sabré si estoy cerca de ti.

–¡Qué si estás en casa, leches! –Sonó el timbre de la calle.

–Espera Marga, llaman.

–Soy yo, ábreme, corre... –Me colgó antes de que le pudiera decir nada.

Me levanté sacudiéndome un montón de envoltorios de los *Huesitos* que había ido dejando a mi lado mientras los engullía, no tuve tiempo de agacharme a recogerlos, el timbre se iba a quemar, ya me empecé a preocupar y salí corriendo. ¿Qué le habría pasado a esta buena mujer?

–Pasa ¿Estás bien? –le pregunté mientras ella se colaba por debajo de mi brazo.

–¡Madre mía! ¡Qué fuerte! Deja que coja aire. –Tenía la respiración entrecortada e intentaba coger aire con una mano colocada en el pecho.

–Joder, me va a dar algo. ¿Por qué vienes así? –le grité.

–Lo he visto. Casi me muero.

–¿A quién has visto? No me asustes.

La conversación era un poco irracional, sabía que había pasado algo, pero ella no me lo decía, se limitaba a intentar respirar y a decir frases cortas sin darme la información que yo necesitaba.

Por fin conseguí que me contara. Resulta que se había enamorado de un Guardia Civil, eso era todo. Sí, os preguntaréis qué podía haber de malo y dicho así nada, pero si tenemos en cuenta que solo sabía cuál era su profesión, ya está, ni nombre, ni dónde vivía, ni si estaba casado, ni nada de nada.

Fue un flechazo, al menos ella insistía en eso. Cruzaba un paso de peatones y lo vio, ahí supo que se

había enamorado. Esa relación plátonica fue una pesadilla, hasta decidió no pasar la ITV deseando que la parara para que la multara y así entablar una conversación con él. Mi Marga siempre era así. Desde que la conozco vivo continuamente en un sin vivir, para qué decir otra cosa.

Le expliqué que sería mejor pasarla, el amor la tenía cegada y no entendía que en el pueblo había bastantes más Guardia Civiles, ninguno entendería que si la pararan y le pidieran la documentación les dijera: “Ya lo sé señor agente, la ITV soy consciente que no la he pasado, pero verá, no contaba con que fuera usted el que me parara, yo quería que me pidiera los papeles un compañero suyo, uno así muy mono, morenito, ojos verdes, un culo de escándalo y claro, ahora usted no se lo creerá, pero me viene fatal que me multe, yo solo quiero que lo haga él. ¿Sabe de quién le hablo? ¿Me podría decir su nombre?...” Una locura.

La cuestión era que lo vio, se lo cruzó por la calle, ella sintió que se le paraba el corazón, el estómago le daba vueltas y la cabeza también, dice que tan solo le salió decirle “hola”. Todo el rollo de que se moría, por eso. Me obligó a vestirme y a salir con ella, sabía que estaba de turno y quería averiguar más. Me arrastró literalmente a la calle.

–Vale, y ¿dónde lo has visto? No tengo ganas de empezar a dar vueltas por todo el pueblo en busca de la Guardia Civil, la gente lo hace al contrario, huye de ellos...

–Lo vi andando, pero al lado había aparcado un coche patrulla. ¿Y si vamos a poner una denuncia? – me sugirió.

–¿Una denuncia? Y ¿qué denunciarnos? Que le has dicho “hola” a uno de los suyos y no te ha contestado el muy maleducado. Cada día estás peor, y yo por seguirte el juego.

–Allí, allí están. Corre escóndete. –Me pegó un tirón de la chaqueta.

Y detrás de un cubo de basura estábamos las dos agachadas escondiéndonos de la Guardia Civil, me estaba empezando a poner muy nerviosa, además el olor de aquellos cubos no era nada agradable, el simple hecho de pensar que pudiera salirnos una rata me daba pánico, ya me veía yo chillando como una loca corriendo calle arriba. Solo se escuchaba nuestra respiración, ya no aguantaba más allí detrás agazapada, además me dolían las piernas de la postura tan incómoda que teníamos, y encima desde ahí no veíamos nada.

–Tía, paso, vámonos de aquí –le sugerí muy bajito–. Me está entrando angustia.

–No puedo... No pue... –me intentaba decir poniéndose la mano en la boca–. Jod...

Me levanté súper rápido, salté hacia la acera tan enérgicamente que me comí al que pasaba en aquel momento, me lo llevé por delante, caímos al suelo los dos, yo encima de él y Margarita se levantó casi a más velocidad vomitándonos a los tres, porque al que yo derribé venía acompañado de otro.

Imposible haber tenido más mala suerte, le acababa de vomitar a “su amado”. Yo no sabía dónde meterme, acababa de atentar supuestamente con un agente del Estado. Nos levantaron de una manera muy brusca, al que tenía debajo, creo que me hizo una especie de llave porque fue un visto y no visto, me levantó por el aire sujetándome ambas manos e inmovilizándome sin que yo fuera capaz de saber cómo había sucedido. Y a Margarita la sujetaba el otro, nos miramos a la vez, bajamos la mirada al suelo intentando no romper a carcajadas. La cosa era seria, pero creo que lo nuestro era más risa tipo nerviosa que otra cosa.

Nos pidieron la documentación y nos medio interrogaron preguntándonos qué hacíamos allí escondidas, y ¡claro!, por muy jodidas que estuviéramos no les podíamos decir la verdad. Guardamos silencio unos segundos, nos volvimos a mirar y Margarita les explicó.

–Se me cayó una lentilla, señor Agente.

–Eres tonta –le dije solo moviendo los labios y haciendo gestos con mis ojos hacia sus gafas, que como siempre, las llevaba puestas.

–Por favor. ¿Qué hacían ahí escondidas? Y ¿Por qué saltaron sobre nosotros? –preguntaba el más guapo de la Benemérita.

–Perdí mi lentilla y me puse las gafas para buscarla. –Ahí estuvo rápida mi Marga.

–Bueno, esto que ha pasado no se puede tolerar –dijo el feo del equipo limpiándose con un pañuelito de papel.

–Buscaba las llaves de casa, al tirar la basura creo que las perdí bajo de los cubos –contesté yo poniendo cara de angustiada.

Por fin nos retiramos de allí, fue de agradecer, el olor ya era más que insoportable y corríamos peligro de que fuera yo la siguiente en echar el alma y ya hubiéramos terminado esposadas en el calabozo.

Nos disculpamos con los dos y seguimos la marcha, Margarita de vez en cuando echaba la vista atrás suspirando, al menos habíamos averiguado cómo se llamaba el susodicho.

–¡Qué guapo! Me he enamorado más todavía –repetía continuamente.

–Sí, ya he visto, y de regalo le has potado. Me encanta tu manera de demostrar los sentimientos. –Me empecé a reír.

–¡Calla! Es la primera vez en mi vida que vomito de esa manera. –Puso cara de asco.

–Bueno, vamos a dejarlo ya...

Gracias a aquel suceso comenzaron una estrecha relación, su “amado pistolero” y Marga se veían casi a diario, él cada vez que estaba de turno pasaba por la cafetería a tomarse un café y con la excusa, charlaban un rato. Se hicieron muy buenos amigos, la cosa no fue a más porque Marga se enteró que estaba casado, le iba muy mal en su matrimonio, pero mi amiga era fiel a sus creencias, jamás de los jamases tendría nada con un hombre casado.”

Había que localizar a Camilo, Moira quería pedirle ayuda. Tenía que plantearlo bien, no podía llegar al cuartel después de tanto tiempo sin verse y preguntarle si podía investigar al novio de su hija. Tendría que pensar en otra cosa. Necesitaba la ayuda de su amiga.

Consiguió dormirse, el cansancio la había vencido, ya no aguantaba más tiempo despierta con aquella obsesión. Al día siguiente tenía que trabajar y necesitaba estar despejada.

Moira se despertó bastante antes de que le sonara el despertador, hubiera estado bien dormir un par de horitas más, pero con lo poco que había conseguido descansar, para ella era más que suficiente.

–¡Muy buenos días! He tenido una idea maravillosa –le contaba por teléfono a su amiga mientras encendía las luces del almacén.

–¡Sorpréndeme! ¿Tengo qué sentarme? –respondía Marga asustada.

–Eso depende de cómo te lo tomes –Moira soltó una carcajada–. Verás, necesito que me localices a Camilo.

–¡Camilo! ¿Mi Camilo? Tú estás tonta ¿no?

–Necesito que lo localices. ¡Qué más da que esté tonta! Llámalo, porfa, yo lo haría por ti y lo sabes... Dile que necesito un pequeño favor, del resto me encargo yo. ¿Sabes qué te quiero? –Moira colgó.

Sabía perfectamente cómo ganarse a Marga, siempre apelaba al amor que se tenían y la otra caía rendida a sus pies haciendo todo lo que estuviera en su mano por ayudarla. Se sentó en la mesa de su despacho y comenzó la jornada laboral un tanto nerviosa, pendiente de la llamada de su amiga para saber si había localizado a Camilo.

...

Marga sacó su teléfono y empezó a buscar por la letra “C”. Ahí lo tenía.

–¡Camilo! Hola soy Marga. ¿Cómo te va todo?

–¡Hombre, qué sorpresa! ¿Todo bien? Espero que no me llames para pedirme que vaya porque te has metido en un lío... Porque estoy de baja.

–Noo, tranquilo. ¿De baja? ¿Qué te ha pasado? Espero que no sea grave.

–Una chorrada. Cuéntame.

Marga le dijo que necesitaba un pequeño favor, que no era importante, lo invitó a la cafetería, era mejor comentárselo en persona, por teléfono era complicado. Camilo aceptó y quedaron en verse aquella misma mañana.

Aunque nunca pasó nada con él, a Marga le encantaba su compañía, se sentía muy a gusto y le hacía gracia escuchar los piropos que aquel Guardia Civil le regalaba, entró a la barra de la cafetería y cogió su neceser, siempre lo tenía a mano, necesitaba un poco de maquillaje.

Sujetando un pequeño espejito de mano circular, empezó a maquillarse, comenzó por un ojo, eligió una sombra marrón chocolate, con el dedo se la fue restregando por el párpado, iba moviendo el espejito intentando acercarlo todo lo que le era posible porque no veía nada sin gafas, se fue haciendo la raya sin darse cuenta que se le había ido la mano, más bien parecía que se iba a la presentación de la “Reina Mora”, le había quedado demasiado exagerada. Cogió una toallita desmaquillante, cuando escuchó.

–¡Buenos días le de Dios! –Era Lola.

–¡Buenos días, maja! –Se giró en el interior de la barra.

–Hace un momento estaba ahí escondida detrás de la sombrilla y te escuché como hablabas con tu amiga y después con Camilo, espero que no te moleste la intromisión. ¿Pero qué pinta la Guardia Civil en este asunto? –preguntó Lola que conocía perfectamente al agente.

–Nada, tranquila. ¿Qué te pongo? Llevo un poco de prisa. –Marga no quería hablar con Lola del tema.

–Coca-cola Zero y unas aceitunas. Margarita, quiero ayudar a tu amiga, tanto es así que se lo hago

gratis. Llámala y cuéntaselo.

–Gracias Lola, pero ya está todo solucionado –le respondió mientras le servía lo que había pedido.

–Ya, pero es que quiero ayudarla. Quiero que sepa cómo trabajo –insistía Lola.

Salió de la barra con la bandeja llena, le hizo un gesto con la cara a la “Niña de la Curva” para que la siguiera. Le dejó las cosas en una de las mesas de la terraza y tomó nota al resto de clientes que allí fuera la esperaban.

Continuó atendiendo a la gente, entraba, salía, entre medias avisó a Moira que ya había hablado con Camilo y que se presentaría allí para que le contara mejor qué tipo de ayuda necesitaban. Su amiga, muy agradecida, le informó que en media hora estaría allí.

–¿Cómo está la camarera más guapa y especial de toda la faz de la Tierra? –Entrada triunfal de Camilo.

–¡Hombre, mi Guardia Civil favorito! –Marga le saludó con dos besos.

–Te veo diferente Margarita. –Camilo la miraba muy atento.

–¿Diferente? Espero que sea para bien –Marga sonrió.

–Diferente, atrevida..., pero guapa cómo siempre –contestó Camilo sin quitarle ojo.

Ella se sintió alagada por su amigo, ¡cómo le gustaba sentirse así! Lo único que no entendía era por qué la miraba con esa cara y le sonreía, ya le estaba empezando a poner un poco nerviosa.

–¡Buenos días! ¡Cuánto tiempo! –saludaba Moira mientras subía las escaleras de la terraza.

–¡La qué faltaba! –respondió Camilo entre carcajadas–. Miedo me dais las dos juntas.

Se sentaron en la misma mesa y comenzaron a charlar, hacía mucho tiempo que no se veían, se pusieron al día, le contó por qué estaba de baja, una pequeña intervención sin importancia que le tendría alejado de las calles un par de semanas, Moira parecía preocupada, ya no por él, sino porque sabía que no le podría ayudar en lo que ella quería, aún así, le pidió el favor, no perdía nada.

–¿Entonces?, no tenemos apellido, ¿verdad? Y cómo pretendes que acceda a los datos si no tengo nada más que un simple nombre. Dime al menos dónde trabaja y ya tiro de contactos –aclaró Camilo.

–Déjame unos días para que averigüe el nombre de la empresa –respondió Moira.

–¡Mira qué prisa se ha dado ella!... –Salió Marga a la terraza.

–¡Tía!... –Se levantó mirando fijamente a su amiga.

–¿Qué? –preguntó Marga asombrada.

–¿Cómo que qué? Tu ojo. ¿Qué pasa que no tenías dinero para los dos? O ahora me vas a decir que te has enamorado de un profesor de estética y que te has apuntado también a sus clases de maquillaje... –dijo bromeando.

–¡Mierda! El ojo. Si es que cuando aparece Lola me bloquea. Estaba pintándome detrás de la barra... Bueno da igual, un segundo y me desmaquillo. Quédate ahí fuera con Camilo. Ahora entiendo por qué me dijo que estaba diferente. ¡Qué vergüenza!

Moira le contó lo preocupada que estaba por su hija, no le dijo toda la verdad, tan solo que necesitaba saber quién era él, quería asegurarse que era una buena persona y que no tuviera antecedentes. Cosa de madres, le hizo ver.

Después de un par de horas charlando, se despidió de las dos amigas y quedaron en verse cuando tuviera más datos. Lola aprovechó que el otro se marchaba para sentarse en la mesa con Moira.

–Me necesitas y lo sabes. El otro día no empezamos con buen pie. ¿Te ha dicho tu amiga que te lo hago gratis? Estoy de promoción –soltó una carcajada.

–¡Qué no! No quiero hacerle nada malo al chico, solo quiero confirmar de dónde es, y que deje a mi

hija. Eso es todo.

–Mira, te explico, ahora mismo tengo un paquete promocional. Ya te he dicho que es gratis. ¿Te vas a negar? Es gratis... –insistía Lola.

–Sé que me voy a arrepentir, pero dime.

Lola comenzó a explicarle en que consistía aquel maravilloso paquete promocional gratuito. Moira estaba alucinada, ¡cuánta loca suelta por el mundo! Y lo que era peor, estaba empezando a perder el contacto con la realidad escuchándola atentamente allí sentada en la terraza, frente al cementerio, estaba cerrando un trato con una señora que llevaba un camisón azul, ¡Dios sabía desde cuándo!, jurando ser “la Niña de la Curva”, queriendo alejar al novio de su hija apareciéndosele en mitad de la noche y asegurando que no le haría ningún daño. Una locura surrealista, se mirara por dónde se mirara.

–¿Puedo? –dijo un señor tremendamente gigante vestido con un traje negro, y un escudo bordado en el pecho de su chaqueta.

–¿Puede?, ¿qué? –respondió Moira con la voz temblorosa.

–¡¿Qué si puedo sentarme con vosotras!? –respondió aquel señor.

Enseguida recordó que aquel individuo era el que le entregó sus gafas de sol olvidadas en la terraza de Marga aquel día, dándole el mayor susto de su vida. Antes de que consiguiera articular palabra, ya se había sentado con ellas.

–¡Qué pasa Romanov! –dijo Lola chocándole los cinco.

–¿Es esta la chica que necesita ayuda? –preguntó el ruso.

–Sí, esta es la amiga de Marga, la que te comenté el otro día que tiene un problema con el novio de su hija –aclaró Lola.

–¿Perdón? A ver, qué me he perdido –dijo Moira.

–Nada mujer, los amigos de Marga, son nuestros amigos. Lo que necesites –respondió el ruso.

–¿Pero esto qué es? No entiendo nada ¿Tú quién eres? Yo no le he pedido ayuda a nadie y menos a vosotros dos. ¿Estáis locos? –dijo enfadada.

–Te presento a Romanov, el enterrador. Y sí que necesitas nuestra ayuda. No seas tímida –insistía Lola.

–¿El enterrador dices? ¿¡Pero qué clase de ayuda pensáis que necesito!? Enfermos. Habéis conseguido asustarme. Ya no hay nada de que hablar. Olvidad que me conocéis y meteos en vuestros asuntos –dijo Moira aterrorizada intentando levantarse de la mesa.

–Espera –le dijo el ruso sujetando a Moira de la manga de la cazadora–. Siéntate guapa.

–Suéltame o grito –amenazó Moira.

El ruso le pidió amablemente que se sentara, ella no dejaba de temblar y lo único que quería era salir de allí corriendo sin mirar atrás, estaba muerta de miedo. No entendía cómo se había metido en aquel jaleo, estaba claro que era un mal entendido y que estaba rodeada de enfermos. ¿En qué cabeza cabía estar sentada en una mesa con una loca que aseguraba ser “la Niña de la Curva” y un enterrador ruso? No tenía sentido alguno. Además, ya estaba empezando a sentir pena por Luca, el novio extranjero de su hija. Ella no le quería hacer daño, bueno, daño físico, solo quería apartarlo del lado de su niña si se confirmaban sus sospechas de que era italiano. Ella no quería que su hija pasara por lo mismo que pasó de joven.

Sabía que no estaba pensando racionalmente, pero desde el día que Carlo desapareció de su vida misteriosamente, para Moira se había terminado Italia y por encima de todo los italianos.

Consiguió liberarse del ruso, se despidió de ellos todo lo amable que el miedo la dejó serlo. Salió

corriendo hacia su coche y se metió dentro intentando respirar rítmicamente.

Ya en su despacho queriéndose olvidar de lo sucedido en la cafetería “del pánico”, intentó autoconvencerse de que lo que le pasó a ella con su italiano no tendría por qué pasarle a Ginevra. Siempre contando con que el tal Luca lo fuera. Se recostó y cerró los ojos con la esperanza de desconectar.

BARCELONA 1994

“No paraba de sonar el teléfono, lo estaba escuchando desde la cama. Era tan insistente que no me quedó otra que levantarme para descolgarlo.

–Moira, perdona por las horas. –Era mi jefe al teléfono.

–Nada, no te preocupes Miquel. ¿Pasa algo? –pregunté medio dormida.

–Guapa, ya me explicarás qué le has hecho al italiano, pero está encantado con la campaña, aunque yo diría que está más encantado contigo que otra cosa. –Me sonó un poco celoso.

–Bueno, la verdad que no le he hecho nada bueno, fue un accidente. Te juro que no tenía ni idea de quién era ninguna de las dos veces, y a su novia tampoco quise tirárselo por encima.

Después de medio enfadarse conmigo, quedamos a la mañana siguiente una hora antes en la oficina para reunirme con ellos y concretar los detalles.

Esa noche no dormí, los nervios y la ansiedad del día anterior me mantuvieron despierta toda la santa noche, amanecí con los ojos un poco hinchados y agotada, me di una ducha con agua fría, casi me congelé en la bañera, pero lo único que tenía claro es que mientras el italiano estuviera en España, no volvería a probar el café. Me vestí y cogí un taxi, cuanto menos gente me cruzara, sería mejor para todos.

Estuvimos reuniéndonos una vez por semana durante dos meses, me sentía súper orgullosa de mi trabajo. Hoy sería el gran día.

–¿Lista? –Carlo me llamó a la oficina.

–Ahí voy, pero sí –dije con voz temblorosa, como cada vez que le tenía que hablar.

–¿Paso a recogerte? El vuelo de mi novia se ha cancelado, así que asistiré solo.

–No te preocupes, pasará Miquel a por mí en diez minutos. Muchas gracias. –La verdad que me hubiera encantado llegar con él.

El desfile y la presentación de la campaña fueron un éxito. Carlo parecía fascinado con todo lo que yo había conseguido.

–Pues todo ha salido maravillosamente bien. Muchas gracias Moira, me ha encantado trabajar contigo. Ahora ya no hay marcha atrás, espero que tengamos muchas ventas y que podamos volver a vernos en la campaña de primavera-verano. –Me dio dos besos mientras yo le estampé mi mano extendida esperando a estrecharla con la suya.

–Eso espero. Gracias a ti. Pues aquí termina nuestra relación laboral –le dije mientras reconstruía mis dedos estampados contra su estómago.

–Bueno, espero que no –se rió–. Digamos que aquí acaba nuestra relación, pero seguimos teniendo un contrato con vuestra empresa.

Puff, cada vez que abría la boca, metía la pata. Le estreché, con un buen apretón, la mano a mi jefe, y se despidieron. Vi como se subía a su deportivo, bajó la ventanilla y nos saludó con la mano, me guiñó un ojo, arrancó y se marchó, allí se alejaba mi italiano para siempre. ¡Oh no!, creo que Carlo me había empezado a gustar.

–¿Una copa para celebrarlo? –me preguntó mi jefe.

–Una no, varias, por favor –dije suspirando.

–No me lo puedo creer, te gusta el italiano.

–Tú estás tonto... Calla, para nada –dije poniéndome roja como un tomate.

–Bueno, vamos a por esas copas, que nos las hemos ganado”.

Moira seguía relajada en su sillón recordando, hacía tanto que no pensaba en ello... Recordaba con añoranza sus inicios en Barcelona, pero cada vez que recordaba su etapa laboral allí, era inevitable no incluir en sus recuerdos cómo surgió su historia con Carlo.

Alguien había entrado en el almacén, se incorporó y se frotó los ojos. Tocaron a la puerta.

–¿Sí? Adelante –dijo poniéndose en pie.

–¡Hola, Moira! Venía a preguntarte si te parece que le organicemos una bienvenida a Gin –preguntó Noelia.

–¡Eso no se pregunta! –respondió Moira.

–Bueno... más que nada, era para consultártelo antes. Pues genial. Voy a empezar a organizar –dijo Noelia.

–¿Cuántos vamos a ser? –preguntó Moira.

–Pues si te digo la verdad, aún no lo tengo claro, pero en cuanto me confirmen, te digo –aclaró la joven.

Moira solo quería saber cuántos serían porque entendía que de esta manera, sabría si para esa velada contarían con la presencia de su “yerno”. Una parte de ella le decía que se estaba montado una película en su cabeza increíble, y que más bien, correspondían a los pensamientos de una niña, pero su otra parte le aseguraba que vendría con él, que sería italiano y que tendría que terminar con aquella relación.

París, aeropuerto de “Charle de Gaulle”.

Ginevra y Luca llegaban cargados de maletas. Había llegado el gran día. En menos de dos horas volarían hacia España para instalarse definitivamente allí. La pareja estaba emocionada, ya no había marcha atrás, en ese preciso instante comenzaban una nueva vida juntos, la cosa iba muy en serio, habían decidido dar el paso de manera oficial. Estos meses habían estado viviendo en un pequeño estudio parisino, el de Ginevra, aunque Luca seguía manteniendo su propio apartamento, a ella le parecía un gasto extra innecesario.

No sabía muy bien qué le ponía más nerviosa, si el saber que en cuanto pusieran un pie en territorio español aquella relación sería oficial para el resto del mundo, con contrato de casa compartida de por medio o plantarse delante de su madre y decirle que ese que la acompañaba era su novio y que acababan de alquilarse juntos un pisito con la ayuda de Noelia. Sinceramente, le imponía muchísimo más su madre, pensar ¿cuál sería su reacción? Aquel hombre con el que llegaba acompañada, era el amor de su vida, Luca, compañero de trabajo, antiguo profesor suyo, volvía a darle vueltas a lo mismo, ¡qué mareo! No podía quitarse de la cabeza cómo se lo tomaría. Empezó a preguntarse si no hubiera sido mejor advertirle por teléfono. Tendría que haberle dado la noticia antes. La emoción le había nublado la vista, pero ella lo hizo con su mejor intención, quería darle una sorpresa. Le empezaron a entrar los remordimientos y un terrible dolor de estómago, no sabía cuánto tiempo iba a aguantar sin romper a llorar. Ella sola se estaba agobiando a sí misma.

–¿Nerviosa? –preguntó Luca en la cola de embarque.

–¿Crees qué he hecho bien en no contarle nada a mi madre? –preguntó Ginevra.

–Todo va a salir bien. Tranquila. Solo tienes que presentármela y decirle que en lugar de vivir en París, ahora lo haremos en tu pueblo, podrá verte casi a diario. La otra opción era verte cada seis meses y tampoco era algo seguro. Doy por hecho que se alegrará de la noticia. –Intentó tranquilizarla.

–¡Me encanta tu optimismo! ¿Te he dicho alguna vez que te quiero? –sonrió Ginevra.

Entregaron sus billetes y la documentación para empezar a bajar por la rampa a la espera de que un autobús viniera a por ellos, para subir al avión.

–Luca, me muero de frío –le dijo Ginevra apoyando su cara sobre el pecho de su novio.

–No queda nada para que digas todo lo contrario. Ven aquí –le dijo Luca acariciándole la cara.

Ginevra sacó su teléfono móvil, envió un mensaje y lo desconectó, en unos minutos el avión despegaría rumbo a su querido país.

•••

En España estaba todo listo para recibir a la joven pareja. Noelia se había acercado hasta el aeropuerto, ella se había ofrecido para ir a recogerlos y trasladarlos a su nuevo hogar, aunque a Moira esa información se la habían omitido. En la cafetería estaban ultimando las cosas que faltaban para la cena, le habían organizado una pequeña fiesta de bienvenida en la cafetería del cementerio.

–Marga, ¿No están tardando mucho? –preguntó Moira muy preocupada mirando su reloj.

–No empieces. No pienses que el avión se ha estrellado o que los han secuestrado. ¡Qué te conozco! Es posible que se haya retrasado el vuelo, pero por motivos normales –Marga riñó a su amiga.

–¡Oye! Qué no quería decir nada de eso, tan solo... Bueno, que tardan, ¡coño!

–¡Valeee! Cuelgo este letrerito aquí, ¿no? –dijo Marga estirando los brazos todo lo que pudo para que no se le cayera el cartel.

–¡Cuélgalo donde quieras! Estoy preocupada, no puedo pensar. Lo siento –se lamentó Moira.

–Deja ya de dar vueltas. Si no puedes ser útil aquí, salte a la terraza y te pones a hinchar globitos.

¿Eso sí que podrás? –preguntó Marga.

–Ya verás cuando Gin vea todo esto, le va a dar algo –apuntó Moira toda desganada mirando a su amiga–. Y ya cuando vea el elenco de público que le tenemos preparado, va a llorar de la emoción. ¡Cómo si lo estuviera viendo!

–¡Oye! Sin ofender. En mi bar todo el mundo es bien recibido, y lo sabes. Aunque bueno..., si te pones a analizarlo, doy pena. –Miró hacia la terraza–. ¡Venga!, ahora me vas a hacer llorar a mí por la mierda de vida que tengo en esta cafetería del demonio, que bien parece el Purgatorio con sus almas en pena paseándose por aquí felizmente.

–Mira, ya tienes nombre para la cafetería. Me encanta, ¿sabes? –dijo Moira.

Los clientes estaban colaborando, eran muy voluntariosos y amables. Se habían enterado que se organizaba una fiesta y sabían que iba a haber alcohol, ellos gratis o pagando bebían lo que no estaba escrito. Para Marga, unos buenísimos clientes.

Lola no paraba de revolotear alrededor de Moira, la estaba rondando desde hacía bastante rato sin conseguir llamar su atención, o al menos, sin que le dirigiera la palabra.

–¿Te has dado cuenta? –dijo Lola mirando a Moira.

–¿De qué? De que me estás poniendo de los nervios con tanta vueltecita tropezándote con todo lo que te encuentras en tu camino. ¿Puedes parar? ¿O es que te estás meando? ¡Por Dios, Lola! Te lo digo muy en serio, si vas a seguir me lo dices y me vuelvo a entrar –le dijo Moira un poco encendida.

–No. Bueno, mujer, pues perdona. Tan solo quería que vieras que me he puesto un camisón nuevo... –dijo muy apenada Lola–. Era por si al final te decidías y me contratabas.

–Pero a ver, ¿tú cómo te encuentras? –le preguntó Moira sintiéndose un poco mal por como le había hablado.

–Pues yo me encuentro en paro, por eso te pido, te ruego, que me contrates. Soy muy buena en mi trabajo. Si no fuera tan buena no me ofrecería, te podría decir que pidieras referencias, pero claro... No queda nadie al que preguntarle –respondió mirando al cementerio.

–No, no. Me refiero a que si a ti te han internado o algo, porque te juro que quiero creerte, pero es que..., mírate. –Le señaló a su camisón– Si te hace feliz que te contrate, se que me voy a arrepentir de esto, pues contratada. Pero una cosa, siempre y cuando me asegures que no le harás daño a nadie.

Moira le alargó la mano para cerrar el acuerdo.

Tenía la extraña sensación de haber firmado un pacto con el Diablo. Cuando le estrechó la mano a Lola, sintió un fuerte escalofrío que le recorrió todo su cuerpo, una especie de latigazo que notó como le salía por su nuca. Aquella mujer le daba un poco de miedo, pero si así podía quitársela de encima, habría que contratarla. En un segundo recordó lo de los quinientos euros y el escalofrío fue mayor, pero en seguida recordó que se había ofrecido a hacerlo gratis.

Pues ya estaba hecho, acababa de contratar a aquella señora, que era evidente que no estaba bien de la cabeza para que espantara al novio de su hija. No tenía muy claro en qué consistía el trabajo, ¿se le aparecería en mitad de la noche, subiéndose a su coche? ¿Luego se proyectaría en la primera curva que tomaran para decir que allí se mató? Menudo mal rollo le estaba entrando, no quería pensar en eso, pero es que no podía pensar en otra cosa.

También sabía que Lola con que se le apareciera saliendo del baño con todo apagado, ya le habría dado el susto de su vida, pero el objetivo era alejarlo del lado de su hija, no se le ocurría el modo. Todo

aquello era ridículo, si seguía viniendo por la cafetería de su amiga, terminaría más loca que todos sus clientes juntos. Ahora resultaba que hablaba sola y lo que era peor, se contestaba a sí misma con total naturalidad.

Se empezó a preocupar, ¿estaría volviéndose loca?, aquella gente en algún momento de sus vidas habrían sido cuerdas, ¿cómo les habría sucedido? Un día se levantaron estando locos, o fue poco a poco.

–Señora, ¿ha pensado ya si quiere que le eche una manita? –preguntó Romanov.

–No se preocupe. Todo controlado –respondió agobiada.

No entendía el interés de aquella gente en involucrarse en su vida, eso ya no era ser amables, esto ya era una enfermedad y una obsesión. Se levantó y cogió su teléfono, pensó que llamando a Noelia, le podría decir si el avión llevaba retraso, tenía la cabeza continuamente en la llegada de su hija.

–Noe, ¿cómo va todo por ahí? ¿Ha llegado ya Ginevra? –preguntó Moira.

–Hola, aún nada, no te preocupes, que en cuanto la tenga conmigo te aviso. Piensa que cuando aterrice, aún tiene que recoger las maletas –dijo Noelia.

–Bueno, pero en la pantallita verás si ya aterrizaron o si se han retrasado.

–No te preocupes. De verdad. Está todo bien –se despidieron.

Noelia aún no había guardado su teléfono en el bolso, cuando vio aparecer a su amiga por la puerta de la salida internacional. Entre toda aquella gente pudo distinguirla perfectamente, pero no conseguía ver por ningún lado a su acompañante.

–¡Gin, aquí! ¡Ginevraaaa! –Noelia la llamaba levantando su brazo derecho.

–¡Noelia! ¡Qué ganas de abrazarte! –Ginevra se lanzó sobre ella.

–¡Pero qué guapa estás! Te ha sentado genial el aire parisino. Venga ¿y tus maletas? –preguntó mirando a las manos de Ginevra.

–¡Ah, sí! Mira, te presento a Luca. –Señaló a un carrito con una impresionante torre de maletas que impedían que se le viera la cara.

–Encantada –respondió Noelia intentando encontrar a Luca.

Se saludaron y salieron hacia el parking donde estaba aparcado el coche que había traído. Hicieron auténticas virguerías para poder encajar todo el equipaje que habían traído Ginevra y Luca. Aquello era imposible de meter en el maletero. Después de cuatro intentos, obró el milagro, consiguiendo cerrar el maletero y las puertas con Luca dentro del asiento trasero al que casi ni se le veía.

Noelia les comentó que primero pasarían por la cafetería, fingiendo que se le habían olvidado las llaves del nuevo apartamento, era la única excusa que se le ocurrió para llevarlos allí y poderles dar la sorpresa.

El único sitio libre que encontró fue en la misma puerta del cementerio. A Luca le sorprendió bastante que fueran allí, no entendía muy bien por qué habían parado en un lugar como ese.

–¿Por qué me habéis traído a un sitio tan tétrico? No me digas que vamos a vivir aquí... –bromeó Luca.

–¿No es adorable? –preguntó Ginevra a su amiga.

–¿El qué? ¿Qué piense que os he alquilado un nicho? Estás fatal... –respondió Noelia.

Bajaron los tres del coche. Ginevra estaba ansiosa por llegar a su nueva casa, no había parado de quejarse todo el camino de qué menuda cabeza tenía su amiga por olvidar las llaves y también tenía ganas de volver a ver a su madre, y con aquel olvido, todo se retrasaría.

Cuando aún no habían puesto un pie en la terraza escucharon:

–¡¡Sorpresaaaaa!! –Se abrieron las puertas de la cafetería y salieron todos los invitados que estaban

escondidos dentro.

–¡Mamá! –Abrazó a Moira–. ¡Qué ganas de verte!

–Gin hija, estás guapísima. Pero te veo muy delgada. ¿Estás bien? –preguntó Moira.

–Mamá, ahora estoy genial. Estoy de nuevo en casa. Mira, ven. –Le estiró del brazo.

–Te presento a Luca. Es mi novio. ¡Mamá qué tengo novio! –Comenzó a reírse.

–¿Luca? ¿Y de dónde es, si se puede saber? –preguntó seria.

–Buenas, señora. –Luca alargó la mano para saludarla–. Soy de Italia.

Moira se quedó paralizada, ahora sí que se habían confirmado todas sus sospechas, sus temores se habían hecho realidad. Aquel chico que tenía frente a ella con el brazo extendido para que le estrechara su mano, era italiano. En unas milésimas de segundo tenía que tocar a uno de ellos. Moira no podía reaccionar, sabía que no podía comportarse de aquella manera, era adulta, pero no podía, se había quedado bloqueada. Margarita, se había dado cuenta de que algo no iba bien, tampoco había que ser muy espabilado para comprobar que su amiga no se movía o se había convertido en una estatua de cera, cosa improbable, algo estaba pasando.

–Venga guapa, ve un momento a casa y coge el regalito que le hemos comprado a Gin –le dijo girándola hacia la puerta–, y tú, Gin, ven cuéntale a tu tía cómo te ha ido en París y... ¿Este chico tan guapo? –dijo Marga mirando a Luca.

–Pues ya ves. Nos conocimos en la uni, era mi profesor –soltó una carcajada–. Y luego..., pues luego, dejé su asignatura y solicité colaborar en su departamento. Nos queremos tanto... ¿Sabes qué vamos a vivir juntos en España?

–Muchas gracias por el recibimiento, sé que para mi chica sois muy importantes –dijo Luca agradecido.

Marga se despidió de la pareja mientras ellos se sentaban en una mesa con Noelia, tenían muchas cosas que contarse. La gente parecía feliz, todos se estaban divirtiendo mucho. Luca se estaba empezando a sentir incómodo, según estaba colocado tenía justo en la mesa de enfrente a una señora muy extraña, jamás había visto a nadie así.

Sus ojos acababan de toparse con Lola. Allí estaba ella poniéndole ojitos, lo miraba con cara de “niña inocente” mientras sorbía con una pajita de su vaso, hasta incluso se desabrochó el primero botón de su camisón de una manera poco disimulada, para después ir recorriendo con su dedo índice, el borde del camisón, pasando por la mandíbula y acabar metiéndoselo entre los labios. Le guiñó un ojo.

–Gin, ¿conoces a esa de ahí? –preguntó Luca sorprendido.

–Ah sí, es Lola. Ni caso –contestó Noelia.

–¿Y quién es Lola? –preguntó Ginevra–, ¿la colgada del pelo cardado con camisón? –dijo mirándola fijamente–. ¿Qué pasa, “amore”?

–No sé, me mira raro, y mientras se metía un dedo en la boca succionándolo, me ha guiñado un ojo –respondió Luca.

–Ja, ja, ja –se rió Noelia–. Pasando. La mujer se aburre. Le pondrás...

–Oye, ¿y mi madre? –interrumpió Ginevra.

–¡Ah!, creo que se ha marchado a casa –dijo Noelia.

–Ostras, ni me he enterado. ¿Le pasaba algo? La he notado rarísima –dijo Ginevra.

–No qué yo sepa. Estaría cansada, ahora tenemos mucho curro –aclaró Noelia.

Siguieron charlando, Luca se cambió de silla, se puso al contrario para evitar verle la cara a Lola, el empeño de la mujer por seducirlo, lo estaba poniendo muy nervioso. Estuvieron un ratito más y se

marcharon a dejar las maletas. Ginevra se moría de ganas de ver su nuevo apartamento, pero antes tenía que comunicarle a su madre que se independizaba.

Mientras tanto, Moira caminaba por inercia lentamente hacia su casa. Se sentía fatal, sabía que sus pensamientos no eran racionales, aunque todo apuntaba que su hija estaba viviendo su particular historia de amor, temía que le pasara lo mismo que a ella. Hacía tantos años de aquello, pero lo recordaba como si hubiera sucedido ayer. Todos los principios eran maravillosos, sabía que Gin no la escucharía, parecía tan enamorada... Ya había llegado a casa, pasó y se derrumbó en el sofá. ¡Ya no podía más!

BARCELONA 1994

“Estaba sonando el teléfono, salí corriendo resbalándome y cayendo de culo contra el suelo, mientras me quejaba descolgué sin mirar.

–Margarita dime –contesté mientras metía la cabeza en la camiseta–. Tía, me acabo de dar un ostión contra el suelo y no veas cómo me duele el culo.

–¿Margarita? Soy Carlo. –Era el italiano, ahora era cuando metía la cabeza en el váter y cerraba con fuerza la tapa.

–¡Carlo! Pensaba que eras una amiga, no miré al descolgar –me disculpé avergonzada.

–¿Y no te alegras al saber que no soy la tal Margarita? –Puso voz de interesante.

–Bueno, según para qué me llames... –Antes de terminar la frase sabía que había metido la pata de nuevo.

–Es que ayer anulé mi vuelo, he pensado que serías buena guía turística, no conozco tu ciudad y no quería volver a Milán sin hacer un tour, pero si estás lesionada, podemos dejarlo para otro día.

¿Me estaba proponiendo lo que me estaba imaginando? A ver, reconozco que me emocioné al escuchar su voz y que estaba encantada de haber sido la elegida para hacerle de guía, pero por otro lado, no entendía qué interés oculto había detrás de su llamada, siendo quién era y conociendo a tanta gente, ¿por qué me había llamado a mí si no era porque estaba interesado en algo más allá que una simple relación laboral? Me puse tan nerviosa como siempre que hablaba con él, en el fondo sabía que me gustaba, pero no me atrevía a reconocerlo, era un cliente, mi relación con él había terminado, vivía en otra ciudad y lo que era peor, en otro país. Acepté encantada, estaba claro que me gustaba el riesgo, quedó en pasar a buscarme a las nueve de la noche, no se qué parte de la ciudad quería que le enseñara sin luz natural y encima, yo con resaca.

Le mandé un mensaje a Margarita anulando nuestra cita, le comenté que me había surgido un tema de trabajo y que ya le contaría, siempre he odiado mentirle, aunque en el fondo era con un cliente con el que había quedado. Fui corriendo a abrir mi armario, aunque ya estaba arreglada, no quería ir informal para hacer de guía turístico, cogí un vestido negro ajustadito, sabía que con ese iría perfecta, me empecé a cambiar y me acordé que necesitaba una depilación urgente, mis ingles pedían a gritos ver la luz, nunca se sabía... No es que buscara tener una relación íntima con Carlo y menos la primera noche, pero siempre es bueno ir preparada para lo que te depare la noche y esta prometía, no estaba de más, y mi ropa interior lo iba a agradecer. Definitivamente este hombre me gustaba.

Estaba ansiosa, la verdad que yo solita me había montado una película en mi cabeza que ni un culebrón venezolano, ya me veía enseñándole la orilla de la playa mientras observábamos las estrellas diciéndonos palabras de amor en italiano, yo apoyaba mi mejilla en su hombro y él sin poder frenar sus impulsos animales me sujetaba la cara, me miraba fijamente y me daba un beso de los que hacen historia.

Sonó mi móvil y volví al mundo real.

–Dime Miquel, me pillas saliendo. –Era mi jefe.

–Me puedo quedar una temporada en tu casa, Lola me ha echado. –Parecía afectado.

–Pero... –No me podía creer que fuera mi jefe el que me fastidiara el plan, a él no podía dejarlo plantado–, ¿dónde estás?, quieres que te deje las llaves en casa de la vecina, es que llego tarde. –Se me notaba nerviosa–. Y no te preocupes, te puedes quedar el tiempo que haga falta.

Mierda, si mi cita prosperaba, no me lo podría llevar a casa con mi jefe tirado en el sofá o llorando por los rincones.

–No pasa nada, ¿te parece si cuando me instale te llamo y me acerco hasta dónde estés?, necesito hablar con alguien.

No pude negarme, era mi jefe, pero también éramos amigos, cuántas veces había sido yo la que lo había llamado en las mismas circunstancias y siempre había dejado todo para estar a mi lado, pero ¿no había otro día para que su mujer lo abandonara? Me estaban entrando unas ganas locas de llamar a Lola y decirle que lo dejara dormir una noche más con ella, que aquella noche su futuro ex marido sobraba en mi casa.

Salí corriendo del portal, crucé sin mirar, por los pelos no acabo en la sala de urgencias de un hospital, pero paré a tiempo, “un día acabo escachaflada en la carretera como un erizo de campo”, pensé, la emoción se desbordaba continuamente fuera de mí haciendo que me jugara la vida continuamente. Allí a lo lejos estaba el cochazo de Carlo, bajó la ventanilla y me sonrió, pude sentir como me recorría un escalofrío por todo mi cuerpo haciéndome estremecer, madre mía me gustaba más de lo que yo pensaba. Tenía prisa por subirme en aquel coche, necesitaba salir cuanto antes de allí junto a él, no quería perder ni un segundo disfrutando de su compañía, mi jefe en cualquier momento me llamaría y se nos uniría, tenía que pensar una excusa para disimular el porqué me encontraba con nuestro cliente italiano, y sobre todo, cuál era la razón por la que no le había dicho nada de mi cita.

–¡Hola Carlo! –saludé elegantemente contoneándome de manera disimulada, abrí la puerta del coche y entré.

–¿Pero qué estás haciendo? Me acabas de clavar el tacón en el pie –me hablaba alguien que estaba sentado en el asiento del copiloto.

–¡Oh, perdón, me he equivocado de puerta! –Intenté disimular como pude, pero me quería morir bien lejos de allí.

Menudo viajecito, Carlo no estaba interesado en mí, todas las ilusiones que había puesto en esta relación habían desaparecido de un plumazo en el momento que metí mi pierna izquierda clavándole mi tacón de aguja a la rubia que aquel día le tiré el café por encima; en ese instante que noté que mi pie tropezaba con algo, y escuché un grito de dolor, ahí se esfumó todo, ya que estaba, le podría haber amputado el empeine, si me había fastidiado “mi cita” con su novio, al menos que fuera coja toda la noche.

Deseé con todas mis ganas que llegara mi jefe, íbamos directos a presenciar el mayor de los ridículos de la historia y la protagonista era yo, estábamos llegando al restaurante, elegí uno que siempre está lleno de parejas, es un sitio que me encanta por lo romántico que es, aunque yo no soy especialmente romántica, ese día había perdido el juicio y reservé allí, cada mesa se encontraba en un reservado con la única luz de una velita colocada en el centro de la mesa, de fondo se escuchaba la música de un cuarteto de violín, era el sitio perfecto para nosotros dos, la rubia sobraba. Odio a la gente que no se da cuenta cuando sobra...

Sonó mi móvil justo cuando Carlo me iba a hablar, como ya no me interesaba, descolgué dejándolo con la palabra en la boca.

–Miquel dime, ¿has llegado ya a casa? –contestaba fingiendo entusiasmo–. Sí claro, en cuanto puedas, vente. Cenamos en el de las velitas. Perfecto, no te preocupes, no hay problema, te esperamos. Venga un beso.

–¿Todo bien? –preguntó Carlo.

–Mi jefe, que en cinco minutos llega. –Informé.

Intenté fingir que desde un principio estaba invitado a la cena, no quería sentirme humillada delante de la rubia ni darle a entender que iba detrás de su novio. Me quedó muy natural, Carlo me miró por el retrovisor levantando las cejas. Parecía molesto.

–Entonces seremos cuatro, ¿verdad? –preguntó la rubia que estaba resultando muy “avispada”.

–Sí, claro. ¿A Miquel no lo conoces? –le pregunté–. Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Ana, y no, no lo conozco. ¿Es tu pareja?

–Ya hemos llegado, es ahí. Dobla a la derecha y aparca donde puedas. –Evité contestarle.

Aparqué el coche y bajé todo lo digna que pude, no me gustaba nada la rubia, le mandé unos mensajes a Miquel. Entré corriendo hacia donde estaba el encargado, pero antes les pedí que se quedaran en la puerta esperando a mi jefe que estaba a punto de llegar, una mentira piadosa para poder hablar con el encargado y contarle otra trola para que no pensarán que yo venía decidida a tener una cita a solas con Carlo, me estaba convirtiendo en una mentirosa compulsiva y estaba a punto de sufrir un infarto por tanta presión y sobresalto.

–¡Perdone! Mire, es de vida o muerte –le dije al encargado casi sin poder coger aire–. A ver, si no nos da de cenar a mi jefe y a mí, con unos clientes, exactamente esos dos que están ahí fuera pasando frío, nos van a despedir. Estoy aterrada, hay una reserva a nombre de Moira para dos, pero es que como en el trabajo me explotan y no hay comunicación en la empresa, pues no me dijeron que seríamos cuatro. ¿Entiende qué tengo un grave problema?

No me giré, pero noté la presencia de Carlo y de “la rubia roba citas”. Vuelco en el estómago. Pedí por mi madre que no me hubieran escuchado mi súplica al encargado del restaurante, sino me hubiera visto obligada a emigrar a Argentina por lo menos.

Conseguí reservado para cuatro, menos mal, poco a poco se iba solucionando todo, ahora tenía que ingeniármelas para explicarle a Miquel por qué motivo había organizado una cena con Carlo y con su novia sin contar con él y que no se notara que todo había sido un mal entendido porque yo me había confundido pensando que el italiano quería algo conmigo. Vamos un lío que no entendía ni yo.

–Lo siento Moira, en el último momento Ana ha aparecido. Cancelaron su vuelo anoche, ¿recuerdas? Pero no me dijo que cogería otro –me susurró Carlo al oído.

–No te disculpes, así mientras tú charlas con Miquel yo tengo con quién entretenerme, espero que tu chica tenga conversación. Me ha venido genial. –Le intenté hacer ver que no me importaba.

Pasamos los tres al reservado, Carlo fue eligiendo el vino y nos trajeron unas entradas. Nadie abrió la boca, tan solo para comernos aquellos canapés por gentileza de la casa.

–¿Me disculpáis? Necesito ir al baño. –Ana se levantó preguntando al camarero dónde estaban los servicios.

Esta era mi oportunidad para quedarme a solas con Carlo, era tan guapo, ¡qué sonrisa tenía! El conjunto de su cara lo hacía tremendamente atractivo, jamás lo había mirado antes con estos ojos, siempre me había sentido un poco atraída por él, pero yo creo que era la tontería de que era italiano, con

dinero, joven y guapo... Cuatro tonterías de “ná”. Aunque ahora ya había mezclado otros sentimientos, él me había confundido, la culpa era suya, ¿ahora qué iba a hacer? Porque yo soy de las que me emociono en cero coma.

–¿Por qué has invitado a Miquel? –me preguntó muy serio.

–Miquel hace años fue guía turístico –bromeé.

–Moira, hablo en serio. Lo de Ana ha sido inesperado. Yo pensé...

–Carlo, tú no pienses, “vegetal” estás mejor. Miquel viene y punto, no quieras saberlo todo –le respondí tajante.

–¡Buenas noches!, hombre Carlo, no esperaba verte aquí, ¿es qué me he perdido algo? –Entrada triunfal de mi jefe.

–Sí, te has perdido escuchar tus mensajes en el móvil. Ahí te lo contaba todo, yo no sé para qué quieres un *Motorola* si luego no lo usas como debes. –Me levanté acercándome a su oído a modo saludo echándole la bronca en voz baja.

Llegó Ana e hicimos las presentaciones, trajeron la cena, yo estaba muy callada, quería irme, pero sabía que tenía que aguantar por lo menos hasta los postres, de la copa posiblemente me podría escaquear, pero cenar tenía que aguantar ahí sentada como una campeona poniendo mi mejor sonrisa y maldiciendo por dentro a Carlo, y a la rubia, no me preguntéis por qué, pero le había cogido una manía a la pobre, que no era normal. No toqué casi nada, me excusé diciendo que la noche anterior con la celebración, se me había ido un poquito la mano y no me encontraba en mi mejor momento. Me estaba volviendo loca o qué, preferí confesar que era alcohólica, cuando no era verdad, a decir que me cagaba en la madre de Ana por haber decidido venir a darle una “sorpresita” a su novio y fastidiarme la noche, encima de que me había depilado.

–Y los señores, ¿tomarán postre, café?... –nos preguntó el camarero.

–Nunca tomo postre y menos por la noche –dijo la rubia tajante–. Tomaré un café con leche. Descafeinado, por favor.

–Para mí un expreso. Si la morena pide café, traiga unos chubasqueros –bromeó Carlo. Este hombre tiene la gracia en el culo.

–Gracias, yo no tomo café, un poleo estará bien –le dije al camarero mientras le echaba una “dulce” mirada asesina a Carlo.

–Pues yo quiero también un expreso –apuntó mi jefe.

Terminamos en el restaurante, Carlo nos invitó, insistió mucho y nos rogó que le acompañáramos a tomar un copa a un local que le habían recomendado cerca de la playa, nosotros nunca habíamos ido allí, a mi jefe le apeteció ir a conocerlo y me insistió en que le vendría genial para despejarse, no tenía ganas de encerrarse en casa y darle vueltas a lo que había sucedido con su mujer, así que a mí no me quedó otra que aceptar, fue por obligación, porque ganas cero, no me seducía para nada la idea de terminar la noche a la luz de la luna rodeada de mi jefe, una rubia insoportable y el hombre que actualmente me quitaba el sueño y que estaba ocupado, y lo más importante, era inaccesible para mí.

Al italiano se le ocurrió la brillante idea de hacer cambio de parejas, no en el sentido literal, aunque me hubiera encantado, pero sí que yo me fuera con él en su coche y que Miquel se marchara con Ana, reconozco que me encantó. A ellos les pareció genial, no entiendo la gracia que podía tener esta propuesta, pero nuevamente, no me quedó otra que aceptar resignada, eso es lo que quise aparentar, porque moría por subir en ese coche junto a mi chico. Cada pareja subió a su respectivo coche y nos dirigimos a la playa.

–Estás muy callada –me dijo Carlo.

–Es que no tengo nada de que hablar –le contesté muy seca.

–Pues hablaré yo. ¿Tienes algo con tu jefe?

–Sí, una relación, pero laboral, porque si te refieres a que si tengo sexo con él, pues no. Además,

Miquel está casado, Lola es amiga mía –sentencié.

–Solo he preguntado. Yo voy a dejar a Ana, debería de haberlo hecho hace tiempo, ¿sabes?

–¿Y a mí para qué me cuentas esto? Es tu vida. –Se me aceleró el corazón.

–Te lo cuento porque desde la primera vez que te vi en la estación sentí algo por ti y se agravó cuando comenzamos a trabajar juntos. No he dejado de pensar en ti cada noche. Con Ana ya no es lo mismo.

Me acababa de decir lo que creía que había dicho, no, no, no podía ser real. Acababa de confesarme que iba a abandonar a su novia porque sentía algo por mí, no era posible. En ese preciso instante sentí como todo mi cuerpo se estremecía, desde que le conocí me paso el día estremeciéndome, noté algo en el estómago, más bien fue un vuelco, se me aceleró el corazón, con esas palabras había removido todo mi ser. Cerré los ojos y respiré hondo, me sentí flotar. ¿Qué le decía? No sabía cómo reaccionar, le confesaba que a mí me sucedía lo mismo o intentaba disimular haciéndole ver que me sentía halagada, pero que no estaba interesada en él, ¿le mentía? Me era imposible centrarme, aquel hombre me volvía loca y me impedía pensar claramente, pero Miquel siempre me había insistido en que jamás había que mezclar el trabajo con el sexo, que era una mala combinación, pero al fin y al cabo el contrato ya estaba firmado y ya no había que trabajar con él ni con su empresa, solo comentar beneficios. Y esto que sentía no podía controlarlo.

Con aquella confesión se me acababa de despertar un instinto sexual y pasional por él materialmente incontrolable.

–Moira. –Puso su mano sobre la mía.

–Carlo, no me hagas esto. –Le retiré la mano juntando las mías.

–Estamos llegando, necesito una respuesta o al menos esperanzas de que pueda haber algo entre nosotros, aunque no sea hoy.

¿Hoy? Pero este chico qué pretendía, yo no entendía nada, la emoción de su especie de declaración me había dejado atontada, pero no le podía dar una respuesta, él, por mucho que me dijera, tenía novia y yo se qué pasa con estas cosas, siempre te prometen que la van a dejar y luego tú terminas siendo la otra, además, mañana él volvía a su país, quería una respuesta y después... ¿Me tenía que quedar esperándole, llorando su ausencia y manteniendo una relación a distancia? Eso nunca funciona, bueno, una relación que no había empezado, eso era lo mejor. Si aceptaba, él se iba, hacía lo que quisiera porque yo no iba a estar ahí para controlarlo y me quedaba esperando a que su trabajo le permitiera volver a darme un beso...

–Carlo, de verdad, no me hagas esto, mañana te marchas, deja las cosas como están. Además, ya hemos llegado –dije desabrochándome el cinturón de mi asiento con una rabia que hizo que se clavara en el cristal de la ventanilla. Bajamos del coche.

El sitio era precioso, la terraza daba al acantilado, se escuchaba como las olas rompían contra las rocas, el cielo estaba completamente despejado y se podían contar una a una las estrellas, estábamos alejados de las luces de la ciudad y la iluminación del local era muy tenue, un sitio espectacular. Para mí en ese momento el sitio iba a ser un martirio. Después de varias copas y de cuatro respuestas monosilábicas, nos despedimos.

Miquel y yo volvíamos a casa en su coche, yo iba repitiéndome mentalmente las palabras que Carlo

me había dicho, recordaba cuando puso su mano sobre la mía, con tan poco y todo lo que me hizo sentir con ese simple gesto, creo que ya era oficial, estaba completamente enamorada de él, no podía evitarlo, tenía que olvidarlo. Había actuado bien, no podía apostar por ese tipo de relación, además, no nos conocíamos nada, tan solo en el ámbito laboral. Seguí pensando en él y en Ana, aunque no soportaba a la rubia y no teníamos nada en común, me daba pena pensar que esa noche la dejaría, solo esperaba que no le dijera que yo era el motivo por el cuál ella perdería al hombre de su vida, a ella se le veía muy enamorada, pobre chica, cómo lo miraba y cómo le hablaba, hacían una muy buena pareja, lo que son las cosas...

–Moira, ¿estás bien? –me preguntó Miquel.

–Es solo cansancio. ¿Y tú, cómo estás? No hemos hablado de lo de Lola. ¿Qué ha pasado?.

–Nada, Lola se ha cansado. No quiere seguir así, dice que solo vivo para el trabajo, que la tengo olvidada y qué como creo que la tengo segura, no me preocupo de preguntarle si está bien o si necesita algo –tragó saliva–. Me ha pedido el divorcio.

–¿Qué dices? Seguro que eso es un calentón. Deja pasar unos días, los dos lo veréis de otra manera. No te puede dejar, lleváis juntos más de diez años. –Intenté animarlo mientras bajábamos del coche–. Miquel, ¿tú la quieres?

No me respondió, agachó la cabeza y entramos en mi piso. Nos sentamos en el sofá, sabía que necesitaba hablar.

–¿Qué tal con el italiano? Y no me mientas, he notado como lo mirabas, sobre todo cuando estábamos tomando una copa –me miró fijamente–. Moira, empieza.

–Se me ha declarado. –Me tapé la cara con un cojín del sofá–. ¡Ay Miquel!

–¡Qué fuerte! ¿Tú qué le has dicho? –me preguntó.

–¡Qué ya habíamos llegado! –solté una carcajada.

–Tú, en tu línea. La rubia me ha besado –confesó Miquel.

–¿Qué? Repítelo –dije emocionada.

–Pues eso, que me ha besado. Estábamos saliendo del parking del restaurante y esperó a que salierais, entonces me besó apasionadamente. Me dijo que quería dejar a Carlo.

Yo ya no entendía nada, ¡qué pareja! Y yo sintiéndome mal por ella cuando Carlo me decía aquellas palabras, sufriendo, pensando en cómo reaccionaría cuando él la dejara y frenando mis impulsos de besarlo. Qué tonta, debería de haberle besado yo también. Tuve la sensación de haber perdido mi oportunidad, mi italiano se había desvanecido, tenía que olvidarme de él, pero no sabía cómo hacerlo, solo esperaba que en un par de días se me pasara esta obsesión, quería cerrar los ojos y sentirlo, recordar sus palabras, su tono de voz con ese acento que me volvía loca, su olor, me encantaba como olía, me encantaba todo él. Necesitaba una copa.”

Moira se levantó del sofá, no quería seguir recordando. Si es que desde el principio se veía que la cosa no saldría bien, pero ella no tuvo a nadie a su lado para que la previniera, por eso no quería permitir que su hija siguiera adelante con aquel hombre. ¿Qué esperar de un hombre comprometido que le pedía una historia mientras tenía novia? Estaba convencida de que todos los italianos eran iguales. Ella no lo vio venir, se enamoró perdidamente de él y luego...

Ginevra tenía que contarle a Moira que habían alquilado un apartamento y quería comunicarle cuáles eran sus planes de futuro. Estaba muy nerviosa, Luca intentaba calmarla.

–¡Hola mami! –Moira les abrió la puerta–. ¿Estabas durmiendo?

–¡Hola hija! Me había tumbado un rato, pero no me he dormido –contestó mirando muy seria a Luca.

–Encantado de nuevo.

Los tres pasaron al salón. Moira se levantó para hacer café, la verdad que aquella visita la había dejado un poco sorprendida, pensaba que seguirían en la fiesta de bienvenida.

–¿Y eso qué ya no estáis en la cafetería? –preguntó desde la cocina.

–Es que estamos cansados y queríamos ir a dejar las maletas –respondió Gin desde el salón.

–¿Las maletas? –Se asomó por la puerta mirando al suelo.

–Pues... Verás, para eso venimos. A ver cómo te digo... –Gin no sabía cómo comunicarle a su madre que las maletas ya estaban donde tenían que estar.

–Gin, ¿pasa algo?

–Mamá, ¿recuerdas que te dije que tenía una sorpresa? Pues eso, que hemos alquilado un apartamento. Antes de que te pongas a gritar como una histérica, déjame que te explique –dijo Ginevra al ver la cara de enfado que había puesto.

–¿Perdona? ¿Qué apartamento? ¿Hemos? ¿Quiénes? Ginevra no te calles y sigue contándome –acribilló a preguntas a su hija.

–Mamá, eso es lo que pretendo. Luca y yo, hemos alquilado un apartamento muy cerquita de aquí. Vamos a vivir los dos juntos allí. ¿No es maravilloso? –dijo intentando quitarle importancia al asunto.

–¿Vas a vivir con éste, en un apartamento? ¡Pero si a penas os conocéis! Gin, ¿estás segura? –preguntó Moira.

–¡Mamá! Este, se llama Luca. Y nos conocemos lo suficiente para saber que queremos vivir juntos, que no nos queremos separar. Él ha pedido el traslado para estar conmigo. ¿Tú sabes lo qué ha sacrificado?

–¡Pues qué no sacrifique tanto! Ya sabes que nunca me meto en tus cosas. Pero digo yo que puedo opinar. Ya eres mayor, llevas un año viviendo fuera, en otro país. Tú vales mucho para estudiar. No quiero que ahora este chico te llene la cabeza de pájaros y que te haga creer que estás viviendo una bonita historia de amor y que lo abandones todo. ¡Con lo qué has luchado para llegar dónde has llegado! Además ¿de qué vais a vivir? ¿Por qué no te quedas tú en casa y él se queda en la que habéis alquilado? Os seguís viendo y el tiempo dirá

–Mamá, ¿te estás escuchando? Lo primero, no me ha llenado la cabeza de pájaros. He sido yo la que se lo he propuesto. Segundo, voy a seguir estudiando y trabajando como hacía en París. Tercero, qué te quede muy claro que viviremos juntos, y por último, que está delante y estás aquí hablando de él como si no te estuviera escuchando. ¡Mamá por favor! –se quejó Ginevra.

–Vale. Lo tienes todo estudiado. ¡Pues qué os vaya muy bien! Pero es que no entiendo que hayas terminado con un italiano. ¿Qué no había ningún francés? –dijo mirando a Luca–. Perdona no tengo nada en contra tuya, pero hubiera preferido que no fueras italiano. ¿De qué parte de Italia eres?

–Espera Luca –le pidió Ginevra–. Dices que no tienes nada en contra de él, pero te estás cebando. Es de Sicilia. ¿Eso también te parece mal? ¿Tienes miedo de que sea un mafioso?

–Ginevra. ¡Ya! –contestó Moira.

–¿Me dejáis hablar? –interrumpió Luca.

–¡¡No!! –respondieron las dos mirándolo.

–No quiero que discutáis por mí. Soy siciliano, soy un chico italiano que he tenido la suerte de conocer a Ginevra. Estoy enamorado de ella y no me ha importado dejarlo todo para seguirla. Sé que para ella era muy importante venir a España y estar cerca de su madre. Yo la quiero y quiero verla feliz. ¿Qué más da que sea de Italia o de la China? –dijo Luca.

–Cariño, déjalo. Mi madre es muy cabezona.

–Sí, mejor vamos a dejarlo. Mi hija con tal de llevarme la contraria, mañana mismo se casa contigo.

Allí siguieron discutiendo las dos, Luca estaba en medio y no sabía hacia dónde mirar. Se estaba poniendo muy nervioso. No quería que discutieran por él, entendía a su novia y no entendía esa manía que tenía su madre con los italianos, pero prefirió no volver a abrir la boca. Ninguna de las dos dio su brazo a torcer. Se levantaron y se marcharon de allí.

En cuanto salieron por la puerta, Moira cogió su teléfono y llamó a Margarita, necesitaba desahogarse con alguien.

–Tengo que hablar contigo. La niña, qué dice que se va a vivir con el italiano. Han venido, me lo ha soltado y hemos discutido –le dijo muy apenada.

–Moira, es normal. Olvida que es italiano. Se le ve buen chico. Noelia dice que es muy trabajador .

–¿Pero tú de parte de quién estás?

–Ya sabes de parte de quién estoy siempre, pero no se trata de estar de parte de nadie. Solo te digo que le des una oportunidad. Además, piensa que al menos se han venido a vivir cerca de nosotras. Hubiera sido peor que te dijera que se marchaban a Italia –apuntó Margarita.

–Sí, claro, visto así... Hubiera sido peor si aparece diciéndome que se casaron en París, que ella está embarazada de gemelos y que se van a instalar en Sicilia. Marga, por favor. Si fuera Noelia, ¿qué? –dijo Moira.

–¡Mira qué te gusta el drama! Si fuera mi hija, no me quedaría otra que aceptarlo.

–Vale, pues qué vivan juntos. Ya me encargo yo de ponerlo a prueba. Vais a ver por qué no me gustan los italianos –dijo Moira.

–No hagas nada. Luego te vas a arrepentir. Que te fuera mal con “tu italiano” no quiere decir que todos sean iguales. Por el mismo motivo yo tendría que emigrar a América porque no podría tener ninguna relación con ningún europeo. Descansa y mañana verás todo de otra manera –aconsejó Marga.

Moira se sentía impotente, ni su mejor amiga la entendía. Aquella llamada la hizo con la esperanza de que ésta le diera la razón y que se aliaran para romper esa relación “tóxica”.

Se vistió y salió desesperada a buscar a Lola, quería que le ayudara, no tenía ni idea de qué tenía pensado hacer para apartarlo del lado de su hija, ahora ya le daba igual la forma, solo quería que esa relación no siguiera adelante.

Estuvo un buen rato dando vueltas con el coche por el pueblo, no había forma de dar con ella, se recorrió todas las curvas del pueblo sin tener suerte. A lo lejos le pareció ver a Camilo, estaba segura de que era él. Buscó un hueco para dejar su coche y poder pedirle ayuda. La desesperación le estaba nublando la mente.

–¡Camilo! –le gritó.

–Moira, ¿estás bien? –se acercó hasta ella.

–Sí, bueno, no. Mi hija. Camilo –se quedó callada.

–¿Le ha pasado algo a tu hija? Venga ven, cuéntame. –Le señaló un banco del parque.

–¿Recuerdas la conversación del otro día? Pues ya sé como averiguar su nombre. La descerebrada de mi hija se ha alquilado un apartamento con él. Aún no se dónde viven, pero no tengo problema en averiguarlo, llamo a Noelia y te doy las señas. Por favor, Camilo, necesito qué me digas todo lo que puedas sobre ese chico.

–¿Pero qué problema crees que puede haber?

–Mi hija lo va a pasar muy mal si sigue con él. Tienen que romper antes de que sea demasiado tarde.

Un segundo, Camilo. –Sacó su teléfono del bolso–. ¿Sabes cuál es la dirección de mi hija?

–¿Vas a presentarte en su casa? ¿Vas a pedirles disculpas? –le preguntó su amiga.

–Es urgente. Estoy con Camilo, tengo que darle los datos.

–¡Estás loca! ¿Dónde estáis? No te muevas de allí, me acerco ya mismo –dijo Margarita.

–Estamos en el parque de “Las cacas”. Me lo encontré de casualidad, yo iba buscando a Lola y lo vi de lejos. No creas que habíamos quedado. Venga, dime la dirección y te espero aquí quietecita.

–No sé la dirección, espérame ahí y cuando estemos juntas llamo a mi hija –se despidió Marga.

La impaciencia de Moira era incontrolable, no pudo esperar a Marga y decidió llamar a Noelia para pedírsela, le puso como excusa que quería disculparse con ellos.

–Viven en “Primera Línea” en el bloque 2, ático. ¡Madre mía! Este chico debe de tener un buen sueldo –dijo Moira mientras le daba los datos a su amigo.

Tan solo tenía que averiguar el apellido de quién había alquilado la casa y después conseguiría el resto. El hombre no entendía la obstinación de Moira por querer romper la relación de su hija. Mientras seguían charlando apareció Margarita corriendo a lo lejos, supo que era ella por los volantes, no entendía esta nueva obsesión de Marga con las sevillanas, sabía que se apuntó porque le gustaba el tal Pepe, pero lucirse por el pueblo vestida de aquella forma...

–Casi llego –dijo Marga cogiendo aire.

–¡No me puedo creer que te hayas recorrido el pueblo con estas pintas! –dijo Moira.

–¡Mírala ella, qué arte! –dijo Camilo.

–Es qué últimamente tienes la mala costumbre de pedirme ayuda cuando tengo clase de sevillanas. Mira lo qué te quiero, que dejo a Pepe para venir corriendo contigo –dijo Marga.

–Y a Pepe ¿lo investigamos? –dijo Camilo bromeando.

–¡Anda, calla! Ya te ha comido la cabeza con que investigues al novio de su hija, ¿verdad?

–¡Calla tú! Ya le he dado los datos. Prometo que si no encuentra nada extraño, me olvidaré y seguiré con mi vida –dijo Moira.

–Algo encontrarás, ya verás, y no lo dejarás vivir. ¡Menuda suegra vas a ser! –dijo Marga.

Camilo se despidió de las dos amigas, allí las dejó en el parque de “Las cacas” discutiendo. Moira le ofreció llevarla a casa para que no siguiera haciendo el ridículo por todo el pueblo.

...

Los dos enamorados estaban deshaciendo las maletas. Ginevra estaba un poco triste por la discusión que había tenido con su madre. No podía entender ese odio que sentía hacia su novio sin apenas conocerlo, pero lo qué más le dolía era que hubiera dicho todas aquellas cosas delante de él. Lo que podía haber sido el mejor día de su vida, se había convertido en un día triste. Empezó a colocar la ropa en el armario.

–”Amore”, ya verás como en unos días tu madre no pensará así –dijo Luca para animarla.

–Si es que para mí es nuevo esto de su odio hacia los italianos. Yo solo pensaba que odiaba la comida italiana, pero ya veo que es también con vosotros. ¿Y no entiendo por qué? No va a cambiar de opinión, ya verás. Tú no la conoces, Luca –se quejó Ginevra.

–Bueno, pues haremos que cambie de forma de pensar. Mañana ve a hablar con ella tú sola. Pregúntale, igual te explica el porqué –le animó Luca.

–Voy a llamar a Noelia, es posible que ella sepa algo –dijo Ginevra.

Marga se estaba cambiando de ropa, la verdad que era muy incómodo aquel traje de sevillanas, pero por amor hubiera sido capaz de vestirse de sirena y arrastrarse por las calles.

–¿Se puede? –Tocó Noelia la puerta del dormitorio de su madre.

–Sí, claro. ¿Qué pasa?

–Mamá, me acaba de llamar Gin llorando. Dice qué ha discutido con Moira.

–Ya, imagino, he estado con ella hace un rato.

–¿Por qué odia a Luca?, pero si no lo conoce.

–Es muy complicado. Digamos, que fantasmas del pasado. Eso es todo.

–¡No me digas qué Moira tuvo un novio italiano! ¿Se trata de eso? –preguntó Noelia.

–Bueno, sí, hubo alguien, pero eso fue hace mucho. Cuando vivíamos en Barcelona. Tú eras muy pequeña.

–¿Y qué paso?

–Pues nada. Chico conoce chica, empiezan una relación, todo era maravilloso, el amor era lo único que importaba y sin venir a cuento, todo se acabó –le explicó Marga a su hija.

–Pues como todo, nada es eterno. Mira tú con papá y era, bueno, perdón, es de Burgos –dijo Noelia.

–Ya, sí eso le digo yo, pero ya conoces a tu tía, cuando se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hacerla entrar en razón. Se ha obsesionado con Luca, piensa que le hará lo mismo que le hicieron a ella –dijo Marga.

–¿Pero qué le hizo? ¿La dejó? ¡Madre mía!, si que es rencorosa –contestó Noelia.

–En fin, yo no te he contado nada. ¡Noelia! –gritó Marga.

–¡Vale! No diré nada, pero no lo entiendo –apuntó la joven.

Como era de esperar, no le hizo caso a su madre, le faltó el tiempo para ir a casa de Ginevra y contárselo todo. Le explicó que fue cuando vivían en Barcelona, que todo empezó y acabó allí, pero que no sabía más. Ginevra le pidió que mirara las fotos que tuviera de aquella época en casa, igual conseguían ponerle cara a aquel “italiano endemoniado” y reconstruir la historia. Se le ocurrió que sería buena idea llamar a su padrino, Miquel seguía viviendo en Barcelona y si no recordaba mal, por aquel entonces Moira compartía piso con él. El padrino de Ginevra lo tenía que haber conocido y quién mejor que él, para contarles lo que había sucedido, al fin y al cabo, era parte externa de la historia y no se montaría películas extrañas en la cabeza.

Por un momento dudó en ponerse en contacto con él. Miquel a parte de ser su padrino, era el mejor amigo de su madre, y si el tema “Italia” era tan preocupante, posiblemente él no le informaría nada.

Su madre lo conocía desde hacía más de veinticinco años. La relación comenzó en la empresa de publicidad donde entró a trabajar siendo muy joven, según le contaron, él, cuando se separó de su mujer se marchó a vivir al piso de Moira. Cuando la niña nació, ella le pidió que fuera su padrino, ya que era al único hombre que consideraba como familia y si a ella le pasaba algo, sabía que se quedaría en buenas manos. El padre de Gin murió antes de que ella naciera, su madre nunca hablaba de aquello, le resultaba muy traumático, aunque Ginevra nunca había echado en falta la figura paterna.

–¡Miquel! ¡Cuánto tiempo! Soy Gin, acabo de volver de París –llamó a su padrino.

–¡Hombre! ¡Qué alegría más grande! ¿Cómo os encontráis tu madre y tú? –dijo Miquel.

–Genial, ya sabes, ella sumergida en sus cosas y yo..., he regresado a Alicante para seguir estudiando el último curso, y también trabajaré en un estudio con la uni de aquí y *La Sorbone*. ¡Ah! y tengo novio, y

vivo con él –le contó a Miquel.

–¡Madre mía sí qué hace tiempo que no hablamos! Está claro que tengo que bajar a veros –dijo Miquel.

–Sí, porfa, baja y así conoces a Luca. ¡Te va a encantar! –dijo Gin.

–¿Luca? O ¿Lucas? –preguntó sorprendido Miquel.

–Luca, sin ese. Ahora me dirás que tú también odias a los italianos... –dijo Ginevra.

–Veo que ya has hablado con tu madre. No los odio, no podría, solo que me ha sorprendido el nombre –aclaró Miquel.

–No me lo creo. Cuéntame. ¿Qué le pasó con “su italiano” a mamá? –preguntó ansiosa.

–Ginevra, creo que eso le corresponde a tu madre. Solo te diré que hubo un italiano cuando era joven, ella lo quería mucho y él desapareció. Ya está, no hay más y luego... –Miquel no terminó la frase.

–¿Cómo qué y luego? ¿Luego qué pasó? No me puedes dejar así. No me podéis dejar así todos. Necesito saber, creo que no estoy pidiendo un imposible –rogó Gin.

–De verdad, no sé más. Fue una etapa de su vida. Luego tuvo otra relación, se marchó a Alicante, naciste tú y hasta la fecha –explicó Miquel.

Ginevra no se quedó muy convencida, pero sabía que no podía preguntarle a su madre, no le diría más de lo que ya sabía. Su novio le pidió que lo olvidara, que dejara que todo siguiera su curso, que tarde o temprano su madre vería que estaba equivocada y que no todos los italianos eran iguales.

Se acostaron, a la mañana siguiente comenzaba en su nuevo empleo y necesitaba levantarse descansado.

Apenas había salido el sol y Marga ya estaba colocando las sillas en la terraza de su cafetería, pero era hora de abrir al público.

–¡Buenos días! –dijo Moira.

–¡Qué sorpresa! ¿Tú por aquí? ¿Pasa algo? –preguntó sorprendida.

–¿Tiene qué pasar algo para que venga a verte? –respondió Moira.

–Pues hombre... después de los años que llevo aquí, puedo contar con los dedos de una mano las veces que me has visitado y prácticamente a rastras, y en los dos últimos meses no sales de aquí, estoy planteándome ponerte en plantilla –bromeó.

–He venido a ver si estaba Lola –confesó Moira.

–Definitivamente, estás como una cabra. ¿No vas a dejar en paz al chico? –dijo Margarita.

–He prometido que si Camilo no encuentra nada, lo dejaré vivir en paz. Pero ya le dije a Lola que me ayudara. Solo he venido a ver qué puede hacer por mí –dijo Moira.

–¿Te estás escuchando? Hablas de Lola como si fuera una persona normal. ¿Tú la has visto? ¿De verdad qué te crees el rollo ese de que es “la Niña de la Curva”? Este tema te está afectando más de lo que pensaba. Moira, vas a apartar de tu lado a Gin –comentó Marga.

Moira se sentó en una de las sillas de la terraza, estaba muy nerviosa, sabía que aquello no era normal, estar sentada en una cafetería frente al cementerio a las siete de la mañana esperando a un “fantasma”, una loca que juraba ser la de la curva, y ya lo que era peor, es que había aceptado su ayuda. Nada tenía sentido, pero la aparición del italiano le había removido todo y lo que creía tener olvidado y muerto, estaba más presente que nunca. Comenzó a martirizarse recordando.

BARCELONA 1994

“Tocaron al timbre, debían de ser las chicas, como siempre, puntuales, yo era todo lo contrario, aún no estaba lista, pero como la barbacoa era en mi casa, no les importaría esperarme mientras yo terminaba de arreglarme.

–¡Miquel! ¿Puedes abrir la puerta? Me estoy vistiendo.

Desde mi cuarto escuché como se saludaban y como las invitaba a pasar dentro, no me molesté en salir porque se conocían, me di más prisa de lo normal, me apetecía muchísimo ir a darles un abrazo. Volvieron a tocar al timbre, debía ser María, siempre era la más tardona.

–Moira, ¿se puede? –Era Miquel tocando la puerta de mi cuarto.

–Sí, pasa. –Me coloqué la primera camiseta que encontré.

–Creo que la barbacoa promete –dijo riéndose.

–Eso espero. ¿Ya has echado el ojo a alguna de mis amigas?, ¿me abrochas? –Me giré para que me subiera la cremallera, teníamos ya demasiada confianza.

–Estás muy guapa. Venga, sal. –Se dio media vuelta y se marchó de mi cuarto.

Salí emocionada, las podía escuchar desde el salón, ya la estaban liando, desde allí no distinguía bien con quién hablaban, pero no estaban solas. Me asomé a la terraza y no pude creerme lo que estaba viendo, allí junto a mis amigas se encontraba Carlo, sentí un dolor intenso en el pecho, eso era amor, estaba segura, no podía ser otra cosa, yo que lo tenía casi olvidado. Miquel me miró sonriendo, yo no entendía qué estaba haciendo Carlo en mi piso, ¿lo habría invitado mi jefe? ¿Se habría presentado por sorpresa?

Me empezaron a temblar las piernas y empezaba a dejar de sentir los brazos, se me aceleró de una manera preocupante el corazón y la presión en el pecho cada vez era más intensa, era amor del bueno, no podía ser otra cosa, notaba como si tuviera una flecha clavada en mi pecho, fue una diana en toda regla. Mis amigas vinieron a saludarme, Marga me dijo al oído que tenía que contarle todo con pelos y señales, que las tenía muy desinformadas, pero es que yo estaba completamente aturdida, no sabía qué estaba pasando.

–Carlo, ¿y eso? –Intenté disimular mi emoción.

–Tenía ganas de verte. ¿Ha sido mala idea? –me preguntó tocándome la barbilla.

–No, no, me alegra que estés aquí. Veo que ya conoces a mis amigas. ¿Te quedas a cenar?

Puse al día a las chicas, no les pude explicar mucho porque teníamos al italiano muy cerca de nosotras, les conté por encima para que supieran. Menudo cachondeo se traían con él y con mi jefe. Desvariaron pensando que éramos un trío, ya lo que me podía faltar, solo de pensarlo me ponía enferma, los tres juntos, por favor, bueno ni juntos ni separados, la sola imagen de mi jefe conmigo ahí dale que te pego me ponía malísima, ahora, pensar en Carlo también me ponía enferma, pero de amor, cada vez lo deseaba más.

Miquel se encargó de la barbacoa, junto a él estaba Carlo, se les veía mucha complicidad, me encantaba mirarlo disimuladamente, de vez en cuando él me lanzaba alguna sonrisilla y alguna mirada, no hacía falta el contacto físico, con tan solo eso me deshacía, era increíble lo que provocaba este hombre en mí. Me preguntaba si su visita era la confirmación de que había dejado ya a Ana o habría sido ella, después de lo que me contó mi jefe del beso, tenía mis dudas de quién habría dado el paso.

Comenzamos a cenar, todo eran risas y lo estábamos pasando fenomenal, qué bien entraba la sangría, sin darme cuenta me pasé de la cuenta con las copas, en cualquier otra ocasión ni me lo hubiera planteado, al fin y al cabo estaba con mis amigas, pero saber que tenía a Carlo a tan solo unos metros de mí, me preocupaba como iba a reaccionar mi mente, en ese momento era capaz de hacerle cualquier cosa, desinhibida totalmente no respondía de mí misma y no quería estropear algo que aún no había empezado. Pusimos música y empezamos a bailar, yo bailaba mirándole fijamente, lo estaba provocando descaradamente, me moría porque se acercara a mí y porque nos empezáramos a besar sin control, pero él se resistía, me miraba con su copa en la mano con media sonrisa, se estaba haciendo el duro.

–Moira, nos hemos quedado sin hielo. –Me informó María.

–¡Ostras!, ¿algún voluntario? –pregunté al grupo.

–Yo mismo. –Se ofreció Carlo–. Pero necesito guía, no conozco la ciudad y si consigo dar con la gasolinera, muy probablemente me pierda a la vuelta y el hielo se convertirá en agua.

Las chicas se miraron, se giraron hacia mí, me hicieron un gesto para que la voluntaria fuera yo, ¡qué mejor manera de quedarnos solos!, porque era evidente que no se iban a marchar ellas con mi jefe para dejarnos a los dos en mi casa, sin compañía.

–Venga yo misma. –No me quedó otra que ofrecerme.

–Moira, suerte –me dijo Miquel al oído.

Nos montamos en el coche, yo la verdad que hacía verdaderos esfuerzos para mantener el equilibrio, era toda una odisea ponerme recta, andar a la vez e intentar olvidarme que tenía a mi lado a Carlo. Complicado.

–¡Por fin solos! No veía el momento, Moira.

–Sí, sí, solos. ¿Dejaste a la rubia? –Fui directa a lo que me interesaba. Necesitaba saber.

–Me encanta lo clara que eres. –Paró el coche–, sí, aquella noche le dije que todo había terminado,

hemos quedado como amigos, los dos sabíamos que lo nuestro no iba a llegar a nada, ella se ha ido a Londres a trabajar y a seguir con su vida. Ahora no hay nada ni nadie que se interponga entre nosotros o ¿sí? –Intentó darme un beso.

–Espera. –Lo aparté–, ¿esto va a ser un rollo? –Necesitaba saberlo–. Yo no sé lo que quiero en estos momentos...

–Moirra, yo quiero estar contigo, ya te dije que desde el primer momento que te vi, no he dejado de pensar en ti, tienes algo especial, no sé lo qué es, pero no me concentro en el trabajo, siempre te tengo en mi mente –me cogió la mano y me la besó.

Yo ya no sabía si la sensación que tenía de perder el conocimiento era debido a la sangría o era envenenamiento de amor, pero todo me daba vueltas, fue una mezcla de sentimientos, cada vez que me miraba me derretía, pero cuando me rozaba era inevitable creer morir, me hacía sentir tanto con tan poco, que no pude evitarlo y me lancé a sus brazos.

Comenzamos a besarnos, no solo era guapo, besaba maravillosamente bien, su olor me volvía más loca si cabe, tenerlo tan cerca de mí, hacía que cada vez me sintiera más atada a él. El tiempo se detuvo, Carlo reclinó mi asiento para atrás y nos dejamos llevar. No nos dimos cuenta de la hora, mi móvil no paraba de recibir mensajes, volví al mundo real, me incorporé y miré el reloj, llevábamos en el coche más de una hora, vaya que si se había parado el tiempo para nosotros, pero para mis invitados habría sido eterno, estarían desesperados sin hielo, pero es que a estas horas la gasolinera ya estaría cerrada.

Menuda noche más movidita había tenido, fue maravillosa, el reencuentro con mis amigas y sobre todo, el haber tenido a Carlo entre mis brazos y haber sido suya. Hoy era uno de esos días que tendría marcado en el calendario para siempre, estaba viviendo un sueño y no quería despertar. Me sentí incapaz de recoger nada de la casa, solo quería tumbarme en la cama y pensar en todo lo sucedido, además, la cabeza me iba a estallar, fue caer en la cama y dormirme.”

Moirra no se había dado cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, cada vez que pensaba en Carlo le sucedía lo mismo. ¿Cómo podía ser posible que después de casi veinticinco años aún siguiera sintiendo tanto? Su amor por él se había transformado en un odio enfermizo con todo lo relacionado con Italia, no podía evitarlo.

–Moirra. ¿Estás bien? –Acababa de llegar Lola.

–¡Oh! Perdona. Sí todo bien, aquí tomándome un café antes de empezar a trabajar. Quería hablar contigo –dijo Moirra incorporándose en la silla, limpiándose las lágrimas.

–Dime. Soy toda oídos. –Empezó a reírse como una verdadera desequilibrada.

Le explicó y quedaron en que aquella misma tarde se pondría a trazar un plan de ataque. Moirra aceptó el precio “voluntad” y le entregó una nota con los datos que le había pedido.

Primer día superado para Luca. Hoy había comenzado a trabajar en la Universidad. Todo le resultó muy cómodo, los compañeros eran muy amables y el trabajo era muy sencillo, al menos por ahora.

Se dirigió al parking donde tenía aparcado el coche, abrió la puerta y entró, mientras se colocaba el cinturón activó el manos libres para llamar a Ginevra, estaba como loco por contarle como le había ido en su primer día de trabajo.

–Gin, “amore”, voy de camino. Me ha gustado mucho, ¿sabes? –le iba contando a su novia.

–¡Oh, Luca! ¡Cómo me alegro! ¿Qué tardas?

–Pues no sabría decirte. Estoy cogiendo la rotonda de la Universidad. ¿Nos vemos en la cafetería de tu tía?

–¿Ahora? Preferiría en otra parte, la verdad. Bueno, da igual, recógeme allí y ya vamos a tomar algo en otro sitio –le contestó Ginevra.

Había bastante tráfico y con aquel coche aún no se manejaba del todo, Noelia se estaba portando fenomenal con ellos, no solo se había molestado en conseguirles aquel ático, sino que también les había prestado su coche hasta que compraran uno. Encendió la música y a lo lejos observó que había una chica muy bien vestida haciéndole señas, estaba justo en la entrada a la gasolinera, pegada a la rotonda. Disminuyó la velocidad y estacionando a su lado, bajó la ventanilla del copiloto.

–Perdone, he visto como me hacía señas. ¿Sucede algo? –preguntó Luca muy amablemente a aquella joven.

–Gracias por parar. Sí, le hacía señas, es que veré, salía de dar clase y me he dado cuenta que había perdido el bus –le explicaba la chica.

–Pues no debería de hacer auto-stop usted sola y menos por la noche, encima a desconocidos –le respondió Luca.

–Ya, ya, por eso le hacía señas a usted –aclaró aquella mujer.

–Bueno... Creo que no ha entendido nada de lo que le acabo de decir, y eso que domino perfectamente el español –respondió Luca.

–¡Oh!, sí que lo he entendido. Además, apenas se percibe su acento. Le hice señas porque yo trabajo en su departamento. Espero no haberme equivocado, usted es el señor Vieri, ¿verdad? –preguntó sorprendida la desconocida.

–Efectivamente, el mismo. Venga suba. Dígame dónde la llevo. –Se estiró hasta la puerta del copiloto abriéndole desde dentro.

–Muy amable, señor Vieri –dijo la chica–. Pues si no me equivoco, vamos al mismo sitio o eso es lo que me ha dicho Adelaida, la de Recursos Humanos.

–Interesante. Y si ya sabía dónde iba yo, ¿por qué no me preguntó en el edificio si la llevaba? –Luca contestó sin rodeos.

–Bueno... la verdad que yo tenía la intención de coger el autobús, eso es cierto y también es cierto que lo he perdido, comencé a caminar hacia la gasolinera, siempre hay algún compañero que para a poner gasolina y en alguna otra ocasión me han acercado a casa. Al verle salir con su coche de la Universidad, se me ocurrió hacerle señas, no me gusta estar tan de noche sola en la parada. Pero si es un inconveniente me bajo y espero al siguiente. No creo que tarde en llegar –se disculpó la mujer.

–Para nada, molestia ninguna, solo pregunté. Y ¿a quién tengo el placer de llevar en mi coche? –preguntó el joven.

–Me llamo Calixta, señor Vieri –respondió.

–Llámame Luca, por favor.

Retomó la marcha, cogió la autovía y empezó a darle conversación a su misteriosa compañera de departamento. No entendía como una mujer tan joven se arriesgaba a parar a un perfecto desconocido y lo peor de todo, ¿cómo era capaz de subirse a su coche? Esto en Francia, jamás hubiera sucedido.

–¿Sí? No, es que he perdido el bus, tranquila. Creo que en media hora podré estar ahí, –Calixta atendía el teléfono–, no te preocupes, voy en el coche con un compañero, el señor Vieri. –Colgó–.

–¿Quién era, tu novio? –preguntó Luca.

–No tengo novio, era mi madre –respondió sonriendo.

–¿Te importa que pasemos antes a recoger a mi novia? Me está esperando en la cafetería de su madrina, y ya luego, te dejo en el pueblo.

–Sin problema. Faltaría más. Ahora aviso a mi madre –le comentó Calixta mientras se sacaba un sándwich del bolso–. ¿Quieres? –le ofreció.

–No gracias –respondió–. Bueno, cuéntame algo sobre ti.

Estaban casi llegando, a lo lejos ya se podía ver el cementerio, la calle estaba desierta, ni coches ni gente, tan solo las luces de las farolas, daba un poco de miedo adentrarse por aquel callejón. Justo cuando estaban doblando, vieron la silueta de una señora en camión junto a los contenedores, las luces de los faros la enfocaron de lleno.

–¡Mira ahí, ahí! –gritó Calixta, haciéndole frenar a Luca.

–¡Madre mía! Casi la atropello. ¿Cómo se coloca esa mujer en mitad de la carretera? –dijo sobresaltado.

–¡En esa curva! ¡En esa curva, me maté yo! –chilló apuntando con su dedo a Lola.

Luca asustado, al escuchar aquello, se equivocó de pedal y aceleró llevándose por delante los contenedores, desde la terraza de la cafetería se escuchó el impacto.

El coche comenzó a derrapar con Lola en el capó, ella iba enganchada a los limpia parabrisas, y desde dentro podían ver su cara de pánico. El coche iba haciendo eses. Calixta le gritaba a Luca con un ataque de nervios que parara, pero él no conseguía hacerse con el control. La gente empezó a levantarse de sus sillas observando la escena. Luca dando un volantazo frenó en seco lanzando por los aires a Lola.

–¿¡Qué eres, una loca!?! ¡Mira lo que has conseguido! –gritaba Luca.

Rápidamente, salieron del vehículo para comprobar el estado de Lola que yacía tendida en el suelo con todo el camión subido viéndosele perfectamente su cuerpo desnudo. La gente bajaba desde la terraza gritando.

–Luca, perdona. ¡Qué miedo he pasado! Perdóname –dijo Calixta lanzándose a sus brazos e intentando darle un beso en la boca.

–¡Quita! Ni se te ocurra. No me beses. ¡Loca, más qué loca! –le decía apartándola con su brazo.

Lola desde el suelo comenzó a moverse lentamente, se escuchaba una especie de lamento. La mujer se incorporó recolocándose el camión y un poco aturdida, con la ayuda de la gente, se puso en pie.

–¡Está bien! ¡No ha muerto! –gritó Calixta dándole un beso apasionado en los labios a Luca.

–¿Pero está loca qué coño está haciendo? –Apareció Ginevra dándole un empujón.

–No sé, “amor” –respondió el chico limpiándose los labios.

Calixta salió corriendo calle abajo, dobló por la esquina y desapareció sin dejar rastro. La gente se seguía preguntando qué acababa de suceder, cuando de repente, Luca empezó a toser, no podía respirar, se estaba ahogando.

–¡Luca! ¿Qué tienes? –le gritaba su novia.

El joven no podía hablar, se estaba poniendo muy rojo y de sus ojos empezaron a caer lágrimas. Él seguía tosiendo intentando escupir algo. Ginevra estaba muy asustada, estaba empezando a sentir muchísimo miedo, sabía que a su novio le estaba sucediendo algo, pero no sabía qué era, ni tampoco sabía cómo actuar. Luca se desplomó.

–¡Mi novio! ¡Por favor que alguien lo ayude! –lloraba Ginevra desde el suelo junto a él.

–¡Qué alguien llame a una ambulancia! –pedía la gente.

La puerta del cementerio se abrió y Romanov salió corriendo con algo en su mano. Daba unas zancadas impresionantes, todos tenían la sensación de que el suelo retumbaba cuando dejaba caer un pie para levantar el otro.

–¡Apártense! –pedía el ruso.

–¡Luca! Háblame, “amore”. –Ginevra lo intentaba mover.

Fue un momento muy angustiante, el chico tendido en el suelo, Gin llorando sin consuelo, Lola sentada en el borde de la acera tomándose una copa de coñac para recuperarse, y los demás clientes cuchicheando y comentando lo que acababa de suceder. Romanov le abrió de cuajo la camisa a Luca, lanzando todos los botones por el aire. Puso su mano en mitad del pecho y alzando la otra, le clavó en el centro una jeringuilla. El ruso sabía perfectamente qué hacer. Era evidente que había sufrido un shock anafiláctico, o al menos eso fue lo que el enterrador interpretó. Inmediatamente después, el joven empezó a reaccionar, seguía tosiendo, pero ya empezaba a recobrar el sentido y por supuesto a respirar. Una ambulancia dobló por la esquina.

–¿Qué te ha pasado? No me vuelvas a hacer esto –le decía Gin sin poder parar de llorar–, he creído morir. Si te pasa algo me muero. ¿Lo sabes? –decía abrazándolo.

–Todo ha pasado muy rápido. La verdad que todo ha sido surrealista. Aquella mujer, la otra, el beso... –decía Luca aturdido.

–¿Qué beso? El de la zorra, ¿verdad? Pero quién era esa mujer –le preguntaba Gin–, ¡aquí, aquí! –Hacía señas con su brazo a los de la ambulancia.

Atendieron allí mismo al chico, estuvieron haciéndole preguntas mientras lo reconocían, él les explicó que de repente sintió que no podía respirar, como si le estuvieran apretando con muchísima fuerza la garganta y lo último que podía recordar, era como se desvanecía. Le aconsejaron que se subiera a la ambulancia y que en el hospital lo terminarían de reconocer.

Romanov le había inyectado adrenalina, eso le salvó la vida, siempre llevaba en su botiquín, estaba convencido que muchos de los que entraban en el cementerio si recibían aquel medicamento, recuperarían la vida, nunca tuvo la oportunidad de probarlo, pero con aquel acto heroico desinteresado comprobó su “teoría”, se alegró muchísimo de haber llevado una jeringuilla en su botiquín.

La pareja se subió a la ambulancia y se marcharon al hospital.

Marga estaba en sus clases de sevillanas, allí se sentía especial, aunque estaba rodeada de jubiladas que no tenían otra cosa mejor que hacer que acudir allí para matar el tiempo libre, para ella, aquello era una ventaja, al ser la más joven, pensaba que Pepe podría llegar a sentirse atraído por ella, en el supuesto caso de que tuviera que elegir a alguna de sus alumnas. Estaba convencida que era atracción mutua.

En cuanto sonaba la música, Marga se transformaba y disfrutaba cada segundo del roce con su Pepe, como ella lo llamaba.

–¿Sí?, ¡claro qué estoy en sevillanas! ¿Dónde sí no? –Moira la había llamado–. ¿Pero qué pasa? No me asustes. ¡Cálmate! ¿Esto no será otra de tus tonterías?

–¡Marga! La niña –lloraba Moira al otro lado del teléfono.

–La niña, ¿qué? –preguntaba asustada.

–Me ha llamado. Están en el hospital. ¡Ay Marga! –seguía llorando sin ser capaz de decir más cosas.

–Moira, respira. A ver, cuéntame –dijo saliéndose de la clase.

–Que me ha llamado Gin. Que estaba en tu cafetería esperando a Luca, y que... ¡Ay Margarita, qué la he cagado!

–Moira, por favor. Cuéntamelo todo de golpe. ¿Le ha pasado algo a la niña? –interrumpió a su amiga.

–No, no, a ella no, ha sido Luca. –Comenzó a llorar más fuerte.

–¿Luca? ¿No habrá tenido nada qué ver Lola? Moira, dime qué no –dijo Marga.

–Eso es. Si es que te estoy diciendo que la he cagado. ¿No se qué hacer? Acompáñame al hospital. ¿Con qué cara los voy a mirar? ¿Dime? Me muero. Te juro que con esto me muero. –Seguía lamentándose Moira.

–Voy de camino. Yo ya no sé para qué pago las clases, en los dos últimos meses me has sacado en mitad de más de cuatro o directamente no he podido llegar a tiempo. No hagas nada. ¿Me escuchas? En cinco minutos te recojo –se despidió precipitadamente de Pepe.

Las dos amigas entraron corriendo por la puerta de urgencias, se acercaron al mostrador para preguntar dónde se encontraba Luca. La administrativa las miró muy sorprendida, al otro lado del cristal, tenía a aquella dos mujeres, una vestida de flamenca y a la otra en pijama con los ojos enrojecidos y sin dejar de llorar.

Cuando logró que se calmaran, les explicó que Luca Vieri se encontraba ingresado en planta, les facilitó el número de habitación y antes de poder decirles nada más, ya habían desaparecido por el pasillo que unía la sala de urgencias con el interior del hospital.

–No me lo puedo creer. ¿Qué le dijiste a Lola? –preguntaba Marga mientras corrían escaleras arriba.

–Nada, solo le dije que necesitaba su ayuda. Solo eso. Te lo juro por lo que más quiera –respondía Moira como podía entre llantos y fatiga.

Consiguieron encontrar la planta. Ellas seguían corriendo por los pasillos esquivando a pacientes y familiares que se encontraban fuera de las habitaciones. Se iban fijando en los números de las puertas.

–Aquí. –Paró en seco Marga.

–No me atrevo a entrar –dijo Moira.

–Escúchame. Vamos a entrar y vas a fingir serenidad y que no sabes nada. No me jodas y la lées ahí dentro. Entramos, saludamos y preguntamos qué ha pasado. ¿Me has entendido? –le decía Marga agarrándola por los hombros.

Tocaron a la puerta, entreabrieron, pidieron permiso para pasar. Allí en el interior de la habitación se

encontraba Luca acostado en la cama más próxima a la ventana, y a su lado, en una silla, estaba Ginevra sujetándolo de la mano sin dejar de llorar.

–¡Hija! ¿Cuéntame? –Corrió hasta ella.

–¡Hola, chicos! –saludó Marga.

–Mamá, pues es que ha sido todo muy rápido y extraño. Le están haciendo pruebas, pero parece ser que ha sido intoxicación. Todo muy raro. Estaba Luca saliendo de la universidad, una compañera de trabajo le pidió que la llevara y como Luca quería pasar antes a por mí, pues vinieron a la cafetería –relataba Gin.

–¿Y? No te pares cariño –le pidió Moira.

–Pues es que yo no sé si con la medicación que le han dado, Luca ha sufrido alguna alucinación, porque cuenta que cuando doblaban, vio a la loca esa que tiene la tía en su terraza, y la compañera de trabajo a la que llevaba en su coche, la señaló diciéndole: “En esa curva me maté yo”, él se asustó y perdió el control, como es evidente –las dos amigas no pudieron evitar mirarse entre ellas presas del pánico–. ¿Te lo puedes creer? Tengo miedo de que le haya afectado el tiempo que ha estado sin respirar. Mamá, ¿y si se queda tonto?

–¡No digas tonterías! –apuntó Marga.

–Bueno a ver, si ha sido una intoxicación, puede ser que tarde unas horas en volver a ser el de siempre, por la medicación, digo. Tú por eso no te preocupes, cariño. Lo importante es que ha sido una intoxicación y no que lo hayan querido matar. –Intentaba consolar a su hija.

–Moira, no te montes películas –dijo Marga apretando los labios.

–¿Y por qué iban a querer matarlo? Mamá, no digas tonterías ahora tú, que me asusto.

–Eso digo yo. Bueno, el chico está bien, ¿no?, pues es lo que importa. Ahora a descansar. ¿Cuándo os han dicho que se puede marchar a casa? –interrumpió Marga.

–Sí, claro, él está bien ahora. Pero las cosas que cuenta sin sentido, eso es lo que me da que pensar que la falta de oxígeno, le ha podido afectar al cerebro. ¡Cómo no se quede bien, me muero! Yo no puedo perderlo –comenzó a llorar de nuevo.

–¡Vamos a calmarnos todos! –pidió Margarita–. Nosotras nos marchamos ya. Si necesitas algo, a la hora que sea, nos llamas. ¿Lo sabes no?

–La del camisón. ¿Por qué estaba ahí? Yo no quería... –Luca sin abrir los ojos había empezado a decir cosas.

–”Amore”, no hables. Estoy aquí contigo. Te vas a poner bien –le decía Gin.

–Calixta, ha sido Calixta –gritaba Luca–. Ella se mató...

–¿Quién es Calixta? ¿Qué dices? ¡Madre mía, si qué está delirando! –apuntó Moira.

–Te quieres callar... –le dijo al oído Marga.

–Mamá, ¿lo ves? Pues así todo el rato desde que lo han ingresado. La Calixta debe de ser la que lo besó, la guarra esa que después salió corriendo. ¡Cómo la pille, la mato! ¡Te juro que la mato! –gritaba Gin.

Moira y Marga se despidieron. Tenían que salir cuanto antes del hospital. Necesitaban hablar con Lola, querían preguntarle si ella había tenido algo que ver con aquel suceso o simplemente fue casualidad que Luca se la llevara por delante con el coche y también, para pedirle que no siguiera con el “encargo”.

Moira estaba convencida que todo había sido fruto de la mala suerte, porque aunque nombraba a “la de la Curva”, aquel desvanecimiento no tenía sentido por ninguna parte, y él iba acompañado por una compañera de trabajo, el médico había insistido en que fue una intoxicación, entonces, Moira se calmó.

Aunque en el fondo se sentía muy culpable por haber intentado apartar al italiano del lado de su hija. En aquella habitación de hospital, pudo darse cuenta de lo que su hija lo amaba.

Luca y Ginevra, estaban esperando a que pasara el médico con los resultados. Como había habido un atropello de por medio, se temían que la señora en cuestión, los hubiera denunciado.

–¡Buenas noches! ¿Y cómo se encuentra el señor Vieri? –Entró el médico de guardia con una enfermera.

–¡Buenas noches! –Ginevra se levantó al escucharlos–. ¿Ya tienen los resultados? ¿Qué le ha pasado? Por favor, díganos, estoy muy preocupada por si le vuelve a suceder.

–Pues verá, no debe de volver a pasarle si sigue mis indicaciones –hablaba mientras leía unos papeles que llevaba en la mano–. ¿A usted le han hecho pruebas de alergia en alguna ocasión?

–Luca, “amore”, ha venido el doctor –le hablaba muy bajito–. Despierta.

–Bueno, déjelo descansar, debe de estar agotado –dijo el médico–. Si pasa la noche sin ningún ataque, mañana le daremos el alta.

–¿Ataque? ¿Pero qué le pasa? Lo que si le noto es que delira. Dice cosas extrañas. Me tiene muy preocupada que se haya quedado... –Gin, no terminó la frase y comenzó a llorar.

–No se preocupe. Ha debido de ser del impacto. Me han comentado que el enterrador le ha clavado una jeringuilla en el pecho, y gracias a eso, se ha salvado. Debería de estar muy agradecido, ha sido providencial que aquel señor pasara por allí y sobre todo, que llevara encima la adrenalina. Su amigo tiene un “ángel de la guarda” –comentó el médico.

–Eso sí, es que todo pasó en la puerta del cementerio municipal. Pero me puede decir qué le pasó exactamente. Si él no toma drogas ni nada que se le parezca –informó Ginevra.

–Mire, le he preguntado si se ha sometido a alguna prueba de alergia porque todo indica que ha sufrido un shock por ingerir cacahuetes. El señor Vieri es alérgico a los frutos secos. Pregunté porque me sorprendió que con la edad que tenía, no lo supiera ya. Debería de tener más cuidado a la hora de comer cosas que no sabe lo que llevan.

–¿Cómo? ¡Cacahuetes! ¿Lo dice en serio? Es imposible. Él sabe, bueno, todo su entorno sabemos que es alérgico, pero jamás he presenciado algo como lo que le ha sucedido esta noche. Siempre lleva muchísimo cuidado, nunca comemos nada que no sepamos a ciencia cierta qué ingredientes tiene, incluso cuidamos la contaminación por contacto y siempre, siempre, lleva su propia medicación por si le pasara algo así. No me puedo creer que haya comido cacahuetes el muy descerebrado –aclaraba la chica.

El doctor se despidió dejando a la enfermera para que le tomara la tensión y le cambiara el gotero que le habían colocado. Luca continuaba dormido, Ginevra no dejaba de llorar, seguía sin entender qué había pasado. Se preguntaba por qué su novio había comido cacahuetes, no lo comprendía.

Mientras tanto, Moira no dejaba de mandarle mensajes a su hija, estaba muy nerviosa y preocupada por todo lo que había pasado, pero lo que más miedo le daba, es que Ginevra se llegara a enterar que ella había contratado a “la Niña de la Curva” para alejarlo de su lado y no podía quitarse de la cabeza que Lola llegara a contárselo o que lo denunciara por atropello. Se quedó más tranquila cuando por fin le respondió contándole que había sido debido a una alergia a los frutos secos. El médico lo confirmó.

Su hija no dejaba de llorar y eso a Moira le partía el corazón, se había convencido de que todo lo sucedido no había sido cosa de ella, pero no podía ver a su hija así. Su pequeña estaba sufriendo, lo quería de verdad, pero ahora le habían entrado más dudas, si por haber estado a punto de perderlo se había puesto así, ¿qué pasaría el día que Luca le dejara y desapareciera de su lado? ¿No sería mejor que el chico la dejara ya? Moira seguía dándole vueltas a todo. Su mala experiencia con un italiano y su obsesión enfermiza de tantos años, la estaban volviendo loca.

No podía dormirse, aquella noche se le estaba haciendo eterna.

BARCELONA 1994

“Carlo y yo estábamos viviendo un sueño, estaba encantada con la relación que habíamos empezado; él seguirá viviendo en Milán, irá y vendría, me había prometido que los fines de semana serían nuestros, lo que más me preocupaba era pensar que no sabría qué estaría haciendo allí, un empresario importante, joven, guapo y muy cotizado. En fin.

Miquel estaba sumergido de lleno en su separación, no hubo forma de hacer entrar en razón a Lola, nada, que no quería seguir siendo su mujer, que con treinta años no quería perder más tiempo a su lado, la verdad que si no conociera a Miquel como lo conocía, pensaría que hablaba de Lucifer, cada vez que la escuchaba hablar de él, me confundía y luego estaba unas horas queriéndolo matar, pobrecillo...

Estaba especialmente nerviosa, Carlo me llamó para comunicarme que ese fin de semana vendría acompañado, cuando me dijo eso mi corazón se paró, pero cuando terminó la frase fue peor de lo que yo me había imaginado, vendría con su madre, iba a conocer a mi suegra, jamás me había planteado que este hombre tuviera madre, vamos sabía que en algún momento de su vida tuvo, pero como no me había hablado de ella nunca, di por hecho que estaba muerta, no es que quisiera que la señora muriera, ni que ya estuviera muerta, pero tener que enfrentarme a una suegra, imponía, encima italiana, desde que me lo comunicó se me agarró un dolor en la boca del estómago que no conseguí deshacerme de él en todo el día.

–Miquel, estoy histérica. –Entré en su cuarto–, necesito hablar, Miquel escúchame por favor. –Le pegué un empujón para que se levantara.

–Moira, cinco minutos más, pásame los pantalones porfa.

Se los lancé y me fui del cuarto esperando que saliera, necesitaba desahogarme con alguien, no tenía nada en concreto que contar, pero necesitaba contarle que vendría mi suegra esa noche, me comían las dudas, tendría que hacerle algún regalo, qué se le regalaba a una suegra, nunca había tenido una, parejas sí, pero suegras no y me estaba emparanoando con la buena señora. Carlo no debería de haberme dicho nada, así me estaría ahorrando este sufrimiento innecesario.

No sé cuántas veces me cambié de ropa, vestido apretado, me lo quité, no quería seducir a mi suegra, era evidente, vaqueros, eran demasiado informales, falda, puff no tenía ninguna falda que me cubriera

más de treinta centímetros de pierna, ¡ay! es que jamás había comprado ropa para ir a cenar con una suegra, de verdad que estaba siendo un poco frustrante, tanta ropa y nada que ponerme, pero lo peor no era qué ponerme para salir a cenar, la pesadilla era que estaría aquí en España todo el fin de semana y la tendríamos que soportar todos los días y ahí si que ya se me iba de las manos y tampoco tenía tanto presupuesto para vestuario.

Elegí unos pantalones que tenía sin estrenar, llevaban aún la etiqueta, eran de vestir, ¿por qué me los compraría?, ni me acordaba de ellos, y arriba me puse una camisa blanca, de las básicas, esperaba que le gustara a Carlo, lo tenía acostumbrado a verme vestida de otra manera.

Llegó el momento, estaba súper nerviosa, haber hablado con Miquel no me había servido de nada, no sabía que le pasaba, pero estaba un poco disperso y supongo que sin pretenderlo me puso más nerviosa de lo que ya estaba.

Pasó a recogerme, salí temblando a la calle, quien no supiera donde iba, pensaría que me dirigía a un velatorio, ¡qué nervios más tontos! Abrí el coche y comprobé que su madre no iba sentada en el asiento del copiloto, mal habríamos empezado si le llego a clavar el tacón.

–¡Hola cariño! ¿Vienes solo? –pregunté mirando hacia la parte trasera del coche.

–Sí, mamá se ha quedado en el hotel organizando. ¿Nerviosa?

–Histérica –suspiré tapándome la cara.

–¡Qué tonta eres!, mi madre no muerde. Estoy seguro de que te encantará.

Fuimos directos al restaurante, la madre debía de desenvolverse estupendamente por la ciudad ella sola, ya que quedó en reunirse con nosotros más tarde, a mí no me entraba ni agua, me sudaban las manos y no dejaba de volverme todo el rato para ver si la señora había llegado ya.

–Moira, relájate, te va a dar algo.

–No puedo, de verdad que no sé por qué estoy así, ya ves tú que tontería, voy a conocer a tu madre, no voy a entrar en el corredor de la muerte. Total, ¿qué me puede hacer una anciana indefensa a la que le han robado a su niño y que ahora ya no puede verlo los fines de semana, porque sabe que viaja a España para venir a ver a su querida novia?

–¡Buenas noches! La anciana acaba de llegar –se presentó mi suegra.

Me atraganté cuando la vi, no me dio tiempo a reaccionar, me limpié con la servilleta e intenté levantarme para darle dos besos, pero ella extendió su mano para saludarme, mal habíamos empezado, no solo no era anciana sino que encima era más guapa si cabe que su hijo. Llevaba un vestido negro brillante hasta los pies, ¡qué elegante era! Se había puesto una especie de boa por los hombros y llevaba unos pendientes preciosos de perlas a juego con el collar. Carlo no dejaba de reírse, sabía que había metido la pata y que ya nunca le caería bien a su madre. ¡Por favor qué genética! Esta mujer había vendido su alma al diablo y no le habían dejado huella los años.

–Perdone, señora Macini.

–Sí, perdonada estás, pero soy señora de Luca.

Yo ya no entendía nada, qué capacidad para meter la pata estaba teniendo, creo que no volvería a abrir la boca más en toda la noche, incluso me estaba planteando levantarme e irme, todos lo íbamos a agradecer.

–Diana, ¿ya? –le dijo Carlo–. Moira te presento a mi hermana mayor, Diana, le encanta gastar bromas. Ella es así.

“¿Ella es así?”, pues ya está bien crecida para gastar ese tipo de bromas, en ese momento me entraron unas ganas irracionales de arrancarle el collar de perlas y estrangularla con su boa, aunque

agradecí el malentendido, ¡qué descanso que esa no fuera la madre de Carlo! ¿A dónde podría ir con ella? Con una suegra así, no salgo de paseo.

–Encantada, igualmente. –Le ofrecí mi mano.

–Pero ven aquí mujer, dame dos besos. –Me atrajo hacia ella y me abrazó un buen rato.

¡Qué familia!, aún recuerdo la primera vez que entablé conversación con Carlo el día de la presentación, son una familia de cómicos sin humor, porque a mí no me hizo ninguna gracia, menudo susto me llevé, ahí estaba ella sentada en nuestra mesa riéndose pensando que era la más graciosa del mundo.

–Bueno, pedimos ya ¿verdad?, mamá no va a venir, ha preferido quedarse descansando. ¡Camarero! – Diana empezó a gritar agitando la mano en el aire.

–Carlo, te voy a matar, en serio –le dije bajito.

–Moira, entonces tú eres la que ha hecho la campaña de publicidad de la empresa ¿no? –me preguntó mientras se bebía de un trago la copa de martini que le habían servido—. Y ¿qué te parece, mantener una relación a distancia con mi hermano?

–Sí, la hice yo, pero es la empresa para la que trabajo. Y con respecto a lo de la relación, pues se lleva, mejor o peor, pero lo llevamos. –Miré a Carlo sonriendo.

Terminamos y le comuniqué a mi novio que me quería marchar, que se viniera un rato a mi piso, no me sentía a gusto con su hermana, era muy rara, habíamos empezado con mal pie, pero es que no paraba de interrogarme y de lanzarme indirectas, doy gracias al cielo de que la madre no hubiera venido, eran demasiadas emociones para una sola noche.

Creo que fue la primera vez que discutimos, yo le eché en cara que no me hubiera defendido cuando su hermana estaba todo el rato atacándome con sus indirectas “humorísticas” diciéndome que si yo me había llevado a su hermano a España, que yo jamás iba a Milán, que ya no lo veían, que ellas también lo echaban de menos, que si patatín, que si patatán... Le dije que bien podría haberla interrumpido y haber dicho que se callara, que él era el que quería venir a verme y que así lo habíamos hablado cuando empezamos a salir. Él sabía que yo no me podía permitir viajar todos los fines de semana. Me había decepcionado, me dio la sensación que le tenía miedo a su hermana, por qué sino, no entendía su reacción.

Subimos a casa y estuvimos un rato en el sofá con la tele encendida sin ver nada, todo el tiempo en silencio, yo quería que supiera que estaba enfadada, así que ni le besé ni dejé que él lo hiciera, se levantó y se quitó la camisa, no sabía decir qué pretendía, pero yo estaba decidida a que no pasara nada. Se sentó junto a mí, me pasó el brazo por encima de mis hombros y tan solo dijo “shhhh”, me abrazó muy fuerte y así nos quedamos hasta que el amor que sentía por él se apoderó de mi enfado permitiéndole empezar a besarme, una cosa llevó a la otra y pasó lo que deseaba con toda mi alma. Cada vez que estaba junto a él sentía la misma fuerte atracción que el primer día, y cada día, cada hora, mi amor por él crecía. Estaba enferma de amor. Pasamos así toda la noche hasta que el sueño nos pudo.

Cuando me desperté por la mañana, él ya no estaba, miré rápidamente el reloj, no sabía qué hora era, me dolía todo el cuerpo por la postura que había cogido estando acurrucada en el sofá junto a Carlo. Me encantaba oler a él, mi ropa me recordaba todo el rato que habíamos dormido abrazados, cogí el teléfono para llamarlo, quería saber cuál era el plan, era el gran día, comeríamos con su hermana “la cómica” y su querida mamá. Lo tenía apagado, así que decidí dejarle un mensaje y meterme en la ducha, qué silenciosa estaba la casa, Miquel no era un compañero de piso ruidoso, pero saber que no estaba ese fin de semana en casa, hacía que notara su vacío.

Salí de la ducha y lo primero que hice fue mirar el móvil, no tenía ninguna llamada de él. Me pareció

rarísimo, Carlo vivía pegado a su teléfono y más cuando no estamos juntos, pero lo que me parecía más raro es que tampoco me hubiera llamado desde otro teléfono para decirme que se había quedado sin batería o simplemente para decirme algo.

Me estaba empezando a poner nerviosa, era casi la hora de comer y seguía sin tener noticias, y el teléfono seguía apagado, no tenía dónde llamarle, tan solo tenía su número de móvil, nada más, era curioso que lleváramos saliendo meses y que no supiera nada más sobre su vida, solo que era mi novio italiano de Milán, que tenía una empresa de ropa, punto y final, bueno y desde la otra noche supe que no era hijo único y que tenía una madre.

–Miquel, ¿cuándo vienes? Tengo un problema.

–Estoy aparcando, espera que entro en seguida.

Yo no paraba de dar vueltas por el salón diciendo cosas sin sentido, no sabía qué hacer, sentía algo dentro de mí que me decía que había un problema grave, no podía evitarlo, pero por otro lado quería auto-convencerme que siempre me pasaba igual, me acaloro, me pongo histérica cuando no se dónde está alguien que necesito encontrar y siempre me pongo en lo peor y afortunadamente nunca sucede lo que me imagino, así que debía relajarme e intentar pensar en otra cosa, pero no podía, no podía evitarlo, yo era así, catastrofista...

–¡Miquel! –Me eché a sus brazos–. Carlo ha desaparecido.

–Espera Moira. –Dejó su maleta y me miró–. ¿Qué estás diciendo? ¿Qué ha pasado?

Mientras me abrazaba, yo seguía dándole vueltas, aquello me parecía muy extraño, habíamos pasado la noche juntos, es que ni reparé cuando se marchó, me separé de Miquel y empecé a buscar como una loca por toda la casa a ver si me había dejado una nota, pero no encontré nada, la casa quedó hecha un Cristo, definitivamente me había vuelto loca. ¿Qué sentido tenía que Carlo me hubiera dejado una nota entre mi ropa? Lo normal hubiera sido dejarla en el recibidor de la entrada, pues yo vacié cajones, armarios, todo. Miquel intentaba calmarme, pero yo no encontraba consuelo.

–Moira, cálmate, te va a dar algo. –Me sujetó de los hombros para que parara de moverme–. Habrá tenido que marcharse por algo. ¿A qué hora se ha ido?

–Pues no sé, llevo despierta cerca de cinco horas. ¡Ay Miquel! y si le ha pasado algo... yo me muero.

–Piensa, que a él no le ha pasado nada, simplemente lo han llamado y se ha tenido que ir, igual era urgente y por eso no te dejó ninguna nota, luego se quedaría sin batería y ya no te ha podido avisar. Verás como eso es todo.

Intentaba consolarme como fuera, nada de lo que decía podía relajarme, yo estaba muy preocupada, igual lo había llamado su hermana, su madre no vino a cenar, y si le había sucedido algo a la señora. Tenía que llamar a los hospitales.

No tuve suerte, en ninguno supieron darme la información que yo buscaba, cada vez estaba más nerviosa y preocupada, Me vestí y le dije a Miquel que me iba al hotel, allí igual sabrían. Miquel con tal de no oírme cogió las llaves de su coche y se ofreció a llevarme, en mi estado hubiera sido una imprudencia dejarme conducir.”

Moira lo pasaba muy mal cuando recordaba su pasado. Con cada recuerdo conseguía revivirlo como si le estuviera sucediendo en ese preciso momento. Consiguió ponerse en la piel de su hija aquella noche. Si es que parecía que se tratara de ella misma cuando Carlo desapareció. “Si le pasa algo me muero”, se repetía mentalmente aquellas palabras. Pero ella sabía que de todo se salía y que había sido capaz de superarlo. Si Luca se marchaba de su lado, Ginevra lo podría superar.

Aquel día Marga abrió la cafetería muy nerviosa, estaba deseando que llegara Lola, necesitaba hablar con ella, explicarle que había sido un error contratar sus servicios. Moira era una madre desesperada, no sabía lo que hacía cuando aceptó su ayuda. Aquello había que pararlo. Necesitaba pedirle que no interviniera. Con lo mal que lo había pasado Ginevra, si Lola se metía por medio, la iba a destrozar.

–Moira, ¿has hablado con Gin? ¿Sabemos algo de Luca? –llamó a su amiga.

–Nada, anoche conseguí hablar con ella, era muy tarde. Me dijo que el chico había tomado cacahuets y que como era alérgico, le pasó aquello. No sabes el miedo que pasé cuando me llamó diciéndome que estaban en el hospital, por un momento pensé que había sido la “loca de la Curva” –le contaba Moira.

–Si es que no piensas. Ya eres mayorcita para hacer estas tonterías. Vamos a olvidarlo. Esto jamás ha sucedido, ¿vale? Estoy esperando que llegue Lola para pedirle que lo olvide todo, y por supuesto, para que no cuente nada a nadie nunca. –Intentaba calmar a su amiga.

Lola no llegaba, eso era rarísimo. Marga empezó a impacientarse, era una de sus mejores clientas, siempre estaba allí la primera, daba igual qué día hiciera, lloviera, tronara o te derritieras bajo el sol, Lola aparecía antes de subir la persiana. “¿Se encontraría bien?”, pensaba Margarita. Era cierto que la señora se había precipitado contra el asfalto, salió volando varios metros y terminó estampada en mitad de la carretera, era increíble que no hubiera sufrido ni un solo rasguño con aquella caída, aunque ella no lo había presenciado, le habían contado cómo había sucedido todo y verdaderamente aquello había sido un auténtico milagro. Lola ilesa, Luca haberlo traído del lado de los muertos gracias a la rapidez del enterrador y que nadie se hubiera enterado de lo que Moira tramaba.

–Buen día le traiga Dios. –Entró en la cafetería el enterrador–. ¿Sabemos algo del hombre que estaba tendido? –le preguntó a Marga.

–Buenos días Romanov. Quería agradecerte lo que hiciste ayer por el novio de mi sobrina. Para mí ha sido muy importante. Te doy las gracias también en nombre del chico y en el de ella. Continua en el hospital, pero anoche ya estaba mejor, fuimos a verlo y dormía. Todo se debió a una alergia, por lo visto tomó cacahuets sin saberlo, y el resulta que es alérgico. Lo que son las cosas... –dijo Marga.

–No hace falta darlas. Lo vi tendido sin respirar y tuve que clavarle la jeringuilla. Me alegro que esté vivo, y si estás tan agradecida, ¿qué te parece si me concedes el gusto de invitarte a cenar lejos de aquí? –propuso el ruso.

–Claro qué te lo agradezco, pero perdona si no acepto, a mi novio no le parecería bien.

Marga mintió para no tener que ir con él a cenar.

–La oferta sigue en pie. Cuando te sientas preparada, me dices. Ponme un carajillo –sentenció el enterrador.

Cada vez que se sentaba en la barra aquel hombre, a Marga le recorría un fuerte escalofrío por la espalda, no terminaba de acostumbrarse a la compañía de él. Toda su clientela fija, era extraña, pero saber que Romanov estaba interesado en ella, le daba pánico. Se disculpó de nuevo con él y se metió en la cocina fingiendo que pelaba patatas, estaba deseando que llegara algún cliente más. El hombre le ponía de los nervios.

–¿Dónde está Margarita? –preguntó Lola.

–Está en la cocina pelando patatas. ¿Cómo te encuentras? Menuda leche te dieron anoche –dijo el ruso.

–Yo estoy bien, es lo bueno de estar muerta, que te hagan lo que te hagan, nunca sufres –dijo entre

risas y toses—. ¿Y del chico, se sabe algo?

—Por lo visto era alérgico a los cacahuetes.

—¡Pues vaya mala suerte! Esa ha debido de ser la comedora compulsiva de mi hija, le encantan los sandwiches de crema de cacahuete. Ahora, ¿cómo llegó al estómago del muchacho? No lo sé —apuntó Lola.

—¿Y Calixta qué tiene qué ver en todo esto? —preguntó Romanov.

—Nada, una historia muy larga. Si te la cuento tendría que matarte después —volvió a reírse compulsivamente.

—Tú empeñada en darme trabajo a mí —bromeó Romanov.

Marga al escuchar las risas de Lola salió fuera, necesitaba hablar con ella. La invitó a una Coca-cola Zero, quería tenerla entretenida y contenta. Aquella mujer era imprevisible.

Después de media hora hablando con ella, se enteró que sí había tenido mucho que ver la contratación de Lola con el atragantamiento de Luca. Le rogó y le suplicó que abandonara el encargo. Le dijo que Moira no quería seguir, que se había dado cuenta de lo equivocada que estaba. Le ofreció dinero para que lo dejara tranquilo, pero Lola, insistía que ella tenía que terminar su trabajo, que necesitaba volver al “mundo laboral” y que antes nunca había fallado, que tarde o temprano, lo conseguiría. Marga dejó de discutir con Lola, le estaba entrando pánico de escucharla. Ahora más que nunca, sabía que había que internar a Lola.

—Mamá, dime qué lo que acabo de oír, no es cierto, por favor —dijo Noelia que había escuchado la conversación con Lola.

—¡Hola Noelia!, hija, no te había visto —respondió temblando.

—Imagino... Mamá, te lo voy a preguntar solo una vez: ¿Qué tiene que ver Lola, con Luca? ¿Ginevra sabe algo? —preguntó enfadadísima.

—Noelia, no te metas. Vamos a dejar las cosas como están. Moira está muy arrepentida, y al chico no le ha pasado nada. Tan solo una alergia. Qué todo siga igual. ¿Me has entendido? —dijo con tono amenazante.

—¡Estáis locas! Encima, sois peligrosas. ¡Me dais miedo! —contestó Noelia dándose media vuelta.

Marga no sabía qué hacer, entraba a la cafetería, salía a la terraza, se ponía las manos en la cabeza. Sabía perfectamente que aunque le hubiera pedido a su hija que no dijera nada, le habría faltado el tiempo para contárselo todo a Gin. Moira tenía un problema y grave.

—Voy de camino al hospital. Tenemos que hablar. ¿Estás sola con Luca? —Noelia llamó a Ginevra.

—Sí, seguimos aquí, aunque estamos esperando los papeles del alta. La noche la ha pasado fenomenal —respondió muy contenta.

La chica comenzó a sacar la ropa del armario, la dejó sobre la cama esperando a que llegara la enfermera y le quitara la vía a su novio. El médico le había dado el alta, pero necesitaban que en administración prepararan los papeles.

—”Amore”, —Luca se acababa de despertar—, ¡cómo me duele el pecho! —se quejó el joven.

—No hables. Sí, ese dolor dice el médico que te durará un par de días. Debió de ser de la “estaca” que te clavó el enterrador —le dijo sonriendo a su novio.

—¿Estaca? Sigo dándole vueltas a lo que me pasó anoche. Si te lo cuento, no te lo vas a creer —decía sorprendido.

—No me vengas otra vez con tus delirios. ¿No sabes la noche qué me has dado?

—Tranquila, en casa te lo cuento. Tengo unas ganas locas de salir de aquí que no lo sabe nadie. ¿Has

llamado a la universidad? Necesito comunicar que estoy ingresado.

–Está todo controlado. Tú no te preocupes por nada, “amore” –le contestó Ginevra.

Luca se incorporó en la cama, se quitó la sábana que le cubría y se sentó en el borde. Miró a su novia con una mirada muy tierna y le lanzó un beso.

–Por favor, mira en mi chaqueta, dame lo que hay en el bolsillo interior –dijo Luca.

–Un segundo. –Gin metió la mano en los bolsillos buscando lo que le había pedido–. ¿Esto?

Luca se sujetó al poste del gotero, se levantó y arrastrándolo hasta los pies de la cama, que era justo donde estaba ella, se intentó arrodillar.

–¿Qué estás haciendo? ¿No estarás haciendo lo que creo? Luca, me muero –decía con risa nerviosa.

–Ginevra. ¿Quieres casarte conmigo? –dijo sujetando la caja abierta.

–“Amore”. ¿Pero qué me estás pidiendo? –preguntó mientras Noelia aparecía por la puerta.

–¡Ha sido tu madre! –Paró en seco en el centro del cuarto–, Gin. ¿Interrumpo? –Clavó sus ojos en el anillo y en Luca arrodillado.

–Noe, me ha pedido que me case con él. ¿Qué dices de mi madre? –preguntó sujetando el anillo.

Noelia se sentó en los pies de la cama, les pidió que continuaran, que ella seguiría después. Se acababa de dar cuenta que había fastidiado el momento posiblemente más romántico de la historia de su prima, pero era siempre muy impulsiva y no pensó, lo soltó sin más. Acababa de acusar a Moira de ser la culpable de lo que le pasaba a Luca en mitad de una declaración de amor.

Les explicó todo, era evidente que la historia era surrealista totalmente, pero les empezó a cuadrar todo lo que había sucedido la otra noche, todo había comenzado a cobrar sentido, aunque seguían sin saber cómo había llegado un cacahuete al estómago de Luca provocándole el ataque.

Camino de casa, los tres intentaban averiguar qué le habría sucedido a Moira para querer acabar con Luca. Gin no daba crédito y el chico no entendía nada, Noelia intentó dar luz apuntando el odio de su tía por los italianos, pero aquello no podía ser porque un novio la dejara en su juventud. Su madre se había vuelto loca. Tenía que haber algo más.

Ginevra entró en su casa fuera de sí, quería denunciar a su madre, a la loca del camisón y a la tal Calixta que se había ofrecido como colaboradora necesaria para “matar” a su novio. Luca no quería que hiciera nada de aquello, intentaba poner paz, pero ella se encendía más porque no entendía que su novio no quisiera ir a la policía. Noelia en lugar de calmar a su amiga, la alentaba más y le aconsejaba que denunciara también a su madre, daba por hecho que Margarita, había tenido mucho que ver.

–¿Os estáis escuchando? –dijo Luca–. Me estáis pidiendo que denuncie a vuestras madres por intento de “homicidio” o “asesinato frustrado”. ¡Estáis peor que ellas!

–Pero ella... Mi madre contrató a una loca en camisón para que te quitara de en medio, Luca. Esto no se puede quedar así –gritaba indignada.

–Llama a Miquel. Te tiene que contar qué pasó con su italiano. Está claro que aquí sucedió algo muy grave. Yo no entiendo nada. Pero si tu madre y la mía parecían dos mosquitas muertas, y ahora resulta que tienen contactos criminales –dijo Noelia.

–Escuchadme. Yo soy la parte afectada. Si a su madre no le caigo bien, lo mejor es dejarlo estar. No voy a denunciarla, ni a ella ni a nadie. Lo que vamos a hacer es olvidarnos de todo esto, vamos a seguir con nuestras vidas y no vamos a volver a esa cafetería. ¿Me habéis escuchado? –dijo Luca–. Ahora quiero disfrutar del “sí” de mi novia. Hay que preparar una boda.

–”Amore”, ¡qué bueno eres! Sí, es verdad. ¡Nos casamos! Noe, ¡qué me caso! –gritaba Ginevra mirando lo bien que le quedaba el anillo en su dedo.

–Bueno, mientras vosotros disfrutáis del momento y yo me muero del asco anhelando que algún día alguien me lo pida a mí, voy a pensar cómo averiguar algo.

Se marchó a trabajar, aunque no quería saber nada de Moira, el deber la llamaba y tenía obligaciones que cumplir si quería seguir cobrando un sueldo.

–¡Buenos días!, Noelia tenemos que hablar –le pidió Moira.

–Supongo que ya te habrá contado la desequilibrada de mi madre... –respondió muy enfadada Noelia.

–Sí, me ha contado. Y te pido por lo que más quieras que no le cuentes nada a mi hija. Te prometo que no me voy a meter entre ellos. No lo pensé, estaba desesperada. Yo no quería que le hicieran daño, tan solo quería apartarlo de su lado. Entiéndeme –le rogaba Moira–. Esto es muy duro para mí. Noelia, mírame. ¿Me guardas el secreto?

–Sabes que te quiero, aunque no somos familia de sangre, para mí Gin y tú, junto a mi madre, lo sois todo, pero esto ha llegado demasiado lejos. Acabo de hablar con tu hija. Lo sabe todo, lo siento –respondió Noelia.

–¡No puede ser verdad! ¿Qué le has contado? Noelia, por favor, dime. Ahora no querrá saber nada de mí. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no hablaste antes conmigo? Ahora sí que todo se ha terminado –Moira comenzó a llorar.

A Noelia le estaba dando muchísima pena verla así, se sentía fatal por haber hablado con su amiga, pero fue un impulso. Ella tampoco pensó en las consecuencias. Era algo que Gin tenía que saber. Intentó calmar a Moira, pero veía que no había nada que la pudiera tranquilizar, lloraba sin parar, lamentándose.

–Voy a intentar solucionarlo, cálmate, pero necesito que me cuentes qué paso o qué te hicieron. No puedo entender que por el simple hecho de que tenga un novio italiano hayas montado todo este número. No lo entiende nadie –dijo Noelia–. Encima, a Miquel, no conseguimos sacarle nada de nada.

–¿Miquel? ¿Miquel, el padrino? ¿Pero qué pinta él en todo esto!? –preguntó.

–Ginevra necesitaba respuestas. Entiéndela – aclaró Noelia.

No le quedó más remedio que contarle la historia de Carlo, quería que la comprendiera, y sobre todo que la ayudara a recuperar a su hija. Noelia la escuchaba muy atenta, pero seguía sin entender esa manía que le había cogido a los italianos.

Sabía que debía de haber algo más que no le contaba. No era normal que después de más de veinticinco años guardara ese rencor. Por lo que le había dicho, ella era muy joven, conoció al que creyó ser el amor de su vida, todo fue maravilloso hasta que desapareció para siempre sin dejar ni rastro, jamás volvió a saber de él, una mañana ya no estaba.

A Moira aquello le costó una depresión, desde aquel suceso, nunca volvió a ser la misma, en las siguientes relaciones que había tenido, jamás se había entregado del todo a su pareja, los quería, pero el miedo le impedía amarlos como amó a Carlo, su miedo y ese muro que había construido en su interior, la llevaba siempre al desastre, todas sus relaciones se terminaban en el momento que ella notaba que empezaba a sentir algo más que atracción por ellos.

Incluso cuando se enteró que estaba embarazada de Ginevra, sintió tanto miedo de que el padre de su hija la dejara al contárselo, que prefirió marcharse sin decirle que iba a ser padre, ella aceptó aquella maternidad en solitario, dejó su vida anterior y se instaló en Alicante para empezar de cero. Desde entonces ha vivido por y para su hija, por eso ahora, ver que posiblemente Ginevra no quisiera volver a saber nada de ella, le rompía el corazón.

Con todo lo que había luchado para no volver a sentirse abandonada evitando tener una pareja, y ahora era su razón de vivir la que la destrozaba. Aún recuerda cómo se prometió a sí misma que jamás en su vida volvería a enamorarse. Al poco de desaparecer Carlo, tuvo una mini aventura creyendo estar curada del todo, bajó la guardia y aunque no dejaba de ser un amor puntual, comprendió que se estaba enamorando de él, quiso dar el paso, pero él ya tenía otros planes. Allí terminó todo para siempre, en lo que al amor se refería.

BARCELONA 1995

“Estuvimos lanzándonos pullitas toda la comida, bueno, más bien, yo, él solo intentaba ser amable conmigo, pero yo no podía. Notaba que lo quería con todo mi corazón y a la otra la odiaba más que a nada en el mundo, no podía disimularlo, aunque yo tampoco estaba poniendo de mi parte, más, cuando escuchaba como le decía cositas al oído, le sobaba el brazo y le sonreía mirándome fijamente. Yo no hacía más que preguntarme qué habría visto en ella.

–Moira, puedes acompañar a Miquel al coche, se nos han olvidado los regalitos –me pidió la madrina.

Me giré, miré a Miquel, hice lo mismo con mi acompañante pidiéndole auxilio, observé a Camila y ahí, me decidí a acompañarlo. Quería fastidiarla.

–Miquel, ¿qué haces con esa? En serio, no te pega nada –le pregunté.

–Moira, a ti qué más te da. Tú estás con ese –me respondió.

–La quieres tanto que no serías capaz de b... –Escuché la voz de Dani llamándome mientras corría como un velocista hacía nosotros.

–¡Moiraaaaaaa! Noooo –gritaba Dani. –Por favor espera... ¡Moiraaaa!

–¿Y a ese qué le pasa? –preguntó Miquel.

–Cariño, te has ido sin despedirte. –Me plantó un beso en los morros–, ni se te ocurra, la “mofeta” me ha confesado que se van a casar, dice que se lo pidió ayer. Aborta misión inmediatamente –me dijo al oído.

–Esto es amor y lo demás son tonterías –dijo Miquel abriendo el maletero para sacar los detalles que

teníamos que repartir.

–No te puedes hacer una idea. ¿Te ha dicho Moira ya, que nosotros nos vamos a vivir juntos? –Me quedé blanca.

–¿Eh? Pues no, la verdad que no hemos hablado de nada –respondió mirándome muy serio.

–Disculparme, necesito ir al baño. Dani, acompáñame, necesito que alguien me ayude con este disfraz que nos han colocado –le rogué a mi novio ficticio.

Lo cogí de la mano y salí huyendo de allí, iba con la cabeza agachada para evitar que se me viera llorando, las palabras de Dani me habían destrozado por dentro. Miquel se casaba, se iba a casar con aquella mujer y yo, si no llega a aparecer mi falso novio, hubiera hecho el mayor de los ridículos intentando averiguar si sería capaz de besarme, yo ahí arrastrándome como una víbora para conseguir un beso suyo. En ese momento se me vino el mundo encima, jamás podría conseguirlo. Entré en el cuarto donde nos habíamos cambiado María y yo, Dani pasó conmigo. Me tiré sobre la cama llorando sin consuelo, él se sentó junto a mí, intentaba consolarme sin lograrlo.

–¡Ay, yo me muero! Sácame de aquí, por favor, no puedo soportar tenerlo cerca. Se casa, se casa con aquella cosa, la prefiere a ella antes que a mí. Soy la mujer más desgraciada del mundo. Hoy se casa una de mis mejores amigas, tú me mandas un ramo de flores fingiendo ser el hombre de mi vida, y al que quiero de verdad, me abandona por una fea. La vida es injusta.

–Moi, no puedes pensar así, hoy es Miquel, pero en unos días te olvidarás de él y conocerás a otro, no es necesario tener pareja para ser feliz. Me tienes a mí.

–No me olvidaré de él, me he dado cuenta que lo quiero desde el mismo día que me contrató. No lo supe porque estaba inmersa en mi trabajo y confundí el amor que sentía por él, con amistad. ¿No te das cuenta?

–La que no se da cuenta eres tú. Tú no quieres a Miquel como crees quererlo, la gente no se despierta y se ilumina creyendo que su compañero de piso es el amor de su vida. Moira, las cosas no funcionan así. Te pasó con el italiano, tú me hablabas de él y sentías lo mismo que ahora crees sentir por Miquel. Moi, venga, si quieres nos marchamos, lo olvidarás –me decía Dani.

Me levanté de la cama, me limpié las lágrimas, lo miré y le pedí un mechero.

–No te irás a quemar a lo bonzo ¿verdad? –me preguntó acercándose el mechero.

–Tranquilo, no estoy tan mal. –Alargué la mano para cogérselo–, te necesito de testigo, aquí y ahora, no te vayas –le pedí a Dani.

Cogí una velita que había en una pequeña mesa con flores secas adornando la habitación. Aparté las hojas, no quería prender fuego a la Finca, nadie lo hubiera entendido. La encendí, me arrodillé ante ella y dejé que se fuera quemando la mecha. Miré a Dani:

–Hoy, 14 de febrero de 1995, prometo ante Cupido y ante San Valentín, que jamás en mi vida me volveré a enamorar. Juro cumplir mi promesa si vosotros borráis de mi mente a Miquel. –Terminé mi juramento y soplé la vela.

–Estás fatal. A ver, no digo que me crea esto de los deseos, de encender velitas que las soplas y hay un botón que dice: “Deseo concedido”. Pero entiendes que les has pedido a Cupido y a San Valentín que borren de tu mente al hombre que según tú, amas. En fin... que si nos creemos que Cúpido existe, él es el que te ha elegido a ti para que te fijes en Miquel. Y lo primero que dices es que no te volverás a enamorar, cuando ellos se dedican a estos menesteres. Definitivamente, estás fatal y vas a conseguir volverte loco a mí también –explicó Dani.

–Calla, estas cosas me relajan, la esperanza es lo último que se pierde. Yo he pedido mi deseo, he

hecho mi promesa, ahora solo tengo que esperar. Recojo mis cosas y vamos a casa de Marga a por el resto. Nos marchamos. Gracias por estar a mi lado. –Le di un beso.”

Lo que ya le podía faltar a Moira, ahora había empezado a recordar lo que le sucedió con Miquel.

Todos sus temores se habían hecho realidad teniendo más de cuarenta años, seguía sola, sin pareja y su hija ya no quería saber nada de ella, no le cogía el teléfono y la había bloqueado en el whatsapp. Un drama.

Habló con Margarita, necesitaba su ayuda, le pidió que hablara con su hija, ella tenía que marcharse a Barcelona a organizar un evento y no podía retrasarlo.

–No te preocupes por nada. Yo me encargo. Tú ve a Barcelona y aprovecha para visitar a Miquel, seguro que te vendrá bien.

–Estoy muy mal. Noto que ya nada tiene sentido. Te juro que si pudiera lo mandaría todo a la mierda –decía apenada mientras se subía al tren.

–Llámame cuando llegues. Venga, guapa y no te preocupes por nada –dijo Marga.

El tren arrancó mientras ella miraba por la ventana como se iba alejando de la estación. Sentía una pena indescriptible, llevaba casi una semana sin hablar con Ginevra, sabía que estaba bien por Noelia, pero la niña había dicho que no quería volver a saber nada de ella nunca más. Marga intentaba animarla diciéndole que eso era un calentón, que su hija sería muy orgullosa, pero ella era su madre y terminaría entendiendo el porqué de aquello y si no lo entendía, al menos la perdonaría. Sabía que no serviría de nada, pero volvió a llamar de nuevo a su hija, continuamente le salía apagado o fuera de cobertura. Se estaba empezando a poner muy nerviosa.

–Noe, soy Moira. Mira, sé que mi hija no quiere saber nada de mí, pero por favor, habla con ella. Estoy desesperada. Dile que se tome su tiempo, pero que al menos me envíe un mensaje, ¿no sé?, algo –le decía por teléfono.

–Ya sabes como es Gin. No creo que sirva de nada. Además, lo que hiciste estuvo muy mal, si mi madre me hubiera hecho eso a mí, me comportaría igual que tu hija. Déjala un tiempo. Estate tranquila que está bien –le dijo antes de colgar.

A Noelia en el fondo aquella situación le daba mucha pena, no le gustaba ver como sufría Moira, pero estaba del lado de Ginevra. Decidió llamarla.

–En cinco minutos paso a por ti, tu madre se acaba de ir de viaje y me puedo escapar de la oficina.

–Perfecto. Luca tiene que ir a reservar el hotel de sus padres, llegan pasado mañana.

Noelia, desvió las llamadas del fijo a su móvil, cerró la oficina y salió a por su coche. Ella y Gin tendrían toda la mañana ocupada preparando los papeles de la boda.

–¿Cómo te encuentras? Tu madre me ha llamado esta mañana. Me ha pedido que hable contigo, yo ya le he dicho que lo intentaré, pero que no le prometo nada. ¿Vas a hablar con ella? –preguntó Noelia.

–No te metas. No pienso hablarle. ¿A ti te parece normal lo que hizo? ¿Pero quién se ha creído qué es? Si ahora va a resultar que mi madre es una mafiosa y encima contrata a los “sicarios” más cutres del mundo –dijo entre risas.

–Visto así... Da gracias que fueran cutres, sino, igual tu Luquita no lo contaba –dijo Noelia.

–¡Anda calla! A ver si este tipo nos da pronto la partida, me estoy meando –dijo Ginevra esperando al otro lado del mostrador, en el Registro.

–Pues esto es todo. Firme aquí, por favor –le dijo el funcionario.

–Muy amable. ¿Y ahora qué tenemos que hacer? Esto es nuevo para mí, ¿sabe? –preguntó Gin.

El funcionario muy desagradablemente le explicó dónde debía de conseguir toda la documentación restante, tanto para ella como para su pareja. El hombre se molestó considerablemente, cuando después

de haberle explicado todo, se le ocurrió preguntar que si eso servía también para extranjeros, así que comenzó de nuevo a narrar como un loro lo que necesitaban y cuando casi ya había terminado, entonces Noelia interrumpió preguntando que si el hecho de haber vivido en Francia el último año, influía en los empadronamientos. El funcionario ya desesperado, las mandó a otra ventanilla, por no mandarlas a paseo.

Tenía que contactar con el Consulado francés para pedir un certificado que dijera que los últimos meses habían estado viviendo allí y lo mejor de todo, es que tenían que pagar a un traductor jurado, que no tenían ni idea de qué era eso, para que adjuntara una traducción. Luca, al ser italiano, tenía que ponerse en contacto con la oficina de “Ufficio dello” para que le enviaran sus cosas; a Ginevra le sonaba a chino. Y después de tenerlo todo, deberían de pedir cita para presentar la documentación en el juzgado, después habría que esperar quince días más para conseguir el maldito Certificado de capacidad matrimonial. Y finalmente, si no sucedía nada raro, esperar a que llegara el “gran día”.

–“Amore” ya lo tengo todo –le dijo Gin por teléfono.

–Perfecto, yo saliendo del hotel –respondió.

–Perfecto no, esto del papeleo es un verdadero coñazo. Cuando llegue a casa te explico. Sé todo lo que hay que hacer, pero salvo mi partida de nacimiento, no tengo nada más, por faltarme, me falta hasta la fotocopia del DNI –le contaba Ginevra.

–Nos vemos en casita. Paso a por comida –se despidió Luca.

Noelia volvió al trabajo y Ginevra se marchó a casa. Estuvo tentada de mandarle un mensaje a su madre, incluso sacó el móvil, pero su orgullo le impidió hacerlo.

...

Moira estaba casi llegando a la estación de Barcelona, había aprovechado para hacerle una llamada a Miquel y decirle que estaría por allí unos días por trabajo; le comentó que le gustaría verlo.

Hacía muchísimo tiempo que no se reunían, cada uno había seguido con sus vidas, él en Barcelona y ella en Alicante, aunque se habían obligado a verse al menos un par de veces al año para que pudiera tener relación con su ahijada, pero desde que Ginevra se hizo mayor, muchas de las visitas eran sin ella, llevaban más de cinco años sin verse.

Bajó del tren, tan solo llevaba una maleta pequeña con ruedas, no necesitaba mucho más, estaría un par de días y aunque ella organizaba el evento, todo lo necesario lo habían enviado desde la oficina. Se acercó a la empresa de alquiler de coches, cogió el suyo, y se dirigió al hotel, no tenía ganas de nada, lo único que la motivaba un poco, era su reencuentro con Miquel.

Desde que nació Ginevra, nunca habían tenido ninguna conversación de lo que había sucedido entre ellos, esto le ponía muy nerviosa, porque sabía que posiblemente había llegado el momento.

El hecho de haber sido jefe-empleada, amigo-amiga y terminar por ser compañeros de piso, les había ayudado a tener una complicidad impresionante, con tan solo mirarse casi sabían lo que sentía el otro sin necesidad de decirlo. Ahora más que nunca, echaba de menos esas charlas nocturnas con él. ¿Cómo estaría? ¿Vendría solo? Moira no dejaba de darle vueltas a todo.

De repente sintió miedo, sabía que Ginevra había estado hablando con él, le había estado haciendo preguntas. Aún tenía esperanzas de que hubiera sido listo y no le hubiera contado demasiado. Él sabía que Moira era muy reservada para su intimidad y también sabía que Gin sabía lo justo sobre la historia de su madre; nada de nada, el pasado de ellos era desconocido para la chica.

Siempre había tenido muy claro que si algún día tenía que terminar en los brazos de alguien, querría que fueran en los de él, el amor que sintió por Carlo jamás lo volvería a sentir por ningún hombre, pero Miquel era muy especial, lo quería con toda su alma. Después de su “famoso” juramento, consiguió tenerlo delante y salvo atracción física, pudo comprobar que no moría de amor con su presencia.

Lo único que se interpuso entre ellos en aquel entonces, fue su nueva mujer, por eso Moira se alejó de él, en cuanto empezó a notar algo más que atracción, decidió dar el paso y confesárselo, pero no llegó a hacerlo, gracias a la confesión de su amigo de la infancia, Dani, cuando se enteró que Miquel se iba a casar de nuevo y ella no vio justo entrometerse en su vida. Siempre recordará aquella boda, donde él era el padrino y ella una de las damas de honor. Allí se truncaron sus esperanzas amorosas.

–¡Hola Miquel! Sí, ya estoy en el coche, voy camino del hotel –Moira contestó al teléfono mientras conducía el coche de alquiler.

–¡Pero cómo qué un hotel! De eso nada, tú te vienes a casa. Da la vuelta –dijo molesto.

–¡Qué no! Sabes que te lo agradezco, pero... Miquel, no estoy en mi mejor momento, quiero estar sola –le confesó Moira.

–Da la vuelta o te saco de los pelos del hotel –amenazó Miquel–. Además, si estás tan mal, lo mejor es que nos veamos ya. Te vienes, hablamos y luego si quieres te vas al hotel, pero te insisto en que aquí, estarás más cómoda.

–Venga, eres muy pesado. No sé lo qué tardaré –dijo Moira–. Cuando esté llegando, te aviso.

Encendió la radio del coche y fue cantando todo el camino, llegó afónica y un tanto eufórica. Miquel estaba allí frente a su coche. ¡Qué bien estaba después de estos años sin verlo! Moira se decía a sí misma que pensara en otra cosa, pero es que estaba muy bien el hombre. “Al menos intenta disimular y cierra la boca”. Tenía que dejar de producir tanta saliva o terminaría resbalándose con sus propias babas. ¿Por qué le estaba pasando esto al verlo?

Aparcó el coche y antes de que se acercara, se intentó cambiar rápidamente el calzado, cuando alquiló el coche se quitó los taconazos con los que había viajado en el tren, intentaba cambiárselos todo lo rápido que podía, él le sonreía desde la acera, ella lo miraba intentando abrocharse la mini hebilla del zapato, le empezó a hacer señas, Moira no entendía. Tan solo se había colocado un zapato, aún le faltaba

el otro, se estaba poniendo nerviosísima. Miquel le hacía más señas, decidió abrir la puerta del coche para escuchar lo que le estaba diciendo. Abrió rápidamente sin mirar por el retrovisor, empezó a ver como Miquel cerraba los ojos y se tapa la cara, sacó un pie y al levantarse para salir, empezaron a caer ciclistas a su lado, uno de ellos la atropelló literalmente, cayó al suelo junto con todos. Acababa de atentar contra un pelotón de ciclistas.

Estaba tendida en el suelo rodeada de bicicletas y de gente desconocida, le dolía muchísimo la rodilla, pero no se atrevía a moverse, empezó a llegar gente de todas partes para atenderlos, a Moira le seguía faltando un zapato, llevaba un tacón y una deportiva, intentaba alargar el brazo a ver si era posible coger el otro tacón que lo estaba viendo colgar de la puerta del coche, sabía que eso no era importante, pero Miquel estaba allí y no quería ir haciendo el ridículo, aunque después de la que había liado, pensó que lo del zapato sería lo de menos.

–Pero, ¿cómo se te ha ocurrido abrir sin mirar? Moira, ven que te ayude –se agachó Miquel

–¿Yo?, Estos que van por el mundo como si fueran dioses, no pueden ir en filita de uno, no, tienen que ocupar media calle –dijo quejándose.

–Anda, calla antes de que nos maten. Iban en pelotón porque hoy es la vuelta ciclista al barrio. Si te fijaras... –levantó la vista y vio un enorme cartel, justo en frente de donde había aparcado su coche.

–¡Madre mía! Ni me había dado cuenta. –Se fue levantando lentamente del suelo–. Por eso no había tráfico. Ahora lo entiendo.

–Pero si te has metido entre las vallas amarillas para aparcar en la puerta de mi casa –Miquel se reía.

Se disculpó con los ciclistas intentando fingir que aquel coche llevaba aparcado allí días, que había sido un accidente, y que cualquier cosa que necesitaran para el seguro que contactaran con él. De nuevo Miquel salía en su ayuda, si es que Moira lo tenía que querer. Pasara el tiempo que pasara sin verlo, era como si nunca se hubieran separado.

La ayudó a caminar, se había lesionado, no podía casi apoyar la pierna en el suelo, se le estaba hinchando la rodilla. Consiguió entrar con su ayuda en el apartamento, al abrir la puerta y pasar, sintió una sensación muy extraña. ¡Qué recuerdos le traía aquella casa!, buenos, buenísimos, la de fiestas que habían hecho, los buenos ratos viendo la tele y acabando durmiendo juntos el uno sobre el otro, la de cosas que habían vivido allí y bueno, también las malas..., cuando prendió fuego al abeto y casi a la casa entera, la carta... Estaba todo igual, como si jamás hubiera pasado el tiempo. Miquel no había cambiado nada de lugar. Tras su separación con Camila, él regresó a esa casa.

–Venga entra, no te quedes ahí. –Miquel la invitó a pasar.

–Eso intento, pero me duele muchísimo la rodilla –se quejó Moira.

La acompañó hasta el sofá, se recostó con la pierna estirada, él se marchó y al rato llegó con una bolsa con hielo.

–Toma, ponte esto, te vendrá bien.

–No pasa nada, no te preocupes, se me pasará. –Moira no tenía intención de permanecer con esa bolsa congelada encima de su rodilla estropeándose sus vaqueros nuevos.

–Anda, no seas cabezona, pero tienes que quitarte esos pantalones, sino, no te servirá de nada. –Miquel la miró fijamente.

–¡Sí hombre! Tú sabes lo que me ha costado subírmelos, además, que no, que no me los voy a quitar, soy incapaz de flexionar la pierna y que paso de quedarme aquí en bragas como si nada... –se quejó Moira.

–Pues vámonos al hospital, allí te los cortarán con tijeras, y será peor. –Miquel la amenazó con esa

minucia.

–Dame el hielo, me lo pondré encima de los vaqueros. –Le arrancó la bolsa de la mano.

–Si quieres me voy y te los quitas tranquilamente. De todas formas, te recuerdo que a estas alturas no me voy a asustar... –Le guiñó un ojo.

–Vale pesado, ayúdame a incorporarme. –Le alargó el brazo.

Se medio levantó, se desabrochó el botón del vaquero e intentó bajárselos sin engancharse el tanga. Miquel la sujetaba mientras ella con las manos los iba bajando haciendo un movimiento con sus caderas para que pasaran, le quedaban un pelín estrechos, pero como se había empeñado en enfundárselos, ahora tenía ese problema.

Allí se quedó en mitad del salón en ropa interior, llevaba la camisa puesta, pero apenas le cubría, enseguida se sentó para que no se le viera nada, la sensación era muy extraña, Miquel tenía razón de que a esas alturas no se iba a asustar, la había visto de todas las maneras habidas y por haber y ella a él también.

Aunque Moira aún no lo supiera, sus sentimientos no habían cambiado y no se sentía cómoda, pensaba que para él sería como siempre, pero ella moría por tenerlo cerca, por besarlo, abrazarlo y confesarle por qué se marchó, sabía que tenía que empezar a sacar todo lo que se había guardado durante tantos años dentro. Sin haberse dado cuenta se había convertido en una romántica...

–Estira la pierna –le dijo mientras intentaba ponerle la bolsa con el hielo–. Pero estate quieta chica, así es imposible.

–Si es que me haces daño. No puedo evitar moverme. ¡Para! –le dijo quejándose.

Sin ser consciente empezó a mirarlo embobada, él se había sentado en el suelo, con una mano le acariciaba alrededor de la rodilla y con la otra iba poniendo muy despacio la bolsa, mientras, le iba diciendo que se relajara, que cerrara los ojos, que no se preocupara, que no le dolería. La imaginación de Moira comenzó a volar y lejos de relajarse se empezó a poner súper nerviosa, más bien excitada, no quería que parara, se había relajado tanto que sin darse cuenta le colocó su mano sobre la nuca y empezó a acarizarlo, le encantaba tocarle, se sentía genial.

–Moira, ¿mejor? –Miquel se levantó de un salto.

–¿Eh? Sí, sí, muchas gracias. –Volvió en sí con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de cómo se estaba sintiendo.

Se miraron fijamente, se quedaron en silencio los dos, en ese momento sintió que él la iba a besar, cerró los ojos lentamente, pero nunca llegó ese beso, el ruido del grifo del fregadero la hizo volver en sí, los abrió de nuevo y él ya no estaba frente a ella. Moira pensó que no iba a ser capaz de soportar estar tan cerca de él aunque solo fueran unos días, al final todo se estropearía como siempre, se daría cuenta de sus sentimientos y se vería obligada a apartarse de su lado. Recordó su promesa, eso era lo único que le daba fuerzas para retener sus impulsos.

–Miquel –Moira lo llamó–. ¿Me puedes traer el bolso?, necesito hacer una llamada.

Se lo acercó y se sentó en la silla del comedor mirándola sin decir nada. Ella se preguntaba cómo era su mirada de ¿pena?, ¿compasión?, ¿amor?... Llamó a Margarita para decirle que ya estaba instalada, no le contó nada del pequeño incidente con el pelotón ciclista y tampoco le dijo que tenía pensado quedarse en casa de Miquel a dormir, únicamente le dijo que había ido a su casa para saludarle y hablar de todo el tema de Gin. Marga, antes de colgar le recordó que no hiciera tonterías, que pensara con la cabeza. Si le hubiera contado que ya le había tocado la nuca y le había medio acariciado el pelo mientras estaba semi desnuda en mitad del salón, la habría matado. Se despidieron. Él le dijo que era mejor hablar antes de

nada de Gin.

–Necesito algo que ponerme, no pretenderás hablar conmigo estando medio desnuda –le sonrió.

–Es tentador... –Le guiñó un ojo y entró a su cuarto–, toma, pónelos –dijo lanzándole unos pantalones de pijama suyos.

–¿Qué pasa con Gin? El otro día me llamó. Me dejó preocupado.

–¿Tú qué le dijiste? Noelia me contó que te habían llamado. Ya sabes como son, ellas van por libre.

–Bueno, por muy libre que vayan, entiendo que su llamada sería por alguna razón. ¿Quieres contarme algo? –Le miró con cara de estar preparado para escuchar cualquier cosa.

–Necesito que antes de nada me prometas que no me echarás la bronca. Lo hice sin pensar en las consecuencias, estoy súper arrepentida y destrozada, te lo juro –le decía casi llorando.

–Me das miedo. ¿Qué ha pasado? Suéltalo –dijo Miquel.

–Pues que la niña tiene novio, pero no un novio de Murcia, es italiano –le empezó a contar.

–Sí, ya me dijo que se llamaba Luca –le aclaró él.

–Sí, un tal Luca Vieri. Y bueno, me niego a que tenga una relación con un italiano. Nadie mejor que tú para entenderme. Pues hice una tontería, contraté a una loca en camión, que juraba ser, promete que no te vas a reír –le pidió–, pues una tipa que se cree “la Niña de la Curva”. Si te ríes no sigo. –Moira le lanzó un cojín del sofá.

–¿Pero te estás escuchando?

–¡Claro qué me estoy escuchando! Y también te estoy viendo la cara que estás poniendo. Bueno, yo no me creía nada de nada, pero estaba desesperada, quería que rompieran, que él la dejara antes de que mi niña sufriera. Me niego a que pase por lo que yo pasé –decía Moira.

–Por favor, aún sigues con eso. Que un italiano te haya abandonado, no quiere decir que a tu hija le pase lo mismo –dijo Miquel.

–Perdona, fueron dos, pero bueno... No quiero remover. Te cuento lo de la niña –interrumpió Moira.

–Eso es otra cosa que algún día me tendrás que aclarar –dejó caer Miquel.

Siguió contándole todo lo sucedido con Luca, Lola, Gin y su enfado, y el porqué no quería saber nada de ella.

Él le aconsejó que deberían hablar, era el momento de sincerarse con ella, ya tenía la edad suficiente para entender a su madre y aunque su reacción había sido desmesurada contratando a aquella mujer, si le hablaba con el corazón, su hija la perdonaría.

Ella le prometió que cuando volviera a Alicante lo primero que haría sería llamarla, y si no le cogía el teléfono iría a su casa para hablarlo. Le contaría la historia con Carlo.

Luca y Gin estaban cenando en casa, ella se levantó para sacar de su bolso todos los papeles que había cogido del juzgado y para explicarle a su chico lo que necesitaba; a la mañana siguiente quería dejarlo todo listo, ya había conseguido el teléfono de un traductor jurado.

–Toma, échale un vistazo. Ahí explica todo lo que tienes que pedir. Cuanto antes “amore”. –Le alargó los papeles.

–Mañana llamo al consulado –le contestó Luca leyendo las hojas–, Gin, no me habías dicho que tu padre era... –Antes de terminar la frase Gin le arrancó la hoja.

–¿Qué dices de mi padre? Yo no tengo padre, bueno tuve, pero murió antes de que yo naciera. ¿Es qué pone ahí algo? –Empezó a leer la partida literal de nacimiento.

–Ginevra ¿estás bien? –preguntó Luca.

–Me muero. Mi padre es... –Le cayó la hoja al suelo.

–Pensaba que lo sabías o al menos que lo habías leído cuando te la dieron en el juzgado.

–Luca, ahí pone lo que creo que pone. Dime que estoy equivocada. Esto ya es increíble. –Gin empezó a llorar.

Intentó abrazarla, pero ella lo apartó de un empujón encerrándose en el dormitorio.

Desde fuera se podía escuchar su llanto.

–”Amore”, pero ¿qué te pasa? No es tan grave. Ábreme la puerta, no me hagas esto –decía Luca preocupado–, poniéndote así, te pareces a tu madre –se medio ríe.

–¡Déjame! –gritaba llorando ella.

Él se volvió a sentar, apoyó los codos sobre sus rodillas y poniendo las manos tapando su cara intentó pensar qué tenía que hacer. No podía ver a su novia así, pero no sabía cómo calmarla, encima por una tontería.

–Gin, abre, no pasa nada, no se hunde el mundo. Mírame a mí y sigo vivo –le decía el joven.

–¡Eso me da lo mismo! ¿No lo entiendes? Mi madre me ha mentido –gritaba desde dentro de la habitación.

–Sal, necesito que salgas –le pedía su novio.

Finalmente, salió al salón, seguía llorando, se sentía fatal por lo que acababa de descubrir, según ponía ahí, era hija de un italiano, de un tal Michelangelo, nunca se había preocupado por saber quién era su padre, pero después de todo lo que había sucedido con su madre, y averiguar de aquella manera que tenía sangre italiana, era cuanto menos traumático para ella.

–¿Así se llamaba el italiano de tu madre? –preguntó Luca para entablar conversación.

–No, pero claro, ahora resulta que no hubo solo uno. Por lo visto mi madre tenía un imán para ellos, y parece que yo lo he heredado de ella –decía Ginevra entre llantos.

–¿Qué sabes de tu padre? –preguntó Luca.

–¡Pues qué voy a saber! Que mi madre se quedó embarazada y él murió, pero es que en mi vida se me ha ocurrido preguntarle. ¿Qué iba a saber yo que era de allí? Ya me lo podría haber dicho antes de hacer toda esta mierda de querer quitarte de en medio por serlo. Visto lo visto, capaz que cuando se enteró que estaba embarazada de él, lo mató, porque yo de mi madre ya me creo cualquier cosa... –se lamentaba Ginevra.

–No digas tonterías. Me hace gracia que digas eso –se reía Luca–. Llama a Noelia o a Marga, pregúntales quién es ese Michelangelo. Por qué estás segura que el otro se llamaba de otra forma, ¿no?

–¡Cómo para no saberlo! Es lo único que tengo claro en toda esta historia –respondió ella.

Cuando se calmó, se lavó la cara, cogió el teléfono y llamó a Noelia, necesitaba preguntarle y en el caso de que ella no supiera nada, podría preguntarle a Margarita. Demasiada información incompleta, pero Ginevra se estaba empezando a agobiar. ¿Quién había sido su padre? Seguía sin entender a su madre, pero ahora las piezas del puzzle iban siendo más lógicas, aunque seguía sin poder encajarlas.

–Noe, si te cuento de qué me he enterado, te vas a caer de culo –le comentó a su amiga.

–¡Sorpréndeme! –contestó Noelia.

–La partida de nacimiento, la que me han dado en el juzgado, ahí pone el nombre de mi padre. ¿Te lo puedes creer? –le preguntó a su amiga.

–Hombre, crérmelo, me lo puedo creer, es más, en la mía también aparece el nombre de los míos, es lo normal –bromeaba Noelia.

–Tía, hablo en serio. Ya sé cómo se llama mi padre, pero eso no es lo importante. ¿Sabes quién es? –dijo Ginevra.

–Pues no, vamos qué nunca he sentido la necesidad de saberlo y tampoco lo he escuchado en mi casa –respondió Noelia.

–Eso es lo bueno. ¿Estás sentada? Según pone en mi partida, soy hija de un italiano –concluyó.

–¿Eres italiana? ¡Madre mía! Bueno, y no me dirás que tu padre es el “famoso” italiano por el que tu madre y la mía se han vuelto locas. Dime qué no.

–Por eso te llamaba. Aquí pone que es Michelangelo. ¿Tú has oído hablar de él alguna vez en tu casa? ¿Y aunque fueras muy pequeña, te suena que lo hubieras conocido?

–Ni idea, le puedo decir a mi madre. Pero ya sabes que si es un pacto de silencio entre ellas, no le sacaré nada de nada. Lo intento y te digo algo. Creo que deberías de llamar a tu madre, ella es la única que te dirá algo, si murió, pregúntale dónde está enterrado, dile que queremos ir a ponerle flores, dile eso. Solo faltaba que no estuviera muerto –apuntó Noelia.

–¿Mi padre? ¿Cómo no va a estar muerto? Por la cuenta que le trae a mi madre, espero que lo esté –gritaba Gin-. ¡Qué me entere con veintiún años que mi padre está vivo, no me jodas! Para eso no estoy preparada.

–”Amore”, te estás escuchando, estás fatal. Ojalá me dijeran a mí que mi padre está vivo –dijo Luca.

–Espera, Noe. ¿Qué dices tú de que tu padre también está muerto? –preguntó sorprendida a Luca-. ¿Pero no venían mañana? Luca, mañana ¿quién viene? No me empieces a preocupar tú ahora.

–Mañana vienen mis padres –contestó el chico.

–Y entonces para qué narices me mareas diciendo que “ojalá te dijeran que tu padre está vivo”. Entre todos me vais a volver loca. Si tu padre está vivo ¿por qué te ibas a alegrar de qué te dijeran qué vive? ¿Tú estás tonto? Luca ¡por Dios! Un segundo Noe, luego te llamo que Luca no deja de decir tonterías. Averigua lo que sea, en media hora si quieres nos vemos –se despidió de Noelia.

–Nada, solo quiero que pienses que lo mejor que te podía pasar es que te dijeran que tu padre, al que no has conocido estuviera vivo y pudieras verlo. Eso es todo –le explicó Luca abrazándola.

...

Mientras, Noelia había empezado a investigar, sacó todas las cajas que su madre tenía guardadas desde hacía años, empezó a sacar las fotos que había dentro, las miraba detenidamente con la esperanza de poder ponerle cara al italiano, bueno, a los italianos, pensó que al menos uno de ellos dos podría salir

retratado, más de mil fotos conservaba, probablemente detrás habría escrito algún nombre. Solo necesitaba una pequeña pista. No tuvo suerte, volvió a meterlas dentro, no quería dejar ningún indicio de que había estado hurgando en sus cosas, se hubiera enfadado muchísimo, se guardó un par de fotos en las que salían varios chicos y no reconocía. Escuchó la puerta de la calle y salió rápidamente del cuarto de Marga.

–Vengo reventaíta, hija –saludó Marga quitándose los zapatos.

–Pues ya somos dos. Una cosa mami. ¿Tú sabías que el padre de Ginevra era italiano? –preguntó como el que no quería la cosa.

–¿Qué? Y ¿tú cómo sabes eso? –preguntó Marga sorprendida.

–Vamos que lo sabías. ¿Y cómo murió? –siguió preguntando Noelia.

–Fue hace mucho tiempo. Pues se murió. ¿Pero por qué sacas el tema del padre de Ginevra ahora? –dijo Marga.

–Mamá, me lo ha contado Gin. ¿Quién era? ¿Tú lo conocías? –preguntó de nuevo.

–Ya estamos... Pues claro que lo conozco, bueno lo conocía, pero qué más da eso ahora. No voy a meterme en la vida de Moira, y tú tampoco –respondió Marga.

–¿Lo conoces o lo conocías? No sé por qué me da, pero este señor misterioso, fijo que está vivo –contestó Noelia.

–Mira, esto ya si qué es increíble. Déjate de jugar a detectives. El señor está muerto, falleció, se murió y no hay más que hablar. Deja de meterle pájaros en la cabeza a Gin. Noelia, qué nos conocemos, hija. –Marga riñó a su hija.

–Vale, está muerto, ¿pero dónde está enterrado? ¿O tampoco podemos ir a ponerle flores? –preguntó sarcásticamente.

–Yo qué sé... Noelia, déjalo estar. ¿Qué pinta ahora el padre de Ginevra? Lo quieres saber tú o es ella la que te manda –interrogó a su hija.

–No me vas a contar nada, ¿verdad? –la joven se levantó, cogió su bolso y se marchó.

Se montó en su coche y como era evidente, le faltó el tiempo para llamar a su amiga, esto tenía que contárselo. Algo había en las respuestas de su madre que no le cuadraban. Tenía el presentimiento de que tanta mentira y tanto rollo sería por algo, y si el señor muerto en cuestión, era el padre de Ginevra, tendría una familia, estaría enterrado en algún sitio, si Moira lo quería tanto y el hecho de que muriera le destrozó, en alguna ocasión habría ido a ponerle flores.

–Gin, baja, tenemos que hablar. –esperaba a su amiga con su coche aparcado en doble fila.

–Cuéntame mientras voy bajando, no me puedes dejar así –respondió Ginevra.

Abrió la puerta del coche y se sentó junto a ella, tanto misterio le ponía nerviosa. Noelia le contó la conversación que acababa de tener con Marga, le enseñó las dos fotos que se había guardado y le explicó cuál era su teoría del “padre italiano”. Ginevra al principio se lo tomó a risa, le hacía gracia escuchar la teoría de la conspiración que se había montado en su cabeza Noelia, pero poco a poco fue teniendo lógica. Se empezó a encender por momentos. Su amiga le aconsejó que llamara a su madre, aunque estuviera en Barcelona debería contestarle, si no tenía nada más que ocultar, le respondería tranquilamente. Ginevra obediente, así lo hizo.

–Perdona Miquel, tengo una llamada de la niña. ¿Habrá pasado algo? Si estaba enfadadísima conmigo –le dijo Moira muy nerviosa.

–Pues contesta, no pierdas el tiempo. ¡Venga!

–¿Sí?, Gin, ¿qué pasa?, ¿estás bien? –preguntó temblorosa a su hija.

–Todo bien, mamá. Quería preguntarte: ¿Dónde está enterrado mi padre? –Fue directa y tajante.

–¿Cómo? ¿Y a qué viene eso ahora? A tu padre se le incineró. ¡Qué pena! ¿Pero por qué me lo preguntas? –respondió tranquilamente Moira.

–Pues verás, supongo que entenderás que te pregunte por él en el mismo momento que me entero que es de origen italiano. Con todo el rollo que me has liado con Luca, ahora es cuándo no entiendo nada. Mamá ¿qué está pasando? Necesito que me lo cuentes todo. No me gusta estar enfadada contigo, pero enténdeme, has contratado a una loca para que quitara de en medio a mi novio por el simple hecho de ser italiano. ¿Qué quieres que piense?

–Eso no fue exactamente así. Deja que te explique Gin, yo hablé con la loca, como la llamas tú...

–Mamá, está loca, yo no la llamo de ninguna manera. La señora esa estaba fatal de la cabeza –interrumpió Ginevra.

–Pues estaba desesperada, no quería que pasaras por lo mismo que pasé yo. Eres tan joven... tienes toda la vida por delante y me entero que tienes novio, que te independizas con él y que es italiano... Gin, yo quiero lo mejor para ti. ¿Lo sabes? –dijo Moira a punto de llorar.

–Y por eso encargas que maten a mi novio. ¡Qué bonito! ¡Viva la familia! Pues para no gustarte los italianos, pareces una de ellos, pero de la “Cosa Nostra”. ¡Por Dios!, mamá, que casi lo matan, no pongas excusas. Da gracias que te haya llamado y que esté dispuesta a hablar contigo, pero sobre todo que Luca no quiera denunciaros a ti y a la loca, bueno y a la guarra esa que lo besó. –Gin se iba encendiendo por segundos.

–Cuando vuelva hablamos y me preguntas lo que quieras –respondió Moira.

–Espero que me respondas a todo y sobre todo, que seas sincera. ¿Tienes alguna foto de Michelangelo? –preguntó Ginevra.

–¿¡De tu padre!? –repitió Moira–. Te prometo que cuando vuelva hablamos de todo, ahora mismo no puedo. –Intentó disculparse.

Colgó el teléfono, Moira estaba muy nerviosa, sabía perfectamente que su hija había pedido la partida de nacimiento porque Marga le había mandado un mensaje nada más irse Noelia de casa, la había puesto sobre aviso, pero al escuchar el nombre del padre de Gin, nuevamente todo su pasado se le hizo más presente que nunca, parecía que el tiempo no había pasado.

–¿Por qué no le cuentas todo a Gin? Creo que ha llegado el momento, no le respondas si no quieres, pero cuéntale tu historia, su historia, y luego deja que te haga las preguntas que necesite, pero las verdades a medias también duelen. Nena, tu hija se ha hecho mayor –aconsejó Miquel.

–El pasado me hace daño, nunca pensé que llegaría este momento. No sé cómo afrontarlo, tengo miedo y ni sé por dónde empezar.

–Y hablando de todo un poco, Moira, en algún momento me tendrás que contar por qué te marchaste, ha pasado ya tanto tiempo que creo, que ha llegado la hora de preguntártelo.

–¿Tú también? ¿Os habéis puesto todos de acuerdo? No dejo de acordarme de Carlo, de mi vida en Barcelona, de todo, ¿sabes? Estoy empezando a cansarme. ¡No puedo más!, siento que me falta el aire, siento que por todo lo que he luchado no ha servido de nada. Miquel, no me hagas esto –Moira comenzó a llorar tapándose la cara con sus manos y levantándose para marcharse.

–Nena, cuéntame. No puedes estar así por Carlo –le decía cogiéndola del brazo para que no se marchara–. No puedes hacer siempre lo mismo, toda la vida igual. Cuando algo te da miedo, te escondes y sales huyendo. Sabes que siempre he estado a tu lado, que sigo a tu lado. Nunca te he fallado.

–¿Qué nunca me has fallado?! No te enteras de nada Miquel. Da igual, déjalo. Mi hija me va a odiar lo que me quede de vida, que no será mucha, porque así, me niego a seguir viviendo –se lamentaba Moira.

–¡No digas tonterías! ¡No se te ocurra decir eso ni en broma! –le gritaba Miquel–. ¿Cuándo te he fallado? Huieste un buen día sin decir nada, al tiempo nos llamaste para comunicarnos que estabas embarazada, te negaste a ser testigo de mi boda, nació la niña y me pediste que fuera el padrino. Yo siempre a tu lado, bueno lo que me has dejado. Cuando algo no te cuadra, te alejas. Y ahora, ¿ahora me echas en cara qué yo te he fallado? ¿Pero estamos locos?

–Necesito desconectar. Me estoy mareando, te lo digo en serio –dijo muy alterada.

–Tumbate, pero tienes que aprender a tomarte las cosas de otra manera –le aconsejó su amigo.

Se levantó del sofá y se metió en el cuarto de Miquel, era cierto que necesitaba tumbarse y que necesitaba desconectar. En a penas unos meses todo su pasado había comenzado a acecharla.

Moira se sentía muy mal, no quería pensar, ni enfrentarse a Miquel, pero tenía muchas cosas guardadas, cosas que tan solo sabía ella y que la hicieron actuar de aquella manera, creyó que era lo mejor para todos. Seguía tumbada y sin quererlo comenzaron a llegarle recuerdos.

BARCELONA 1994

“–¿Ya se han ido todos? –me preguntó con pinta de enfadado.

Le cogí de la mano y lo saqué de la habitación, le empujé hacia el sofá y le obligué a que se sentara.

–Escupe. Me vas a decir de una vez qué te pasa, estoy borracha, pero puedo escucharte. ¿Somos amigos? –le pregunté.

–¿Una copa? –parecía que estaba dispuesto a hablar.

–Puff... Venga flojita. –Abrí el armario donde guardábamos las bebidas y le puse las botellas en la mesa junto a dos vasos con hielo.

Yo no hacía más que abrir los ojos, se me estaban cerrando, no era capaz de mantenerme recta y ahí estaba bebiéndome un gin-tonic con la esperanza de que mi amigo, porque en ese momento no era mi jefe, era mi amigo, con la esperanza de que se abriera conmigo, sacara todo lo que llevaba dentro y al menos se desahogara dejando de martirizarse.

–¿Preparada? Promete que no te vas a enfadar, ni te vas a poner a echarme la bronca por decirte qué me pasa –me dijo Miquel.

¡Madre mía! ¿Qué me iba a contar? ¿Habría encontrado a Carlo? ¿Habría averiguado alguna cosa?

Me puse súper nerviosa, parecía que me había bebido mi copa y la suya de un trago, todo me daba vueltas, intentaba tragar, pero me había quedado sin saliva y me era imposible, yo hacía gestos agónicos todo el rato, aunque intentaba disimular para que no dejara de contarme eso tan importante que tenía que decirme, si pensaba que no me encontraba bien para escucharlo, no me lo diría.

–Miquel, no me asustes. ¿Es de Carlo? –le pregunté preocupada.

–Calla y atiende. Bueno, pues a ver por dónde empiezo –Miquel se recolocaba en el sofá, se giraba hacia a mí.

–¡Joder, deja de moverte! Me estás poniendo histérica –le decía en voz alta.

–Moira, ¡por Dios!, me estás sacando de quicio. ¡Cállate ya, hostias! –me gritó enfadado.

–Vale, vale, me callo y te escucho, pero por favor, suéltalo ya –le dije.

–Como suele suceder últimamente, no te preocupas nada más que por ti, no te fijas en lo que está pasando a tu alrededor. La obsesión por Carlo te ha hecho cambiar y has vivido estas últimas semanas obsesionada por encontrarlo y antes obsesionada por pasar todo tu tiempo con él. Nos diste de lado a los que más te queríamos –me iba confesando.

–¿Me quieres?, ¿qué dices? –pregunté sorprendida.

–Nena, calla ya. Pues eso, que con toda tu pena, que no dudo que la tuvieras, te fuiste metiendo en una burbuja y dejaste de ser tú, los demás intentábamos ayudarte, pero para ti era solo Carlo, has estado viviendo este tiempo aferrada a un recuerdo y deseando volver con un fantasma. Como Marga, que no es por criticar, pero está loca, te ha seguido el juego, ha alentado tus esperanzas y todo el rato ha estado a tu lado, para ella no era más que un juego, ella vivía su aventura y tú vivías tu pesadilla lejos de la realidad.

–No sigas por ahí, lo de Carlo me ha hundido –dije llorando.

–Moira, me has dicho que te cuente qué me pasa, ahora escucha –me dijo poniéndome otra copa.

–Vale, ya me callo –dije secándome las lágrimas.

–Puff, ¡qué difícil! –Volvió a recolocarse con su copa en la mano–, sé que sigues llamándolo a Milán y qué has amenazado al director, perjudicándome a mí. Me han llamado que quieren cancelar la cuenta. ¿Lo has amenazado de muerte por no decirte dónde narices estaba Carlo? –me comunicó Miquel.

¡Madre mía!, ahora sí que me daba vueltas todo, tenía la sensación de que mi cabeza giraba al rededor de mi cuello y de un momento a otro iba a salir disparada contra el ventilador de techo triturándola, esparciendo mi cara a pedazos por todas partes.

–¡Ay Miquel!, perdóname, de verdad que me quiero morir –me eché a sus brazos llorando desconsoladamente–, Miquel, ¿yo cómo iba a querer hacerte daño? Piensa, tú también eres lo único que tengo. Carlo me trastornó –me disculpé.

–Mi niña, no llores más, venga lo olvidamos –me decía limpiándome las lágrimas con sus manos–. Prométeme que vas a volver a ser la de siempre. Quiero que vuelvas a ser feliz, pero tienes que olvidarlo para siempre. Está claro que aún no lo has hecho. Si estuviera en mi mano que te olvidaras de él, sabes que haría lo que fuera.

Tenía razón en todo, Carlo me destrozó la vida y yo no había sabido superarlo, ya no sé si seguía enamorada de él o estaba enamorada de un sueño y de un recuerdo. Seguimos bebiendo, a mí ya no me entraba más alcohol, casi ni podía hablar, se me seguían cerrando los ojos, encima los tenía hinchados de todo lo que estaba llorando, pero sentía la necesidad de beber y beber, me creía que bebiendo se iba a arreglar todo, pero lo único que iba a conseguir era vomitarle o perder el conocimiento.

Me levanté como pude sujetándome a él, iba de un lado a otro. Miquel me ayudó a llegar hasta mi cuarto, él estaba también perjudicado, pero al menos mantenía más la compostura.

–Venga, descansa, mañana nos vamos a arrepentir de habernos bebido hasta el agua de los floreros –me decía entre risas.

–Sí que lo he olvidado, de verdad, hazme caso –le dije mirándole a los ojos intentando aguantarle la mirada.

Le repetía una y otra vez que Carlo era pasado, él me mandaba callar, pero yo estaba pesadita con el tema y volvía a lo mismo, lo decía y ni yo misma me lo creía. Tanta rabia me dio que Miquel no me creyera, se riera y me tapara la boca, que me volví loca, le sujeté las manos con la mía, con la otra le cogí la cara y le besé. Definitivamente yo no estaba bien, había cruzado la línea y me estaba intentando liar con mi jefe, aquí ya no era mi amigo, porque a la mañana siguiente no sería Miquel mi compañero de piso, estaría sentada junto a su despacho queriéndome morir. Él me apartó despacito.

–Moira, no podemos. –Me abrazó muy fuerte y salió de mi cuarto.

Yo me quedé apoyada en los pies de mi cama confundida, llorando e intentando no vomitar, era incapaz de subir a la cama, me tumbé y cerré los ojos, en aquel momento se volvió a abrir la puerta. Había vuelto, me levanté como pude abalanzándome sobre él, comenzamos a besarnos apasionadamente, acabamos los dos revolcándonos en mi cama. Después de una noche de pasión desenfrenada, terminamos abrazados y rendidos durmiendo juntos.

Era incapaz de moverme, amanecí tumbada en el suelo, me dolía todo y la cabeza me iba a estallar, “no por favor, que queden un par de horas para ir a trabajar”, no era persona y sabía que tardaría horas en recomponerme. No pensaba volver a beber nunca más, sé que siempre que me despertaba con resaca decía lo mismo, pero esa vez había llegado demasiado lejos, el alcohol había sacado a pasear mi lado más salvaje, ¡madre mía!, encima me acordaba de todo, me quería morir. ¿Por qué? ¿Por qué no había

nadie anoche que me dijera que no lo hiciera? ¿Dónde se había metido la voz de mi conciencia? Debió de entrar en parada con tanto alcohol y murió cuando cogí a Miquel y le besé y no contenta con aquello, terminé echando un polvo con él en mi cuarto. ¡Ay, Dios! Me he tirado a mi jefe, no podré volver a mirarle a la cara en mi vida, esto ya supera cualquier expectativa de cómo estropear tu relación con tu compañero de piso”.

Moira seguía encerrada en el cuarto de Miquel, no se atrevía a salir, no tenía fuerzas para enfrentarse a la realidad. Ahora él querría hablar de por qué se marchó, no entendía por qué quería saber eso ahora, antes jamás le había preguntado.

Tampoco podía quitarse de la cabeza la conversación pendiente con Ginevra.

En apenas dos horas los suegros de Gin, llegarían a España, ella no podía pensar en otra cosa, el simple hecho de conocerlos en persona le ponía muy nerviosa, quería gustarles y que nada saliera mal, no sabía cómo actuar, ¿y si no lo conseguía?, ¿y si ellos también querían acabar con la relación?

–“Amore”, me marchó –dijo Luca cogiendo la cartera–, del aeropuerto iremos al hotel directamente, cuando esté allí te aviso y pasamos a recogerte –se despidió dándole un beso.

–¡Uff! Venga, vale. Estoy súper nerviosa –dijo ella.

–No seas tonta, les vas a encantar, ya verás. –El joven se marchó.

Como Luca se había ido muy temprano, pensó en visitar a Noelia en la oficina, sabía que su madre seguía fuera y podrían estar las dos allí tranquilamente charlando, hasta la noche no volvería de Barcelona.

Se duchó, se arregló y salió.

–Noe, estoy fuera –llamó a su amiga.

–Venga, salgo –respondió ella.

Ginevra se sentó en el escalón de la puerta trasera del almacén donde tenía su madre la empresa, siempre se ponían ahí cuando quedaban en horario laboral, les encantaba, les traía muy buenos recuerdos.

–¡Vaya cara traes! –le dijo Noelia.

–Bueno, ayer hablé con mi madre, he dormido fatal. No me dijo nada, pero la noté tranquila, así que supongo que nos hemos montando una película, quedamos en hablar cuando vuelva.

–Me alegro. A ver si poco a poco se va arreglando todo. ¿Has pensado en quién quieres que sea tu padrino? –preguntó Noelia.

–Es evidente, se lo quiero pedir a Miquel, al fin y al cabo es mi padrino y al único hombre “normal” que conozco –soltó una carcajada.

–¡Pues a qué esperas! Llámalo y dile que se vaya organizando. La gente tiene que saber que te casas –apuntó Noelia.

–Bueno, a ver, no se lo he pedido todavía porque primero quiero decírselo a mi madre, ella todavía no lo sabe o si lo sabe, será por la tuya –dijo Ginevra.

Estuvieron un buen rato hablando, como siempre el tiempo se les pasaba volando, cuando fueron a darse cuenta casi era la hora de comer. Ginevra se acordó de sus suegros, ya se habrían instalado. Se despidió de Noelia y volvió corriendo a casa.

...

–No te preocupes por nada –le dijo su madre.

–Bueno, si me dices eso, tendré que preocuparme. ¿Papá y tú habéis hablado de algo? –preguntó Luca.

–Hijo, ¿qué concepto tienes de nosotros?, ¿cuándo nos hemos metido en una relación tuya? –preguntó sorprendida su madre.

–Mamá, meterse no es la palabra, pero los interrogatorios, preguntarles a qué se dedican, decirles que son poco para mí, qué si me quieren solo por mi dinero... ¿Sigo? –enumeró las posibles causas por las que temía presentarles a Ginevra.

–Bueno, pues si no quieres que la interroguemos, cuéntanos tú un poco sobre la chica –intervino su padre.

–Pues Gin, es..., es increíble, a parte de que físicamente es perfecta, es buena persona, me quiere con

locura, se preocupa por mí, está pendiente de que no me falte nada, es una excelente estudiante, ha hecho dos cursos a la vez, era una de las mejores alumnas que tenía en París, ¿sabéis? –Luca cuando hablaba de Gin, se le iluminaban los ojos–. Ahora empezará a trabajar en un estudio colaborando con la Universidad de París. Y bueno, su madre tiene una empresa, así que no creo que me busque por mi dinero, porque tampoco sabe quién es mi familia. Su madre se quedó viuda estando embarazada de ella y nunca se volvió a casar. De su familia conozco a su tía Margarita y a su prima Noelia, son muy agradables, además, lo mejor de todo y sé qué os va a encantar, es medio italiana.

–Bueno, bueno..., veo que estás completamente enamorado de ella. Espero que en esta ocasión, hayas elegido bien –le dijo su padre.

–Papá, el que se va a casar soy yo, y sí, he elegido bien, la quiero con toda mi alma, si me dejara moriría.

–Nada, tranquilo, la aceptaremos y la querremos, tú no te preocupes por nada. Si es como dices, tu madre no querrá “eliminarla” –dijo riéndose.

–¡Qué manía tenéis las madres con eliminar a las parejas!... –respondió el chico.

–¡Ah! La suya ha intentado “eliminarte”... Interesante –bromeó su madre.

Luca la miró con lástima, si supiera que realmente había sucedido eso, no querría saber nada de la familia de Ginevra, así que prefirió no aclarar que no era una broma. Mientras se terminaban de arreglar, bajó a la entrada del hotel para esperarlos. Se irían a comer los cuatro a un restaurante. Tenía ganas de que al fin se conocieran. Y después de la conversación que habían tenido con ellos, esperaba que todo se desarrollara con normalidad, la madre de Luca en alguna ocasión se había metido en sus anteriores relaciones, como bien había dicho el chico, ninguna le parecía apropiada para su “niñito”.

–”Amore”, ¿dónde estás? –llamó a Ginevra.

–En casa, he estado con Noe, ¿tú? –preguntó ella.

–Esperando que mis padres terminen de arreglarse. Hemos hablado de ti, tienen muchas ganas de conocerte –dijo muy animado.

–Yo también, ¿creo? ¿Pasas a buscarme o nos vemos en el restaurante directamente?

–Pasamos a por ti, no quiero que llegues sola. No estaría bien –respondió Luca.

Iban en un taxi a recogerla. A lo lejos, en el portal de la urbanización donde vivía la pareja, la chica les esperaba, estaba muy nerviosa, no dejaba de moverse, miraba a un lado a otro, cada vez que escuchaba un coche se sobresaltaba, para ella conocer a los padres de Luca era un paso muy importante, casi más que casarse con él. Un taxi paró a su lado, la ventanilla trasera comenzó a bajarse y Luca sacó la cabeza.

–”Amore”, aquí –la llamó.

–Hijo, la llamas como si fuera un perro –dijo su madre.

–¡No empieces! –se quejó Luca.

Ginevra se giró, sonrió al escuchar la voz de su novio, pero al cruzar su mirada con el hombre que estaba sentado en el asiento del copiloto, se quedó paralizada, acababa de ponerle cara a suegro.

–”Amore”, venga... –Luca salió del coche para ir a por ella, no se podía mover.

–¡Me muero de la vergüenza! –le dijo muy bajito al oído.

–No digas tonterías, sube –le contestó señalando la puerta del taxi.

Subieron al coche, él se colocó en medio del asiento trasero, pensó que sería menos violento si se ponía entre las dos mujeres; sabía que Ginevra lo estaba pasando un poco mal, era muy vergonzosa y la

situación era un poco estresante.

–¡Hola Ginevra! –saludó el padre de Luca.

–Buenas –respondió tímidamente.

–¡Qué razón tenía Luca en lo de que eras muy guapa! ¡Qué buen gusto tiene mi hijo! –la alabó el padre.

–¿Bueno?... No sé por qué te imaginaba rubia, a mi hijo siempre le han gustado las rubias –apuntó la madre.

–¡Mamá! –Luca le pegó un codazo.

–¡Nicoletta!, deja a la chica en paz, la gente cambia de gustos. Además, aquellas rubias resultaron unas brujas –intentó mediar el padre.

–¡Venga eso, ahora, arréglalo tú! –le dijo a su padre.

–Así que te gustan las rubias... –le comentó bajito Gin.

–Déjalo. ¡Qué ganas me están entrando de abrir la puerta del taxi y saltar! –se quejó el chico.

Habían llegado a su destino, Ginevra abrió la puerta y salió, notaba como le temblaban las piernas, necesitaba tranquilizarse, pero sabía que aquello solo acaba de comenzar. Menuda comida les esperaba.

Luca la cogió de la mano y se la llevó a parte, la abrazó muy fuerte y le dio un pequeño beso en la mejilla, intentó calmarla, le pidió que no les siguiera el juego, sobre todo a su madre, sabía que disfrutaba con aquellas cosas, le encantaba poner a prueba a la gente.

Entraron al restaurante, a Ginevra se le habían quitado las ganas de comer, seguía sintiendo aquel temblor de piernas, temía que de un momento a otro acabara desplomándose o lo que era peor, estampándose contra algo o alguien y con su suerte, seguramente sería contra su suegro. Notaba como le bombeaba la sangre por las venas, y el latido de su corazón acelerado casi lo sentía en la garganta. Intentó respirar hondo, cerró los ojos y empezó a contar mentalmente.

Se empezó a auto-convencer de que no pasaba nada, que todo iba a salir bien, era una simple comida familiar.

El camarero les invitó a pasar, tenían una mesa reservada a nombre del señor Vieri.

–Anda, siéntate a mi lado, bonita –le dijo Nicoletta.

–Gracias –respondió Ginevra mirando a su novio.

–Cuéntame, ¿has pensado ya en cómo será la boda? Yo tengo mucho gusto. ¿No sé si Luca te ha contado? –La madre le daba conversación.

–Bueno... No hemos hablado aún de nada, todo ha surgido precipitadamente –le respondió Gin respirando profundamente para calmar sus nervios.

–¡Luca! –gritó su madre

–¿Qué pasa Nicoletta? Por favor compórtate. Ya sabes lo que nos ha dicho el niño –le pedía Gianni a su mujer.

–¡Cómo se nota que ésta no es rubia! ¡Claro!, si tenía que tener un tocado... –Repetía Nicoletta a su marido.

–¡Por favor, tranquilízate! Nos está mirando todo el mundo. ¿Qué va a pensar Ginevra de nosotros? –le decía bajito a su mujer mientras miraba a la chica y le sonreía.

–¿Qué le pasa a tu madre?, me pone de los nervios. Yo lo intento, pero nada, me ha empezado a hablar y de repente se ha puesto a chillar tu nombre. ¿Tu madre se medica? Me lo puedes decir... –Gin hablaba también bajito con su novio sin entender lo que estaba sucediendo.

Los cuatros sentados alrededor de una mesa redonda, todos hablando con su respectiva pareja, la situación era muy violenta. La madre de vez en cuando gritaba, se le veía indignada, Luca no entendía qué

cosa habría dicho su novia para haberla puesto así, su madre era de las que sabía comportarse en los sitios. Ginevra seguía haciendo ejercicios de respiración, necesitaba calmarse, pero con su suegra ahí gritando y mirándola fijamente, estaba consiguiendo todo lo contrario.

–Luca, necesito ir al baño, me están entrando hasta ganas de vomitar de los nervios. –Ginevra se levantó y se disculpó.

–Sí, hija, ve, no vaya a ser que nos echés todo aquí mismo –le dijo Nicoletta que lo había escuchado todo.

–¡Mamá! ¿Pero qué te está pasando?, tú no eres así, deja de humillarla –le pidió su hijo.

–Mira, una cosa te voy a decir: Si te vas a casar con ella porque verdaderamente la quieres, ahí no me meto, sabes que siempre respeto tus decisiones, eres mi hijo, entiendo que eres adulto y las acepto –decía Nicoletta muy enfadada.

–¿Entonces? ¿De qué estamos hablando? Se lo pedí yo, ella jamás me lo ha dicho, ni me lo ha insinuado.

–Eso me gustaría saber a mí, ¿qué te está pasando? –preguntó Gianni.

–Pero es qué estás ciego, ¿no te has dado cuenta? –preguntaba la madre.

Ginevra no conseguía calmarse, estaba en el baño del restaurante, apoyada contra la pared, se veía en el espejo que tenía en frente, y solo podía llorar, no entendía por qué la madre de Luca la trataba así. Estaba claro que no la soportaba, habían empezado con muy mal pie y eso que ella no había abierto la boca. Si llegara a enterarse de lo que su madre había intentando con Luca, se volvería loca del todo la mujer.

Moira acababa de despedirse de sus clientes, el evento iba a comenzar en cualquier momento, dejó a la persona que había contratado para que se encargara de controlar lo que había organizado y salió a la calle, Miquel la estaba esperando para llevarla a la estación. Su tren salía en media hora.

–¡Ya te has equivocado! Era por ahí –dijo Moira señalando a la calle de al lado.

–No me he equivocado, me voy contigo. Bajamos en el coche –dijo sonriendo.

–¡Estás loco! –contestó ella.

–Bueno, dejémoslo en que quiero darle un abrazo y saludar personalmente a mi ahijada –respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Entre Miquel y Moira siempre había habido muchísima complicidad. Pasaran los años que pasaran entre ellos siempre habría algo especial. Con tan solo una mirada sabían perfectamente lo que el otro sentía y aunque hubo una época en la que Moira desapareció de su vida huyendo de Barcelona, en cuanto volvieron a verse, todo siguió como siempre.

Es cierto, que cuando estaban juntos, entre ellos se respiraba una tensión sexual impresionante, Margarita bromeando, siempre decía que era una tensión no resuelta. Que deberían de haber acabado juntos, que estaban hechos el uno para el otro. Marga riñó mucho a Moira cuando se marchó negándose a ser testigo de la boda de Miquel con “la mofeta”, comentaba medio en serio, medio en broma que si eso mismo se lo hubiera hecho a ella, jamás en la vida le volvería a dirigir la palabra, pero él nunca supo decirle que no a nada y cuando nació Ginevra fue el primero que estuvo allí dándole la mano y escuchando el primer llanto de su hija; cuando le pidió que fuera el padrino de la niña, él aceptó encantado.

Las sospechas de Marga nunca se pudieron confirmar, pero ella estaba convencida que él estaba perdidamente enamorado de Moira, por cobarde nunca se atrevió a dar el paso, Camila se cruzó en su camino y decidió casarse con ella para olvidarse de Moira. Él hubiera sido capaz de dejarlo todo, incluso de abandonar a su mujer si su amiga hubiera chasqueado los dedos pidiéndole que la dejara para estar juntos, pero Moira era fiel a la promesa de Cupido.

–¿Qué piensas? ¿Todo bien? –preguntó Miquel mientras conducía.

–Nada, cosas mías –respondió ella.

Estuvieron meses sin hablarse después de su repentina desaparición. Él creyó volverse loco hasta que apareció de nuevo diciéndole dónde se encontraba y al conocer que estaba a punto de dar a luz a una niña, lo dejó todo para acompañarla en el parto, no le importó que su esposa le diera a elegir entre una de las dos, lo tuvo clarísimo desde el principio.

Moira le confesó que la niña había sido fruto de una noche de pasión loca con un desconocido y que había decidido criar a la niña sola. Incluso en aquel momento, él hubiera estado dispuesto a abandonar a Camila, pero nunca se lo confesó por miedo a que lo rechazara. Se conformó con ser el padrino de aquella niña. Y Moira jamás le pidió que ejerciera de padre porque sabía que él había rehecho su vida con otra mujer.

–¿Y qué tal por Alicante? –preguntó para hacer más ameno el viaje.

–Todo bien, es estupendo vivir allí y el trabajo me va estupendamente. No me puedo quejar. ¿Sabes?, he firmado varios contratos impresionantes –sonrió.

–Estás hecha toda una empresaria. Me alegro muchísimo por ti. –Miquel le apretó la mano.

Cada vez que la rozaba, Moira se erizaba, no entendía por qué reaccionaba así, ¡pero si era Miquel!,

su cuerpo no podía evitarlo, su encuentro había trastocado sus planes, ahora solo podía pensar en el hombre y no en su gran amigo. Era mirarlo y notar cómo todo su cuerpo se estremecía, recordó la escena de ella sin pantalones y él poniéndole la bolsa del hielo en la rodilla, lo pensaba y se alteraba.

Aunque sintiera aquella fuerte atracción por él, se negaba a reconocerlo porque sabía que luego vendría el amor y lo compararía por el que sintió por Carlo y todo se iría al traste.

–¿Qué te pasa Moira? te noto diferente –preguntó deteniendo el coche.

–Nada, solo que estoy feliz, pero hay algo que me preocupa, además, ¿sabes qué me sorprende?, que llevamos juntos varios días y no hemos hablado de nosotros. Es curioso –contestó Moira.

–¿Por qué te marchaste? –Le volvió a coger la mano–. Creí volverme loco.

–No sé, de verdad que ahora no sé por qué lo hice –respondió ella.

–Bueno, volviendo a la pregunta, ya han pasado muchísimos años, necesito que me digas por qué te marchaste así, sin avisar. Pero necesito que me digas por qué no quisiste venir a mi boda –preguntó Miquel.

–Da igual –interrumpió ella–. Es ridículo que mil años después, te interese eso.

–No, no da igual, necesito una explicación. –Le sujetó con fuerza la mano–. Siempre he querido preguntarte, pero pensé que no era el momento. Ahora tu hija tiene su vida y a ti te veo tan perdida...

–Me sentí estúpida y traicionada por mi mejor amigo, todo mi mundo se apagó en ese momento. Tuve que irme, quise romper con todo, si una de las personas en las que tenía puesta mi confianza plena, había sido capaz de hacerme eso, ¿por qué quedarme? –No pudo evitarlo y comenzó a llorar.

–Moira, por favor, no lo hagas, no llores, necesito que me perdones. No sé por qué te pido perdón, pero perdóname. ¿Tú sabes cómo me sentí cuando me llamaron para preguntar si sabía dónde estabas? Se me cayó el mundo encima. –Le volvió a coger la mano–. Y cuando entré en casa y vi que no quedaba nada tuyo, que te habías marchado para siempre, dejando aquella nota... Lo peor fue el silencio y el no saber de ti.

–Miquel, ponte en mi lugar. –Le soltó la mano.

–Yo sentí impotencia, ya no podía volver atrás. Y sigo sin saber por qué te pido perdón, pensarás que soy idiota, pero es que te escucho y cada vez entiendo menos. ¿Dime qué te hice? Si te hice algo, quiero saberlo. Sé que han pasado más de veinte años, que hemos seguido viéndonos, que hemos vivido muchísimas cosas juntos, pero sé que me ocultas algo, sé que tienes algo ahí dentro y que no me quieres contar. Somos amigos. Te quiero, no puedo ser más claro –se confesó Miquel.

–Ahora todo es diferente, ya nada importa. Lo hice, me marché, huí, sí, pero lo volvería hacer. Yo no quería destrozarte la vida –dijo ella.

Moira se dejó abrazar, seguía sin poderle decir lo que sentía de verdad. Lo abrazó bien fuerte, le dio un beso en la mejilla y se soltó de sus brazos.

–¿Miquel, lo intentamos de nuevo? No quiero perderte. Quiero que vuelvas a ser mi amigo, y que nos veamos más a menudo .

–Nena, ¿después de todo este tiempo me vienes con esto? Te quiero y te quiero a mi lado. Eres como mi hermana pequeña.

–Mira, qué me digas ahora que después de tanto tiempo... Tiene narices. Si has empezado tú –se quejó Moira.

–Bueno, vamos a dejarlo. Cuando te de la gana me cuentas por qué te marchaste. Estamos llegando.

No dejaba de darle vueltas a las palabras de Moira, no entendía porque le acusaba de haberle traicionado, ni de hacerle daño. Pensó no decirle nada y dejarla estar un tiempo, pero ahora había

despertado más que nunca su curiosidad.

Descargaron el coche y como era evidente, ella le invitó a pasar a su casa. Él se instaló en la habitación que había dejado libre Ginevra.

El día junto a los padres de Luca no había sido como Ginevra esperaba, notaba como su suegra la rechazaba, en cambio con su padre fue distinto, el hombre no decía nada, tan solo intervenía para aclarar a la mete patas de su mujer y para decirle algo amable a ella.

Luca, no entendía el comportamiento de su madre, sobre todo, después de haberle explicado que era la mujer de su vida y de pedirles que la trataran bien.

–”Amore”, ¿cómo vamos a hacer? Estoy preocupada –preguntó Ginevra.

–¿A qué te refieres?

–Es evidente, tu madre me odia y tenemos que decirle a la mía que nos casamos, además, quiero que me hable de mi padre. Tenemos que organizar una boda en la que los invitados posiblemente quieran acabar con nosotros.

–No te preocupes, mañana hablaré con mi padre, él apaciguará a mi madre. Tú deberías quedar con la tuya, y tranquilamente hablar.

La noche se hizo muy larga, casi eterna. Gin no podía conciliar el sueño, daba vueltas en la cama continuamente, necesitaba hablar cuanto antes con Moira, no sabía cómo perdonarla por lo que había hecho con Luca. Esperó a que se hiciera de día y después de mucho pensarlo, le envió un mensaje diciéndole que iría a visitarla a la hora del almuerzo a la oficina

–La niña, que dice que va a venir a verme.

–Bueno, pues bien ¿no? –le contestó Miquel.

–Depende con qué intención venga –respondió preocupada.

Desde que leyó el mensaje de su hija, no dejaba de mirar el reloj, la espera le estaba creando ansiedad. No consiguió concentrarse en toda la mañana. Le comentó a Noelia que tenía que salir, que cuando llegara su hija le dijera que fuera a la cafetería del otro lado de la calle, que la esperaría allí.

–¡Hello! –Ginevra saludó a Noelia.

–¿Qué contenta te veo? Si vienes a ver a tu madre, me ha dicho que está en frente desayunando. ¿Habíais quedado?

–Sí, anoche le mandé un mensaje. Necesito hablar con ella, pero ni sé por dónde empezar a preguntarle –contestó Ginevra.

–Bueno, tú tranquila, no te agobies. Pregúntale por tu padre, que te cuente, estás en tu derecho, aunque hayan pasado uno o mil años. El tema de Luca no lo toques, porque os cabrearéis y no llegarás a nada, te quedarás sin saber lo que quieres –aconsejó Noelia.

Se despidieron. Aún no había cruzado la calle y en la terraza de en frente pudo ver a su madre acompañada de alguien, la marquesina del autobús le impedía distinguirle la cara. Siguió andando, no se podía creer lo que estaba viendo.

–¡Miquel! –Ginevra se echó a sus brazos.

–¡Mi niña! Tan guapa como siempre –dijo mientras la abrazaba.

–¡Hola mamá! –saludó a su madre.

–Gin –dijo Moira.

Ginevra quería muchísimo a su padrino, tenían una relación muy especial, él era lo más parecido a un padre que había tenido, aunque viviera lejos, siempre lo había tenido a su lado, en todos los momentos importantes de su vida Miquel había participado, desde un cumpleaños, hasta un villancico en el colegio; él siempre ahí. Y todos los veranos se marchaba a su casa de Barcelona durante un mes.

–Quería pedirte una cosa y ahora que estáis mamá y tú juntos... –Miró a Moira–. Os lo comunicó a la vez.

–¿Qué pasa? No me asustes –dijo Moira preocupada.

–Nada, mamá. Allá voy. Me caso –soltó Ginevra.

–¡Eh, eso es estupendo! Mi niña, qué se ha hecho mayor. Ven aquí, ven que te abrace hasta dejarte sin respiración –bromeó su padrino.

–Te casas con el italiano, ¿supongo? –preguntó Moira.

–Supones bien. Con el mismo al que encargaste que mataran –respondió Ginevra resentida.

–No me lo vas a perdonar nunca, ¿verdad? –contestó Moira agachando la cabeza.

–¡Venga! ¡Venga! Ahora no es momento de echarse en cara cosas... Es momento de celebrarlo. ¡Vamos a brindar! –Miquel hizo una seña al camarero.

–Lo ves mamá, ves lo contento que está, pues ya podrías alegrarte tú la mitad –dijo Ginevra.

–Si yo me alegro, ¡cómo no me voy a alegrar! Si tiene que ser Luca, aceptaré que sea él, después de todo, olvidándonos de que es italiano, al resto no le pongo ninguna pega –aclaró Moira.

–Todos los italianos no somos iguales, sabes qué me enciendo cuándo dices esas cosas. No generalices tan alegremente –apuntó Miquel.

–¿¿¿Perdona!?? –preguntó sorprendidísima Ginevra mientras miraba a su madre.

–Bueno, nada, venga, vamos a brindar por la pareja de enamorados –interrumpió Moira, intentando cambiar de tema.

–No, no, no vamos a dejarlo. Miquel, explícame eso de que: “No todos los italianos somos iguales” –exigió Ginevra.

Moira ya no estaba nerviosa, ahora estaba histérica, empezó a notar como se le aceleraba el corazón, se podían escuchar perfectamente los latidos desde fuera. Sabía que había llegado el momento que siempre había temido. Tantas veces los tres juntos, los tres reunidos y jamás sintió tanto miedo. Tenía claro que ninguna excusa serviría.

–Pues que a tu madre le encanta generalizar y eso no es así. No hay italianos malos ni buenos, somos gente. Siempre le digo lo mismo, pero ella porque un italiano le saliera rana, lo paga con todos. Ni caso, ¿tú quieres a Luca?

–¿Cómo qué italiano? ¿Qué tú también eres italiano? Mira, no dejáis de sorprenderme. ¿Cuándo pensabas decirmelo? –Ginevra preguntaba muy enfadada–. Y bueno, lo increíble es la suerte que tenemos en toparnos con ellos, claro, como vivimos en Italia...

–¡Cálmate! No pasa nada, soy italiano, pensé que lo sabías, vamos, que digo yo que mi nombre y mi apellido igual te habían dado alguna pista. ¿Por qué te indignas?

–Tú nombre, qué le pasa a tu nombre, si es catalán ¿cómo se dice tu nombre en italiano? Y tu apellido, yo qué se cuál es tu apellido, eres Miquel, mi padrino, jamás me interesé por saber cuál era. ¿Pero cómo te llamas? –gritaba Gin.

–Vale, pensabas que era catalán. Pero la pregunta es: ¿Por qué te pones así porque sea italiano? –preguntaba Miquel–. La que los odiaba era tu madre...

–¿Qué cuál es tu apellido? ¡Qué me pongo así, porque mi madre me lo oculta todo! Odia a mi novio, encarga matarlo. –Ginevra se iba encendiendo por segundos.

–¡Oye, que yo no encargué matarlo! Solo quería alejarlo de ti –apuntó Moira.

–Mamá, por favor... ¡Qué odias a los italianos porque hace doscientos años apareció uno en tu vida para después desaparecer para siempre sin dejar ni rastro! –Miró a Miquel–. Qué por otro lado no me

extraña, tratándose de ti, yo también me hubiera pirado.

–No voy a consentir qué hables así de tu madre, Gin. No estás siendo justa –la reprendió Miquel.

–¿Justa?, y ¿quién marca la justicia? ¿Dime? ¿A ti te parece normal que toda mi vida haya crecido en una mentira? –se quejó Ginevra.

–Pero, ¿qué te pasa? –preguntó su padrino.

–¡Déjala!, ¡déjala que siga y saque todo lo que lleva dentro! –decía Moira.

–Sí, sí, verás todo lo que llevo dentro. Miquel, te puedes creer que me entero que mi padre, mi verdadero padre, resulta que también es uno de vosotros –informó Ginevra.

–¿Cómo qué tu padre es uno de nosotros?

Moira ya no podía más, se tapó la cara y comenzó a llorar, sabía que en ese preciso momento se había abierto la caja de los truenos, en ese mismo instante todo se acababa y no podía huir, se había quedado paralizada. Su hija, su gran amigo, todo se acababa de desvanecer. Tan solo pudo llorar.

–¿Y tú, por qué lloras ahora? –le dijo chillando.

–¡Pero qué no le hables así a tu madre! Moira, tranquila, está enfadada, es un calentón. Se le pasará. –Miquel intentó calmarla, no soportaba verla llorar.

–No, no se me va a pasar. Se me pasará cuando me lo cuente todo, y sin mentiras, a esta mujer le encantan las mentiras –Ginevra seguía atacando a su madre.

–Que no te haya dicho las cosas, no quiere decir que mienta. ¿Tú le has preguntado alguna vez por tu padre? –apuntó Miquel.

–Bueno... ella me dijo que murió, siempre he crecido sabiendo que mi padre estaba muerto, no es un tema que se toque en casa –respondió Ginevra.

–Pues ya está, tu padre está muerto y tu padre fue italiano, no hay más –dijo Miquel mirando a Moira sorprendido.

Gin se sentó, miraba a su madre, la veía llorar y se sentía mal, pero su enfado le impedía consolarla. Cogió la copa de cava con la que iban a brindar cuando empezó todo, se la bebió de un trago, metió la mano en su bolso y sacó la partida de nacimiento, la dejó sobre la mesa.

–¿Dime dónde está enterrado? Y si lo incineraste como me dijiste el otro día por teléfono, dónde están mis abuelos, tíos, ¿no sé?, alguien de la familia me quedará, o también encargaste matarlos... –decía Ginevra.

–¡Gin, te estás pasando! –dijo cogiendo la hoja–. Moira, se lo voy a contar.

–¿Contarme, el qué? ¿Tú conociste a mi padre? –dijo alterada.

–No, pero conozco la historia –aclaró.

–Pues cuéntamela. Soy toda oídos –dijo Ginevra.

–Tu madre lo conoció una noche, se acostaron y..., y bueno, pues naciste tú. A estas alturas no pasa nada porque tu padre fuera un rollo de una noche, pero antes eran otros tiempos, por eso tu madre nunca te ha hablado de él. Se inventó que había muerto. Lo hizo por ti, por la gente, por el colegio... –le explicaba Miguel.

–Si es que no me entiendes. –Ginevra se apoyó en el respaldo de la silla y también comenzó a llorar–. Con la edad que tengo ya me lo podía haber contado. Pues para ser un rollo de una noche, bien que en mi partida pone sus datos, podía haberme puesto su apellido si era porque no quería que la gente hablara... ¿Por qué me puso el apellido materno delante?

–¡Qué ganas de complicaros!

–Ganas, no. Aprovechando que una de sus nacionalidades era la inglesa, me puso solo el suyo, así

jamás se me ocurriría preguntar. ¿No te das cuenta? Lo tenía todo calculado.

Moira seguía llorando, su hija ya había terminado de hablar, pero Miquel no le respondió, estaba leyendo muy atento la partida de nacimiento que antes había cogido de la mesa.

–Moira, explícame esto. Dime que no es verdad. ¡Moira! ¡Qué me expliques esto de una puta vez! –gritó Miquel mostrándole la partida bien cerca de su cara.

–¿Qué pasa? ¿Lo conocías? Decidme, no os quedéis callados –preguntaba la chica entre lágrimas.

Después de leer detenidamente la partida la arrugó, se puso las manos en la cabeza, se le podía escuchar como resoplaba, no dejaba de pasarse las manos por el pelo. Ginevra no entendía nada, miraba a uno, luego al otro, seguía sin comprender. ¿Pero quién era su padre?

–Michelangelo Agostini –leyó Miquel–, Michelangelo Agostini –no dejaba de repetir.

–¿Sabes quién es? –preguntó Gin.

–¡Eres una hija de...! –Miquel no terminó la frase.

–¡Perdóname! Necesito que me perdonéis los dos. No tuve otra opción –gritaba atormentada Moira.

–¿No tuviste otra opción? Nunca pensé que pudieras ser capaz de hacer algo así. En mi vida me hubiera imaginado que fueras tan rastrera. Si no te quisiera tanto, ahora mismo me marchaba para siempre y no me volvías a ver –dijo Miquel.

–¿Qué pasa? Decidme ya. ¡No puedo más! –gritaba alterada Ginevra–. ¿Qué has leído? ¿Por qué te pones así con mi madre?

La gente de la cafetería los miraban atentos, sin pretenderlo, habían montado un espectáculo, la gente que iba andando por la calle se paraba delante de su mesa para observarlos.

Miquel se incorporó, metió la mano en su chaqueta y unos segundos después, sacó su cartera dejándola abierta sobre la mesa, delante de Ginevra.

–¿La cuenta? –preguntó el camarero que estaba concentrado escuchando la discusión.

–¿Qué cuenta? ¿Yo le he pedido algo? Métase en sus cosas –chilló de muy malas maneras Miquel.

–Disculpe. Yo vi que dejaba... –se intentó disculpar el camarero.

–Michelangelo Agostini. Me muero –leyó Ginevra–. ¡¡Mamá!! Miquel, ¿tú no lo sabías?

–¡Es evidente que no! –respondió hecho un energúmeno.

–¿Vosotros? Esto es una broma ¿no? No me puedo creer que vosotros os acostarais. Vosotros habéis... –preguntaba incrédula.

–¡Mamá! Esto ya es lo último que me podía esperar de ti –dijo Ginevra.

–No te lo voy a perdonar en la vida. ¡No quiero volver a verte, para mí, estás muerta! –sentenció Miquel poniéndose en pie.

La pobre Moira consiguió levantarse, le temblaban las piernas, no podía dejar de llorar, pero lo único que tenía claro es que no quería permanecer más tiempo en aquella silla. La gente la miraba, entre la pena y la vergüenza que estaba sintiendo, necesitaba huir de allí. Las dos personas que más quería en su vida acababan de decirle que no querían volver a verla. Se disculpó con ellos y se marchó.

Cruzó la carretera y la mala suerte volvió a apoderarse de ella, un turismo se la llevó por delante dejándola tendida en la carretera.

–¡Mamá! –Salió corriendo hasta donde se encontraba su madre.

–¡Moira, nooooo! ¡Una ambulancia! ¡Qué alguien llame a una ambulancia! –pedía entre lágrimas arrodillado en el suelo cogiéndole la mano.

El conductor del coche, un señor mayor, cuando consiguió medio recuperarse, bajó muy preocupado acercándose hasta Moira, no sabía qué había pasado, el hombre se lamentaba diciendo que apareció de

repente, que no la vio, que él estaba conduciendo y sintió un golpe.

Ginevra lloraba desconsolada, su madre no se movía, Miquel la tenía cogida de la mano, él también lloraba.

–Perdóname, por favor, Moira. No me hagas esto –le decía muy bajito.

–¡Mamá! ¿Me oyes? ¡Por favor mamá! Te quiero, mamá, no, esto no puede acabar así... –No había terminado sus palabras cuando se tumbó sobre las piernas de su madre.

La calle se empezó a llenar de curiosos que se acercaban hasta el coche que había golpeado a Moira, ella seguía inmóvil en la calzada sobre un charco de sangre.

Se empezaron a escuchar unas sirenas.

–¡Aquí! ¡Aquí! –Miquel se levantó y empezó a hacer señas con los brazos.

Margarita estaba sirviendo unas mesas, no tenía mucha gente y tenía prisa, acababa de llegar Camilo, era su primer día después de la larga baja y quería poder sentarse a tomar un café con él.

–¡Qué pasa, Camilo! ¡Cómo me alegra verte de servicio! –le decía muy contenta.

–La verdad que ya me tocaba –contestaba Camilo dándole dos besos–, ¿nos haces unos bocatas de salchichas? –le pidió para él y su compañero.

Marga se entró en la cocina, encendió la plancha y se puso con las salchichas. Aún no había terminado de partir el pan, cuando Camilo pasó dentro y se disculpó, acababan de recibir un aviso y tenían que marcharse. Se despidieron y apartó las salchichas de la parrilla. Su teléfono sonó.

–Gin, dime. ¿Qué dices? ¿Estás segura? –Ginevra llorando desesperada le contaba lo que le había pasado a Moira.

–En cinco minutos estamos –Camilo respondía al aviso.

–¡Camiloooooooo! ¡Esperaaaa! –Marga les gritaba–. Me voy con vosotros.

Abrió la puerta trasera del coche patrulla y se subió. Ella no era capaz de decir dos palabras seguidas, estaba temblando, solo sabía que a Moira la habían atropellado, no sabía cómo se encontraba, Gin no había logrado decirle nada más.

Cuando consiguió contarle lo sucedido, supieron que el aviso era el accidente de su amiga.

Detrás de la ambulancia llegaban dos coches de policía y uno de la Guardia Civil, se montó un auténtico caos, todo el tráfico parado, filas de coches detenidos sin poder circular, en un lado tumbada Moira y en mitad de la carretera, el coche atravesado.

En cuanto vio el tumulto de gente a lo lejos, abrió la puerta antes de que el coche se detuviera, literalmente se tiró en marcha, llegó todo lo rápido que pudo hasta donde permanecía tendida Moira, no se atrevía a mirar, sabía que su amiga no se movía, pero no sabía qué le había sucedido. Abrazó a Ginevra intentando consolarla, su ahijada no encontraba consuelo alguno, mientras, la Guardia Civil habló con el conductor del vehículo implicado.

Pusieron a Moira en una camilla y la metieron rápidamente en la ambulancia, Miquel insistió en que iría con ella, no podía dejarla sola. Marga se marchó con Ginevra a la oficina para que Noelia las llevara al hospital directamente.

BARCELONA 1995

“Me levanté, abrí muy despacito la puerta de mi cuarto, necesitaba comprobar que Miquel no se encontraba en el salón y quería ver si su habitación aún estaba cerrada, urgentemente tenía que llegar al baño, no lo soportaba, las náuseas me estaban matando, no quería que Miquel me viera así y sospechara.

“Todo despejado”, me dije, conseguí llegar al baño y no vomitar en el pasillo, necesitaba una ducha por encima de todas las cosas, además, había dormido con la ropa del día anterior y entre el olor a barbacoa, cerveza, ginebra y de todo un poco, necesitaba oler a limpio de nuevo, últimamente tenía el olfato muy desarrollado.

Llevaba días que no me encontraba del todo bien, pensé que sería algún virus estomacal, pero cuando recordé que llevaba bastante tiempo sin tener la regla me empecé a preocupar de verdad y más, después de la noche que había pasado bebiendo y fumando como una maldita condenada. Necesitaba un test de embarazo, me empezó a entrar la ansiedad, no podía ser posible, cómo había sucedido, si Miquel y yo solo nos habíamos acostamos una noche, aunque no recuerdo si usamos protección, aquel día nos

dejamos llevar sin pararnos a pensar en un posible embarazo. Fue todo pasión y el alcohol también colaboró en nuestra inconsciencia.

Dejé caer el agua caliente por mi cuerpo desnudo, me fui enjabonando y permanecí inmóvil un buen rato, me venían imágenes de la noche en cuestión, como si se tratara de una película lo fui recordando todo, me fundí con el vapor que provocaba el agua caliente. Sin poder evitarlo me venía el beso, y después el resto, todo el rato me preguntaba el porqué, no podía haber sido más tonta, pero si todavía no sabía por qué lo había hecho, ¿qué quería demostrar? Lo besé para demostrarle a mi jefe que había olvidado a Carlo, ahora que lo pienso fríamente, eso no tenía ningún sentido, qué más daba ... Y no contenta con un beso, terminamos haciéndolo como dos verdaderos animales en celo sobre mi cama; eso lo recuerdo perfectamente.

No me atrevía a salir de la ducha, no me lo quería cruzar por la casa, pero mucho menos, en el trabajo, la gente lo iba a notar, estoy segura, aún no lo había confirmado, pero iban a saber que había sido tan inconsciente de acostarme con mi jefe y posiblemente haberme quedado embarazada de él.

Tenía que llamar, tenía que avisar que estaba indispuesta y que hoy no iría, me entró miedo y me derrumbé, me quedé sentada en el plato de ducha, no podía moverme, me había bloqueado, empecé nuevamente a llorar, me había despertado llorando y ahora volvían las lágrimas, yo no quería, pero tenía tanta pena y angustia que no podía parar.

Mi mayor miedo era que Miquel después de aquello me rechazara para siempre, sentí pánico al pensar que posiblemente se fuera del piso, eso no lo podría soportar, prefería su ignorancia a su abandono. No estaba preparada para perder a mi mejor amigo, ahora no.

–Moira. –Escuché la voz de Miquel–, Moira, ¿estás bien? –yo no podía hablar–. Que sepas que voy a descorrer la puerta de la ducha, si estás bien dime algo y me espero, me estoy empezando a preocupar.

Desde fuera supongo que mezclado con el ruido del agua al caer, se podía distinguir mi llanto, yo intentaba que no se me escuchara, pero me costaba y era consciente que se me oía perfectamente.

–Moira, por favor. –Abrió la puerta de la ducha y se acercó a mí–, ven aquí, nena. –Se metió conmigo, abrazándome–. ¿Qué pasa ahora? Dime, no tengas miedo.

–Miquel, la he cagado, sé que lo he estropeado todo. Necesito que me perdones, ¿no sé qué me pasó? No te vayas, me moriría.

–Shhh, calla, no digas nada. –Me acariciaba mientras seguía cayéndonos el agua por encima.

–Me vas a perdonar, ¿verdad? –le decía desconsolada.

–¿De qué hablas? ¿Qué has hecho? –me preguntaba Miquel.

–No puedo ir a tu boda, ahora más que nunca no me lo puedes pedir –le decía sin poder dejar de llorar.

–Moira. –Me miró fijamente–. Sabes que te necesito allí.

–En la boda de Lali, cuando “la mofeta” le dijo a Dani que os casabais, me mató. Fingí que no me importaba, pero no puedo, no quiero que te cases, no quiero asistir a tu boda como testigo. No me lo puedes pedir –seguía llorando.

–Nena, tú no me quieres. ¿No entiendo por qué dices esto ahora? Necesito rehacer mi vida, Camila está enamorada de mí, me siento a gusto con ella. No podemos estar toda la vida compartiendo piso. Sabes que entre nosotros todo va a seguir igual, pero me quiero casar con Camila –me decía mientras me acariciaba la cara.

–Miquel... –No pude confesarle mis sospechas, no quería destrozarle la vida–. Bésame, necesito que estemos juntos por última vez antes de que te vayas con ella.

–Esto no funciona así. No puedo hacerle algo así a Camila –me decía Miquel.

Yo intentaba que me besara, necesitaba que volviéramos a estar juntos una última vez, no quería decirle que sospechaba que estaba embarazada de él y por ello obligarle a dejar a su novia, quería que se diera cuenta de que me quería de verdad, solo se me ocurrió actuar de aquella manera para hacerle entender que yo también lo quería, aunque en el fondo sabía que no estaba enamorada, lo quería con toda mi alma, hubiera dado mi vida por él, pero no sentía en el estómago lo que sentía cuando recordaba a Carlo.

Comprendí que no podía obligarle a besarme y que no podía hacerle eso, si se confirmaba mi embarazo, debía de marcharme lejos de allí, debía de desaparecer una larga temporada e inventarme que había conocido a otro y en una noche de pasión me había quedado embarazada. Debía huir de Barcelona, se me partía el corazón de pensarlo, pero sería lo mejor para los dos, él seguiría con su vida y comenzaría una nueva junto a Camila y yo haría lo mismo con mi hijo, un hijo de los dos, pero jamás él lo sabría, sería mi mayor secreto. Necesitaba explicarle a Margarita lo que había pasado, necesitaba que me ayudara a salir de allí.”

Moira estaba en el quirófano, la estaban operando de urgencia, necesitaban cortar la hemorragia interna. Fuera, esperaban desesperados y angustiados Miquel, Ginevra, Marga y su hija. Solo les habían dicho que la vida de Moira corría peligro.

–Noe, no se va a morir, ¿verdad? –le preguntaba Ginevra llorando.

–Es fuerte. Tu madre es la mujer más fuerte que conozco. Todo va a salir bien. –Noelia intentaba consolarla aguantando sus lágrimas.

–Cariño, está en buenas manos. Mamá va a salir de esta. Te lo juro. –Miquel la intentaba animar, sin terminar de creerse sus propias palabras.

–Si le pasa algo me muero –lloraba sin parar Ginevra.

–No le va a pasar nada, cálmate. Necesito que se despierte, tengo que pedirle perdón ¿No lo entiendes? Le dije que no quería volver a verla, que para mí estaba muerta. –Miquel rompió a llorar, no pudo soportar la angustia que le producía aquella incertidumbre–. Pequeña, deberías de llamar a Luca y que venga a por ti, yo me quedo, aquí no hacemos nada todos.

–No me pienso mover hasta que la vea –dijo Ginevra.

–Yo tampoco me pienso marchar –respondió Marga–. ¿Cuándo has llegado?

–Bajé a Moira en coche desde Barcelona –dijo dándole dos besos–. Quería ver a la niña.

Mientras discutían de si se iban o se quedaban se abrieron las puertas de la sala de espera de los quirófanos.

–¡Familiares de Moira King! –Salió un médico buscando a sus familiares.

–¡Aquí! –respondieron los cuatro a la vez.

Luca acababa de llegar al hotel de sus padres, necesitaba hablar con ellos, su novia lo acababa de llamar para contarle lo sucedido, tenía que marcharse junto a ella, aún no se sabía qué iba a pasar con Moira.

–¡Papá, ha sucedido una desgracia! Han atropellado a la madre de Gin, la están operando a vida o muerte.

–¡Hijo, cuánto lo siento! –Su padre le abrazó.

–¡Qué horror! Con la boda a la vuelta de la esquina... ¿Y quién la ha atropellado? –preguntó curiosa su madre.

–Pues un coche, mamá. Solo venía a despedirme de vosotros. No sé qué es lo que va a pasar con Moira. Gin me necesita, no deja de llorar –dijo Luca.

–¿Moira? ¿Quién es Moira? –preguntó su padre.

–Su madre. Bueno, dadme un beso. –Abrazó a su padre–. Siento no poder ir al aeropuerto con vosotros. La boda se queda en el aire, como es evidente. Que tengáis buen viaje.

–Hijo, tranquilo, lo primero es lo primero –dijo su padre preocupado–. En cuanto tengas noticias nos llamas. ¿Prefieres que nos quedemos?

–¡Qué vamos a quedarnos! En cuanto el niño sepa, que nos avise, que una boda no se prepara de un día para otro –respondió su madre dándole un beso en la mejilla.

–¡Mamá, por favor! ¿Cómo eres tan insensible? –le reprendió Luca.

–Ni caso. Lo dicho, hijo. –Se dieron un último abrazo y Luca se marchó.

...

Ginevra no consintió marcharse del hospital, seguían los cuatro allí escuchando las terribles palabras del cirujano, Luca se acababa de incorporar. Moira había perdido mucha sangre, aparentemente habían conseguido cortar la hemorragia, esto era una buena noticia, pero debido al traumatismo que había sufrido, se habían visto obligados a inducirle un coma, necesitaban controlar que la presión intracraneal no aumentara. El médico no pudo darles más información. En principio si superaba las primeras cuarenta y ochos horas después de la intervención y no habían complicaciones inesperadas, se le iría bajando la sedación para que recuperara la consciencia. Tampoco supo asegurarles que tras despertar, en el caso que así lo hiciera, no tuviera daños cerebrales.

Ginevra no fue capaz de seguir escuchando al médico, comenzó a correr por los pasillos del hospital, necesitaba huir de allí. Luca y Noelia fueron tras ella.

–Qué triste volver a vernos en estas circunstancias –le dijo Margarita llorando.

–¡No lo sabes tú bien! Tenemos que hablar –le dijo Miquel.

Se marcharon a la parte trasera del hospital, no querían volverse a casa por si había alguna noticia sobre Moira.

–¿Tú lo viste? ¿Qué pasó? –preguntó Margarita.

–No quiero recordarlo. Pasó todo muy rápido. La pena que tengo, es que segundos antes le grité que no quería volver a verla en mi vida, que para mí estaba muerta –Miquel no podía dejar de llorar.

–No te martirices, esas cosas se dicen sin sentir las. ¿Pero por qué le dijiste eso? –preguntó Margarita.

–¿Tú lo sabías? Ya puedes decírmelo, lo sé todo, Gin también. Hablábamos de eso cuando... –dijo sin ser capaz de terminar la frase.

Sabía perfectamente a que se estaba refiriendo, no sabía qué hacer, su mente ahora estaba en el estado crítico de su amiga, no quería remover, pero ya que Moira no podía defenderse, pensó que sería conveniente contarle la historia a Miquel, al fin y al cabo se lo debía.

–Mira, lo primero que quiero que entiendas es que a ella se le vino el mundo encima cuando se enteró –relataba Margarita–. Ella no quiso decirte nada porque tú estabas a punto de casarte con la mo... con Camila.

–Da igual. Tenía derecho a saberlo –se lamentaba Miquel.

–La situación le sobrepasó, vosotros no estabais enamorados, os queréis, sí, pero como nos queremos nosotras. Todo hubiera cambiado, no te habrías querido casar con Camila, te hubieras visto obligado a pedírselo a ella. Moira no quería eso para ti –Margarita le contaba la historia sin poder dejar de llorar.

–Ese es el problema de ella, que piensa por todos. Me ha privado de ver crecer a mi hija. Ahora me arrepiento de lo que le dije, si no la vuelvo a ver moriré de pena, pero me ha hecho la putada de mi vida. ¿Y cómo nunca he sabido que en la partida de Ginevra aparecía yo cómo padre? Falsificó mi firma. Ella siempre actuando por libre.

–Eso ya da igual. Lo hizo pensando que si a ella le pasaba algo... –Margarita se derrumbó–, mírala ahora, debatiéndose entre la vida y la muerte. –Paró, tomó aire y se limpió las lágrimas–. Ahora solo nos tendrá a nosotros. Somos sus padrinos.

–¡Soy su padre! Si es que lo digo y no me lo creo. Esa niña, a la que quiero con toda mi alma y he criado con todo el amor del mundo, ahora resulta que es mi hija de verdad. ¿No lo entiendes? –decía Miquel.

–Tienes que perdonarla. La niña te quiere, sin saber que eras su padre, ha disfrutado más de ti que mi Noelia del suyo. Piensa que la has visto crecer, que las vacaciones las pasaba contigo. Te repito que la has disfrutado más que el propio padre de mi hija. –Margarita no podía dejar de llorar.

–Sin pensar que se trata de ella, con el corazón en la mano, por favor, reconóceme que esto mismo le pasa a un desconocido con la madre de su hija y pensarías de otra manera. La mujer sería lo peor. Sé sincera, Marga –le dijo Miquel.

–Cierto. Pero es Moira, mi amiga, mi hermana. Ella es lo único que tenemos. Te estoy intentando explicar por qué lo hizo todo –dijo saliendo del coche–. Miquel, vamos a entrar a ver si se ha despertado.

Sin darse cuenta, se había hecho casi de día, no se habían movido del coche en toda la noche, la conversación les impidió ver como pasaba el tiempo. Preguntaron en el mostrador de urgencias, pero desde allí no podían dar ninguna información. Llegaron hasta la UCI, una enfermera reconoció a Margarita, se conocían del pueblo, le explicó que su gran amiga estaba ingresada y que necesitaban saber cómo había pasado la noche. La enfermera entró a pedir información.

–Marga, en un segundo saldrá el doctor y os informará. Esperad ahí sentados –le dijo la enfermera muy bajito al oído.

El segundo se hizo eterno, el silencio la estaba matando y ver a Miquel tan afectado, la destrozaba más. Las palabras de la enfermera le habían preocupado muchísimo, si todo iba bien o ya se había estabilizado, por qué no se lo dijo, entendió que aquel silencio no sería bueno.

Le mandó un mensaje a Ginevra, tenía que tranquilizarla y alejarla unas horas de allí, prefirió adelantarle, sin saberlo, que su madre se encontraba estable. Margarita necesitaba pensar.

–Buenos días. Son los familiares de Moira King, ¿no? –preguntó un señor con una bata blanca.

–¿Cómo está? –preguntó temeroso Miquel.

–Lo primero, quiero decirles que los milagros existen –dijo el doctor respirando profundamente y muy serio.

–¿Perdón? –preguntó Miquel.

–Verán. Está dormida, sedada, necesitamos que sea su cuerpo solo el que se vaya recuperando, pero necesitamos que lo haga más rápido de lo que lo está haciendo. De momento está estable, pero no reacciona como esperábamos. No me gusta dar estas noticias, no digo que se pongan en lo peor, pero no puedo darles falsas esperanzas a la ligera. Nosotros estamos haciendo todo lo que podemos.

–Marga, me muero.

Miquel, con la mirada perdida, se puso la mano en el pecho y cayó en el asiento del que acababa de levantarse cuando salió el doctor, sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

–¿Cómo le vamos a decir esto a Gin? No puedo, de verdad que yo no puedo. –Margarita también lloraba.

...

Los días fueron pasando, todo este tiempo había estado dormida, su estado no había empeorado, pero debían intentar sacarla del coma inducido. Empezarían a retirar la sedación.

Ginevra se estaba preparando para ir a visitarla.

–Tengo mucho miedo, ¿y si no despierta? –dijo Ginevra abrazando a Luca.

–Todo va a ir genial, ya verás. ¿Quieres qué te acompañe? –preguntó Luca cogiendo su maletín.

–No te preocupes, me recogerá Miquel, tú ve a la Uni, al final con tantas ausencias te echarán. –La pareja se despidió.

Miquel acababa de recogerla, iban camino del hospital intentando fingir una tranquilidad irreal, el miedo y la angustia de estos días atrás, hoy podrían convertirse en alegría y esperanza, o hacerles revivir la pesadilla del día del accidente haciéndose eterna.

–¿Cómo estás Gin? No hemos hablado desde lo de tu madre –preguntó Miquel.

–Tengo miedo. Me da pánico pensar que mamá no se despertará y si lo hace que se haya quedado mal –dijo rompiendo a llorar.

–No pienses en eso. Yo también tengo miedo, prefiero no pensarlo. Tengo ganas de verla y de abrazarla –dijo Miquel.

–Tú la querías, ¿verdad? ¿Estabas enamorado de mamá? –preguntó Ginevra.

–¡Claro qué la quería! La quiero y siempre la voy a querer. Si hubiera sabido que estaba embarazada, me hubiera casado con ella, eso nunca lo dudes. Todo hubiera sido muy diferente

–¿Sabes?, siempre me había hecho ilusión pensar que fueras mi padre, de hecho, en alguna ocasión cuando me iba en verano a tu casa, en el instituto decía que me iba a casa de mi padre –dijo con una sonrisa melancólica.

–Me alegra saberlo. Recuperaremos el tiempo perdido, te lo prometo –dijo Miquel tocándole la cara a Ginevra.

Aparcó el coche y antes de bajar, le comentó a su hija que pasara lo que pasara, siempre estaría junto a ella, pero que debía de ser fuerte, algo dentro de él le decía que debía hacérselo saber.

Nada más salir de los ascensores, encontraron al médico hablando con Margarita.

Moira empezaba a reaccionar. Les informó de todo lo que podía suceder a partir de ahora, no quería

darles falsas esperanzas, pero todo apuntaba que si continuaba así, en un par de días la subirían a planta y podrían visitarla como a cualquier otro paciente.

Estuvieron visitándola diariamente, por el momento no hablaba, pero cuando los tenía cerca les sonreía y en cuanto entraba su hija, le cogía la mano y Moira se la apretaba muy fuerte.

Después de un duro mes, la trasladaron a planta, parecía que ya estaba fuera de peligro. Fueron días muy difíciles, visitas cortas, pero muy intensas, Moira se fatigaba enseguida. La única exigencia por parte del médico fue que no le atosigaran a preguntas, que dejaran que fuera ella la que las hiciera.

–¡Mamá! ¡Qué alegría verte tan bien! –dijo Ginevra llevando un gran ramo de flores.

–¡Hola, guapa! –dijo Miquel guiñándole un ojo.

–¡Hola! Estoy un poco aturdida. Me alegra tener visitas –respondió lentamente–. Tenéis que contarme qué pasó, tengo flashes.

–¡Mamá, qué ganas de que vuelvas a casa! –dijo Ginevra.

–La verdad es que sí, necesito salir de aquí. Aunque me paso el día durmiendo, quiero salir a la calle.

–Te prometo que cuando ya estés bien, nos iremos a cenar los cuatro –dijo Miquel

–¿Los cuatro? –preguntó ella.

–Mamá, sino quieres, iremos solo nosotros –respondió Ginevra mirando a Miquel.

–No, no, los cuatro estará bien –dijo Moira.

Ginevra, volvía a sonreír, su madre después de mucho tiempo, había despertado, la habían subido a planta y podía hablar. Todos contaban los días para sacarla de allí. La pareja retomó los preparativos de la boda, después de haber hablado con el doctor, y confirmando que en breve le daría el alta, fijaron de nuevo la fecha del enlace.

Miquel colaboraba en todo con la joven pareja, buscaron un lugar donde celebrar la ceremonia, probaron menús, contrataron a la empresa de catering y Marga junto con él, la acompañaron a elegir el traje de novia.

Luca seguía asistiendo a la Universidad, decidió delegar en su novia todas las cosas relacionadas con la boda. Le encantaba verla feliz.

–Sí, será en unos quince días. Parece que todo ha ido bien. Está muy débil, pero el médico dice que es solo cuestión de días, en cuanto vuelva a comer en condiciones y haga un par de sesiones de rehabilitación, estará como nueva –informaba Luca a sus padres por teléfono.

–Me alegro mucho hijo. Tu madre y yo volaremos mañana, te ayudaremos a organizarlo todo.

–Perfecto. ¿Os encargáis del hotel o prefieres que lo haga yo desde aquí? –preguntó Luca.

–Hemos hablado y preferimos alquilar un estudio, ya que estaremos casi un mes, creemos que sería lo mejor –dijo su padre.

–Hablo con Noelia, la prima de Gin y que os busque algo –Luca se despidió.

Sus padres se instalarían en el pueblo antes de la boda, a Luca no le sorprendió aquella decisión, su madre era de las personas que sino metía las narices y no dirigía, pensaba que no saldría nada bien, necesitaba controlar y supervisar.

Hoy llegaban los padres del novio. Parecía que empezaba la cuenta atrás.

–”Amore”, mi madre quiere acompañarte para la prueba del vestido –le comentó Luca.

–Pues se va a quedar con las ganas, he quedado con Marga –respondió Gin.

–Te pido que pongas de tu parte. Ya lo tienes todo casi terminado. ¿Qué más te da que os acompañe?

No le hagas ni caso –le pidió Luca.

–Te he dicho que no, seguro que le sacaré defectos a todo, pondrá pegas y me sacaré de quicio.

Acabará mandándola a paseo y de Marga no respondo –dijo Gin.

Mientras discutían de si la madre del chico las acompañaba o no, sonó el teléfono.

–Miquel, dime. ¿Ha pasado algo con mamá? –dijo Ginevra.

–Tranquila, son buenas noticias. A mamá le han dado el alta ahora mismo.

–¡Genial! ¿Cuándo vamos a por ella? –preguntó Ginevra con una sonrisa de oreja a oreja.

–Estamos aquí esperando a que nos den los papeles del alta. Pero la muy cabezona insiste en que quiere acompañarte a ver el traje –dijo Miquel.

–¿Pero puede hacer vida normal? Por mí perfecto. Nos vemos allí. –Colgó–. A mi madre, que le dan el alta ahora. ¡Me va a acompañar a la prueba!

Luca no entendía que a su novia le pareciera estupendo que su madre la acompañara y que su futura suegra no pudiera ir a echar un vistazo. Como Ginevra estaba contentísima con la noticia de la salida de su madre del hospital, terminó por aceptar la propuesta de su novio.

En la puerta de la tienda de novias esperaban Marga y Gin junto a Nicoletta, el saludo fue completamente fingido, más por educación que por otra cosa.

–¿Bueno, y qué hacemos aquí fuera esperando? –preguntó Nicoletta.

–Pues esperamos a Moira –respondió muy seca Margarita.

–¿Y no la podemos esperar dentro? No entiendo por qué motivo tenemos que estar aquí en la calle como unas pedigüeñas –dijo poniendo los ojos en blanco.

–Pues yo te lo explico rapidito –respondió Margarita.

–No, espera –la cortó Ginevra–. A mamá le acaban de dar el alta, ha preferido venir directamente aquí que irse a casa a descansar, no me parece correcto.

–Entonces si no hay más remedio, esperaremos aquí fuera –dijo Nicoletta.

–No te queda otra, guapa –dijo bajito Marga que no le caía nada bien la madre de Luca.

A lo lejos vieron llegar a Miquel del brazo de Moira, su hija no pudo contenerse y salió corriendo calle a bajo para lanzarse a sus brazos. Una enorme alegría se apoderó de la joven.

–¡Mami! No sabes la alegría que me da verte fuera de esa cama de hospital. ¡Qué guapa estás! –le dijo mientras la abrazaba bien fuerte.

–Gin, hija mía, estás preciosa –Moira sonrió.

–Cariño –le dijo Miquel algo al oído mientras la abrazaba.

–¿Estás seguro? –le respondió muy bajito para que Moira no la escuchara.

–Cien por cien –respondió él.

–¿Qué os traeréis entre manos vosotros dos? –dijo sonriendo Moira.

Una vez en la puerta de la tienda, hicieron las presentaciones correspondientes y pasaron dentro. La dependienta ya tenía preparado el traje en el probador, hoy sería la última prueba, y todos sus

acompañantes esperaban ansiosos en la parte trasera donde se hacían los arreglos.

–Espectacular. No tengo palabras. Hija, vas a estar impresionante –dijo Miquel muy emocionado.

–¿En serio? –Ginevra dio una vuelta para que la vieran por detrás– Mamá ¿qué te parece?

–Ya lo ha dicho todo tu padre, cariño. Estás divina –dijo Moira.

–Bueno, pues supongo que yo ya no tengo nada que decir –apuntó Nicoletta.

–Pues va a ser que no –respondió Margarita muy arisca, estaba claro que no la soportaba.

La modista comprobó que el vestido le quedaba como un guante, le colocó el velo que ya había elegido en la prueba anterior y se marchó dejando a la “feliz familia” comentando. Ginevra pasó a cambiarse, rebosaba felicidad, por fin tenía a su madre fuera del hospital y ver a sus padres juntos, delante de ella, vestida de novia, fue lo más maravilloso que le podía ocurrir, para ella la única que sobraba era la madre de Luca, que la mujer no ponía de su parte, no quería pensarlo, pero tenía cada vez más claro, no la quería como esposa de su niño. Le iba a costar mucho ganarse su cariño.

Margarita, los invitó a comer en la cafetería, tenía muchas cosas que hablar con ellos, ella también estaba feliz de verlos juntos, de ver a su amiga recuperada completamente y esa sonrisa que tenía, para Marga era muy importante.

–¿Os apetece que pidamos unas pizzas? –preguntó Margarita.

–Por mí genial –dijo Miquel mirando a Moira.

–Pizza... Bueno, seguro que será mejor que la asquerosa comida del hospital –dijo sonriendo.

Efectivamente, Moira tenía amnesia, antes del accidente, jamás hubiera consentido pedir pizza y nada que le recordara a Italia. Margarita se preguntó cuánto tiempo le duraría la pérdida de memoria, solo esperaba que le durara hasta después del enlace, así se quitarían de complicaciones. Era cruel pensar de esta manera, pero ganaban los pros en el asunto de la amnesia.

Era curioso, pero no recordaba nada de nada de su vida anterior, le habían contado que tenía una hija, que Miquel era el padre, así que dio por hecho que eran pareja, preguntó si estaban casados, pero al decirle que no, no le sorprendió, de Luca tampoco recordaba nada, le informaron que era el novio de Ginevra y con mucho miedo le comentaron que era de origen italiano, pero como no reaccionó mal, ya le contaron el resto de la historia, que se habían conocido en París y que habían trasladado su domicilio a Alicante para casarse y formar una familia aquí. Moira estaba encantada con la vida que le habían explicado, pero se sentía mal por no recordar nada, el médico para tranquilizarla le dijo que se lo tomara con calma, que poco a poco le irían llegando los recuerdos, pero que no había que forzarlo y por supuesto que nadie le debería contar nada.

Le enseñaron fotos, sobre todo de cuando Ginevra era pequeña, de cumpleaños, de festivales, de todos los momentos importantes de la niña, en todas las fotos aparecían, Miquel, Margarita, Noelia y ellas dos. Seguía convencida que él era su pareja.

Moira ya hacía vida completamente normal, salía, entraba de casa, pero aún no podía dedicarse como ella quería al trabajo, de eso se encargaba Noelia, aunque era joven, estaba muy bien preparada y conocía desde dentro el funcionamiento de la empresa, ninguno quería sobrecargar a Moira con el trabajo y como la empresa siempre había ido muy bien, tan solo tenía que cumplir los plazos de los contratos firmados, iba al punto acordado, organizaba el evento y lo dejaba en funcionamiento.

Una mañana, llamó a su amiga, tenía ganas de dar un paseo por la playa, según el médico debía despejar la mente para que le llegaran los recuerdos de manera natural. Las dos amigas quedaron allí.

–Marga, ¿te puedo contar un secreto? –dijo muy seria.

–La pregunta es innecesaria. Sabes perfectamente que tú y yo siempre nos hemos guardado los

secretos –respondió un poco preocupada.

–Bueno, saber, saber... Recuerda que he perdido la memoria –sonrió a su amiga.

–Veo que sigues con ese humor que tanto te caracteriza –respondió soltando una carcajada.

Mientras hablaban, siguieron caminando hasta que se adentraron en la arena, se descalzaron y se pusieron a caminar por la orilla.

–¿Tú sabes si yo antes del accidente seguía enamorada de Miquel? Es que te juro que noto que lo quiero mucho, pero lo miro y no siento nada más que cariño, físicamente está estupendo, todo sea dicho de paso. Me siento mal, ¿sabes? El hombre se desvive por mí, pero a mí no me provoca nada más que cariño... –dijo agachando la cabeza.

–Moira, a ver, te contaré yo también un secreto: Es que Miquel y tú no sois pareja, tú lo has dado por hecho. El neurólogo nos recomendó que te diéramos solo los datos imprescindibles. Entiendo que por eso no sientes amor por él –le confesó Marga.

–¿Pero? No lo entiendo, no puedo entender que en algo así, no me hayáis dicho que estaba equivocada. ¡Datos importantes! Creo que esto es el dato más importante... ¿Y si me hubiera acostado con él? –preguntó algo enfadada.

–No te enfades. ¿Pero él ha intentado algo?, Moira no me dejes así –preguntó sujetándola de los hombros.

–Tranquila, él no ha intentado nada de nada, solo me abraza, me pregunta si necesito algo y a la hora de dormir se queda en el sofá, se enciende la tele y allí se queda sopa. Yo no le he dicho nada, porque por una extraña sensación noto que me gusta dormir sola, y porque me sentiría rara de hacer nada con él, aunque me hubieras dicho que era mi pareja, no siento atracción física, pero claro, si hemos tenido una niña, digo yo... –No terminó la frase.

–¿Quieres saber cómo pasó? –preguntó Marga.

–Ahórrate los detalles. –Le guiñó un ojo.

–Bueno, pues nada, eráis jóvenes, vivíamos por aquella época en Barcelona, Miquel era tu jefe, pero también tu compañero de piso y una noche... eso, ahorrándome los detalles, te diré que te quedaste embarazada, él estaba a punto de casarse con la famosa “mofeta” y decidimos no contárselo, nos volvimos a Alicante. Y no me lo pongas más difícil, creo que no debería contarte nada más, Moira.

–¡Es horrible! Nadie puede entender que esto que me está pasando es espantoso. Tienes una vida y no la recuerdas, no recuerdo nada de mi niña, ni de llevarla en mi interior, ni de bebé, ni nada de nada. Tampoco recuerdo por qué tuve el accidente. Esto me crea ansiedad, noto como me falta la respiración, el corazón se me acelera, vivo rodeada de extraños, mi propia hija es una extraña para mí y tú, que se supone que eres mi mejor amiga, nada, no recuerdo nada, veo las fotos y es como si viera las fotos de dos desconocidas, por no hablar de Miquel... –Moira se derrumbó al confesarle lo que sentía.

–Si supiera cómo ayudarte, sabes que lo haría. Debe de ser horrible, no lo pongo en duda, pero poco a poco recordarás, ya verás. Ahora tenemos que organizar la boda de Gin, es el presente, lo que pase a partir de ahora, tu mente lo recordará siempre, piensa en eso Moira, lo demás llegará, sé que todo terminará llegando –le dijo Margarita abrazándola en la orilla –. ¿Y con Gin, cómo te va?

–Bueno, ella se está portando muy bien conmigo, pero claro, tiene sus obligaciones y está preparando la boda. No quiero que sufra, sé que esto la tiene preocupada. No recuerdo nada, pero la noto temerosa cuando habla conmigo –respondió mientras se sentaban en el borde que separaba la playa del paseo.

–Dale tiempo, es muy joven. Ha sido muy duro para todos. Creíamos que te perdíamos –dijo Margarita–. Tendrá miedo de decir cosas... El médico nos asustó, igual teme decir algo que interfiera en

tu evolución. Chica, no le des más vueltas.

Los novios, pensaron que sería conveniente organizar una comida para reunir a sus respectivas familias antes del enlace. Aunque Moira había perdido la memoria y ya no era un problema unir las legalmente, necesitaban saber que todo iría bien.

–Papá, hemos pensado que podríamos comer todos juntos. Os esperamos a las dos. En un rato te paso la ubicación.

–Me parece maravilloso. Hablo con tu madre y te confirmo.

–Haced un esfuerzo, esto es muy importante para nosotros. No creo que tengáis muchos compromisos, se supone que te has tomado un mes sabático para que mamá meta las narices en todo lo relacionado con la boda –apuntó Luca.

–No lo digas así, si te escuchara... Ya sabes que necesita tenerlo todo controlado y cree que encargándose ella, todo saldrá a la perfección. Tantos años y aún no sabes manejarla –dijo sonriendo–, quedo a la espera de la dirección del restaurante. Yo me encargo de tu madre. –Padre e hijo se despidieron.

Gianni decidió bajarse a la cafetería del hotel, necesitaba desconectar, quería disfrutar de las vistas que le ofrecía la terraza, necesitaba estar solo, la relación con Nicoletta era absorbente, la mujer era una controladora nata, quería que el mundo entero le dijera lo maravillosa que era, lo bien que hacía cualquier cosa, no soportaba que nadie le llevara la contraria y ahora con la boda de su hijo, era más Nicoletta que nunca. Además, se había empeñado en decorar el pequeño estudio, el que Noelia les había alquilado, y por ello estarían alojados en un hotel, ella misma así lo había dispuesto.

–He hablado con Luca, iremos a comer con la familia de Gin, prepárate para la una y media –llamó a su mujer.

–¿Y me lo dices ahora? No me va a dar tiempo a ir a la peluquería, no tengo nada que ponerme –respondió muy enfadada.

–Es una comida, no tienes audiencia con el Papa –apuntó Gianni.

–Pues sintiéndolo mucho, yo no podré asistir. No me apetece rodearme de “españolitos gritones”. El otro día pasé el peor de mi vida soportando a esa amiga marimandona que siempre tiene que meter las narices en todas partes, al padre de la que nos ha arrebatado al niño y a la amnésica coja –siguió gritando.

–Te quejas de que los españoles gritan. –Soltó una carcajada–, pero ¿te estás escuchando a ti? Es algo que tenemos que hacer, no vamos a hacer amigos, es la ilusión de Luca. Ve a la peluquería, da igual lo que cueste, te cogerán y podrás ponerte tan guapa como siempre. No seas cría –dijo Gianni.

Se despidieron y siguió disfrutando de las vistas, el hombre sabía como manejarla, pero no le gustaba nada como intentaba demostrar que era superior al resto y no quería que su hijo se sintiera incómodo.

Solo faltaba avisar a Moira.

–Ginevra, no sé si voy a poder asistir. Me he vuelto a incorporar al trabajo, tengo que ir a tomar unas medidas para un evento –le explicó a su hija.

–¡Jo, mamá! Y no puedes mandar a Noe, ella lo hará más rápido que tú –se quejó.

–A ver, ella tiene que ir a otro sitio, esta semana vamos de cabeza. Con mi ingreso, la pobre no ha parado y yo también quiero seguir con mi vida. Menos mal que tengo la buena costumbre de anotar todo en mi agenda, con el rollo de la amnesia hay cosas que se me pasan. Noelia se está portando súper bien conmigo, se ha ganado un aumento con todo lo que ha trabajado. Sino hubiera sido por ella, habría

perdido varios clientes –aclaró Moira.

–Bueno, tranquila. ¿A qué hora calculas que terminarás? Retrasamos la hora de la comida.

Estaba dispuesta a cambiar la hora con tal de que todos pudieran asistir, necesitaba hacer las presentaciones oficiales antes del enlace, le daba miedo pensar que la primera vez que se vieran se dirían de todo.

–Salgo ya –dijo metiendo la agenda en su bolso–. No creo que sea necesario.

–¿No conducirás tú? ¿Papá sabe qué vas a la visita?

Qué rara se sentía llamando a Miquel de esta manera, pero en el fondo le gustaba escuchar salir de su boca aquella palabra que tanto había anhelado.

–Os pido que os tranquilicéis, conozco mis límites, he llamado a un taxi. No le digas nada a tu padre, no quiero que se preocupe y no quiero que se presente aquí.

Avisó a Margarita, le dijo que llegaría en taxi a la comida, solo le comentó que tenía unos asuntos que resolver, pero que estaba todo controlado. Ya había llegado a su cita.

–¡Buenos días! He quedado con el gerente –saludó al recepcionista alargándole una tarjeta de visita con su nombre.

–Sí, me dijo que cuando vinera bajara a la planta baja, allí le está esperando.

Moira se dirigió a los ascensores, iba distraída, últimamente este era su estado habitual, aunque no quisiera, se dispersaba un poco, su necesidad de recordar le hacía ensimismarse y no se centraba en las cosas que estaba haciendo. Aunque hoy como había salido sola por primera vez desde que tuviera el accidente, quería concentrarse en lo que hacía, no quería que le pasara nada, sino, no le quedaría otra que darles la razón a sus familiares, con el tema ese de que aún no estaba preparada para salir sola.

Tan concretada iba, que en cuanto se abrieron las puertas del ascensor entró sin fijarse que había más gente, pasó y tropezó con un grupo de hombres que iban dentro. Se disculpó sin más agachándose para recoger su bolso que cayó con el impacto.

–Disculpen, entré sin mirar –dijo Moira.

Se cerraron las puertas del ascensor y ella seguía con la cabeza en otra parte, se forzaba a recordar qué pasó con Miquel, necesitaba recordar su vida anterior, quería recordar cómo era su relación con el padre de su hija cuando aún vivía en Barcelona. Su necesidad de saber le creaba ansiedad, por un momento se le pasó por la cabeza hacer un viaje allí, igual estando en el sitio, facilitaría a su mente el recuerdo, tal vez un olor, tocar algo que activara a su cerebro, pero cayó en la cuenta que si en su casa, rodeada de todas sus cosas no lo había conseguido, aquello sería una estupidez y sabía que bajo ningún concepto la dejarían marcharse.

Cerró los ojos, el perfume masculino de uno de sus acompañantes de ascensor le recordó algo, no sabía qué, pero le era familiar, cuando volvió en sí, se sintió ridícula, parecía un perrito olfateando, pero ese olor la hacía sentir muy bien. Salió del ascensor impregnada de aquel olor familiar.

–¡Hola, buenas!, casi llego –saludó al gerente.

–¡Buenos días, señora King! –el gerente saludó estrechando la mano a Moira–. Me alegra volver a verla tan jovial como siempre. Nos enteramos de su desgraciado accidente.

–Muy amable. Y bueno, supongo que también le habrán contado que estoy amnésica –sonrió.

–Eh., la verdad es que no, espero que pronto se recupere. –Le indicó que lo siguiera por un largo pasillo.

Ella seguía cegada por aquel olor, necesitaba ponerle nombre, necesitaba ir a una perfumería y oler todos los frascos, se sentía eufórica, algo tan simple, pero para ella muy importante. Ese perfume le haría

recordar, estaba segura. Terminó todo lo rápido que pudo su visita, necesitaba salir urgentemente de allí, antes de la comida tenía que averiguar el nombre y comprarlo.

Se montó en un taxi dándole la dirección de una droguería, la más grande que había en su pueblo, pagó al taxista y entró corriendo, habló con la dependienta, le comentó que necesitaba un perfume de caballero, no sabía el nombre, pero sabía perfectamente a qué olía.

–¿Pero con los detalles que le he dado, no sabría indicarme? En fin, no pasa nada. –Moira estaba acelerada–. Deme palitos de esos para ir echando a ver si doy con él, le aseguro que en cuanto lo huela, sabré identificarlo. Yo creo que era como a palo viejo...

–¿Palo viejo? –La dependienta puso cara de sorprendida–. Necesitaría más detalles, entiéndame.

–Déjeme que recuerde. Si la necesito, la vuelvo a llamar –dijo Moira poniéndose frente a la estantería de los perfumes masculinos.

En el restaurante, los novios esperaban ansiosos, habían sido los primeros en llegar. Decidieron entrar y esperar sentados en la mesa que habían reservado, pensaron que así sería menos serio, conforme fueran llegando, irían acomodándose.

–“Amore”, tranquilízate, todo va a salir genial –dijo Luca.

–¡Ay! No puedo. Y si se llevan mal, y si tu madre me ataca y la mía sale en mi defensa, ¿Y?... No sé, me estoy arrepintiendo, creo que no ha sido buena idea –se lamentaba Gin.

–Mejor que se maten aquí que el día de nuestra boda, ¿no? –apuntó Luca.

–Visto así, ese día solo estaremos nosotros. ¿Dónde se habrá metido Noelia? –dijo mirando su móvil.

–Estará terminando algo del trabajo.

–Sí, pero mi madre ha ido a ver a un cliente, así que ella tendría que haber llegado ya. No me quedan uñas –dijo mirándose las manos.

–¿Tu madre ha vuelto al trabajo?, eso es fantástico.

–Me encanta la manera que tienes de ver todo, pero creo que aún no está preparada. Puff, la espera se me está haciendo eterna.

–Son menos diez, hemos llegado antes. Vamos a pedir algo para ir abriendo boca. –El joven levantó el brazo para avisar al camarero.

Los padres de Luca estaban aparcando, no les costó encontrar el restaurante. Nicoletta hizo una de sus entradas triunfales, necesitaba hacerse notar, le encantaba llegar a un sitio y ser el centro de atención. El camarero los acompañó al reservado.

–Tu madre acaba de llegar. Puedo oírla –dijo poniendo los ojos en blanco.

–Te pido que la ignores –respondió él.

–Bueno, bueno, ¿pero a qué sitio me habéis traído? –dijo Nicoletta forzando su acento italiano mientras su marido le ayudaba a quitarse el abrigo.

–¡Hola, mamá! Es un buen restaurante y en el reservado estarás muy a gusto –dijo dándole dos besos.

–¡Hola, preciosa! –saludó Gianni a Ginevra.

Las dos mujeres se saludaron con un simple hola, la chica no hizo por salir de detrás de la mesa y Nicoletta tampoco tenía intención de darle dos besos, ni tan siquiera de estirar la mano.

–¿Es qué no ha venido nadie de tu familia todavía? –preguntó la italiana mirándola seria.

–Es que todavía no son las dos –respondió cortante la joven.

–No pasa nada. Llegarán –interrumpió Luca.

–¡Claro!, eso si dan con el reservado, porque mira que nos han dado vueltas hasta llegar aquí.

–Mamá, no empieces, darán como has dado tú. Yo he pedido este sitio, estamos lejos de los ruidos de la calle y de la cocina.

–Pero hay que subir escaleras, no me parece nada glamuroso tener que subir unas escaleras feas de madera.

–Noe acaba de llegar. –Ginevra empezó a hacerle señas desde el reservado.

–¡Ay, chica!, compórtate, si ha llegado a esta planta, sabrá encontrarnos –dijo Nicoletta.

–¡Mamá! –Luca la reprendió.

–Disculpad, me he entretenido saludando al encargado, es un viejo amigo de mi madre.

Noelia muy amablemente saludó a los padres de Luca y se sentó junto a su amiga.

...

Moira seguía sin conseguir el perfume, recordó que el primer pronto era afrutado, pero luego lo que ella pensaba que era “palo viejo”, se trataba de aroma a tabaco. ¡Por fin!, fue ver aquella botellita con el tapón negro, y se iluminó.

–¿La ha recordado? –preguntó emocionada la dependienta.

–Recordar no es la palabra, pero la he oído, es esta, me la llevo –dijo entusiasmada.

–¿Se la envuelvo para regalo? –preguntó dirigiéndose hacia el mostrador.

–No, no es para regalo –respondió Moira.

Pagó y se la guardó en el bolso. Se sentía feliz, no sabía por qué aquel perfume le hacía sentir de aquella manera, pero en estos momentos se agarraba a lo que fuera, sabía que iba por buen camino, sabía que aquello era un comienzo para poner a trabajar sus recuerdos. Estaba deseando contárselo a Marga.

...

Mientras tanto, Miquel intentaba localizar a Moira, pero esta había silenciado su teléfono durante la reunión con el gerente y con la obsesión por conseguir el perfume, no recordó volver a subirle el volumen. Preocupado, se pasó por la oficina, necesitaba encontrarla, siempre había sido muy protector, pero ahora muchísimo más.

–Gin, ¿tu madre ha llegado? –llamó por teléfono a su hija.

–No, eh... Me dijo que vendría directamente en taxi. –No quiso decirle que había ido a ver a un cliente.

–Podría haberla pasado a recoger. Voy camino del restaurante.

–No te retrases, porfa –se despidieron.

En el reservado se podía cortar la tensión del ambiente. Gianni estaba especialmente nervioso, el comportamiento de su mujer lo llevaba al límite, le molestaba muchísimo que aprovechara cualquier oportunidad para reprender a Ginevra y no soportaba cuando se las daba de superior. Necesitaba tomar el aire.

–Disculparme, he olvidado una cosa importante en el hotel. Debo marcharme –dijo levantándose de su asiento.

–¡Tan importante no puede ser! –le comentó Luca.

–Créeme, es muy importante –respondió a su hijo.

–Si te marchas tú, me marcho contigo. No pensarás que me voy a quedar sola con esta gente –le dijo su mujer muy alterada al oído.

–Te tienes que quedar. Olvidé el anillo que le íbamos a dar a Gin, entiéndelo –se despidió de los presentes y se dirigió hacia la salida.

–Mira, sube Miquel con mi madre. Se marcha el padre del novio y llega el de la novia. Esto es de risa –dijo Noelia señalándolos.

–Nos hemos retrasado porque iba a pasar a por mamá, pero por lo visto ella ha decidido llegar en taxi –saludó a la madre de Luca y se sentó junto a ella.

–No pasa nada, ya sabes lo cabezona que es –respondió Ginevra.

–¿Y tu padre? –preguntó Miquel a Luca.

–Os lo habéis tenido que cruzar, él bajaba y vosotros subíais. Se le olvidó algo importante en el hotel

–aclaró.

–Voy a llamar a mamá, me está empezando a preocupar. Ahora vuelvo, aquí no tengo casi cobertura. – Ginevra se levantó para salir a la calle y hacerle una llamada. Estaba intranquila.

Gianni decidió ir al jardín trasero que tenía el restaurante, necesitaba tomar el aire, llevaba toda la mañana sintiéndose extraño, se encendió un cigarro y comenzó a caminar alrededor de los grandes árboles que estaban plantados en el jardín, olía a hierba mojada, se podía notar la humedad. A lo lejos, vio que había un pequeño arco de piedra rodeado de hojas verdes dando paso a una salida que daba a la calle, sintió la necesidad de ir caminando hasta allí, así podría marcharse del restaurante sin ser visto.

–Disculpe. –Fue escuchar eso e inmediatamente después se encontraba en el suelo sobre una mujer.

–¡Gianniiii! –Ginevra vio como se caía su suegro.

Salió corriendo hacia él, cruzó rápidamente el jardín y antes de llegar, se dio cuenta que estaba sobre su madre. Sintió un golpe seco en el pecho, y el miedo se apoderó de ella recordándole el fatídico accidente, nuevamente Moira permanecía inmóvil. Su hija corría, pero tenía la extraña sensación de no llegar nunca.

–¡Mamá! Es mi madre, Gianni, esa es mi madre –gritaba desesperada.

Al escuchar a la chica, empezó a tocarle la cara muy suave, despacito, intentaba hacerla volver en sí, los llantos y las palabras de Ginevra lo hicieron ponerse muy nervioso, le temblaba todo el cuerpo, era incapaz de ponerse en pie, permanecía sobre ella admirando su belleza dormida. Para Gianni se detuvo el tiempo en aquel instante.

–¡Mamá! –Se arrodilló junto a ellos.

–Moira, despierta. ¿Estás bien? –le decía mientras ella abría los ojos aturdida.

–¿Qué ha pasado? –Terminando la frase, sus ojos se cruzaron con los del hombre. Moira se quedó paralizada.

–¡Mamá! ¿Recuerdas quién soy?

–Moira –repetía Gianni.

–Mamá, responde, no me asustes.

–Sí, sí, tranquila cariño, es que no sé cómo ha sucedido –le decía mientras le ayudaban a incorporarse. Era incapaz de apartarle la mirada.

Algo le impedía quitarle los ojos de encima, el golpe casi no lo sentía, pero sentía como le subía rápidamente calor a sus mejillas y su corazón galopaba emocionado.

–Salí a llamarte cuando vi a Gianni caerse. Te presento a mi madre; mamá, es el padre de Luca. –Lo señaló con la mano.

–En cuanto te escuché decir “mamá”, imaginé que era ella a la que había derribado –respondió sacudiéndose de hojas secas el traje sin poder quitarle ojo a Moira que continuaba sentada en los escalones de la pequeña entrada, intentando recuperarse.

–¿A qué huele? –preguntó Ginevra.

–¡Oh!, creo que se me ha roto una botellita de perfume que llevaba, la iba oliendo cuando caí. Te he puesto perdido, bueno y yo –le dijo mirándolo fijamente a los ojos de nuevo. Sentía una fuerza que le obligaba a hacerlo.

Ginevra cogió su teléfono y marcó, seguía muy preocupada por lo que acababa de suceder. Quiso advertir a Luca de lo ocurrido, le comentó que estuviera tranquilo, pero que iban a llevar a su madre al hospital para que la reconocieran, pensó que otro golpe en la cabeza tenía que ser visto por un médico y le pidió que se disculpara con todos, que no era necesario cancelar la comida, que ella le avisaría

cuando tuviera noticias, le insistió mucho en que no le comentara nada de lo sucedido a Miquel, no quería preocuparlo innecesariamente, solo tenía que decirle que la iba a acompañar a casa porque no terminaba de encontrarse bien y que había sido la propia Ginevra la que le había pedido que ellos se quedaran allí.

Gianni se ofreció a llevarlas, subieron los tres al coche.

Moira se sentía rarísima, el golpe no le importaba, pero el impacto le había encantado, sabía que no era lógico sentirse así. Ir rociada de ese perfume que le recordaba tanto a algo, sin saber a qué, acompañada de aquel hombre, que lejos de importarle saber que era el padre de Luca, le hacía hasta gracia sentirse atraída por su futuro consuegro y notar que él la miraba de reojo mientras conducía, le hacía sentirse como una adolescente. Aquel golpe le había despertado su instinto sexual de una manera alarmante.

–Pues ya hemos llegado. Mil gracias, Gianni.

–Ha sido un placer. Y Moira, disculpa, no te vi, de verdad que lo siento. Siento que nos hayamos encontrado de esta manera tan brusca –se disculpó un tanto nervioso.

–¡Mamá! ¿De verdad qué estás bien? –dijo Ginevra al ver a Moira mirando fijamente embobada a Gianni sin responder.

–Sí, el placer ha sido mío. No te preocupes, son cosas que pasan, yo iba ensimismada, ni te vi –se excusó y bajó del coche.

Gianni seguía con la misma extraña sensación desde que se había levantado por la mañana, pero ahora era diferente, no podía describir cómo se había sentido al acariciar a Moira mientras estaba inconsciente, dos, tres segundos, pero le pareció una eternidad, había tenido que frenar sus impulsos por besarla, no quería pensar en eso, pero no podía quitárselo de la cabeza. La pasión había invadido su cuerpo.

Hacía ya mucho tiempo que no se sentía atraído por Nicoletta, el seguir juntos era por inercia, los años iban pasando y más bien la comodidad hacía que fueran celebrando aniversarios.

En esos momentos notó como ese sentimiento que creía dormido en él y que estaba convencido que jamás volvería a sentir, había reaparecido. Ella lo había despertado.

Moira seguía flotando, la mirada cautivadora de su futuro consuegro, el olor a ese perfume esparcido por todo su cuerpo, la habían resucitado, seguía amnésica, eso sí, pero enamorada.

–¿Mamá, de verdad, que no quieres que te acompañe al hospital? Me quedaría más tranquila si un médico te reconociera –le dijo Gin.

–No te preocupes, no sé por qué perdí el conocimiento, solo recuerdo que entraba y que me cayó encima alguien, pero fueron unos segundos que me quedé sin sentido, estate tranquila. Vuelve con Luca. Siento que no hayamos comido todos juntos como tú querías –se lamentó Moira.

–Eso es lo de menos, ya comeremos juntos cualquier otro día. No me voy hasta que venga Miquel, estará al caer –dijo sentándose en el sillón del salón–. Acuéstate si quieres un rato, yo me quedo leyendo algún libro o me pongo una película.

Moira le agradeció su interés, pasó a su dormitorio y se cambió de ropa, pensó en darse una ducha, pero el olor que desprendía le era tan agradable que prefirió no hacerlo.

Levantó la colcha de su cama y se tumbó.

ALICANTE. HACE APENAS DOS HORAS

“Noté el golpe contra el suelo y el peso de su cuerpo contra el mío, dejé de sentir nada, creía estar flotando, notaba como me acariciaban lenta y suavemente la mejilla, ese olor me encantaba, no quería despertar, sabía que era un sueño, y la sensación era extremadamente placentera, sentí su respiración en mi cara, hasta juraría que pude notar como le latía el corazón; estaba enfermo o la taquicardia que yo sentía como mía, no era por enfermedad, sino por tenerme cerca.

Al escuchar mi nombre decidí abrir poco a poco los ojos, nos quedamos los dos mirándonos fijamente, la postura era un poco extraña, me quedé paraliza de nuevo y creo que a él también le sucedió lo mismo, su mano permanecía inmóvil en mi mejilla.

No nos dijimos nada, pero con la mirada nos lo dijimos todo, sería incapaz de explicar lo que sentí, pero sentí todo lo contrario a lo que había imaginado durante todo este tiempo, estaba viva y podía enamorarme a primera vista.

El golpe había transformado toda mi indiferencia en algo más que amor, no podía ser, me negaba a aceptar aquel sentimiento que para mí era totalmente desconocido, cuando tenía a Miquel a mi lado, esto no me sucedía, pero con Gianni, mirarlo así a los ojos, tan cerca de mí, estábamos pegados, los dos aguantamos la mirada, una contra otra. Yo tenía más que suficiente con frenar el impulso que sentía por besarlo, quería besarlo con todas mis fuerzas, mi corazón latía a mil por hora, me prohibí hacerlo, era un desconocido.

Creo que caí sobre una flecha de Cupido atravesándome el corazón y habiéndome muerto para ser resucitada por el amor de aquel desconocido, o que el veneno de amor que contenía aquella flecha, había neutralizado todo mi odio hacia los hombres, ahí supe que por alguna razón que no recordaba, me negaba a sentirme enamorada.

No entendía qué me estaba pasando, intentaba negarme a mí misma que aquello era amor, deseo, no sabía, la medicación estaba segura que no era...

Gin nos ayudó a levantarnos, yo seguía con la mirada clavada en él, acababa de descubrir que mi verdadero amor era ese hombre, ¡cómo había estado tan ciega todo este tiempo!, tantos años creyendo

huir del verdadero amor, desapareciendo para olvidar a quién no lo necesitaba y me reencontré con él, en un golpe, acababa de encontrar el amor en un perfecto desconocido.

Seguía sin saber por qué me planteaba todo esto, tenía razonamientos a hechos olvidados por completo.

Lo mejor de todo es que me dio igual comprobar que aquel hombre del que me había enamorado en un abrir y cerrar de ojos, nunca mejor dicho, era el futuro suegro de mi hija. Sentí que nada ni nadie iba a impedir que sintiera lo que sentía por él.”

Unas voces que venían del salón le sacaron de sus pensamientos endormiscados, Miquel había vuelto y discutía con Ginevra. No se lo pensó y salió afuera.

–¿Qué está pasando? –les preguntó.

–Nada, que vais por libre. ¿Por qué nadie me ha contado lo que te ha pasado? Me tengo que enterar al llegar a casa, ¿no? –respondió encendido.

–No me ha pasado nada, resbalé, ya está, no quiero dramas, Miquel –dijo muy fría.

–Y me dejáis allí solo en el restaurante. A mí no me parece normal. Vístete que nos vamos al hospital que te vean, además, desde cuándo la gente se acuesta a dormir después de un traumatismo.

–No voy a ir a ninguna parte, te digo que estoy bien, solo me caí, ya está –le dijo volviendo a meterse en su cuarto.

Moira no sabía por qué le había hablado de aquella forma, las palabras salían solas por su boca, solo podía pensar en Gianni, y lo que más le sorprendía es que sin conocerlo de nada, se sentía apesada por su mirada, esos ojos verdes la estaban volviendo loca. Necesitaba contárselo a Marga, ella la entendería.

...

Poco a poco todos intentaban volver a la normalidad. Margarita estaba organizando la terraza de su cafetería, hoy brillaba el sol y estrenaba nuevas sombrillas.

–¡Buenos días le de Dios! –dijo Romanov acompañado por Lola.

–¡Buenos días, madrugadores! –respondió Margarita.

Entró a prepararles lo de siempre y antes de salir con la bandeja, vio a Camilo en la terraza, una amplia sonrisa tomó su cara y salió a recibirlo. Cada vez que lo veía, se alegraba mucho.

–¡Hombre, Camilo! –saludó a su amigo.

–¿Tienes un segundito? –dijo serio.

–No me asustes, para ti siempre tengo tiempo. Espera que les sirvo y estoy contigo en un “pispás” –dijo dejando las consumiciones en la mesa de sus únicos clientes.

Marga se acomodó y se sentó con él, aquella simple pregunta la había hecho preocuparse un poco y necesitaba que le empezara a contar. No sabía de qué se trataba, pero algo le decía que no era nada bueno.

–No estoy seguro, falta que me confirmen unos datos, pero por ser tú, necesitaba contártelo ya. Con lo que te diga, ya luego tú haz lo que creas necesario, no sé cómo se encontrará Moira para escuchar esto –dijo Camilo.

–¡Ay, no me asustes! Dispara, hombre.

–Creo que Luca no es trigo limpio. No puedo decirte más, pero hay algo que oculta y que no os ha contado, bueno, a tu sobrina. Me falta atar unos cabos sueltos.

–¿Qué me estás contando? No me lo puedo creer, ¿pero qué sospechas? O ¿qué has averiguado?

Camilo no te calles, me estás asustando. Esto no se lo puedo contar a Moira, ella no recuerda nada de antes del accidente y parece que ahora es feliz, ya veremos cuando recupere la memoria, pero no se lo puedo contar, y a Gin la puedo matar del disgusto –decía muy preocupada.

–Marga, calma, quería que lo supieras, pero no te vuelvas loca. –Se levantó y se marchó.

Un mar de dudas asaltaron a Margarita, no sabía qué hacer, Camilo no había sido concreto y eso le hacía ponerse en lo peor, ¿qué cabos tenía que atar?, ¿qué ocultaba Luca?, pero si parecía buen chico...

Dejó volar su imaginación y pensó lo peor, los miedos de Moira se iban a hacer realidad y ella sin recordarlo.

–Dime, guapa –respondió a la llamada de su amiga.

–Tengo que contarte algo, desde que me ha pasado, no puedo pensar en otra cosa –le decía emocionada Moira.

–¿Pero ha pasado algo grave? No me asustes, que hoy no estoy para muchos sustos, maja.

–Algo importante, al menos para mí, no te lo puedo contar por teléfono, pero no es grave, al menos por ahora, tranquila.

–¿Cuándo nos vemos? No me dejes así, me dejáis todos a medias, no es justo. ¿Y tú, cómo te encuentras? Nos dijo Luca que te marchaste con Gin porque no te encontrabas bien. ¡Qué me tenga que enterar por el chico!, es alucinante.

–Nada, eso es lo que te quiero contar, muy fuerte, pero venga, nos vemos cuando salgas de la cafetería, vente a casa –Moira se despidió.

A Margarita se le ocurrió organizar unas clases de baile en la academia de Pepe, así con la excusa del famoso vals que se bailaba en las bodas, podría tener más trato con Luca y su familia. Había pensado que sería buena idea reunir a los padres de los novios y a la familia un par de tardes a la semana, hasta que llegara el gran día, y darle tiempo a Camilo para que atara aquellos cabos sueltos misteriosos.

La mañana se estaba haciendo eterna para Margarita, en cuanto llegó Esteban, salió directa a casa de Moira, necesitaba hablar con ella inmediatamente y controlarse para no contarle lo de Camilo.

–Abre, soy yo –dijo Marga al telefonillo.

Mientras subía a casa de su amiga, llamó a Pepe para que fuera organizando el grupo de baile, necesitaba conocer mejor a “los italianos” para descubrir qué ocultaban.

–Casi llegas, guapa –dijo Moira desde el salón–. Entra.

–Llamé a Pepe, mañana tenemos clase de baile los siete .

–¿Qué siete? ¿Baile? En qué nos has metido ahora.

–Bueno, te cuento por encima, no sé si estarás de acuerdo, pero se me ha ocurrido que vayamos todos a dar unas clases con Pepe, así el día de la boda todos podremos demostrar nuestras habilidades danzarinas a los presentes.

–¡Umm!, interesante. Me encanta la idea –respondió con una gran sonrisa.

Marga corrió a sentarse al lado de su amiga que le hizo un gesto con la mano dando palmadas al asiento.

Moira no sabía cómo empezar, necesitaba contárselo, pero no sabía de qué manera enfocarlo, llevaba todo el día dándole vueltas y le daba miedo que su amiga intentara quitárselo de la cabeza porque le supiera mal por Miquel.

–Cuéntame, no he venido hasta aquí para verte la cara.

–A ver por dónde empiezo... –dijo juntando las manos a modo rezo–. Ayer me pasó algo increíble, aún se me eriza la piel cuando lo recuerdo.

–Suéltalo, me estás empezando a poner muy nerviosa.

–Cuando iba a entrar al restaurante, el taxi me dejó en la parte trasera, antes de poner el primer pie en el escalón, alguien se abalanzó sobre mí y caímos los dos al suelo. –Marga puso cara de susto–. Perdí el conocimiento unos segundos, pero en cuanto abrí los ojos, ahí estaba él tendido sobre mí acariciándome la cara. Era guapísimo, en mi vida había visto unos ojos como esos, su mirada me traspasó, pero conseguí aguantársela con la mía.

–¡Madre del Amor Hermoso!, sigue, no te pares. No me puedo creer lo que me estás contando, pero ¿estás bien? Me preocupa eso que has dicho que perdiste el conocimiento. ¿Tan fuerte fue? –preguntó preocupada Marga.

–Fue el golpe más bonito de mi vida.

–Pues creo que te ha dejado atontada.

–¿Estás preparada para saber quién fue el agresor?

–¿A qué esperas?

–Gianni. ¿Cómo te quedas?

–Gianni, ¿qué Gianni? ¿Versace?

–¿Estás tonta? Gianni Vieri... –dijo poniendo los ojos en blanco.

–¡Dios mío! No me puedo creer lo que me estás diciendo.

–Ni yo, menudo polvo tiene el padre de mi yerno... –dijo soltando una tremenda carcajada.

–¡Ay, por favor! Mira que me cae fatal la Nicoletta esa de las narices, pero tía, que está casado, con una zorra, pero está comprometido, y que es el futuro suegro de tu hija y que... ¡Y qué narices!, que por soñar no quede.

–Uff, llevo soñando desde ayer. Me sabe mal por Miquel, a ver, que yo ya estoy dando por hecho que va a pasar algo, que vale que nos miramos con unos ojos que parecía que nos estábamos haciendo el amor desenfrenadamente y que no me quitaba la mano de la cara, pero de ahí a que se haga realidad, va un buen trecho. Digamos que me ha despertado sexualmente hablando de un ostión –dijo riéndose a carcajadas.

–Ya, eso sí. Por Miquel no te preocupes, con no contárselo, arreglado –aconsejó Margarita–. Y cuéntame, ¿cómo es?

Moira lo empezó a describir como si lo tuviera en ese mismo momento delante, había memorizado milimétricamente toda su estructura, no se había olvidado de nada. Claramente se había enamorado de su mirada penetrante, de sus grandes y suaves manos, su voz le había traspasado el alma, se derretía por él. Aunque debía de rondar los cincuenta años, a parte de guapo, era tremendamente atractivo, unas incipientes canas colocadas estratégicamente en sus sienes, mezclándose con el resto de su pelo negro azabache, lo hacían fuertemente interesante. Margarita la escuchaba muy atenta y empezó a sentir una imperiosa necesidad de conocerlo, quería conocer a ese Dios Superior del amor.

Se sentía feliz de ver a su amiga como le contaba emocionada esa historia, había una parte de ella que le hacía rechazar la idea de Moira por querer llegar a algo más, estaba casado, y empezó a recordar su vida junto a Pelayo y lo mal que lo pasó viviendo una mentira, tantas infidelidades y la mala vida que le dio, pero por otro lado, no quería quitarle la ilusión. Había tenido tan mala suerte en el amor, que verla con ese brillo en los ojos hablando de Gianni, no fue capaz de hacerla cambiar de idea, al menos en ese momento, tampoco la animó, pero le encantaría que le diera en las narices a la italiana más desagradable del planeta; Nicoletta era una pesadilla de mujer.

El único consejo que le dio, fue que no dijera nada a nadie, si llegara a enterarse Ginevra, se

enfadaría nuevamente con su madre y posiblemente esta vez, no la perdonaría y estaba convencida que Miquel no lo encajaría bien. Pero lo más importante de todo, sabía que no iba a pasar nada entre ellos, así que se quedó tranquila.

Su principal miedo era que, después de lo que Camilo le había insinuado sobre Luca, no quería ser la culpable de mandarla de cabeza al desastre.

Gianni también estaba obsesionado con la caída y daba gracias al cielo de haber derribado a Moira. Decidió ir a hacerle una visita sorpresa.

–¿Qué se te ha olvidado? –Moira abrió la puerta pensando que sería Margarita de nuevo.

–Disculpa, debería de haber avisado o haber tocado al timbre, pasé con un vecino –Gianni se disculpó.

–Tranquilo, eres bienvenido –dijo Moira emocionada.

Lo invitó a pasar, sin poder dejar de temblar lo miraba disimuladamente mientras se arreglaba el pelo que lo llevaba recogido con una coleta, lo veía tan perfecto que se estaba asustando, se obligaba a no saltarlo, quería besarlo y sentirlo cerca, pero sabía que eso era imposible.

–¿Cómo te encuentras? Ayer me quedé muy preocupado –le dijo mirándola fijamente.

Moira bajó la mirada, si seguía mirándola de aquella forma, se vería en la obligación de decirle que desde que había llegado necesitaba besarlo y que ya no podía vivir sin él, y Gianni, probablemente no lo habría entendido.

–Fue un golpe tonto, solo tengo molestias en el hombro, la cabeza ya no me duele –dijo tocándose la nuca.

–Deja que te mire –se levantó Gianni.

Antes de que pudiera decir nada más, ya lo tenía tras su espalda con la mano puesta en su nuca, sintió como se estremecía de un sobresalto, quiso disimular, pero ya no hacía falta seguir haciéndolo, Gianni había traspasado cualquier frontera conocida y había empezado a besarle el cuello.

Con una mano le sujetó el pelo y con la otra le empezó a acariciar el hombro bajando hacia el pecho, Moira se sentía flotar, su respiración empezó a agitarse, no podía decir nada, había una voz retenida que quería gritar que parara, pero el silencio era más poderoso y le impedía emitir cualquier palabra, tan sólo podía gemir muy discretamente.

–Me encantas, eres perfecta –le susurraba al oído.

–Esto no está bien, tu mujer... –consiguió decir una frase.

–Mi mujer no es impedimento, la he mandado esta misma mañana a Sicilia, debe de arreglar unos asuntos de la empresa, además, ella y yo, solo somos matrimonio de puertas para fuera –le seguía susurrando.

Moira cerró los ojos, quería disfrutar del momento, le empezaron a venir flashes, no comprendía lo que veía, pero se estaba viendo a ella misma en un campo, eran pequeñas y cortas imágenes. Abrió los ojos y notó como Gianni se colocaba delante mientras seguían besándose, la cogió entre sus brazos y le preguntó dónde estaba el dormitorio.

Hoy empezaban las clases de baile, Pepe lo tenía todo listo, estaba deseando que llegaran sus nuevos alumnos. Había dividido la sala en dos partes, a la derecha pondría a los alumnos fijos que solían ir a practicar bailes de salón y en la parte izquierda separada del resto de la sala con un biombo, colocaría a los amigos de Marga, así habría más intimidad para dejarse llevar sin la presión de sentirse observados por sus alumnos más avanzados.

–Buenas tardes, ¿se puede? –preguntó Ginevra acompañada de su novio.

–Arsa, adelante –les dijo Pepe.

Estuvo hablando con los chicos de cómo querían que fuera el baile de su boda, quería saber si habían pensando en un vals o en cualquier otro tipo de música. Les mostró varios videos de otras bodas a las que había enseñado a los novios a bailar. Practicaron algunos pasos, Luca tenía un poco de prisa, tenía cita con el traductor jurado. Tres videos después, empezaron a llegar los demás alumnos.

–Los papás de la novia, ¿verdad? –preguntó Pepe.

–Yo sí, soy la amiga de Marga, y él es Gianni, el padre del novio, nosotros seremos los consortes, el padre de la novia estará al caer –informó Moira.

–¡Oh, perdón!, pensé que seríais los papás. Los novios ya han elegido la canción, en cuanto llegue Marga nos, ponemos.

–Gianni, ¿qué te pasa? Tienes mala cara.

–Nada, “amore” –dijo mientras se tocaba la frente.

A Gin le había parecido escuchar como se dirigía a su madre, pero quiso pensar que había sido un error o bien era una manera cariñosa que usaba su suegro para dirigirse a la gente, extraño era, pero a estas alturas no le sorprendía nada.

–Comenzamos, vamos, cada oveja con su pareja –gritó Pepe.

–Me permites. –Alargó la mano Gianni hacia Moira.

La música comenzó a sonar y ahí estaban ellos bien agarraditos haciendo giros, Moira inspiraba profundamente pegando su cara al pecho de él, medía unos veinticinco centímetros más que ella y su cara llegaba a la altura perfecta, cerró los ojos y se imaginó que estaban solos bajo la luz de la Luna.

El resto, los miraban sorprendidos, sabían que algo estaba pasando, había una complicidad fuera de lo normal entre sus padres, los chicos no entendían, pero estaba claro que no les pasó desapercibido que había un sentimiento que no correspondía a solo de consuegros y que se conocían apenas de unas horas.

Entre medias, apareció Camilo que también se había apuntado a las clases.

–¿Marga no ha llegado todavía? –preguntó en voz alta.

–Pues va a ser que no. ¿Tú quién eres? El padre de la novia, ¿verdad? –preguntó Pepe.

–No, para nada, soy Camilo, amigo –aclaró.

–Amigo de la novia, pasa.

–No, amigo de la novia, no.

–¿Amigo del padre de la novia?

–No.

–¿Me vas a decir ya de quién eres amigo?

–Soy Camilo.

–Sí, eso ya lo dijiste al entrar. Te pregunto qué de quién narices eres amigo, ¡leñe!.

–Si me dejaras terminar alguna frase llegaría a decírtelo.

–Nada, *mi arma*, qué no me lo dice.

–Es amigo de Marga –logró aclarar Gin.

La nueva pareja seguía ensimismada en la música bailando muy agarradita, diciéndose cositas al oído, Moira se reía mientras lo miraba con cara de cordero degollado, los dos se giraron para comprobar que sus respectivos hijos no los estaban mirando y pasaron al otro lado del biombo, se dieron un beso en los labios, inocente, pero para ellos era necesario un acercamiento, aquel beso clandestino, fue lo más.

En ese momento entró Miquel, que vio de espaldas a Moira apoyada sobre el pecho de un hombre que se aproximaba a su boca. No necesitó ver más, se dio media vuelta destrozado por dentro y salió huyendo de allí. El mundo se le cayó encima, todo se empezó a desmoronar como un circuito hecho con naipes, notó como se arrugaba su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas, sabía que Moira no le debía nada, no podía reprocharle aquel comportamiento, pero de alguna manera se había sentido traicionado.

–Marga, soy Miquel –la llamó por teléfono.

–Estoy llegando, dile a Pepe que en nada llego, voy corriendo calle abajo, ¡cómo siempre! –decía Marga con la respiración entrecortada.

–No pasa nada, ya se lo dices tú cuando llegues, yo me marcho –dijo con tono triste.

–¿No te ha gustado la clase?

–No he llegado a entrar. No me ha gustado lo que he visto. Cuando hables con Moira, dile que voy camino de Barcelona, ha surgido un problema y no puede esperar. Dile que la quiero mucho.

–Espera, estoy entrando. –Marga irrumpió en la entrada de la academia.

–Nena, me tengo que marchar. –Se acercó a ella y le dio un abrazo de despedida.

Al retirarse, Marga pudo ver como tenía los ojos llenos de lágrimas que ya habían empezado a desbordarse y empezaban a derramarse mojando sus mejillas.

–¿Qué ha pasado? No me dejes así. –Le intentó sujetar del hombro para que no saliera a la calle, pero le fue imposible.

Se arregló el pelo y el escote, sujetó la manivela de la puerta y entró de un golpe en la sala de baile. A la izquierda, los novios intentando seguir la música, Camilo bailaba solo frente al espejo y Pepe lo miraba con cara de pocos amigos.

En el otro lado de la sala, a la derecha, Moira acompañada, entendió que de Gianni, el padre de Luca, se quedó paralizada con lo que estaba viendo, no podía estar viendo eso, era imposible, estaba sufriendo alucinaciones.

–¿Pero cómo te atreves? Tú no estás católico, suéltala, deja de besarla, ¡hombre de Dios! –Enganchó del hombro al acompañante de Moira–. ¡Sinvergüenza, qué eres un sinvergüenza!

–¿Marga, qué te está pasando? –preguntó sorprendida su amiga.

–¿A mí? ¿Qué le está pasando a este imbécil? –Señaló a Gianni y al darse cuenta que Luca se había percatado de los gritos, intentó calmarse.

Camilo se acercó hasta ella, no sabía que le había pasado, entendió que se había encendido al comprobar que Moira se besaba con el padre del novio allí delante de todo el mundo, estando casado.

–Ahora no. Déjala, ella sabe, o debe de saber lo qué hace. Los chicos ni se habían enterado. No montes un número, estamos aquí para averiguar, recuerdas, ¿no? –Camilo intentó calmar a su amiga.

La clase de baile había sido un completo desastre. Lejos de haber descubierto algo sobre Luca, fue el chico el que descubrió que su padre tenía una aventura con su futura suegra, él sabía de la mala relación que tenían sus padres, pero no podía entender que hubiera decidido hacerlo público y menos de aquella manera.

Pepe, se había sentido ofendido al ver a Camilo en su academia, fue en aquel momento que se dio cuenta de sus sentimientos por Margarita, ver como Camilo la sujetaba para que dejara de insultar a Gianni, fue el detonante, y estalló cuando la abrazó fuertemente intentando consolarla porque ella rompió a llorar de la impotencia.

Miquel estaba desaparecido, nadie entendió por qué se había marchado así de repente, solo lo entendió Marga, que fue la que les transmitió la noticia.

Ginevra estaba desesperada, su padre se había marchado, su madre había iniciado una relación con el padre de su novio y había presenciado como Margarita y Moira se peleaban mandándose a paseo.

Su madre estaba muy cambiada, era feliz, pero su felicidad salpicaba de tristeza a todo su entorno. La pérdida de memoria no le había cambiado el carácter, seguía actuando egoístamente y dañando a los que la rodeaban.

No lo soportó más y después de una larga conversación con Luca, decidió llamarla, tuvo dudas, porque sabía que en el momento que colgara el teléfono no habría marcha atrás.

–¿Cómo has podido hacer algo así? –Gin llamó a su madre.

–Yo no he hecho nada, surgió, no pude evitarlo, y no me arrepiento. Siento que no he vivido hasta ahora. Necesito saber que respetas mi postura, no te pido que la entiendas, pero sí que la respetes. Quiero ser feliz, necesito serlo.

–Y para que tú seas feliz, obligas a los demás a ser unos desgraciados, ya va asomando tu carácter, estabas tardando –le decía llorando.

–¿No sé a qué te estás refiriendo? Si me contarais cómo era mi vida antes, igual ayudaría, pero no, nadie me dice nada, solo os limitáis a controlarme, a echarme en cara cosas que no entiendo –se lamentó Moira.

–Mira, no te contamos nada porque el médico nos lo prohibió. Y aunque no entiendas esto que te voy a decir ahora, ya lo entenderás, lo único que te pido es que no me interrumpas mientras te lo cuento.

–Adelante, soy toda oídos –dijo Moira.

–Todos te queremos, lo pasamos muy mal cuando no sabíamos si ibas a sobrevivir al accidente, y aún siendo la clase de persona que eras, seguimos a tu lado, callados, fingiendo ser una familia maravillosa, mordiéndonos la lengua para no herir los sentimientos de la señora porque interferiría en su recuperación, pero da igual que no tengas memoria, vuelves a ser la misma de siempre, pasas por encima de quién sea para alcanzar tu felicidad e importándote una mierda el resto del mundo, aunque con ello hagas daño a tu hija, y al único amigo que te quedaba. –Paró para tragar saliva–. Qué sepas que no te voy a perdonar nunca que Miquel se haya marchado, no te hablaré de lo que hiciste en el pasado, pero sí te puedo hablar del presente y piensa cuál será tu futuro, sola, porque no habrá nadie a tu lado cuando te vuelvas a caer.

–Si querías hacerme daño, lo has conseguido, pero como tú ya tienes tu vida, ahora entenderás que yo quiera tener la mía.

–¡Pues qué tengas mucha salud para disfrutarla!, conmigo has acabado. –Ginevra colgó.

Después de la llamada, Moira se derrumbó, comenzó a llorar sin consuelo, no entendía las palabras de dolor y despecho de su hija, no podía ser solo por Gianni, tampoco era tan grave, los dos eran adultos, el matrimonio de él estaba roto, y estaba claro que entre ella y Miquel desde hacía muchísimos años que no había relación. Sintió una gran impotencia por no recordar nada de nada, las palabras de su hija la habían hecho necesitar saber qué clase de persona era antes del accidente, era vital saberlo. Fue a ver a su amiga.

–Marga, necesito que hablemos, quiero que me cuentes todo, que me digas cómo era antes del accidente, me da igual lo que diga el médico. Gin me ha dicho que no quiere volver a saber nada más de mí, y por sus palabras, debí de ser la mayor hija de puta del universo antes de perder la memoria.

–Déjalo, se le terminará pasando –le respondió seria.

–No quiero dejarlo, quiero que me lo cuentes y quiero saber qué te pasó en la clase de baile –dijo entrando en la cocina de la cafetería.

–Me puse así... –Se mordió el labio–. Mira, de tu pasado prometí no decirte nada, pero del mío puedo. El golpe más duro de mi vida me lo dio Pelayo, era mi pareja, el padre de Noelia, yo creía que era el amor de mi vida, me traicionó y me hizo el mayor daño que pudieron hacerme. Decidí dejar atrás mi pasado y tú estuviste a mi lado, estaba destruida, pero logré reconstruirme.

–No entiendo qué me quieres decir.

–Intento explicarte qué siento cuando veo que una mujer entra en la vida de un hombre casado. No me vale que diga que su matrimonio estaba acabado, porque si tan acabado está, ¿por qué siguen juntos? –Marga estaba a punto de llorar.

–Pero Marga... El otro día no pensabas así, no me dijiste nada, me animaste.

–Pues hice mal, muy mal. No pensé que esto pasaría, te vi tan ilusionada por un imposible, que no quise quitártelo de la cabeza, si recordaras, jamás me lo habrías planteado.

–Lo decís como si fuera yo la que hubiera pedido ser amnésica.

–Mira, entrar en la sala de baile y verte allí con él, besándote... Es que no puedo decirte, Moira, por favor, quiero que me entiendas. Me cayó como un jarro de agua fría, mi pasado se hizo más presente que nunca. Y ver salir a Miquel minutos antes con los ojos empañados en lágrimas. Me duele, todo esto me duele. –Marga intentaba no llorar.

–¿Y quién me entiende a mí? Necesito que me contéis, es tan difícil entender que la gente se alimenta de recuerdos y que yo no los tengo, solo sensaciones, tan solo eso y sentía que necesitaba ser feliz. –Cerró con fuerza los puños y se los acercó a la boca.

Margarita se estaba poniendo muy nerviosa, quería decirle, necesitaba gritarle que todo estaba siendo un error, pero tenía miedo de bloquearle la mente a su amiga al soltarle todo de golpe, ella no entendía de medicina y no quería perjudicarla, pero tenía que quitarle aquella idea de la cabeza.

–Me marchó, veo que no me vas a contar nada. Solo te pido que estés pendiente de mi hija y que me vayas contando, ya te he dicho que no quiere saber nada de mí y Miquel me tiene bloqueada. Dime cómo se encuentran. –Salió de la cafetería hecha un mar de lágrimas.

La curiosidad y necesidad de Margarita por saber si Camilo había conseguido atar aquellos cabos, hizo que lo llamara para preguntarle, estaba claro que en esa familia no se podía confiar y a ella sola todo se le iba de las manos. Mezcla de impotencia, dolor, angustia, cada vez se sentía peor y ahora Pepe no quería hablar con ella. Marga no entendía nada.

–Camilo, tengo que verte. No puedo más, de verdad que no puedo con esto yo sola... –le contó al contestador de su amigo dejándole un mensaje interminable.

–Marga, ¿sucede algo? –preguntó Lola.

–Nada, cosillas... –Esto no podía compartirlo y menos con su clienta más peligrosa.

–Tu amiga Moira, ¿está bien? –preguntó Lola.

–Mi amiga Moira está fatal de lo suyo. No sabe dónde se está metiendo... Se le ha metido en la cabeza que quiere ser joven otra vez y que siente que necesita ser feliz.

–¿Y tú no quieres que sea feliz? Marga, con amigas como tú, para que va a necesitar enemigos... –dijo Lola.

–Para nada, estoy así precisamente porque la quiero. Si tú supieras... Pobre Ginevra.

Lola analizó detenidamente sus palabras, sintió hasta el “click” de cuando se encendía una bombilla, dejó el dinero de su consumición y muy sonriente cruzó la calle para entrar en el cementerio, necesitaba comentarle unos detalles a Romanov, tenía bien claro que no iba a negarse, si alguien quería a Marga, era él, concretamente moría por tenerla entre sus brazos.

–¿Qué pasa Ruso? Tengo una misión para ti. En cuanto te la cuente te vas a emocionar y no vas a poder negarte. Solo te diré que necesitaremos unas cuerdas, las que usas para bajar los ataúdes nos servirán, son gorditas y resistentes, y también creo que nos sería útil un saco tamaño tú, no he calculado las medidas, pero no he conocido a nadie más grande que tú en toda mi vida y ya es decir... –dijo con una sonrisilla malévola.

–Empieza a largar, me gusta la acción –respondió Romanov.

Le explicó minuciosamente su plan, tenían que ayudar a la familia de Margarita, los amigos estaban para eso y ella necesitaba demostrarles lo involucrada que estaba por la causa. Organizaron todo y quedaron que aquella misma tarde ejecutarían su plan.

...

Luca estaba disgustadísimo con su padre, no entendía aquella manía que le había entrado ahora por seducir a la madre de su novia, no podía concebirlo, le daba igual saber que su padre era feliz por primera vez en mucho tiempo, jamás recordaba haber visto esa mirada en él, ese brillo de ojos no lo conocía, sonreía porque sí.

Intentaba quitárselo de la cabeza por encima de todas las cosas, pero Ginevra tenía mucho que ver en el asunto, desde que se enteró de la relación furtiva de sus padres, no dejaba de llorar y maldecía el día en que se habían conocido arrojándose en aquel jardín. Echaba de menos a Miquel. Y Luca a pesar de verlo feliz, quería que dejara a Moira.

–¿Tú crees que nos escuchará? Se le ve tan feliz... –preguntó Ginevra.

–Por la cuenta que le trae, lo hará, lo amenazaré con contárselo a mi madre si hiciera falta, estoy seguro que esto le hará reaccionar –respondió Luca.

–Pero a ver, no decías que tus padres aunque no se habían divorciado no estaban juntos, no comprendo qué pinta aquí tu madre. Yo apelaré a la pena del mío, espero que a mi madre aún le quede algo de sentido común y entienda que no le puede hacer esto a Miquel –dijo entrando en el del hotel de su suegro.

–No sé, no me hagas caso, algo tenemos que hacer, no puedo verte así, mírate, tan triste, tan apagada. Cariño, no lo soporto.

Pasaron a la cafetería del hotel, pensó que sería buena idea avisar a su padre antes de subir, no quería llevarse ninguna desagradable sorpresa presentándose sin más. Le envió un mensaje y se quedaron esperando respuesta en la terraza mientras tomaban unos refrescos.

Ginevra se empezó a acordar de Miquel, lo echaba mucho de menos, desde que se marchó, solo había hablado con él un par de veces y sabía que estaba destrozado. Decidió hacerle una llamada.

–¡Hola! ¿Cómo te encuentras? –preguntó al escuchar la voz de su padre.

–Ahí voy, poco a poco, pero no quiero que te preocupes por mí, saldré de esta, no es la primera vez que me doy contra una pared de hormigón puesta delante de mis narices por tu madre.

–Pintándola así, no entiendo por qué seguís siendo amigos, bueno, por qué habéis seguido siendo amigos, que ahora tengo claro que no quieres saber nada de ella –dijo Ginevra.

–Tu madre es buena, solo que cuando se le mete algo en la cabeza, la emoción o la angustia la llevan a hacer lo que necesita en ese momento, se ciega y no piensa en las consecuencias.

–No lo entiendo. Por mucho que quieras a alguien no puedes dejarte pisar de esa manera. Tienes que reponerte, te necesito a mi lado el día de mi boda, pasa de ella.

–Gin, me pides algo muy difícil para mí. Necesito tiempo, no estoy preparado para verla con nadie, de verdad, es muy duro y saber que ahora está con el padre de tu novio... Esta mujer siempre va por libre. ¿Tú cómo estás?

–¿Cómo voy a estar? Pues triste, puedo entender que se atraigan, pero verte así, saber que esto te hace daño me destroza por dentro. Estoy en medio, yo la quiero mucho, pasé muchísimo miedo cuando pensé que se iba a morir, pero es que ahora mismo la mataría con mis propias manos –dijo mirando a Luca que se había levantado para asomarse a la terraza.

Vio como su novio se ponía las manos tapándose la cara, miraba hacia el cielo con la cara cubierta y resoplaba, no entendía qué estaba pasando ahora, unos gritos le hicieron despedirse de Miquel. Se levantó acercándose hasta Luca.

Se asomó a la barandilla, no daba crédito a lo que estaba sucediendo allí, bajo sus pies. Dos personas se perseguían corriendo por el borde de la piscina jugando al “pilla-pilla”.

Él iba detrás de ella con un bote de crema, ella gritaba entre carcajadas exageradas y grititos, cuando el hombre le daba alcance, le lanzaba chorretones de crema manchando su pelo y su espalda, ella se volvía y le daba manotazos, hasta que finalmente se fundieron en un gran beso lanzándose bien abrazados a la piscina y la gente que estaba siendo testigo del juegucito, los aclamaron con un fuerte aplauso, ellos viniéndose arriba levantaron sus brazos cogidos por sus manos y continuaron besándose apasionadamente.

En cuanto descubrió que aquellos dos eran sus padres, a Gin le dio por llorar como una niña pequeña. Luca al ver a su novia así, le entró la rabia y con un enfado de mil demonios salió corriendo escaleras abajo, entró en la piscina, llamó a su padre y este con una espectacular sonrisa salió del agua.

Los dos se marcharon a la habitación, el joven necesitaba mantener una conversación con él. Moira se quedó en la tumbona secándose, miró hacia arriba y vio a su hija asomada en la barandilla llorando, se levantó, pero Ginevra ya se había marchado. Intentó contactar con ella, pero su móvil estaba apagado.

La chica había cogido un taxi dejando atrás el hotel.

Romanov salía del cementerio conduciendo un coche fúnebre, de copiloto iba Lola con un camisón negro de raso, comprado para la ocasión. Había llegado el momento de llevar a cabo la misión que había planeado al detalle ella sola aquella misma mañana, tan solo les faltaba conseguir un par de cosas en la droguería y estaría todo listo.

Se cruzaron con Camilo que en ese momento subía las escaleras de la cafetería, había quedado con Margarita, lo sabía porque la escuchó como quedaban esa misma mañana, ahí decidió que tenía que ayudar a la pobre Moira o a su hija, no tenía muy claro a quién de las dos le iba a hacer el favor.

Tras varios kilómetros por la autovía, llegaron a su destino, como el medio de transporte que llevaban llamaba mucho la atención, decidieron dejarlo apartado del resto de coches que habían, dejaron las puertas traseras abiertas y se colocaron unos pasamontañas, que Lola, con sus propias manos había tejido, el ganchillo era una de sus pasiones.

–Niña, a mi señal nos agazapamos tras esos contenedores, lo estoy viendo ahora mismo, tengo al objetivo de espaldas, a mis once –dijo Romanov.

–En cuanto me digas, aunque mi cuerpo te diga lo contrario, soy muy hábil y podré saltar sobre la presa.

Mentalmente trazó un recorrido, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Rápidamente se puso en pie muy pegada contra la pared de los contenedores, salió corriendo de puntillas hasta una furgoneta blanca que había aparcada a unos cien metros de donde se encontraban, llegó al punto y le hizo una seña a Romanov para que supiera que podía salir, el terreno estaba libre.

El ruso hizo lo mismo, pero efectivamente, no tenía la habilidad de Lola a la hora de desplazarse, llegó a trompicones, pero llegó sin ser visto por el objetivo, pese a la capa violeta que ella se había empeñado que llevara puesta, decía que le daba un aire de villano muy sexy.

Una vez los dos juntos, sacaron las cuerdas que llevaban en el interior de los sacos que había traído Romanov, ella, se levantó el pasamontañas, se pintó los labios de un rojo sangre que pensaba que la hacía irresistible, los movió para impregnárselos por igual, estaba convencida que de aquella manera podía seducir a cualquiera y atraería al hombre que quisiera.

Salió de su escondite contoneándose, se sentía mujer, bella y deseada, se agachó al ver que el objetivo seguía acompañado, miró rápidamente hacia atrás, necesitaba parar a Romanov, sino lo detenía, el plan se iría al traste y serían descubiertos.

Lola esperó a que los dos hombres se despidieran, pero el ruso que no había entendido nada de las señas que le había hecho, en una milésima de segundo desapareció. Había perdido de vista a su cómplice, en un abrir y cerrar de ojos apareció de la nada corriendo con un saco hacia el coche fúnebre. Decepcionada porque no había podido demostrar sus dotes de seducción, volvió a ponerse el pasamontañas de ganchillo y cuando pasó por su lado el coche conducido por Romanov, abrió la puerta, se subió y se marcharon de allí para siempre.

Moira se había marchado del hotel, tras dejar a Gianni hablando con Luca, pensó que lo mejor sería cogerse un taxi y volver a casa, ya hablarían más tarde, lo que acababa de suceder allí necesitaba ser procesado por la mente de todos.

Aprovechando que el trayecto era un poco largo, comenzó a recordar cada detalle de aquella mañana tan maravillosa que había pasado con su amado.

BENIDORM. ESA MISMA MAÑANA

“Estaba desayunando cuando me sonó el móvil, sabía que era él, le había puesto un tono diferente de llamada.

–Dime guapo –respondí al teléfono.

–Te tengo preparada una sorpresita, baja en diez minutos –me dijo Gianni.

–Necesito arreglarme, no pretenderás que baje en pijama y sin lavarme la cara, igual son quince.

Colgué el teléfono y dejé las tostadas a medias, necesitaba estar lista en menos de diez minutos, quería..., deseaba verlo.

Me lavé la cara, los dientes y me metí en la ducha, estúpido haber perdido tres minutos para la cara, ya que con la ducha hubiera sido suficiente, si es que no podía pensar en nada más que en él. Estaba perdidamente enamorada de “mi Gianni”. En esos momentos si decía: “Muerdo por él”, descaradamente estaba mintiendo, porque me daba la vida, así que sería más acertado decir: “Vivo por él”. Suena cursi, pero estaba enloquecida de amor.

Conseguí estar lista en ocho minutos exactos, el tiempo volaba cuando estábamos juntos, pero se me hacía eterna la espera cuando estaba lejos de mi lado.

Ya veía como se aproximaba a mi portal y empezaba a notar a mi estómago hacer de las suyas, el corazón hacía un buen rato que iba por libre. Este hombre me revolucionaba con tan solo pensar en él.

–¿Dónde vamos? –pregunté al subirme al coche.

–No seas impaciente, dame un beso al menos –me dijo cerrando los ojos, esperando su besito.

Nos dirigíamos a su hotel, íbamos a pasar el día allí disfrutando de nuestra mutua compañía y divirtiéndonos con las instalaciones, desde que mandó a freír monas a Nicoletta, había dejado el estudio alquilado con las reformas que ordenó su “dulce esposa” y se había instalado en otro hotel de cinco estrellas, se notaba que estaba hecho para los grandes lujos, aunque yo no le hacía ascos tampoco, me hubiera conformado con la habitación de mi casa, su compañía bien se valían ya las cinco estrellitas que yo se las ponía donde me venía en gana.

–Ahora subimos, nos cambiamos, y bajamos, he reservado la piscina cubierta para nosotros solos, concretamente el Spa –me dijo sonriendo.

–¡Qué loco estás! –Le abracé.

–Loco por ti, princesa. No sabes lo feliz que me haces.

–Con que sea la mitad que me lo haces a mí, me puedo hacer una idea –respondí.

Últimamente estábamos algo empalagosos e insoportables cuando nos hablábamos, si me escuchara desde fuera posiblemente me daría ganas de vomitar o de arrearle un para de leches a mí misma. Siempre había odiado a este tipo de parejas y no las he soportado jamás, pero como ninguno de nuestros

amigos y familiares nos dirigían la palabra, no teníamos testigos a los que incomodar.

Después de cincuenta besos y unos doscientos abrazos, conseguimos llegar a la suite que tenía reservada en la última planta, incluso fui incapaz de separarme de él para dejarle pasar la tarjeta y abrir la habitación. Era como un imán gigante que me atraía enfermizamente hacia él y no podía separarme por más que estiraran para soltarme.

–¿Bikini o bañador? –preguntó enseñándome uno de cada.

–Definitivamente, bikini. –Alargué la mano para cogerlo y me atrajo hacia él nuevamente.

–Ven aquí, antes de ponértelo necesito que me demuestres lo mucho que me quieres –me dijo dejándome sobre la cama tamaño XXL o lo que fuera, eso era enorme.

–Estás loco, ¿no habías reservado la piscina solo para nosotros? Se nos va a pasar el turno –le dije entre beso y beso.

–Me entristecen tus palabras, prefieres nadar desnuda en una piscina antes que hacerme el amor como si no hubiera un mañana... –dijo bromeando.

No hizo falta decir ninguna otra palabra más, mi cara y mis acciones hablaron por sí solas, me lancé a su cuello para comenzar a besarlo por la nuca para ir bajando con mi boca hasta su pecho, con una de mis manos libres, la otra la tenía bien ubicada por sus bajos fondos, intenté ir desabrochándole los botones de su camisa, estaba guapo con cualquier cosa, pero las camisas le quedaban como un guante, lo hacían más sexy. Ya no podía dejar de manosearle, de tocarle, mi piel estaba toda erizada sin que tan siquiera hubiera empezado a tocarme a mí.

Después de varias horas amándonos como dos malditos enamorados, y haber quedado exhaustos, decidimos darnos una ducha juntos para poder bajar de una vez por todas a la piscina, me encantaba la idea de poder nadar desnuda junto a él, sin miedo a que las miradas de los curiosos se nos clavaran. Pero de nuevo nos dejamos llevar en la ducha y volvimos a retrasarnos un buen rato, el ruido del teléfono nos hizo volver en sí y conseguimos salir de dentro. Nos llamaban de recepción para recordarnos que teníamos una reserva en la piscina cubierta.

Nos pusimos la ropa de baño y salimos al pasillo con los albornoces puestos, era evidente que estábamos enamorados, nos mirábamos embobados y nuestra sonrisa nos delataba a ojos de la gente, incluso nos llegaron a preguntar si estábamos de Luna de Miel, rebosábamos amor por todos nuestros poros y desprendíamos un brillo de ojos muy sospechoso.

Entramos a la piscina, nos tenían preparada una botella de champagne dentro de una cubitera dorada, junto a dos hamacas que nos habían dejado cubiertas con pétalos de rosas rojas, y en el centro, junto a las toallas relucientemente blancas, habían colocado una fuente con unas enormes y resplandecientes fresas y unos bombones. El ambiente era el más propicio para amarnos sin freno, daba igual que lleváramos haciéndolo desde hacía horas.

–Me encanta, sabes que no era necesario, pero... Me encanta, me encantan todas las cosas que haces para hacerme feliz y te agradezco que quieras pasar cada segundo junto a mí –le dije dándole un beso, cosa que ya no era una novedad.

–Tú te lo mereces todo, Moira –me dijo rozándome la mejilla.

Nos estábamos quitando el albornoz, cuando empecé a escuchar una canción, por lo visto también había hilo musical, este sitio tenía cuidado hasta el último detalle. Me quedé paralizada, comenzó una

canción que me resultaba familiar, pero que no daba con el nombre del grupo, supongo que sería debido a mi reciente amnesia. Me daba la sensación que me la sabía, pero no era capaz de cantarla.

Se me quedó mirando fijamente, con una sonrisa muy seductora, me sujetó de los hombros trayéndome hacia él, me empezó a desabrochar la parte de arriba del bikini y me separó lo justo de su pecho para dejarlo caer al suelo, ahí estábamos los dos solos, piel con piel. Le escuchaba tararear la canción y me la empezó a susurrar al oído, creí estar en el paraíso.

Después de nuestro tiempo en exclusividad dentro de la piscina, nos vestimos y nos salimos a la exterior, queríamos disfrutar del sol y así poder descansar un poquito de nuestra jornada intensiva de sexo salvaje que llevábamos practicando todo el día.

–¡Ven aquí! No huyas... Te voy a coger igualmente –gritaba corriendo tras de mí–. Necesitas ponerte crema, sino, te quemarás.

–De eso nada, no vas a poder, soy más rápida que tú –le respondía entre grititos.

Me iba lanzando la crema solar que habíamos bajado para protegernos del sol, llegó un momento que tenía todo el pelo lleno, me caía por los hombros. Seguíamos corriendo hasta que decidí bajar el ritmo y dejar de esquivarlo, me alcanzó, me abrazó y nos lanzamos los dos juntos al agua, la gente que estaba en la piscina disfrutando del día, comenzaron a aplaudirnos y nosotros culminamos besándonos apasionadamente mientras nos seguían vitoreando y ovacionando. Estaba viviendo un sueño del que jamás quería despertar.

–¡Papá! –Una voz nos sacó de nuestra pasión.

Era su hijo Luca, había venido a verlo sin avisar. A Gianni le cambió la cara, me dio un beso, me dijo que iba a hablar con él y salió del agua.

Decidí salir fuera para secarme, no tenía sentido continuar yo sola dentro, empezaba a notar el agua fría.

Me senté en el borde de una de las tumbonas, cuando miré hacia arriba, me estaba sintiendo observada desde hacía un buen rato, allí apoyada en la barandilla de la terraza de la cafetería, estaba mi hija Ginevra. Si las miradas atravesaran, en aquel momento habría caído fulminada por la mirada de mi niña.

Se giró y se marchó llorando, no pude alcanzarla.”

–Señora, hemos llegado –el taxista la sacó de sus pensamientos.

...

Por otra parte la familia de Moira había decidido hacer una reunión de urgencia, debían de tomar una decisión sobre la situación. Margarita tenía nuevos datos que aportar, ella por sí misma había descubierto lo peor que podía descubrir y no sabía cómo comunicárselo al resto.

–Creo que deberíamos de esperar a Luca, si vamos a hablar de mi madre y de su padre, él debería de estar presente, es parte afectada y cualquier decisión que tomemos debe de estar al corriente –dijo Ginevra.

–Tranquila, opino igual que tú, esperaremos lo que haga falta, pero está claro que a tu madre ya no hay quién la pare, así que debemos de frenar al Señor Vieri... –aclaró Marga que quería que Luca estuviera

presente por encima de todas las cosas.

Estuvieron hablando de cómo planteárselo a Moira, había que hacerla entender que no debían proclamar su amor a los cuatro vientos y menos acudir como pareja a la boda. Marga les comunicó que necesitaba tener una conversación en privado con el padre de Luca, prometió que no lo amenazaría ni insultaría como la última vez, cuando descubrió la relación, que en esta ocasión se controlaría.

Como Luca no llegaba, comenzaron la reunión clandestina sin él, Camilo ya había llegado, podían empezar a dar opciones.

Ginevra notó como le vibraba su móvil, acababa de recibir un mensaje de Luca:

«Amore mío, no te olvides de coger las flores que dejé en la terraza y llevárselas a tu padre acompañada de tu prima Noelia. Ya que las cortamos, no dejes que se marchiten en una botella de *Fontmiñón*. ¡Ah!, y debéis de ir con el amigo de tu tía, creo que le hará ilusión. Yo he decidido marcharme para siempre».

–¿Pero qué está diciendo? ¿Se ha vuelto loco? –gritó Ginevra.

–¿Qué te pasa? –preguntó Noelia.

Les leyó el mensaje que acababa de recibir en el *Whatsapp*, era de su novio. Por más que lo leyeron, no le encontraban sentido alguno.

Ginevra se desmayó.

Estaba claro que con la desaparición inesperada del novio, la boda quedaba cancelada.

Nadie sabía dónde se había metido. Le pidieron a Camilo que indagara en los aeropuertos, que le facilitaran las listas de pasajeros, pero su nombre no aparecía por ninguna parte.

Ginevra cada día que pasaba, estaba más triste, culpaba a su madre de todo lo que le había sucedido. Intentó hablar con Gianni, necesitaba saber qué se habían dicho, qué había pasado aquel día en el que los encontraron en la piscina. Consiguió que le explicara, pero lo que le contaba no tenía sentido tampoco, él juraba que no hubo una palabra más alta que otra, que tan solo le pidió que ocultara su relación hasta después de la boda, ya está. Fue tal su rabia que decidió hacer su maleta y desaparecer también, a la única que le dijo dónde iba fue a Noelia.

–Yo ya no aguanto más, en serio, esto hay que solucionarlo, deja a Gianni. ¿De verdad que te compensa? Tu hija se ha marchado, su novio la ha abandonado y Miquel ha hecho lo mismo volviendo a Barcelona. Te creía mejor persona –le decía Marga.

–No entiendes nada. Con Gianni me siento viva, segura, cuando estoy entre sus brazos me olvido de que he olvidado todo.

–Si ahora te habrás hecho pensadora...

No llegaron a nada, Margarita ya no sabía qué más hacer, incluso fue a visitar al neurólogo que la estaba tratando, necesitaba pedirle autorización para contarle todo su pasado, para que entendiera que lo que estaba haciendo no estaba bien y que lo único que iba a lograr era acabar sola para siempre, Gianni terminaría por dejarla.

–Dime Miquel –respondió Marga al teléfono.

–Estoy aterrado. Desde que me he enterado, me estoy volviendo loco –le decía muy afectado saliendo del hospital en Barcelona.

Miquel había llamado a Marga, necesitaba contarle algo muy importante, algo que le afectaba, pero no sabía cómo hacerlo. Sabía que cuando se enterara su hija se derrumbaría y sentía que estaba siendo un cobarde por no contárselo.

Ella le aconsejó que no dijera nada, había que pensar, estaba harta de pensar, últimamente era lo único que hacía. Era un tema muy delicado, y había que tratarlo con muchísimo tacto. Intentó hablar con Moira, pero no consiguió localizarla, se había trasladado a vivir al hotel de Gianni. Aquí supo que había perdido para siempre a su gran amiga.

Todo se había desmoronado, pero para Moira empezaba una nueva vida junto al que creía el amor de su vida.

En un último intento desesperado, quiso llegar al corazón de su amiga, sabía que si aún le quedaba algo de cordura, en cuanto le comunicara, en principio una gran noticia, intentaría reaccionar y volver al lado de su hija. La invitó a ir a la cafetería.

–Tengo que contarte una cosa, sé que tu hija me va a matar cuando se entere que lo sabes y sobre todo que ha sido por mí, pero esto no me lo puedo callar –le dijo Marga.

–Dime, no te quedes callada, sabes que cualquier cosa que tenga que ver con Ginevra, quiero saberla. Que estemos enfadadas, no quiere decir que no la quiera ni nada que se le parezca.

–Allá voy. ¡Vas a ser abuela! –lo dijo quedándose ojiplática.

–¿Hablas en serio? –preguntó emocionada.

–Y tan en serio. Está en Barcelona con Miquel.

Moira no sabía qué decir, estaba claro que sintió una gran alegría, pero a la vez una enorme tristeza comenzó a embargarla, sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas, eran unas mezclas de emociones que no sabía controlar.

BARCELONA . OTOÑO DE 1995

“¡Ay Dios mío! Esto dolía y mucho, creo que había llegado el momento.

Estaba acojonadísima, pero si hoy había cumplido las 36 semanas, no entendía por qué parecía que me estuvieran sacando los ovarios por el chichi. La barriga se me ponía súper dura, de pico, a modo melón y cuando me pasaba esto, notaba como si me metieran desde fuera un cuchillo de esos jamoneros bien afilado y puntiagudo, *zash*, de lleno y no contentos con habérmelo clavado, era como si me lo retorcieran por dentro.

Intentaba hacer los ejercicios de respiración sin conseguir lograrlo, ahora entendía por qué eran tan importantes las dichas clases, ya es que no sabía ni jaderar.

Decidí caminar, en alguna ocasión había escuchado que era bueno hacerlo, cogí el despertador y fui controlando las contracciones; cada dieciséis minutos, bueno, la matrona me dijo que me marchara al hospital cuando las tuviera cada diez y durante más de una hora seguida. Como me asusté, llamé a Marga.

–¡Ay! –Contracción–. Tía, creo que estoy de parto, esto duele un huevo.

–¡Qué me dices! –respondió emocionada mi amiga.

–Pues eso, joder, que tengo contracciones, la barriga me va a estallar, podría partir almendras encima de ella.

–¿Llamo a Miquel? O prefieres hacerlo tú –me preguntó.

–Ahora lo llamo yo, no te preocupes.

–Yo me voy arreglando, de todas formas, al ser primeriza, es posible que sea una falsa alarma, aún te quedan cuatro semanas.

–Joder, cualquiera que te escuche pensará que has parido dieciocho niños –dije parando de hablar para ponerme a chillar. De nuevo otra contracción– ¡Ayyyyy! Mierda.

Me despedí de ella, necesitaba ducharme y depilarme, aunque no estaba convencida de ser capaz de verme de rodillas para abajo, bueno ni para arriba. Esto me pasaba por dejarlo todo para última hora, si es que no tenía ni la cuna de la niña ni el carro. Pobre..., dónde iba a dormir si es que nacía ya.

Tocaron al timbre, “¿quién será ahora?”, me pregunté. ¡Qué oportuna era la gente!, como fuese la vieja de arriba pidiendo sal, posiblemente se la echaría a puñados en los ojos, era de las que llevaba mejor el sufrimiento ajeno que el propio.

–Pasa, entiendo que te ha llamado la bocazas de Marga –saludé a Miquel.

–¿Pero estás segura que estás de parto? Dime, ¿no será un cólico? –me preguntó poniéndose cada vez más pálido.

–A ver, nunca he parido, como ya sabrás, pero esto que estoy sintiendo es horrible, tengo la sensación de que alguien intenta sacarme las entrañas por el mismísimo potorroooo. –De nuevo otra contracción, me empezaban a dejar doblada–. Miquel, estoy de parto, es más, o me acabo de mear o he roto aguas. Tú decides si esto es parto o no.

Parecía que el que fuese a parir fuera él, se empezó a poner blanco, pero transparente, su respiración empezó a ser agitada, me pareció verle gotas de sudor por la frente y tenía la cara desencajada, iba de un sitio a otro y no hacía nada, ya podía haberse puesto a hacerme la bolsa del hospital. Él solo iba y venía. Cuando conseguí calmarle, qué manda narices que tuviera que ser yo, le cogí las llaves del coche y con mi bolsa lista y la cartilla de embarazada en la mano, salimos directos al hospital.

Entramos en el coche, abrió la guantera y la vació a dos manos sobre mis pies hinchados, el embarazo me los había dejado como los de una elefanta. La madre de Dumbo y yo, primas hermanas.

–¿Se puede saber qué estás haciendo? –le pregunté terriblemente dolorida.

–Busco un pañuelo blanco, no sé, algo que saques por la ventanilla –me dijo con la voz entrecortada.

–¡A ver, hombre de Dios, si soy yo la que tengo que agitar el pañuelito, ya te estás olvidando, arranca y sal lo más rápido que puedas! –le dije gritando.

Me miró fijamente, cerró de un golpe seco la guantera y se empezó a desabrochar la camisa, no tenía muy claro qué pretendía, se la quitó y la sujetó por fuera con la ventanilla subida hasta arriba. ¡Qué vergüenza! Arrancó y salimos pitando literalmente de allí, no veía la hora de llegar y todo el trayecto se lo pasó preguntando si notaba la cabeza fuera, entiendo que se refería a la de la niña, porque íbamos con las ventanillas subidas.

La entrada al hospital fue atropellada y algo confusa, de verle la cara los celadores al que sentaron en una de las sillas de ruedas fue a él.

Me pasaron directamente a partos, me prepararon y recuerdo que yo chillaba a grito “pelao” que viniera el anestesista, pero me ignoraron y me animaron a parir a la antigua usanza. Recordé que cuando me rompí el dedo meñique de la mano, sentí un dolor desgarrador y que creí morir de dolor, pensé que no podía haber en el mundo algo más doloroso que romperse ese dedillo inútil, pues ahí en el paritorio, toda espatarrada, con un trajecillo verde que no tapaba nada, supe que aquello no era dolor, lo del dedo, lo que estaba viviendo en ese preciso instante era insoportable, en más de una ocasión había escuchado que la gente se desmayaba y perdía el conocimiento cuando le infringían dolor, ya me podía haber pasado a mí eso, porque mira que dolía.

Hicieron pasar a Miquel, lo vistieron igualito que a mí, pero con la diferencia que a él le dejaron llevar sus pantalones, por lo demás, íbamos uniformados.

–Venga, que el papá se coloque detrás. Sujétele de la nuca suavemente –dijo la matrona.

–No, no soy el padre, pero como si lo fuera –aclaró Miquel...”

Nadie sabía qué acababa de suceder, fue un visto y no visto, tras el impacto no se movía, tenía los ojos abiertos.

–¡¡Moiraaa!! –gritaba Margarita muy afectada.

Margarita intentaba incorporarla, se sentía culpable pensando que había terminado de aquella manera por la noticia que le acababa de confesar.

EL CAMPELLO. EN ESTE PRECISO INSTANTE

“Vaya palo más duro escuchar eso de boca de Miquel, ¿cómo qué no era el padre, pero como si lo fuera!? ¿Qué clase de recuerdos estaba teniendo?, no entendía nada.

Lo mismo que no entiendo qué hago narrando ahora esta historia, ¿qué me está pasando? Creo recordar que había perdido la memoria, y que mi familia me había dejado de hablar, el por qué, no lo recuerdo, ¡claro!, recuerdo que estaba amnésica, sí, pero lo estaba de antes de lo que no recordaba y acabo de empezar a recordarlo, pero aún tengo lagunas mentales. ¡Dios mío! Esto es súper difícil de entender.

Sí, sí, ya recuerdo, me dejaron de hablar porque me lié con mi consuegro, un tío bueno italiano, casado con una bruja indeseable, y que por circunstancias que nunca entenderé, el novio de mi hija decidió desaparecer y enviarle un mensaje, diciéndole que la abandonaba, pero antes le recordó que le llevara flores a su padre con Noelia y con un amigo de Marga, eso me lo contó Noelia de primera mano.

Acabo de caer, en aquel momento no lo entendí, tenían que ir al cementerio.

Si Miquel no era el padre de Gin, ¿dónde tenían que llevarle flores? ¿En qué cementerio?, puff esto de recordar y encarrilar los pensamientos, es un coñazo; a ver, si su padre estaba muerto, pobre hombre, ni recuerdo que me acostara con alguien que por lo visto ahora no vive, ¿debería de guardarle luto? ¿Pero entonces, cuándo murió?, porque si en el parto no estaba y estaba Miquel al que yo creía padre de mi Gin, yo ya sabía quién era el verdadero padre, será eso”.

–Moiraaaa! Despierta –gritaba desesperada Margarita.

RECUERDOS PASADOS QUE VAN Y VIENEN.

“Marga, mi gran amiga, mi hermana mayor, mi todo. Ahí pegadita a mi oreja la tengo chillando mi nombre. La escucho perfectamente, pero mi cuerpo no me hace caso, ahora no solo estoy amnésica, parece que también vegetal, ¿me habré convertido en una lechuga?

No podía dejar de llorar, ¿por qué lloraba? Sentía un dolor punzante en el pecho y solo quería abandonarme a la muerte, la vida había dejado de tener sentido, alguien me había hecho daño, me habían abandonado, sí, ahora lo recuerdo.

Miquel me decía que me tranquilizara, que lo habrían llamado por teléfono y se habría tenido que marchar, que se quedaría sin batería. Malditos móviles analógicos que no les duraba nada la carga...

Se lo tragó la Tierra, nunca más supe de él. ¿Pero de quién? ¡Dios mío! Esto me va a costar una depresión, porque no entiendo nada, mi cerebro ha comenzado a ir por libre y me trae recuerdos de la nada y yo por más que lo intente no los entiendo.

Ahí sigue Margarita gritando mi nombre y abofeteándome, ya le vale. ¡Quieres parar ya, guapa, que aunque no me mueva, siento!”.

–Llamad a una ambulancia, no se mueve, respira, pero no reacciona –decía Margarita entre llantos.

SIGUEN YENDO Y VINIENDO

“He debido de quedarme catatónica. ¡Qué llamen al enterrador!, él sabrá qué hacer.

En una ocasión le salvó la vida a un chico que le habían dado un morreo con crema de cacahuete, sí, sí, era italiano, él llegó y le clavó en el mismito centro del corazón adrenalina, lo recuerdo como si fuera ayer, luego resultó ser alérgico a los frutos secos, de ahí que agonizase tras el beso.

¡Ostras! La famosa “Niña de la Curva”, a esa la contraté yo... La contraté para que me limpiara la casa o era la oficina, no, ¡madre mía!, la contraté para que le diera un susto al novio de mi hija, joder, ¡cómo me las gastaba!... Quería alejarlo de su lado; por aquel entonces odiaba Italia, sí, no soportaba a los italianos, todos eran mala gente, bueno, menos mi Gianni, él... Es un Dios del amor, a él no lo odio, pero odiaba con todo mi ser a uno que me abandonó, sí, al que se lo tragó la Tierra, sí, sí, a ese lo odiaba con toda mi alma. Me hizo una desgraciada”.

–Soy Marga, mira, sabes que no eres santo de mi devoción, pero es una emergencia, estamos en la cafetería, no sé que le está pasando a Moira, está en el suelo y no se mueve. Pensé que tenías que saberlo –le decía por teléfono al padre de Luca–. Entiendo, sí, hemos llamado a una ambulancia. Te espero.

“Bien, bien, mi chico está de camino, en cuanto llegue me dará un besito y yo despertaré cual princesa de cuento de hadas, espero no estar representando a la Bella Durmiente, que esa se pasó sobando cien años...”

SIGUE Y SIGUE RECORDANDO

“Cómo me dolía la rodilla, el manillar de la bici casi me descuartiza el menisco. ¡Qué guapo Miquel! Míralo ahí, tan atento, qué bien pone el hielo, sigue estando muy bueno. Me encantaría que me besara, qué suave tiene el pelo, y la nuca la tiene calentita...”

Volvíamos a Alicante, había decidido traerme porque quería darle un abrazo a su ahijada, ya me ha quedado claro que no era el padre de mi niña, claro, siendo tan mono y tan buena persona lo elegí de padrino de Gin. No podría haber hecho mejor elección.

Ahora me estoy tomando unas tostadas, están ricas, se me está despertando el apetito, ¿cuánto tiempo llevaré dormida? Porque necesito comer. Mira, por ahí viene Gin, puedo verla, ¡qué guapa que es mi niña! Es mi razón de vivir.

No, no lo hagas Gin, no saques el tema, deja ese papelito guardado en tu bolso, pequeña.

Uff, cómo lloraba, no podía dejar de llorar, presentía que iba a pasar algo malo, sí, creo que aquí se iba a terminar todo. ¡La partida de nacimiento!, en ese papel pone el verdadero nombre del padre de mi hija. Nena, no la saques que me metes en un lío...

“No te lo voy a perdonar en la vida. ¡No quiero volver a verte, para mí, estás muerta!”

A ver, a ver, centrémonos, qué les habré hecho yo a estos dos para ponerse así conmigo.

Mi hija no dejaba de llorar, y ese pobre, no dejaba de chillarme, la gente nos miraba, el camarero estaba bien concentrado con nuestra acalorada discusión familiar.

Ya lo he pillado, sí que es el padre de mi hija, y ¿por qué le hice creer lo contrario? ¡Joder!, me gustaba jugar con la gente.

Falsifiqué la partida de nacimiento de Ginevra, cometí un delito, ¿habré estado alguna vez presa?, creo que nadie me denunció. Vale, otro recuerdo más para el bote.

Michelangelo Agostini, ese es el verdadero padre de mi hija, por lo tanto, Miquel es él, ¿qué manía tiene la gente de cambiarse el nombre!, lleva a equívoco.

Miquel es italiano... No recuerdo que él me abandonara, así que debe de haber otro italiano por ahí, “el cabrón de los italianos”.

Vaya con el imán que tengo para atraerlos a mi lado, si mis cuentas no me fallan, ya llevo tres en mi lista de amantes. ¿Estaremos en Italia? Si fuera así, ya no sería tan llamativo que mis amantes fueran de esa nacionalidad.”

–¿Qué ha sucedido? Moira, “amore”, ya estoy aquí. ¿Me escuchas? –decía Gianni cogiéndole la mano.

“Claro que te escucho, estoy medio amnésica y catatónica, pero de momento sorda no. Venga, dame un besito, me despertaré, a qué esperas... ¿Te gusta verme en este estado, disfrutas?”.

La cafetería estaba siendo testigo del desvanecimiento de Moira, tras escuchar que iba a ser abuela, sufrió un desmayo y no despertaba.

Margarita había llamado al 112 pidiendo una ambulancia, pero se estaba retrasando. Moira continuaba tendida sobre el suelo de la terraza, parecía dormía.

Después de haber permanecido un buen rato con los ojos abiertos, ella sola los cerró, tenía una sonrisa muy sutil en sus labios.

Gianni, la tenía cogida de la mano, se había arrodillado junto a ella y le acariciaba la cara, era incapaz de contener las lágrimas, sentía impotencia y rabia por no poder despertarla.

Comenzó a cantarle al oído una canción, sabía que a Moira le encantaba, pensó que así, de aquella manera, la haría despertar:

–“Llorarás por su amor y tú nunca lo tendrás...” –cantaba mientras lloraba.

“¿Y este, a santo de qué se me pone a cantar? Canta bien. ¡Ay!, tengo en la punta de la lengua el nombre, ¿quién cantaba esto?”

RECUERDOS MUSICALES

“Estaba abriendo un regalo, estaba envuelto con papel de estrellitas, llevaba un lacito y dentro había un Cd; “Camela”. ¡Ohhhh!, me encantaba, no me cansaré de escucharlos nunca, ¡cómo me conocía mi chico! Creo que me lo regaló en nuestro primer mes aniversario, nos encantaba cantar a dúo, éramos como “Los Pimpinela”, pero del otro lado del charco.

Ahora sí que ya no entiendo nada, pero si ese Cd salió en 1994, “Lágrimas de amor”, creo recordar... Entonces el que me lo regaló fue el italiano malo, al que odio.

No sé la de años que hacía que no la escuchaba... No, el otro día en el Spa la volví a escuchar, pero como ahí estaba totalmente amnésica, no lo recordé.”

La ambulancia seguía sin llegar, Marga estaba desesperada, y ver a Gianni ahí tumbado sobre Moira bien cogido de su mano y llorando sin cesar mientras cantaba, hacía que se le partiera el corazón, se dio cuenta de lo que la quería en ese mismo instante.

Contra el amor no se podía luchar. En ese momento aparecieron Lola y el enterrador.

LA PROMESA

“Ahora por qué voy vestida de “Bombón Ferrero”, ay no, que voy de dama de honor. Estábamos en la boda de Lali, una de mis mejores amigas, se casaba con Jesús, su novio de toda la vida. Yo había ido acompañada por Dani, un amigo de la infancia, se lo pedí porque quería darle celos a Miquel, ¿pero para qué? ¿No estaba yo con el italiano? ¡Qué retorcida era por aquel entonces!

En cuanto me dijeron que Miquel tenía pensamientos de casarse con “la mofeta”, ¡qué mal me caía esta chica!, olía a colonia de putilla y ¡cómo duraba su aroma aunque hiciera cuatro días que no hubiera estado en casa! Salí corriendo, me iba arremangando el vestido de encaje dorado, corría de la mano de Dani, entramos en una habitación.

¿Qué voy a hacer? No iré a prenderle fuego al recinto donde Lali celebra su boda, ¿no? La piromanía creo que nunca ha sido una de mis aficiones.

¡Oh! Estoy encendiendo una velita, me arrodillo, lloro y ahora es cuando digo:

“Hoy 14 de febrero ante Cupido y...” ¡Maldita promesa! Ahora entiendo por qué no me volví a enamorar de nadie más en todos estos años, menuda sequía he tenido. Si es que soy una mujer de palabra, para que luego me echen en cara que no soy buena gente...

Entonces, a ver que me centre. ¿Yo qué narices quiero recordar?, me estoy empezando a poner muy nerviosa y es difícil sacar toda esta rabia estando muñequito de cera total.

Este, me sigue cantando al oído, ¿me vas a cantar el Cd entero? Vale que me gusten, pero no sé, cántame a otro, por ejemplo, a “La Húngara”, esa también me gusta.”

–Ella, es ella, tú destruiste mi vida, tú acabaste con todo. ¡Qué la detengan! –Señalaba Gianni con el dedo.

“Creo que estás mezclando letras, deben de ser los nervios de verme así de tiesa.

No, no está cantando, me ha soltado la mano, se ha levantado, ha dejado de cantarme, le grita a alguien. Si pudiera abrir un poquito el ojo, creo que podría ponerle cara.

Venga Margarita, se mis ojos en este momento de curiosidad extrema. Dime a quién está señalando mi chico.”

Los clientes que estaban sentados en la terraza, no entendían qué estaba sucediendo, aquella mujer tumbada en el suelo, un hombre señalando a alguien al que acusaba de algo muy grave, una mujer huyendo despavorida precipitándose por la barandilla al vacío, no es que quisiera suicidarse, simplemente, se sintió ágil y ligera, y en un momento de euforia se creyó una ardilla y quiso alcanzar desde donde se encontraba la tapia del cementerio, pero era materialmente imposible saltar esa distancia. Cayó de boca y allí se quedó.

–¡Llamad a otra ambulancia! Esto es de locos. ¿Qué le está pasando a la gente? –decía Margarita.

–Avisa a tu amigo el Guardia Civil. ¿A qué estás esperando, Marga? –gritaba Gianni.

“Qué pinta Camilo en todo esto, pero alguien me quiere narrar bien la historia...

Anda, ¡Camilo!, me he acordado de su nombre, el amigo de Marga, él la cogía, la sujetaba para que no le pegara a mi compañero de baile. Aquí fue cuando empezó todo lo del final.

¿Quién me está cogiendo? Noto como me giran hacia la izquierda.

¡Eh! Cuidado, no me toques el culo, y no me dejes de canto que me voy a ir de boca contra el suelo. Si supiera que era Gianni no me importaría, pero a él lo escucho gritar mucho más lejos. Pues si que era importante a quién tenían que detener que me ha abandonado aquí.

Me vuelven a girar, ahora me ponen boca arriba, creo que me han puesto en una camilla.”

–¿Qué ha sucedido? ¿Cuánto tiempo lleva así? –preguntaban unos camilleros mientras se llevaban a Moira.

–Pues una media hora, ¿es qué desde dónde narices venís?, no veis que está como muerta... –gritaba enfadada Margarita.

“¡Eh! No te flipes, que no estoy muerta, solo sequillo”.

La cosa se empezó a relajar en la cafetería. Una ambulancia se llevó a Moira junto con Gianni, él había decidido acompañarla hasta el hospital, Margarita no quería, pero entendió que no podía negárselo, él la quería de verdad.

Otra ambulancia se llevó a Lola, era la mujer que se precipitó desde lo alto de la barandilla.

Gianni la acusaba de ser la culpable de todo, Margarita se imaginó que Luca le habría llegado a confesar a su padre, que esa mujer lo había intentado matar accidentalmente, sin decirle que fue por encargo de Moira, para evitar enfrentamientos familiares.

La pobre mujer, no lograba concentrarse en el trabajo, estaba inquieta y no se centraba, avisó a Camilo para que fuera a recogerla, necesitaba llegar al hospital y enterarse de primera mano cuál era el estado y el motivo de lo que le había pasado a Moira. Se acordó de Miquel, tenía que avisarlo.

–Miquel, tengo malas noticias. Es Moira, no sabemos lo qué le ha pasado, pero se ha desvanecido y no se despierta –rompió a llorar.

–¿Cómo qué no se despierta? Marga, dime que está bien –decía Miquel.

–¡Qué no! No te puedo decir nada, porque no sabemos nada, vamos camino del hospital, me está llevando Camilo. Estábamos charlando en la cafetería, cuando se desplomó.

–Me estoy vistiendo, salgo en cinco minutos. Tengo que contárselo a Ginevra. Por favor, Marga, necesito que estés junto a ella y que me vayas llamando. Cuéntame lo que sea –se despidió y se marchó hacia Alicante.

De nuevo todos reunidos en el hospital.

Le estaban haciendo pruebas, no había motivo aparente de aquella pérdida de consciencia. El médico lo único que les pidió, fue calma.

Lola también estaba ingresada, había sufrido un politraumatismo y tampoco estaba consciente. Estaban en habitaciones contiguas.

Gianni intentaba contactar con Luca, el teléfono sonaba y sonaba..., pero no descolgaba, cuando saltaba el contestador, le dejaba un mensaje y cinco minutos después, volvía a intentarlo.

Cuatro horas más tarde, aparecieron Ginevra y Miquel, corrían desesperados por los pasillos del hospital, no eran capaces de dar con los ascensores de la zona norte. Se encontraron con Noelia.

–¿Qué le ha pasado a mi madre, Noe? –se abrazó a su amiga.

–No sé, me ha llamado mi madre. Sé lo mismo que vosotros –respondió Noelia.

–Nosotros acabamos de llegar de Barcelona. Salimos en cuanto nos avisó tu madre –dijo Miquel.

–Y tú, cuéntame –le dijo Noelia pasándole el brazo por el hombro a Gin.

Ya estaban en la planta donde estaba ingresada Moira, los tres salieron del ascensor y comenzaron a caminar por el pasillo buscando el número de habitación.

Las chicas pasaron y Miquel se quedó fuera esperando que avisaran a Margarita, necesitaba hablar con ella antes.

–¿Qué ha pasado? No veía el momento de llegar, no le podía pisar más rápido –le dijo dándole un abrazo.

–Ha sido culpa mía. Si le pasa algo, te juro que me muero –se lamentaba la pobre Marga.

–¿Por qué dices que ha sido culpa tuya?

–Le conté que iba a ser abuela, me sonrió y se quedó paralizada doblándose hacia un lado y se cayó ahí, a mis pies. Estuvo mucho rato con los ojos abiertos, creía que estaba muerta –le decía abrazada a él, entre lágrimas.

–Ha tenido que ser otra cosa, coincidencia. ¿Qué dice el médico? ¿Sigue dormida?

–Los médicos no nos dicen nada, le han hecho pruebas. ¡No sabes lo que tardó la ambulancia! Están esperando los resultados. ¿Sabes algo más de lo tuyo? ¿Te has hecho las pruebas? –preguntó Margarita.

–No puedo hablar ahora de esto, me derrumbo. Todo está siendo una pesadilla, quiero despertar ya de una vez. Mi niña, cuando se entere... –se lamentaba tapándose la cara.

–No digas eso, sabes que estaremos a tu lado. –Lo abrazó y le cogió la mano–. Una cosa, ahora cuando pases, te pido por favor que te controles, si Moira te importa tanto como creo, respira hondo y haz como si no vieras lo que vas a ver.

–Me estás asustando. ¿Tan desfigurada ha quedado? –preguntó muy preocupado.

...

Romanov seguía en el cementerio esperando que terminara su jornada laboral. Había cogido unos bocadillos de calamares en salsa americana, debía de alimentar a su presa, como él la llamaba.

–Debes de comer, sino, te morirás –le dijo ofreciéndole una bandeja.

–Me da igual, ya estoy muerto, habéis conseguido que muera en vida. Esto ha sido un error.

–¡Claro que ha sido un error!, tú no eras el objetivo, tan solo has sido un daño colateral. Lo siento amigo.

–No me llames amigo, no me hables. Exijo que me liberes. ¿Dónde está tu amiga la loca? –preguntaba desesperado.

–Chico, vamos a llevarnos bien. Necesito pensar qué voy a hacer contigo. Mi amiga en breve vendrá, pero he de decirte, que en las condiciones que va a entrar, no te servirá de mucho. Creo que ha llegado su hora, y ahora te dejo que tengo a un agente que viene con los permisos para rodar una película, estoy convencido que será preciosa –dijo saliendo del zulo donde lo tenía secuestrado.

El pobre muchacho ya se había dado por vencido, sabía que no podría escaparse de allí, salvo milagro, sus últimos días estaban cerca. No sabía cuánto tiempo llevaba retenido, lo tenían sentado en una silla de esparto maniatado y amordazado con cinta aislante, tan solo se la quitaban para beber o comer, tres veces al día, y por la noche lo soltaban para que pudiera dormir tumbado sobre unos cartones de leche sin lactosa, amontonados en una de las esquinas de la habitación.

Después de haberle obligado a enviar un mensaje desde su teléfono móvil a su familia, diciéndoles que se marchaba, se lo habían quitado y le era imposible comunicarse con el exterior.

Escuchó unos golpes, no estaba seguro si era su secuestrador, hacía apenas un instante se había marchado y más o menos tenía controlado el horario de visita de sus captores, no volverían hasta que se pusiera el sol. Decidió empezar a gritar, pero con la cinta aislante sellando su boca, era imposible que se le escuchara desde fuera.

No se lo pensó dos veces y volcó la silla de esparto, el fuerte impacto lo tuvo unos segundos inmóvil, en cuanto pudo, comenzó a arrastrarse hasta la puerta, la poca iluminación que daba aquella sucia bombilla que colgaba del techo, le facilitaba ver la salida. Cuando consiguió alcanzar la puerta comenzó a dar golpes con sus rodillas y con la punta de los pies, hacía toda la fuerza que era capaz hasta que le dio un tirón en los riñones y se quedó paralizado del dolor.

Los golpes habían alertado a un grupo que estaba en el cementerio rodando una película, se acercaron hasta la puerta de un pequeño almacén y empezaron a golpear ellos desde fuera.

–¿Hay alguien ahí? –decía uno de los actores caracterizado de zombie.

–Mmmm, mmmmmmmmm. –Este era el único sonido que era capaz de emitir el secuestrado.

Consiguió olvidarse de su tirón y golpeó con fuerza los bajos de la puerta; era el momento.

Él golpeaba y poco después recibía un golpe de respuesta. Volvió a golpear y nuevamente golpe desde el exterior. Sacó fuerzas de donde no las tenía y se volvió loco pateando contra la salida. Empezó a escuchar como estaban forzando la cerradura. “¡Por fin!”, pensó.

La puerta se abrió dándole en la cabeza, y una bocanada de luz entró de un golpe en el interior del zulo, dejando momentáneamente ciego al chico.

Los “zombies” se agacharon para liberarlo, él, cuando recuperó la vista se quedó traspuesto, lo

estaban rescatando unos muertos vivientes que les caía la piel a trozos y lo estaban cubriendo de gotas de sangre.

Sintió muchísimo miedo, y en el momento de arrancarle la mordaza, no pudo evitarlo y comenzó a gritar fuera de sí.

–¿Quién es usted? ¿Quién le ha hecho esto? –le preguntaba uno de los actores–. Cálmese, no grite, ya le quitamos las cuerdas.

–Llamen a la policía. Llamen antes de que vuelvan –pedía el joven gritando despavorido.

–Sujete. –Le dio una cabeza decapitada para que la sostuviera en sus rodillas mientras su salvador cortaba las cuerdas que le sujetaban las muñecas–. ¿Cómo se llama?

Consiguieron liberar al chico, cuando pudo comprobar que todo aquello no era otra cosa que el rodaje de una película de zombies, se relajó y pidió que le dejaran hacer una llamada.

La planta del hospital donde estaba ingresada Moira, se empezó a llenar de policías, nadie sabía qué estaba sucediendo, pero dos hombres armados hasta los dientes con chalecos antibalas y muy serios, se pusieron a ambos lados de la puerta de al lado de ella. La gente que estaba por el pasillo empezó a desaparecer disimuladamente, no quedó ni un solo curioso.

Miquel acababa de pasar a ver a su gran amiga, esperó a que su hija y Noelia salieran, había pedido estar solo con Moira; lo necesitaba.

Entró con miedo, no sabía qué se iba a encontrar dentro, Marga solo le había pedido tranquilidad y serenidad. Nada más pasar, pudo comprobar a qué se estaba refiriendo, y por mucha promesa que le hubiera hecho, fue incapaz de cumplirla, un impulso asesino le llevó a ello.

–¡Tú! Hijo de la grandísima puta. ¿Cómo has podido? ¿Dime? No te quedes callado –le decía mientras con sus manos le apretaba la garganta.

“Esas voces las conozco. Creo que Gianni y Miquel se están peleando.

Este chico tiene que aceptarlo, no quiero que sufra por la decisión que he tomado, pero es que quiero que entienda que él, siempre será mi gran amigo, el padre de mi hija y que nada va a cambiar, que seguirá teniendo un lugar junto a mí, pero no puedo verle sufrir, no podré soportar saber que yo soy la culpable de su sufrimiento.

¿Y qué hace aquí? ¿No me dijo Marga que estaba en Barcelona con Gin?, ¿pero dónde estoy? ¿Dónde me han llevado en esa camilla? Habré atravesado un túnel del tiempo.

Ahora es cuando creo que me mandarán a un psiquiátrico si consigo decir esto en voz alta, me veo en el “Infanta Cristina”, ese que está arriba de las montañas de mi pueblo.

Lo acabo de recordar todo. ¡¡Joder!!

¡Quiero gritar! ¡Voy a gritar!

¡Mierda!, no puedo, ahora que ya lo sé todo, no consigo abrir la boca, esto no es justo, me voy a quedar así para siempre, sabiendo la verdad y siendo incapaz de pedir explicaciones.

Ahora mismo soy la mujer más desgraciada de toda la historia de la historia de las mujeres tristes.

Hijo de su madre, lo que habrá disfrutado con esto, se lo habrá pasado de maravilla, estará regocijándose en su maldad.

Ahora entiendo a Miquel, cómo me quiere este hombre...

¡Venga, Miquel! Demuestra lo que vales, dale fuerte, revientale la cara esa perfecta que tiene, rómpele los dientes. ¡Puff!, si pudiera unirme a la pelea, sería feliz.

Y vaya la mierda de promesa que hice, todo este tiempo sin enamorarme y el enano alado de pañales va y me vuelve a lanzar sobre los brazos del italiano más repugnante del mundo. Está claro que Cupido me ignora, pero bien.”

Los que estaban en el pasillo abrieron rápidamente la puerta de la habitación de Moira alertados por los golpes, intentaron separar a los dos hombres, pero Miquel parecía poseído por una fuerza de otro mundo y no eran capaces de conseguir que soltara a Gianni.

–Deja que te explique. Necesito contarlo. ¡Qué venga la policía! –decía tocándose el cuello.

–Sí, eso que venga la policía. ¡Explícate, enfermo! Venga, no te calles, cobarde. Voy a acabar contigo...

Miquel se volvió a lanzar sobre él mientras le gritaba. Los dos comenzaron a forcejear.

Camilo que estaba saliendo de los ascensores en ese instante, empezó a correr hasta colocarse junto a ellos, sacó su arma y con aquel gesto, logró amedrentarlos.

Se llevaron a Gianni a parte para tomarle declaración, insistía en que tenía que denunciar a la mujer que estaba ingresada en la habitación de al lado.

Miquel volvió de nuevo con Moira, se sentó junto a su cama, acariciándole y besándole la mano comenzó a hablar siendo incapaz de controlar sus lágrimas.

–Cariño, necesito que te despiertes, sé que me he portado fatal contigo, aunque tú tampoco te has quedado atrás; tú siempre más, mi niña. Debes de ser fuerte, venga, Moira, si alguien puede, esa eres tú. Haz un último esfuerzo, despierta, mi amor. Sé que me estás escuchando, necesito creerlo –le decía Miquel derrumbado completamente.

“Miquel, cariño, te estoy escuchando, pero mira, estoy paralizada, me he quedado hecha un bloque de hormigón, soy como la bata manta de mi prima Erica, esa que te dejaba inmovilizada cuando te la ponías.

¡Pero qué cosas tan bonitas me dices!, me encantaría poder contestarte, abrazarte y darte las gracias por todas las cosas que has hecho a la largo de nuestra relación, pero me da, que nos quedamos con las ganas los dos...”

–No me hagas esto, no me jodas al final, ¿eh?, necesito que te despiertes para poder echarte la bronca, ¡cómo siempre! ¿Lo recuerdas? Bueno, aunque no lo recuerdes, pero sabes que siempre te reñía –sonreía entre lágrimas.

“¡Eh! Qué ya no soy “la amnésica”, que ya lo he recordado todo, ahora solo soy una lechuga catatónica, pero recuerdo todo lo que has hecho por mí. Moriría por un segundo a tu lado estando despierta, bueno, creo que no es momento para tentar a la suerte, pero sabes que si despierto, te diré tantas cosas que jamás he sido capaz de decirte...”

–Te tengo que contar un secreto. Entiendo que lo hiciste con tu mejor intención y me has dado los mejores momentos de mi vida junto a ella estos meses atrás –le dijo apretándole muy fuerte la mano.

“¡Chico, qué aún siento dolor!, me vas a romper los huesos de la mano, animal.

¿Qué secreto me tienes que contar? No te calles ahora, Miquel. Ahora, no.”

...

Gianni estaba declarando, estaba muy nervioso, su pasado se había hecho más presente que nunca y todos sus miedos habían regresado. No dejaba de pasarse las manos por el pelo, agachaba la cabeza y resoplaba, no podía controlarse.

–Por favor, diga alto y claro su nombre –le decía uno de los policías.

–Me llamo Gianni Mancini, ¿hace falta que lo vuelva a repetir?

–Prosiga. ¿Qué quiere denunciar? Cuente la historia tal cual la vivió, pero sea concreto.

–Mi secuestro, quiero denunciar mi secuestro. Sí, yo salía del portal de mi novia, noté como alguien me tocaba el hombro, me giré y ya no vi nada –le decía al policía.

–Pero a ver, ¿usted dónde se encontraba? No se ponga nervioso, no sé si ha notado que cuando pierde los nervios, comienza a hablar en italiano y claro, no le entendemos.

Consiguió contarle todo, acusó a Lola de haberlo secuestrado hacía veintitrés años aproximadamente, en Barcelona, estuvo retenido en unos contenedores que estaban en el dique seco del puerto. Lo privaron de libertad tres meses, con sus días y sus noches.

En realidad, se llamaba Carlo Mancini, pero tras la liberación de su secuestro, se cambió el nombre de pila por el de Gianni.

Nunca supo por qué pasó aquello, tan solo recuerda que fue Lola, nada más verla, reconoció su cara, le dijo que la habían contratado para secuestrarlo y matarlo, pero la mujer le confesó que no era una asesina y que lo liberaría con la condición de que no regresara jamás a Barcelona, que tenía que abandonar a Moira y que si cumplía su palabra, no le pasaría nada, de lo contrario, le enviarían la cabeza de su novia en una caja de zapatos. Espeluznante declaración.

Lola le dijo que un capo de la mafia había hecho el encargo, no le reveló el nombre, así que el miedo hizo que convenciera a toda su familia de que si alguien contactaba con la empresa, tenían que hacerles ver, que él, nunca había trabajado allí y que tampoco lo conocían.

Estuvo muchísimo tiempo tentado de romper su promesa, pero era pensar en Moira y palidecer pensando que cualquier día, recibiría un paquete con su cabeza dentro.

Todo lo hizo por amor, desapareció sin dejar rastro por ella y jamás volvió a amar a nadie.

Conoció a Nicolleta cuando empezaba su nueva vida en Sicilia, y pensando que si se casaba con ella conseguiría olvidar el amor de Moira, se unió en matrimonio con la italiana.

Camilo pidió entrar a hablar con él en calidad de amigo, aunque iba vestido de uniforme, no quiso interferir en la investigación policial.

Gianni le contó de nuevo todo, necesitaba que le contara la verdad a Margarita, sabía que si Moira despertaba y le decían quién era de verdad, jamás querría saber nada más de él y estaba seguro que no sería capaz de soportar nuevamente su pérdida.

Los ascensores del hospital se abrieron de nuevo dando paso a Luca, que había sido liberado en el cementerio por los actores. Tras declarar en comisaría, se marchó a ver a su novia que le había dicho por teléfono lo que acababa de suceder con su madre.

A lo lejos vio a Ginevra, su cara se iluminó, le embargó una alegría que hacía mucho que no sentía, su novia se le quedó mirando fijamente, pudo comprobar como se le iban humedeciendo los ojos, ella salió corriendo hacia él y se tiró a sus brazos.

–No me lo vuelvas a hacer. No vuelvas a desaparecer. Luca, te quiero, necesito contarte algo –le decía golpeándole con los puños el pecho.

–”Amore” ¡Cómo te he echado de menos! –le dijo al oído.

–¡Cómo he echado de menos yo, que me llames así!

Se marcharon a la cafetería del hospital, ella necesitaba contarle que estaba embarazada, que estaba esperando un hijo suyo, el saberlo fue lo único que la mantuvo viva, porque cuando recibió aquel mensaje y no volvió a verlo, solo quería morir.

Después de comerse a besos y abrazarse eternamente, decidieron subir a la planta y contárselo a su padre, pensaron olvidar todo y aceptar finalmente la relación entre ellos. Aún tenían esperanzas de que Moira despertara.

–¿Habéis visto a mi padre? –le preguntó a Marga.

–Tú padre..., tu padre está declarando en el despacho de la doctora Teodora Gueorguieva, en breve volverá –dijo Marga muy seria–. ¿Y tú, dónde te habías metido? Mira que a vuestra familia os gusta jugar con las desapariciones...

–No te entiendo. Si lo dices por mí, una loca me secuestró; vengo de denunciarlo.

–Os habéis puesto de acuerdo o ¿qué? –dijo Margarita con tono sarcástico.

Luca no llegó a comprender lo que le decía. Los jóvenes se quedaron apoyados en la pared mirándose a los ojos y diciéndose todo lo que no se habían dicho desde que se marchó obligado.

Miquel seguía con Moira.

–¿Sabes? El otro día tuve que acompañar a Gin al hospital, en Barcelona, desde que Luca desapareció dejó de comer y estaba muy débil, se desmayó. Menudo susto me dio, con vosotras dos, más me vale tener un corazón a prueba de bombas... –le contaba mientras le daba besos en la mano.

“Ya sé que me vas a contar... Vamos a ser abuelos, Es maravilloso, la niña va a tener un bebé, solo espero que me deje verlo, a pesar de que tú me estés diciendo todo esto, tú me quieres como mujer, pero ella... Aunque el amor de una madre está por encima de todas las cosas, la niña nos ha salido “cojonua”... Espero que le salga llorón para que nos lo deje de vez en cuando.”

–Nos confirmaron que está embarazada, no te puedo explicar qué sentí, de verdad que no puedo, cariño. Cómo me hubiera encantado haber vivido la noticia contigo. Bueno, no sé si debería contarte esto, a parte de aquello, el médico me confirmó algo horrible, solo espero que cuando te despiertes no te compadezcas de mí, no lo soportaría –rompió a llorar como un niño.

“Pero de qué te enteraste allí, dime, tú también eres único para dejarme a medias, guapo, y no lo digo con segundas, no, pero mira qué jode...”

Margarita abrió de un golpe seco la puerta de la habitación y desde fuera dijo:

–¡Lola ya se ha despertado! La han detenido, creo que deberías venir –dijo gritando.

Miquel de un salto se levantó despidiéndose de Moira, que seguía dormida.

Nadie del personal ni de los familiares del resto de enfermos estaba entendiendo qué sucedía con esa familia, ni por qué estaba todo lleno de policías. Se llevaron esposada en una camilla a Lola y a su acompañante Romanov el enterrador; a él también lo detuvieron.

Al tomarle declaración e introducir sus datos en el ordenador, comprobaron que sobre ella había una orden de busca y captura internacional, estaba entre los más buscados por la Interpol. Una larga lista de delitos pesaban sobre la detenida: secuestros, extorsión, tráfico de armas y pertenecía a uno de los cárteres más importantes de Sudamérica, la mujer era lo más de lo más.

Gianni salió del despacho de la doctora, había terminado su declaración, en ese momento se cruzó con la mirada de Miquel, se quedaron parados mirándose de una manera desafiante, Marga que estaba junto a él, lo sujetó de la muñeca, notó como apretaba el puño y se soltó de un golpe seco.

–¡Miquel! No lo hagas –gritaron los acompañantes de Moira.

Fue directo, se paró delante de Gianni y para sorpresa de todos, le estrechó la mano.

–Te pido perdón. Creo que deberías de entrar a ver a Moira. –Se giró y se marchó–. Marga estaré en la cafetería.

La doctora Teodora Gueorguieva entró en la planta, llevaba los resultados de las pruebas. Pasó a la habitación y explicó a su acompañante, en este caso a Gianni, como estaba evolucionado y el motivo de esa pérdida de conciencia.

Miquel, le había confesado todo a Margarita, sabía que era la única en la que podía confiar y sabría cómo actuar.

Les pidió a Ginevra y a Luca que se marcharan a casa, ahora ella debía de cuidarse y descansar todo lo que pudiera, había sufrido mucho estas últimas semanas y el hospital no era el mejor sitio para una embarazada, Noelia los acompañó.

Allí solo se quedaron ella y Gianni, estaban cada uno a un lado de la cama de Moira, aún tenían esperanzas de que despertara, la doctora había dicho que aquello le había sucedido al recibir una noticia impactante, pensó en lo que le dijo de que iba a ser abuela, ahora se sentía más culpable que nunca.

–Gianni, o ¿prefieres que te llame Carlo? –dijo Margarita.

–Me siento más a gusto si me llamas Gianni, pero preferiría que usaras un tono más amable cuando te dirigieras a mí –respondió el hombre.

–Bien, necesito preguntarte una cosa y espero que seas sincero o al menos que sepas la respuesta –dijo apoyando los codos sobre la cama de Moira.

–Dime, te doy mi palabra de que seré franco contigo.

–¿Cuál es tu grupo sanguíneo completo?

“¿Qué clase de pregunta es esa, Margarita?, no me fastidies que necesito una transfusión de sangre y que no queda ninguna bolsita en el banco de ahí abajo, porque la sangre del bandarra este, no la quiero ni regalada; vamos, que si mi vida está en juego y solo me la puede salvar él, prefiero irme al otro barrio, pero limpia de la sangre de Satán.”

Gianni, se quedó parado, no sabía a qué era debido aquella pregunta, le pareció extraño que Margarita estuviera interesado en su tipo de sangre. Se quedó pensando y finalmente le dijo:

–No recuerdo bien si soy A o B, la verdad. Me pones en un aprieto. ¿Para qué necesitas saberlo? –preguntó intrigado.

“Eso, eso, cuéntanos.”

–¿Pero tampoco sabes si eres positivo o negativo?

–Negativo, de eso estoy completamente seguro –respondió rápidamente.

“Bien, bien, es negativo, en caso de necesidad vital para mí, no me serviría. Ahora respiro más tranquila.”

Marga se quedó pensativa, no sabía si seguir hablando con él sobre el tema de la sangre, pero era ahora o nunca.

–Lo que me imaginaba...

–¿Y eso es importante?

–Tan importante como que creo que eres el padre biológico de Gin, fíjate tú la importancia que tiene. –Fue lo único que se le ocurrió para intentar despertarla con otra noticia más fuerte que la anterior. Pero era cierto.

–Eso es imposible, su padre es Miquel –respondió rápidamente.

“Tía, no flipes. Sí, sí, el padre ha quedado claro que es Miquel, para una cosa clara que tenemos, no

la líes, Margarita.”

–Lo que es imposible es que él sea el padre, el biológico, me refiero.

–Pues si él no es el padre, habrá que buscar a otro.

“¡Eh!, guapo, no te pases, ¿qué clase de persona te piensas que soy? Bueno, que era, ya tengo claro que un poco hija de puta, sí, pero de ahí a ser una “impúdica casquivana” que iba de cama en cama, va a ser que no. ¡Qué ganas tenía de usar esta frase que leí en el “Corazón del Highlander”! Y qué pena que nadie pueda escucharme. Marga, díselo tú, defiende mi honra”.

–Creo que no hay que buscar a nadie más. Si no me crees, hazte las pruebas. De todas formas, como te veo tan ilusionado con la posibilidad de aumentar la familia, en el caso de que se confirme, que así será, guarda el secreto, será mejor que Gin no descubra que tú eres su padre biológico, se ahorrará muchos problemas a la larga.

“Olé, esa es mi Marga. ¡Eh, eh!, pero a ver, si este desgraciado es el padre de Gin, entonces ella es la hermana de su novio, futuro padre de su bebé. ¡Ay! Ahora sí que me muero. ¡Qué van a tener un bebé tontito por la mezcla de sangre!, y mi niña sin saberlo.

De su relación incestuosa nacerá mi nietecito... ¡Oh!, un vástago incestuoso, ilegítimo y espurio, con solo un abuelo, el mismo abuelo materno y paterno, ¡y qué abuelo!...

Y yo, ¿por qué uso estos términos? Mira que si ahora que nadie me puede oír me he vuelto culta y bien hablada, qué cosas...”

Gianni, nuevamente no sabía qué decir, cerró los ojos y se recostó en el respaldo donde estaba sentado, se acercó ambas manos a su cara pasándoselas por el pelo y resoplando varias veces, se incorporó para coger la mano de Moira y la apretó con fuerza.

–“Amore”, te he soñado tantas veces... Necesito que te despiertes, tengo mil y una cosas que de decirte, que contarte... –le decía acercándose la mano de Moira a su boca.

“Sí, yo igual, guapo, soñar no es la palabra, pesadillas, una detrás de otra, la de cansancio acumulado que he tenido por tu culpa, y también tengo que decir muchas cosas, entre otras: ¡Cómo te vuelvas a poner mi mano en tu boca y me la sigas llenando de babas y de lagrimitas, me voy a despertar y te voy a clavar la vía que me estás moviendo continuamente, en los ojos, en esos preciosos ojos verdes que tienes, y te dejaré ciego. Imbécil”.

Marga lo miraba muy atenta, se estaba emocionando, se levantó de la silla y se quedó de pie frente al monitor que registraba las constantes vitales de Moira.

–Vuelve a hacer eso –le ordenó.

“Tía, tú estás tonta. Que te la manoseé a ti. Haciendo eso, lo único que consigue es ponerme de los nervios”.

Gianni sorprendido no sabía a qué se estaba refiriendo, pero la veía sonreír agitada.

–“Amore”, te necesito –le decía cogiéndole la mano y preguntándole con la mirada a Marga si era a eso a lo que se refería.

El monitor de Moira comenzó a pitar, su pulso se había acelerado, empezó a subir por encima de 130 pulsaciones y cuando llegó a las 190, Margarita salió corriendo al pasillo para avisar a una enfermera. Estaba eufórica pensando que Moira reaccionaba a las palabras que escuchaba, pero también sentía

preocupación de pensar que su corazón terminaría explotando y nuevamente por una idea suya.

Noelia iba calle a bajo corriendo como alma que lleva el Diablo, no encontraba el momento de llegar, tenía la extraña sensación que por más que corriera, la calle se iba haciendo más larga y su cuerpo estaba dejando de responderle, se había quedado casi sin fuerzas para continuar su carrera. Su respiración empezaba a entrecortarse.

Decidió atajar a través del parque “de las Cacas”, se iba cruzando entre la gente, los esquivaba como podía, tuvo que saltar por encima de un triciclo infantil para poder pasar al otro lado de la zanja, al caer y no ser tierra firme, se torció un tobillo y se rasgó la tela de sus pantalones dejando al descubierto sus rodillas; se quedó un buen rato intentando no llorar ahí acurrucada.

Por encima de todas las cosas tenía que llegar. Continuó la marcha, se sentía Filípides en su última carrera hacia Maraton para anunciar el final de la guerra. Si llegaba a tiempo, aquello también sería una hazaña digna de recordar, solo esperaba no tener el mismo trágico final.

La gente miraba asustada a Noelia, pero a ella lo único que le importaba era llegar. Su objetivo estaba cerca, cruzó la calle arriesgándose a que le atropellara algún coche, pero tampoco le importó, saltó la valla de la urbanización donde vivía Ginevra y aprovechando que el portal estaba abierto se coló. Parecía que no había tenido suficiente ejercicio, porque le tocó subir por las escaleras, el ascensor estaba averiado, iba saltando los escalones de dos en dos.

Empezó a aporrear la puerta de la vivienda.

–¡Noelia! ¿Qué te han hecho? –preguntó Ginevra asustada al abrir la puerta de su casa.

–¡Ay! Es que... ¡Ay, Gin! –intentaba hablar, le faltaba el aire–. ¿Está Luca?

Ginevra la dejó pasar, estaba muy preocupada por su amiga, había aparecido en su casa en unas condiciones lamentables, toda despeinada y con el pelo lleno de broza, las palmas de las manos y las rodillas ensangrentadas, con la ropa desgarrada por algunas zonas. Cuando cayó entre los setos, se enganchó con las ramas y quedó de aquella manera.

En el momento que recuperó el aliento, consiguió contarles aquello tan importante que tenía que decirles. Les explicó que su madre la había llamado a casa para darle la noticia y con la emoción del momento, salió precipitadamente cerrando de un golpe la puerta, no llevaba ni teléfono ni llaves ni dinero. La única opción era correr y correr atravesando el pueblo.

–¡Tía, muy fuerte! –decía la joven.

–Sí, pero no me asustes, muy fuerte, eso ya lo has dicho tres veces. ¿Quieres soltarlo? ¿Le ha pasado algo a mi madre? –dijo Ginevra muy nerviosa.

–No, no, ella sigue igual. ¿Luca, tú lo sabías? –preguntó mirándolo fijamente.

–Si no nos dices de qué se trata, difícilmente podremos decirte nada ninguno de los dos –respondió Gin.

–La policía se llevó a la loca de la cafetería y al del cementerio, y resulta... –dejó de hablar, para coger aire–. Pues resulta que esa mujer, secuestró a Gianni hace mil años. ¡Es súper fuerte!

–¿Y has atravesado el pueblo entero, jugándote la vida para esto? Que no digo yo que no sea importante, pero tía, con haberme llamado por teléfono, creo que hubiera sido más que suficiente, luego hubieras cogido el coche y te hubieras acercado como las personas normales. ¡Ay, Noe! Si es que... –dijo

Gin.

–No, no, es que hay más, ahora viene lo increíblemente fuerte y alucinante. Sentaos. ¡¡Gianni es el italiano de tu madre!! ¿Cómo te quedas?

Soltó la bomba y se hizo el silencio, Ginevra miró a Luca y él no sabía qué decir, se había quedado de piedra. Aquella noticia los dejó mudos.

Consiguió contarles todo lo que le había dicho Margarita, pero había una duda que nadie había resuelto. ¿Cómo podía ser su padre, el famoso italiano desaparecido y no haberse dado cuenta nadie antes? Gianni, había explicado a la policía que se había cambiado el nombre de pila, pero seguía conservando su apellido y el chico se llamaba Luca Vieri, no entendían.

–Luca, qué está pasando aquí, dime –le dijo su novia.

–Verás, pequeña. Mi madre me contó siendo muy niño, que mi padre biológico murió cuando yo tenía tan solo un año, un desgraciado accidente se lo llevó siendo muy joven. Al que llamo “Papà” es el marido de mi madre, se conocieron cuando yo solo tenía tres años –explicaba Luca–. Él llegó a Sicilia a iniciar una nueva vida, creo que jamás han estado enamorados, mi madre solo amó a mi padre, al muerto, para que me entiendas, y como mi madre quería un padre para mí y él no conocía a nadie, pues se juntaron y surgió la idea de formar una familia. Se quieren, pero no están enamorados.

–No dejas de sorprenderme, Luca. Nunca me habías contado nada –dijo Ginevra–. ¿Y él es un buen padre? Me refiero a ¿qué si notas que te quiere o te trata diferente?

–¡Joder con los italianos! –dijo Noelia.

–Es genial, me quiere con locura, es un gran padre. No recuerdo nunca que me haya tratado mal, ni he notado diferencias con mi hermano pequeño –le contaba el chico.

–¿Tienes un hermano pequeño? –preguntó animada Noelia.

–¡Madre mía! Eres una caja de sorpresas. Aunque conociendo mi vida ahora, supongo que la tuya te resultará normal –dijo Ginevra.

–Por eso en una ocasión te dije, que ojalá me dijeran que mi padre estaba vivo. Me hubiera encantado conocerlo, no porque Gianni me haya tratado mal, me lo dio todo. Todo lo que soy es gracias a él, bueno y a mi madre. Pero es algo que tengo ahí guardado. –Luca se emocionó contándoles su historia a las chicas–. Aún así, jamás me paro a pensar si Gianni es o no mi padre, porque lo siento como tal.

Ellas lo escuchaban muy atentas, cuánto sentimiento le ponía para contar su historia.

Después de escuchar sus palabras y pensar en todo lo que había sucedido desde que regresaron de París, Ginevra decidió que olvidaría el comportamiento de su madre, ahora lo importante era que despertara e iniciar una vida juntos desde cero, aceptando a la pareja que ella eligiera.

La habitación de Moira se había empezado a llenar de enfermeras y de personal médico. Sus constantes vitales habían comenzado a acelerarse de una manera sorprendente, respondía a los estímulos que le provocaba Gianni.

Pidieron a los familiares que salieran de la habitación para reconocerla. Después de media hora con la puerta cerrada, salió la doctora acompañada de una enfermera para informarles.

–En principio traigo buenas noticias. Hay que agarrarse a cualquier cosa por pequeña que sea –dijo sonriendo.

–¿Pero qué ha pasado? ¿Se va a despertar? –preguntó ansiosa Margarita.

–Quiero pensar que esto es pasajero, es muy buena señal que cuando se le dice algo, sus pulsaciones se aceleren. Nos está escuchando o alguno de sus sentidos están alerta, algún olor, el tacto... Yo me marchó, para cualquier cosa que necesiten, Cristina, la enfermera jefe, les atenderá. Ella y yo, estaremos en contacto, aunque el médico de guardia está al tanto del caso de la señora King.

Se despidieron y volvieron a entrar en la habitación junto a Moira. Las pulsaciones se habían estabilizado, todo volvía a la normalidad.

Margarita y Gianni, en tono muy bajo para evitar molestar a la paciente, entablaron una amigable conversación, se intentaron poner al día, hacía tantos años que se habían perdido la pista y ellas le habían echado tantas maldiciones, que se sentía con la obligación de interesarse por su pasado.

“¡Eoh!, hablad más alto que me aburro. Menudo rollo lo de antes, anda que no me han estado toqueteando. ¿Pero qué le habéis contado a los médicos? Mira que es molesto que te abran un ojo y te lo dejen ahí estirado, pero si ya lo combinas con una luz cegadora en el centro de la pupila, eso es odioso e insoportable. No sé que gracia pueden encontrar en apuntarte ahí con una linternita. No me volváis a dejar a solas con la *Girgiogijova* o como narices se llame mi médico”.

–Entonces, te marchaste por miedo a que le hicieran algo a Moira, ¿no? –preguntó Margarita.

“¿Y a mí por qué me iban a querer hacer daño? Lo de antes me lo he perdido, ¡qué habláis “pa dentro”!, majos”.

–Marga, no sabes lo mal que lo pasé retenido tres meses en aquel contenedor. La loca esa iba en serio, así que no me quedó más remedio que irme. Nunca lo superé. Y... Gracias a Luca, la volví a encontrar. ¿No piensas que ha sido un milagro? –dijo Gianni.

“Un milagro es que yo esté tiesa, porque te ibas a enterar de lo que vale un peine.”

–Llámalo como quieras, pero sí que ha sido raro. Cuando Moira se despierte debería de saber que no te fuiste por voluntad propia, tienes que explicarle, si te deja, porque tiene un carácter... Pero en cuanto sepa que te secuestraron y te amenazaron con matarla, lo comprenderá.

“¿¡Eh!?, pero, pero ¿qué me estás contando Margarita? ¿Quién me quería matar?, ¿qué mi Gianni Carlo se marchó obligado? Esto lo cambia todo, él me quería, se marchó por amor...”

Siguieron hablando largo y tendido, se contaron muchas historias, le hizo miles de preguntas sobre Ginevra.

La noticia que le había dado Marga le había hecho ilusionarse con la idea de que fuera su hija, y al haber quedado claro que Luca no era su hijo biológico, Margarita le contó alegremente la vida de la niña.

Se relajó sabiendo que no había problema con el bebé que estaba en camino.

–¿Se puede? –Tocaron a la puerta de la habitación.

Eran Camilo y una compañera, la sargento Larios, venían a informarles que ya sabían quién había encargado el secuestro de Gianni en el pasado.

–Disculpe, ¿conoce a una mujer que se llama Diana de Luca? –preguntó la sargento Larios.

–Sí, es mi hermanastra, hace más de veinte años que no sé nada de ella. ¿Le ha pasado algo? –dijo muy serio.

–La acaban de detener en la Toscana. Ella encargó tu secuestro a María Dolores Mogollón, alias “la Niña de la Curva”.

–Será hija de... Por eso cuando le conté lo que me había sucedido, ella me animó a desaparecer e insistió en que le cediera mi parte de la empresa. Lo tenía todo preparado –dijo Gianni muy enfadado.

“Yo ya no lo resisto más, qué me esté enterando de todas estas cosas con lo que me gusta el cotilleo y que tenga que estar más tiesa que una mojama, no es justo, pero nada justo. ¿Diana?, pero si esa es la “hermana cómica”, sí que le debí de caer mal a la chica, ya lo sabía yo, si se lo dije a Gianni Carlo.”

–En cuanto puedas, acércate al cuartel para tomarte declaración, avísame cuando vayas a ir, Gianni –le dijo Camilo–. Marga, creo que deberías de llamar a Pepe, está como loco buscándote, creo que tiene que decirte algo.

–¿Pepe?, ¿mi Pepe? ¡Ay qué emoción!

–Nos tenemos que marchar Camilo, por lo visto ha aparecido otra víctima de la “Operación Martirio” –le informó la sargento Larios.

Decidieron salir todos a la calle, Margarita aprovecharía para contactar con Pepe, estaba ansiosa por escuchar su voz, y Gianni necesitaba tomar el aire fresco. La pareja de la Benemérita se marchó para atender el aviso.

–¡¡Joder!! –dijo de golpe.

Se levantó como un resorte de la cama lanzando por los aires la sábana que la cubría. Se arrancó de cuajo la mascarilla y se puso en pie. Moira acababa de despertar.

Abrió la puerta de la habitación y salió al pasillo un poco aturdida, aunque sabía donde se encontraba, después de tantas horas acostada en la cama del hospital y haber estado inconsciente, se mostraba aparentemente desubicada.

–Disculpe, señora, debe de volver a su habitación –le decía una de las enfermeras.

Moira seguía caminando, tenía la mirada perdida, se desplazaba por inercia, no tenía muy claro a dónde iba, pero se dejaba llevar.

Se abrieron las puertas del ascensor apareciendo Margarita y Gianni, que se quedaron paralizados sin saber qué era lo que estaba sucediendo.

Las enfermeras sujetaban a Moira y ella impasible intentaba caminar. Cuando sus amigos reaccionaron, fueron corriendo hacia ella.

Moira estaba colocada delante del italiano, lo miraba fijamente sin apartar ni una sola milésima sus pupilas de él. Gianni comenzó a sonreírle, pero Moira no hacía ningún gesto, era como un robot.

De repente empezó a levantar lentamente su brazo derecho sin temblar lo más mínimo y lo fue acercando hasta Gianni, que empezó a entornar los ojos pensando que le iba a pegar. Margarita, repetía su nombre para hacerla reaccionar, pero ella no se movía, parecía inmune a los ruidos.

Consiguió alcanzarle la cara, sujetó su mejilla con la palma de su mano y dijo:

–Carlo. –Marga y él se miraron rápidamente.

Entendieron que ya había recordado todo, había reconocido a Carlo, al que ella conocía como Gianni antes de su desvanecimiento.

–Moira, deja que te cuente –dijo el italiano.

–No hay nada que contar. Lo sé todo –respondió sin moverse.

–No sabes el miedo que hemos pasado. ¡Es la mayor alegría que podías darme! –le dijo entre lágrimas Margarita.

Moira retiró la mano de la mejilla de Gianni y se giró hacia su amiga, se quedó paralizada frente a ella unos eternos segundos y finalmente se fundieron en un gran abrazo.

–Quiero ver a Miquel –dijo al separarse de su amiga.

Las enfermeras la convencieron de que debía regresar a su habitación, no podía permanecer más tiempo allí en mitad del pasillo, avisaron al médico de guardia para que la reconociera y comprobara que todo estaba bien.

Consiguieron que les hiciera caso, y mientras esperaban la llegada del médico, estuvieron hablando de todo lo que había sucedido mientras ella dormía.

Moira lo único que les pidió, es que jamás le dijeran a Ginevra que Miquel no era su padre, se lo debía. Los tres aceptaron su decisión.

Sabía que esta nueva oportunidad que le brindaba la vida, era un milagro, y que la iba a vivir disfrutando cada segundo de ella, se juró que no habrían más mentiras, pero la paternidad de Miquel era lo único que no se iba a poner en duda nunca.

Gianni se marchó de allí para comunicarles a Ginevra y a Luca que todo había ido bien con Moira, que en unas horas podrían ir a visitarla.

Tenía sentimientos encontrados, estaba feliz porque se había recuperado, pero estaba muy triste, con aquella simple caricia, había entendido que entre él y ella jamás sucedería nada, lo vio en sus ojos. Debía asumirlo.

La puerta de la habitación de Moira se abrió nuevamente, era Miquel, Margarita lo había avisado y le había dicho que su querida amiga había pedido verlo.

–¡Miquel! –Moira dijo su nombre bien alto.

–Mi niña... –dijo él desde la puerta.

Lentamente se fue acercando a la cama donde estaba sentada ella, se fue aproximando con mucho miedo, aunque ya le habían informado que lo sabía todo, no tenía muy claro por qué había pedido verlo.

–Miquel, gracias por todo –dijo ella.

–Tonta, gracias por nada. No me vuelvas a dar un susto como este –respondió él con los ojos llenos de lágrimas.

Moira lo miraba fijamente, sus ojos también estaban repletos y empezaban a resbalar por sus mejillas. Comenzó a sonreír e intentó levantarse de la cama. Cuando estuvo en pie dijo:

–Miquel, eres el hombre de mi vida, qué ciega he estado todos estos años.

Estaba claro que la chica se lo jugó todo a una carta, pero durante todo este tiempo recordando y reviviendo el pasado, se había dado cuenta que su verdadero amor había sido Miquel y que esto también era una nueva oportunidad para recuperar todo el tiempo perdido con él. Iban a ser abuelos y esta felicidad deberían vivirla juntos.

Cuando Cupido te ignora pasan estas cosas, que el amor llega cuando tiene que llegar por mucha promesa que hagas pidiéndole que te haga olvidar al amor de tu vida.

FIN

Epílogo

10 años después.

Si le hubieran contado a Moira que su vida iba a ser así, jamás se lo hubiera creído, ni ella ni nadie de su entorno.

Iban camino del aeropuerto, habían tenido que alquilar un microbús para no tener que ir en varios coches.

Se detuvieron en la entrada de vuelos internacionales, bajaron y cada uno cogió su maleta. De uno en uno se metieron en la puerta giratoria y se dirigieron a la zona de facturación. Una vez entregadas las maletas pasaron el control y ya solo les quedaba embarcar.

Todos estaban emocionados y contentos, viajarían en grupo a Sicilia, concretamente a Palermo, donde seguía viviendo Gianni. Cada uno se sentó en el asiento que le correspondía y cuando la azafata terminó de explicar todas las indicaciones a los pasajeros, el avión despegó.

Moira que odiaba viajar, una vez que consiguió respirar más tranquila tras el despegue, se empezó a dormir, le habían tenido que dar una pastilla para que lo hiciera más relajada.

HACE 8 AÑOS.

“Qué manera de dar vueltas en la cama, no había forma de coger la postura, y eso que tenía toda la cama enterita para mí.

Recuerdo que Miquel se había marchado con los chicos, habían considerado que era necesaria una última salida antes de la boda, nosotras les intentamos quitar la idea de la cabeza, pero ellos como un grupo de adolescentes que iban a celebrar el final de curso, se fueron felices y contentos.

Decidí llamar a Margarita, sabía que ella también estaría despierta, no por el mismo motivo que yo, pero sí porque siempre se quejaba que no podía conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada, por culpa de los ronquidos inhumanos de Pepe.

—¿Qué haces? —La llamé por teléfono.

—¿Estás despierta? Si lo llego a saber te llamo yo, me aburro y no puedo dormir. Encima este, que cada vez que coge aire parece que me vaya a abducir —me dijo Marga.

—Sí, cómo no, despierta e inquieta. ¡Qué harta estoy! Me aburría y me imaginé que aún no te habrías dormido.

—Bueno, ya queda poco. Estoy por irme a tu cuarto, ya podía haber salido Pepe con los chicos, ¡es qué no se adapta este hombre!, si se hubieran ido a un tablao, fijo que se hubiera apuntado el primero.

Después de media hora charlando y riéndonos, nos despedimos y quedamos en vernos por la mañana en el desayuno del hotel.

¡Cómo me encanta desayunar en los hoteles!, y doy gracias al cielo que no lo hago a menudo, sino me tendrían que transportar en una grúa, porque mira que amortizo el desayuno incluido, pero concretamente aquel día, me puse hasta arriba.

–Gin, ¿sabes algo de Luca? Tu padre no me coge el teléfono –le pregunté a mi hija.

–¡Qué va! Esta mañana he recibido un mensaje diciéndome que habían llegado y para no despertar al niño, se quedaban en la habitación de Gianni. Entiendo que llegaron todos juntos –dijo Ginevra.

–¡Qué bien viven! Ya me gustaría ir por la vida con esa felicidad. Pero es que todos son iguales. En cuanto vea a Miquel, me va a oír. Y a dos horas de la boda –dije indignada.

–Me dais una envidia... –apuntó Marga–. Ya se podía haber unido Pepe a la juerga y yo habría podido dormir plácidamente, porque mira que es incómodo dormir con él. ¡Con lo bien que estaba yo sola!...

–¡Eso lo dices ahora! Si no puedes vivir sin él, anda, deja de quejarte, que te quejas de vicio, guapa –le dije soltando una carcajada.

Terminamos de desayunar y nos fuimos al salón de belleza que había en el hotel, teníamos reservada la peluquería entera para nosotras. Yo no me encontraba muy bien, a parte del malestar general, estaba nerviosa porque no habíamos sabido nada de los chicos desde la noche antes cuando se marcharon.

Como la incertidumbre me estaba matando, no pude resistirlo más y me subí a la suite, empecé a aporrear la puerta, pero allí no abría nadie, vi a la gobernanta del hotel, me acerqué a ella y poniendo carita de tonta, le pedí por favor que me abriera la habitación, le dije que con las prisas había cerrado sin coger la tarjeta y que a dos horas de la boda, me había quedado fuera.

El moño de tres pisos que me habían hecho en la peluquería, le dio a entender que lo de la boda era cierto, y supongo que el hecho de llevar a Carlo en brazos berreando como un condenado, ayudó a darle pena, si es que mi nieto es único para sacar de quicio, pero en aquella ocasión se ganó un buen abrazo de su abuela.

La imagen que vi en aquel dormitorio se me grabó a fuego en la retina, hasta hice fotos con mi teléfono móvil, aquello era digno de retratar para los restos.

Lo que me encontré en aquella cama, sin un documento gráfico era imposible de creer. Descorrí la cortina de par en par, el cambio de iluminación les pasó desapercibido, todos estaban en otro planeta felizmente dormidos.

Gianni, porque aunque no le pude ver la cara, y solo dejaba ver sus pies desnudos, estaba cubierto por el cuerpo de Miquel que no sé muy bien de qué iba disfrazado, pero pude identificar que llevaba unos pantalones de raso rosa, tipo chándal y unos pompones que sujetaba con firmeza en ambas manos; llevaba los labios pintados a juego.

El resto del cuerpo de Gianni estaba tapado por Luca que se había puesto un traje de sevillana, de los que había traído Pepe para el coro que iba a cantar la “Salve rociera”, si se enteraba le iba a dar un ataque, estaba segura. Otro de los cuerpos iba todo descamisado dejando ver un corazón pintado con rotulador permanente, porque quería creer que aquello tan horroroso no podía ser un tatuaje de los de verdad, dentro ponía “Mañana nos vamos de bodorrio”.

El llanto de Carlo los empezó a traer al mundo real y con mucho esfuerzo empezaron a moverse y volver en sí.

–¡Qué nos vamos de bodorrio! ¡Arriba esos corazones!

Pegaron un salto y entonces fue cuando fui capaz de ver el resto del cuerpo de Gianni, con una corbata anudada a la frente y la cara marcada con besos, imaginé que había sido Miquel, porque era el mismo horroroso color de carmín, rosa chicle, el que lucía en sus labios.

Nunca entenderé por qué muchos hombres para divertirse se disfrazan de mujeres, pero ver a todos nuestros chicos así, me hizo morir de la risa.

Les volví a gritar, les amenacé con publicar en las redes sociales las fotos que les había hecho si en cinco minutos no estaban todos en pie y entrando a la ducha. Allí los dejé y me marché con Carlo.

Una vez en mi cuarto vistiéndome, reparé que no había visto a Camilo, igual había regresado con ellos, pero al ser el único soltero habría conseguido traerse a alguien a su habitación.”

Moira se despertó justo en el momento de aterrizar, Miquel le había intentado abrochar el cinturón evitando despertarla, pero ella nada más notar que algo le rozaba el cuerpo, abrió instintivamente los ojos.

–¡Vamos a aterrizar! Te intentaba abrochar el cinturón, no me mires así –le dijo Miquel.

–Es que no sé para que me lo desabrochaste, sabes que me gusta llevarlo atado todo el viaje. –Moira se quejó.

Una vez en tierra, se dirigieron todos hacia la casa que tenía Gianni en Mondello, afortunadamente era una villa enorme donde estarían bien alojados e incluso podrían disfrutar de unos días en la playa, al viajar con niños necesitaban un destino donde poder hacer cosas con ellos. Iban decididos a cansarlos.

Margarita dejó a los gemelos con Pepe, no estaba muy convencida, ya que eran unos niños muy movidos que no inventaban nada bueno, más si se quedaban con los otros dos demonios, pero no les quedaba otra si querían ir a ver a Noelia. Luca se comprometió junto a Miquel a quedárselos.

Cuando Moira despertó hace diez años en aquel hospital, Margarita tuvo una conversación con Pepe, él la buscaba desesperado, necesitaba urgentemente localizarla antes que el otro, porque desde que vio al Guardia Civil bailando con su chica en su academia, había sufrido un terrible ataque de celos al descubrir que posiblemente Camilo estaba interesado en ella. Durante la charla, Pepe se le declaró y desde entonces viven juntos, incluso tuvieron dos niños, Camilo y Laurita, una pareja de gemelos de seis años.

Las tres mujeres se dirigieron al hospital, en menos de dos horas nacería el nieto de Margarita.

Los nervios se habían apoderado de las tres, iban sin saber a dónde, dando vueltas por el hospital. Les habían indicado perfectamente como llegar hasta la zona de partos, pero se habían equivocado ya tres veces al coger los ascensores de colores.

–¿Pero dónde os metéis? –Gianni llamó a Moira.

–Pues meternos, en un ascensor, ahora..., ¿hacia dónde nos lleva, es un misterio?

–No os mováis de ahí, bueno, en cuanto pare el ascensor os bajáis y me decís.

La poca cobertura que había, hizo que se cortara la llamada y ya no le quedó claro si Moira lo había escuchado.

Actualmente tenían una relación fantástica y maravillosa todos. Desde que Moira despertó hacía más de diez años, se habían seguido viendo, al principio le costó entender que ella ya no sería jamás para él, pero como la quería y necesitaba tenerla cerca, aceptó que eligiera a Miquel, al fin y al cabo, él había aparecido en su vida mucho antes y se habían seguido viendo.

Tan buena era la relación, que lo eligieron testigo de su boda, ya que Miquel y Moira, al mes de haberle dado el alta, se casaron el mismo día y en el mismo sitio que Luca y Ginevra. Fue un gran día que

jamás olvidarán.

Las puertas del ascensor se abrieron y las tres salieron precipitadamente, Moira iba levantando su teléfono móvil para ver si conseguía hacerse con algo de cobertura, necesitaba localizar a Gianni de nuevo y seguían perdidas.

De repente un olor la alcanzó, se quedó paralizada, miró a su hija, después a su amiga y les comunicó que ya estaban cerca, el olor que le había llegado, sin duda era el famoso perfume de Gianni, todavía no había encontrado a nadie que lo usara y no entendía por qué, pero fue la única manera que le sirvió para orientarse en aquel laberinto.

–¿Pero de dónde venís? –preguntó sorprendido Gianni.

–A ver, si estábamos perdidas, como para explicarte de dónde venimos –respondió Moira.

–¿Sabemos algo? ¿Has entrado a verla? –preguntó Margarita.

–Nada, la entraron esta mañana, solo sé que todo está bien, ahí dentro están los dos –aclaró Gianni.

Una de las enfermeras salió para decirles que parecía que la cosa iba en serio, Noelia, había estado yendo y viniendo al hospital pensando que ya había llegado la hora, pero siempre habían sido falsas alarmas y la mandaban de nuevo a casa, pero el día había llegado y su bebé estaba en camino.

–Si es que teníamos que haber venido antes, al menos yo. ¿Crees que me dejarán pasar? –preguntó Margarita un poco angustiada.

–No te agobies, se suponía que era el viernes cuando salía de cuentas. Ya nos ha dicho Gianni que está bien. –Moira intentó animar a su amiga.

–Sí, esto no es una ciencia exacta, el bebé llega cuando quiere. Sino... que se lo digan aquí a la amiga. –Miró a Moira sonriendo.

Mientras esperaban frente a la puerta de partos los tres, iban entrando y saliendo camas, algunas de las nuevas mamás con sus bebés, cada vez que se abrían las puertas, los tres se levantaban ansiosos, pero al ver que no era Noelia, se volvían a sentar.

Las palabras de Gianni, le recordaron a Moira uno de los momentos más maravillosos y emotivos de su vida.

HACE 8 AÑOS

“La ceremonia iba a comenzar, estábamos todos listos, los chicos no tenían su mejor cara, pero se lo tenían más que merecido por salir de fiesta, entendí que salvaje, después de haberlos visto en aquellas pésimas condiciones en la cama de la suite de Gianni y volver cuando ya era de día y el mismo día de la boda de uno de ellos, era el precio que tenían que pagar. Estaban resacosos y ojerosos.

Allí, frente al altar hecho con ramas entrelazadas de jazminero, todo lleno de pequeñas florecillas y diminutos globos plateados, junto a la orilla de la playa estábamos esperando a los novios.

Al rato de llegar el novio acompañado de su madre, decidimos esperar a la novia sentadas en unas sillas forradas con una tela de lino blanco, dos grandes grupos de asientos separados por una gran alfombra roja cubría la arena de la playa.

A la derecha del altar, amenizaba la espera un coro rociero dirigido por Pepe, era emocionante escuchar como cantaban, se me estaba poniendo la piel de gallina y ver a Margarita con la lagrimilla

fuera, hacía que mi emoción se agudizara más.

Al final de la alfombra roja, como unos actores en la entrega de los **Oscars**, esperaban bien apuestos Luca, Miquel y Gianni, su resaca no impedía que lucieran bien orgullosos en aquel enlace, y no tan agradable para la vista, rompiendo la maravillosa estampa, estaba la bruja de Nicoletta, ¡qué mujer!, nunca pude con ella, pero verla ahí con esa cara de amargada adinerada, hacía que se me revolvieran las entrañas y hasta estaba sintiendo unas punzadas terribles en los ovarios, era superior a mí.

Claramente su sonrisa era fingida, creo que era la única que no estaba de acuerdo con aquel matrimonio, bien tiesa esperaba del brazo de su hijo, en mi vida había visto a una madrina de aquellas características. Afortunadamente, jamás se enteró de mi “affair” con su esposo y tampoco supo que él era mi famoso italiano, sino, posiblemente una de las dos no estaría allí con vida. Hacía menos de un año, Gianni le había pedido el divorcio.

El novio... él sí que desprendía felicidad, ese brillo de ojos era verdadero, el amor que sentía le salía de dentro y nos envolvía a todos, menos a la repelente de su madre.

Recuerdo que el coro rociero terminó su canción y comenzó el himno nupcial, todos nos giramos hacia atrás, la novia entraba del brazo de Camilo, qué guapa que iba, no es cierto eso que dicen que las novias el día de su boda siempre van guapas, si la chica en cuestión es fea, da igual que la tapes con un velo, muy tupido tendría que ser..., yo nunca he estado de acuerdo con esto, pero en esta ocasión, no habían palabras, era una de las novias más guapas que había visto en mi vida.

Noelia estaba resplandeciente, como con un traje tan sencillo podía transmitir tanto.

La sonrisa de Camilo lo decía todo, se podía notar lo orgulloso que se sentía de haber sido elegido padrino de la boda. Este hombre apreciaba mucho a la niña.

Marga comenzó a llorar como una magdalena, no había forma de pararla, solo se le escuchaba: “Mi niña, ay mi niña...” y en cuanto vi a mi Carlo llevando los anillos por aquel pasillo, me uní a mi amiga. Lo siento, me emocioné al ver a mi nieto llevar aquella cestita, tan chiquitín y caminando a trompicones por aquella alfombra directo hasta donde estaban su papá y su abuelo Miquel.

La novia y el padrino llegaron al altar, el novio se acercó a Noelia dándole un beso en la mano, ¡qué romántico me pareció!, miró a Camilo como pidiéndole permiso y se pusieron en el banco que habían colocado para que pudieran sentarse durante la ceremonia.

Marga y yo seguíamos llorando mientras nos mirábamos emocionadas. La boda había comenzado.

Yo me encontraba cada vez peor, no quería decir nada porque no quería asustar a nadie ni fastidiar la boda de mi sobrina, pero la cosa cada vez iba más rápida, intenté aguantar todo lo que pude, la boda me estaba pareciendo eterna, Miquel me miraba y yo le sonreía fingiendo que todo estaba bien, le empecé a apretar la mano a Marga.

Jesús, el marido de Lali, que era el que oficiaba la boda, dijo aquellas palabras que nunca entenderé por qué se dicen: “Si hay alguien que tenga que decir algo, que lo diga ahora o calle para siempre”, se hizo el silencio, todos nos fuimos mirando, yo no pude evitarlo, abrí la boca y grité desesperada:

–¡Yo! Lo siento, no puedo más. –Le retorció la mano a Marga.

Todas las miradas se clavaron en mí y comenzaron a murmurar. Miquel saltó por encima de la primera fila de sillas, sabía lo que estaba pasando, llegó hasta a donde estábamos las dos.

–Moira, nena. –Me intentó sacar al pasillo.

–¡Ay! He roto aguas. –Fue lo único que pude decir.”

En un instante se abrió la puerta lateral de la sala de partos y apareció el feliz papá con un chiquitín en brazos, el bebé ya había nacido, no pudo salir al pasillo, pero pidió que le dejaran enseñar al bebé desde ahí. Moira sonrió dejando atrás sus recuerdos y levantándose para ir corriendo a felicitar a Marco.

–¡Enhorabuena! –le dijo desde el centro del pasillo.

–¡Oh, es como Noelia! –dijo muy emocionada Margarita.

–Gracias, gracias. Todo ha ido fenomenal, en una media hora subiremos a la habitación, podéis esperarnos allí. ¡Abuelo, felicidades! –dijo Marco guiñándole un ojo a Gianni.

Noelia y Marco, se habían conocido el día de la boda de Ginevra con Luca, era el hermano menor, el hijo que tuvo Gianni con Nicoletta.

Fue un flechazo en toda regla, en un visto y no visto se enamoraron, nada más verse lo supieron y desde aquel día no se habían vuelto a separar.

Como Marco estaba al frente del negocio familiar en la empresa de Palermo, decidieron trasladar allí su residencia y Noelia se instaló en Sicilia junto a él.

Al año de conocerse, se dieron el sí quiero, justo el día que Moira decidió ponerse de parto en mitad de la ceremonia, dando a luz a Angello, el primer hijo de Miquel, aunque para todos era el segundo hijo de la pareja, y este niño era el tío de Carlo, hijo de Ginevra y Luca que había nacido seis meses antes. Un auténtico lío de película.

Cuando pudieron ver a Noelia y conocer al bebé, se marcharon para dejarlos descansar, la pobre chica llevaba doce horas de parto y necesitaba dormir. Mandó a Marco a su casa para cambiarse de ropa y coger unas cositas para el bebé.

Una vez en Villa Mancini, empezaron a preparar la cena, el día casi estaba terminando.

–Miquel, no sabes cómo me he sentido hoy en el hospital –le dijo Moira mientras le daba un beso en los labios.

–Una pena no haber podido estar –le respondió él.

–Me he acordado del día de la boda de Noe cuando me puse de parto –comentó Moira.

–¡Madre mía! ¡Qué recuerdos! Ahora que lo pienso, me hace hasta gracia –apuntó Marco.

–Sí, menuda vergüenza –dijo riéndose ella.

–Ese día fue uno de los más felices de mi vida, nena –dijo Miquel besándola.

–¿Quién hubiera dicho que terminaríamos así hace diez años? –respondió Moira.

–Es increíble, al final todos hemos terminado emparentados. Nunca pensé que tendría dos consuegras como vosotras dos, si esto me lo cuentan hace treinta años me hubiera muerto de la risa –dijo Gianni mirando a Marga y a Moira.

–Es verdad, y que tú y yo compartamos nieto, esto es increíble y nosotras las suegras de tus niños. Si es de película –dijo Marga.

–Nuestras niñas casadas con dos Mancini, porque quieras o no lo son.

–Y quién nos iba a decir a nosotros que íbamos a terminar siendo tan buenos amigos –dijo Miquel levantando su copa hacia Gianni.

Todos levantaron las suyas para brindar por la gran familia que habían formado y se hicieron una foto para recordar siempre ese día.

Después de pasar una maravillosa semana en Mondello, disfrutando del sol, la playa y de la compañía de la familia, tocaba regresar a España.

Margarita, mientras se despedía de su hija y de su nieto, lloraba porque le daba muchísima pena tener que dejarlos allí, pero sus obligaciones le reclamaban en Alicante y el restaurante temático que había montado a medias con Moira debía de seguir abierto, aunque hubieran dejado al frente a uno de sus mejores trabajadores era el momento de volver, la Feria de Sevilla estaba próxima y había que organizarlo todo. También era obligatorio regresar porque Camilo se casaba con la sargento Larios y ninguno de la familia podía faltar a ese enlace.

Llantos, risas y abrazos, promesas de verse el mes siguiente y mucho cariño hizo la despedida menos dramática. Las maletas estaban cerradas, el microbús cargado y listo. Fueron subiendo de uno en uno y el conductor arrancó.

Desde la puerta de la valla, Gianni, Marco y Noelia decían adiós, en el interior girados hacia atrás, todos movían la mano despidiéndose mientras se iban alejando.

Cogieron la autovía dirección al aeropuerto de Palermo, los niños iban dormidos, Marga y Moira iban charlando y pensando qué harían cuando regresaran a su casa, el conductor empezó a hablar con Miquel y Luca, cuando este comenzó a chillar.

–¡Allí, allí! No puede ser –dijo mientras se ponía las manos en la cabeza.

–¿Qué pasa, “amore”? –preguntó Ginevra.

–¡No paré! ¡Continúe! –gritaron todos a la vez.

En aquella curva sin saber ni cómo ni por qué, había aparecido Lola, se distinguía perfectamente su silueta y cuando las luces del coche la enfocaron, pudieron verle su cara y como se pasaba el dedo pulgar por el cuello clavándoles la mirada.

“La niña de la curva” había vuelto.